

The background of the cover is a dark, textured tunnel. A bright blue light illuminates a path that leads from the top center towards the bottom right. On the left side of the tunnel, a bright yellow light illuminates a path that leads from the bottom left towards the top right. The two paths appear to converge or cross in the center of the image.

Francisco Cândido Xavier  
Waldo Vieira

*Dictado por el espíritu*  
André Luiz

# Sexo y destino

**Francisco Cândido Xavier**

**y**

**Waldo Vieira**

# **Sexo y destino**

Traducción al castellano:  
ALFREDO ALONSO YUSTE

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	4
ORACIÓN PRELIMINAR .....	5
SEXO Y DESTINO (prólogo de André Luiz) .....	6
PRIMERA PARTE por el Médiun: Waldo Vieira	
Capítulo 1.....	7
Capítulo 2.....	11
Capítulo 3.....	15
Capítulo 4.....	19
Capítulo 5.....	24
Capítulo 6.....	29
Capítulo 7.....	36
Capítulo 8.....	47
Capítulo 9.....	60
Capítulo 10.....	68
Capítulo 11.....	73
Capítulo 12.....	78
Capítulo 13.....	88
Capítulo 14.....	95
SEGUNDA PARTE por el Médiun Francisco Cândido Xavier	
Capítulo 1.....	106
Capítulo 2.....	113
Capítulo 3.....	118
Capítulo 4.....	126
Capítulo 5.....	132
Capítulo 6.....	139
Capítulo 7.....	144
Capítulo 8.....	153
Capítulo 9.....	162
Capítulo 10.....	170
Capítulo 11.....	175
Capítulo 12.....	189
Capítulo 13.....	199
Capítulo 14.....	212

## INTRODUCCIÓN

He tenido el inmenso honor y placer de traducir, por encargo de la Federación Espírita Española, “Sexo y Destino”, la única obra de la saga de André Luiz que faltaba por pasar al idioma de Cervantes.

Esta obra mediúmnica consta de 28 capítulos, los 14 primeros psicografiados por el médium Waldo Vieira y los otros 14 por el igualmente médium Francisco Cândido Xavier.

La historia transcurre en Brasil, concretamente en el Río de Janeiro de la década de los 50, en el pasado siglo XX. Muchos nombres de lugares que se citan pertenecen a esta ciudad, antigua capital de Brasil (Botafogo, Cinelandia, Leme, Lido, Copacabana, etc., etc.). Para una mejor comprensión de las situaciones planteadas debemos considerar la época en lo concerniente a las costumbres, normas sociales de convivencia y moral, etc., etc.).

Deseo a todos los lectores que su lectura redunde por lo menos en el mismo provecho y satisfacción que a mí me proporcionó. No debemos olvidar que la reforma íntima es el principal objetivo de un buen espírita ahora y siempre.

Gracias a Maribel, mi esposa, por su colaboración y paciencia en la realización de este trabajo que sin ella no hubiera sido posible.

Alfredo Alonso Yuste  
Madrid 2008

## ORACIÓN PRELIMINAR

¡Padre de Infinita Bondad!

Este es un libro en el que permitiste a nuestro André Luiz describir algunos conceptos de la Espiritualidad Superior que giran alrededor del sexo y del destino, reflejo de nuestra amarga realidad donde incorporaste esperanzas eternas.

Entregándole a los compañeros reencarnados en el mundo, queremos recordar el día que Jesús, Tu Enviado, estando en la plaza repleta de acusadores, los escribas y fariseos le presentaron a una pobre mujer que decían haber sorprendido en pecado, al mismo tiempo que le preguntaban: Maestro, esta mujer ha cometido adulterio... la ley manda que la apedreemos. Tu, ¿qué dices?

El Maestro fijó tranquilamente su mirada en los celosos guardianes de la ley mosaica, y, dado que nada adelantaría dando explicaciones a sus mentes embotadas de ideas preconcebidas, les dijo con palabras que podrían valer a todos los moralistas de los siglos venideros:

¡Aquel que esté libre de pecado, que tire la primera piedra!...

Hoy día, en la inmensa plaza de las convenciones humanas, el materialismo fomenta la desaparición de los valores morales, sin tener en cuenta la dignidad humana, mientras las religiones luchan cual gladiadores con la Naturaleza, intentando, en vano, bloquear la vida, como si quisieran engañarse a sí mismas. En medio del inmenso conflicto en el que están inmersas esas fuerzas gigantescas que luchan por el dominio moral de la Tierra, enviaste la Doctrina Espírita, en nombre del Evangelio de Cristo, para serenar los corazones y comunicarles que el amor es la esencia del Universo; que las criaturas que nacieron de tu Aliento Divino deben amarse unas a otras; que el sexo es legado sublime y que el hogar es refugio de santidad, aclarando por tanto que el amor y el sexo plasman responsabilidades naturales en la conciencia de cada uno, y nadie hiere a alguien en su afecto, sin que eso conlleve una dolorosa reparación.

Este libro intenta afirmar que, aunque no puedes sustraer a los culpables a las consecuencias del error que cometieron, no permites que los vencidos sean desamparados, desde el momento que acepten la luz rectificadora para el camino. Asimismo nos dice que con Tu bendición, los delincuentes de ayer, hoy redimidos, se transforman en tus mensajeros de redención para aquellos mismos que les hicieron cometer errores en otros tiempos.

Bendice pues el presente relato repleto de verdad y esperanza, para que, al confiarlo a nuestros hermanos del mundo, podamos hacerles recordar que la existencia física, bien en la infancia o adolescencia, en la madurez o en la vejez es siempre un don que debemos honrar y que, incluso estando dentro de un cuerpo deforme, mutilado o enfermo, debemos pronunciar delante de Tu Sabiduría Infinita: ¡Gracias, Dios mío!

EMMANUEL

Uberaba, 4 de julio de 1963

(Página recibida por el médium Francisco Cândido Xavier)

**SEXO Y DESTINO**

Sexo y destino, amor y conciencia, libertad y compromiso, culpa y rescate, hogar y reencarnación constituyen los temas de este libro, forjado en la realidad cotidiana.

Mientras, amigo lector, después de la oración del bienhechor que se pronunció al principio, no nos queda nada más que no sea entregarte la narración que la Divina Providencia nos permitió realizar, no con el exclusivo propósito de descubrir la verdad, sino también con el de enriquecer nuestra experiencia.

No creemos que sea necesario aclarar que los nombres de los protagonistas de esta historia real han sido sustituidos por razones obvias y que la presente biografía de grupo no pertenece a otros sino a los mismos que nos permitieron redactarla, para nuestro aprendizaje, naturalmente después de haber sido consultados.

Solicitamos también su permiso para decirte que no fue retirado un solo acento de las verdades que acontecen en este relato y que conllevan la luz de nuestras esperanzas y el amargo sabor de nuestras lágrimas.

ANDRÉ LUIZ

Uberaba, 4 de julio de 1963

(Página recibida por el médium Waldo Vieira)

## PRIMERA PARTE

*Médium Waldo Vieira*

### CAPÍTULO 1

Tal como sucede entre los hombres, en el Mundo Espiritual que les rodea, el sufrimiento y la expectación pulen el alma, disciplinando, perfeccionando, reconstruyendo...

Cuando abandonamos el vestido físico, habitualmente imaginamos el paraíso que las religiones nos presentan más allá de la muerte. Soñamos con el apaciguamiento integral de los sentidos, con el acceso a una alegría inefable que nos haga olvidar todo recuerdo que suponga una llaga mental. Pero, atravesada la frontera de la ceniza, nos enfrentamos realmente a la responsabilidad inevitable, ante el reencuentro con nuestra propia conciencia.

La vida humana, al tener continuidad natural en el más allá se asume de dos formas distintas. Difieren el entorno y las apariencias; mientras tanto la lucha de la personalidad, de un renacimiento a otro en la tierra, supone una dura lucha en dos fases. Anverso y reverso de la experiencia. En la cuna se inicia, en la tumba se desdobra. Con rarísimas excepciones a la regla, solamente la reencarnación consigue transfigurarnos de manera fundamental.

Dejamos en la tumba la seca envoltura y transportamos con nosotros a otras esferas, en la misma ficha de identificación personal, los ingredientes espirituales que cultivamos y atrajimos.

Inteligencias en evolución en la eternidad del espacio y el tiempo, los espíritus alojados en la morada terrestre, al abandonar el ropaje de materia más densa, se parecen, figuradamente, a los insectos. Hay larvas que al salir del huevo revelan su condición de parásitos, en tanto que otras se transforman, de inmediato en mariposas de prodigiosa belleza, ganando altura.

Encontramos criaturas que se separan de la envoltura carnal, entrando en largos procesos obsesivos, los cuales se mueven a costa de fuerzas extrañas, al lado de otras que, de pronto, se elevan primorosas y bellas, hacia planos superiores de la evolución. Y entre las que se aferran profundamente a las sensaciones de la naturaleza física y las que conquistan la sublime ascensión para estadios edificantes, en el más allá, surge una gama infinita de diferentes niveles.

Emergiendo en la espiritualidad, después de la desencarnación, se sufre al principio el desencanto para todos los que esperaban un cielo teológico, fácil de ganar.

La verdad aparece con potencia renovadora. Padeciendo todavía una espesa amnesia con relación al pasado remoto, que descansa en los poros de la memoria,

aparecen los viejos preconceptos que chocan en nuestro interior, cayendo destrozados. Suspiramos por la inercia que no existe. Exigimos una respuesta afirmativa a los absurdos de la fe convencional y dogmática que reclaman la integración con Dios para uno mismo, excluyendo pretenciosamente de la Paternidad Divina a los que no comparten su estrecha visión.

De semejantes conflictos, a veces terribles y extenuantes para nuestra mente, muchos de nosotros salimos o bien abatidos o sublevados para extensas incursiones en el vampirismo o la desesperación; la mayor parte de los desencarnados, sin embargo, poco a poco se acomoda a las circunstancias, aceptando la continuidad en el trabajo de la propia reeducación, con los resultados de la existencia aparentemente encerrada en el mundo, a la espera de la reencarnación que les haga posible recomenzar la renovación...

Esas ideas martilleaban mi pensamiento, reparando en la tristeza y cansancio de mi amigo Pedro Neves, devoto servidor del Ministerio de Auxilio <sup>1</sup>.

Participaba en expediciones arrojadas y valerosas en benemérita actividad, sin que se le viese dudar. Veterano en empresas de socorro, nunca mostró desánimo o flaqueza, por más presión que le proporcionase el peso de compromisos y obligaciones.

En su última existencia fue abogado, donde demostró una extrema lucidez, en el examen de los problemas que surgieron en su camino.

Siempre dedicado y humilde, ahora, sin embargo, presentaba sensibles alteraciones de conducta.

Había estado con breves encargos en la esfera física, para atender, de forma más directa, necesidades de orden familiar cuya naturaleza no me había sido posible percibir.

Desde entonces, se mostraba reservado y desencantado, como los compañeros recién llegados de la Tierra. Se aislaba en profunda reflexión y eludía la conversación fraternal. Se quejaba de todo y alguna vez, en el servicio lloraba sin que asomase una lágrima.

Nadie osaba preguntar lo que le causaba tal sufrimiento, que emergía de lo más profundo de su ser.

Busqué el momento más propicio, en un período de descanso en el banco del jardín, para que pudiese expresar sus sentimientos, alegando dificultades que me preocupaban en torno a los descendientes que había dejado en el mundo y las inquietudes que me producían.

Presentía que su tristeza se basaba en luchas domésticas que torturaban su alma, y estaba en lo cierto, mi amigo mordió el cebo afectivo y desveló sus sentimientos.

Al principio, habló vagamente de las aprensiones que asomaban a su espíritu angustiado. Aspiraba a olvidar y alejarse; pero mientras... la retaguardia familiar en el mundo le provocaba dolorosos recuerdos difíciles de borrar.

---

<sup>1</sup> Organización de "Nuestro Hogar". Nota del autor espiritual.



– ¿Es tu esposa quien tanto te aflige? aventuré intentando romper su silencio.

Pedro me miró fijamente con dolorosa expresión y respondió:

– Hay momentos, André, en los cuales sería preciso profundizar en nuestras vidas y analizar el pasado para extraer de él la verdad, solamente la verdad...

Meditó, sofocado por algunos instantes, y prosiguió:

– No soy hombre que me deje llevar por sentimentalismos, aunque aprecie las emociones en su justo valor. Además, la experiencia, desde hace mucho, me enseñó a racionalizar. Hace cuarenta años que estoy aquí y hace casi cuarenta años que mi esposa me sumió en un absoluto desinterés del corazón. La dejé cuando todavía era joven y Enedina comprensiblemente no podía mantenerse a distancia de las exigencias femeninas.

Prosiguió aclarando que ella se unió a otro hombre, en segundo matrimonio, convirtiéndole en el padrastro de sus hijos. El nuevo marido se apartó completamente de la convivencia espiritual. Hombre ambicioso, administró ambas haciendas, logrando multiplicar los bienes a fuerza de astucia en arriesgadas empresas comerciales. Y actuó con tanta liviandad que la esposa, antes sencilla, se apasionó por el lujo, invirtiendo su tiempo en devaneos y coqueterías, hasta que se arrojó en los desvaríos del sexo. Observando a su esposo ocupado en aventuras galantes de modo permanente, en su posición de caballero rico y desocupado, quiso vengarse, estableciendo para sí misma un desordenado culto al placer, sin ser consciente que se perdía en lamentables desequilibrios.

– Y mis dos hijos, Jorge y Ernesto, fascinados por la riqueza con que el padrastro compraba su servilismo, enloquecieron en el mismo delirio de dinero fácil y se animalizaron hasta tal punto que no guardaron el menor resto de mi memoria, hoy por hoy son acaudalados negociantes, en edad madura...

– Y tu esposa mientras tanto ¿dónde está en el mundo físico? –arriesgué cortando una pausa larga para que la conversación no acabase.

Mi pobre Enedina volvió, hace diez años, abandonando el cuerpo por causa de la ictericia, que le apareció como verdugo invisible, provocada por las bebidas alcohólicas. La cuidé ensayando todos los procesos de socorro a mi disposición...

Me atemorizaba la perspectiva de verla esclavizada a las fuerzas viles a las que se había unido sin percatarse; ansiaba retenerla en el cuerpo, como quien resguarda un niño inconsciente en un refugio. Pero ¡ay de mí! arrebatada por entidades infelices, a las que se asoció en su liviandad, en vano procuré proporcionarle algún consuelo, ya que ella misma, después de desencarnar se complacía en el vicio, intentando una fuga imposible de sí misma. No había otro recurso más que esperar, esperar...

– ¿Y los hijos?

– Jorge y Ernesto, hipnotizados por la riqueza material, se hicieron inabordables para mí.

Mentalmente, no registran mi recuerdo. Intentando captar su simpatía, el padrastro llegó a insinuar que no eran mis hijos, si no suyos por su unión con mi esposa, cuando yo vivía en la tierra, y que Enedina, infelizmente, no llegó a desmentir...

El compañero esbozó una amarga sonrisa y dijo:

–¡Imagínate! en la carne el miedo es común a los desencarnados y, en mi caso, fui yo quien se apartó del ambiente doméstico bajo sensaciones de insoportable horror... incluso así, la bondad de Dios no me arrojó a la soledad, en lo que se refiere a ternura familiar. Tengo una hija de quien jamás me separé por los lazos del espíritu... Beatriz, a quien dejé en la flor de la niñez, soportó pacientemente las afrentas y se conservó fiel a mi nombre. Somos, por tanto, dos almas en la misma franja de entendimiento...

Pedro se limpió los ojos de lágrimas y añadió:

–Ahora, con casi medio siglo de existencia entre los hombres, sumergida en el cariño que consagra a su esposo y a su único hijo, se prepara para el regreso... mi hija viene pasando sus días terrenales con el cuerpo torturado por el cáncer...

–Pero ¿te atormentas por esto? La idea del reencuentro pacífico ¿no será un gran motivo de alegría?

–¿Y los problemas, amigo mío? ¿Los problemas del grupo de la misma sangre? durante muchos años, me mantuve al margen de las tormentas del navío familiar... me hice al océano largo de la vida... ahora, por amor a mi hija me veo obligado a chocar, con espíritu de caridad, a la irreflexión y al descaro. Me considero poco apto... desde que me puse a la cabecera de mi hija, me veo en la condición de alumno debilitado por la expectativa de errores constantes...

Se disponía a proseguir, cuando una urgente llamada al servicio nos interrumpió la conversación, pero antes, con ánimo de calmarle, me despedí con el compromiso de unirme a él en las tareas de asistencia a la enferma, de modo más intenso, a partir del día siguiente.

## CAPÍTULO 2

Doña Beatriz reposaba en el lecho, demostrando un enorme cansancio.

La enfermedad, ciertamente, consumía su forma física desde hacía tiempo, ya que a los cuarenta y siete años de edad estaba muy delgada y con el rostro surcado de arrugas.

Se la veía ensimismada, triste... Preocupada ante la crisis inminente.

Las ideas le fluían, vivas y nobles, indicándole la proximidad de la desencarnación. Se sentía como el caminante que llega al fin de su viaje.

A la vez que tranquila, se inquietaba por los vínculos que le unían al mundo. A pesar de eso, visualizaba las puertas del más allá, plasmando hermosos cuadros íntimos como quien sueña despierto, y se acordaba de Neves, el padre que había perdido en la infancia, como si estuviera muy cerca de recuperarle, tal era el amor que les unía, el uno al otro.

Observamos sin dificultad, que el alma afectiva de la enferma se dividía con más fuerza en la Tierra, entre el esposo y el hijo, de los cuales se veía en gradual proceso de inevitable separación.

En el aposento acogedor, con algunos adornos, todo traslucía limpieza, asistencia, cariño.

Delante del lecho, encontramos un enfermero desencarnado que Neves abrazó, demostrando que le tenía en gran estima.

Y me presentó:

– Amaro, tenemos aquí a André Luiz, amigo y médico que, de ahora en adelante, participará en los servicios.

Nos saludamos cordialmente.

Neves preguntó cortésmente:

– ¿El hermano Félix vino hoy?

– Si, como siempre.

Me enteré entonces, que el hermano Félix, desde hacía muchos años, era el superintendente de una importante casa de socorro, ligada al Ministerio de la Regeneración, en Nuestro Hogar <sup>2</sup>. Famoso por su bondad y paciencia, era conocido como un apóstol de abnegación y buen sentido.

No disponíamos de mucho tiempo para consideraciones personales.

---

<sup>2</sup> Organizaciones en el plano de los espíritus (Nota del autor espiritual).

Doña Beatriz tenía agudos dolores y el compañero mostró el propósito de aliviarla, a través de pases reconfortantes. En gran postración física, revelaba una profunda sensibilidad mediúmnica.

¡Oh, los sublimes pensamientos del lecho del dolor!... Con los ojos cerrados, la enferma, aunque no distinguiese la presencia paterna, se acordaba de la ternura del progenitor, que le parecía distante e inaccesible en el tiempo. Se identificaba, de nuevo, con la ingenuidad infantil... en la acústica de la memoria, oía las canciones del hogar, volvía encantada, a las horas de la infancia... reconstituyendo en la imaginación las reliquias de la cuna, se sentía en el regazo paternal, como hace el ave de regreso al cálido nido...

Doña Beatriz lloraba. Lágrimas tiernas corrían por su cara. Y sin que su boca pronunciase la menor palabra, clamaba íntimamente con toda el alma: “papá, papá”...

¡Meditad, vosotros que en el mundo consideráis para los desencarnados la indiferencia de la ceniza! Más allá de la tumba, el amor y la tristeza muchas veces se transforman en sentido llanto.

Neves, se tambaleó angustiado... Le abracé, pidiendo que tuviese coraje. La angustia en el ánimo del compañero atribulado duró apenas algunos momentos.

Se rehizo, recomponiendo el semblante que el sufrimiento había transfigurado, puso la diestra en la frente de su hija y oró, suplicando el amparo de la Bondad Divina.

Chispas de luz, como minúsculas llamas azules, salían de su tórax y se proyectaban en el cuerpo fatigado, revistiéndole de energías calmantes.

Emocionado, observé que Doña Beatriz caía en un suave sopor. Y antes que pudiese darme cuenta, una joven, de unos veinte años de edad, entró cautelosamente en el cuarto. Pasó sin percibirnos y tomó el pulso de la enferma, observando su estado.

La recién llegada esbozó el gesto de quien veía todo en orden. Se dirigió después a un pequeño armario y tomando los recursos necesarios, volvió a la cabecera de la dueña de la casa, para ponerle una inyección calmante.

Doña Beatriz no mostró la más mínima reacción, continuando su descanso, sin dormir.

El apoyo magnético de minutos antes había insensibilizado sus centros nerviosos.

Muy tranquila, la joven, como una enfermera improvisada, se retiró a una esquina del aposento para sentarse en un sillón de mimbre. Antes, abrió parte de la ventana dejando entrar una corriente de aire fresco en la estancia.

La joven, con gran sorpresa para mí, encendió un cigarro y fumó distraídamente, como si quisiera huir de sí misma.

Neves la miró significativamente con una mezcla de piedad y repulsa, y me dijo discretamente:

– Es Marina, contable de mi yerno, que se dedica al negocio de inmuebles... Ahora, a petición de él, desempeña funciones de asistente...

Un evidente sarcasmo se desprendía de sus palabras.

– ¡Imagina!, –volvió a decir– ¡fumar aquí en la cámara del dolor, donde se espera a la muerte!...

Contemplé a Marina, cuyos ojos denotaban una recóndita inquietud.

Soplaba hacia fuera de la ventana las bocanadas de humo, como señal de respetuosa estima con la señora que yacía en el lecho.

Repartiendo la atención entre ella y Amaro, nuestro amigo de la esfera espiritual, Neves, parecía querer hablar para desahogarse. Intenté entonces tener una idea más exacta de la situación.

Me aproximé a la joven, con el propósito de examinarla en silencio y captar sus vibraciones más íntimas; no obstante, retrocedí asustado.

Extrañas formas-pensamientos, que reflejaban sus hábitos y deseos, en contradicción con nuestros propósitos de socorrer a la enferma, me hicieron sentir que Marina se encontraba allí a disgusto. Su mente vagaba a lo lejos...

En su cabeza se fijaban cuadros vivos de agitación... Su mirada fija escuchaba dentro de sí misma, la música de la noche festiva que pasó la víspera y experimentaba en la garganta la impresión de la abundante ginebra que había tomado.

A pesar de parecer una niña crecida, superficialmente, bajo el torbellino de la humareda, exhibía complejas telas mentales que relampagueaban en el aura imprecisa.

Llevado por las circunstancias a colaborar en la solución de un proceso asistencial, sin ningún plan preconcebido, pasé a analizar su conducta aislada. La medicina terrestre, en el futuro, para atender con eficacia al enfermo, examinará minuciosamente, el aspecto espiritual de todas las piezas humanas que componen el equipo.

Respetuoso, inicié la anamnesis psicológica.

Marina presentó, al principio, la figura de un hombre maduro acuñada por su propia imaginación y que se repetía muchas veces en su frente.

Ella y él juntos... Se percibía la intimidad de su romance...

Físicamente, parecían padre e hija; sin embargo, por las actitudes sentimentales no conseguían disimular una agitada pasión del uno por el otro. En los sutiles paneles que surgían y desaparecían, alternativamente, se mostraban ambos extasiados, ebrios de placer, ya fuese dentro del lujoso automóvil o abrazados sobre la arena de las playas, unidos cariñosamente bajo la protección de árboles tranquilos o sonrientes en tumultuosos lugares de diversión nocturna... Deslumbrantes paisajes de Copacabana a Leblon desfilaban como admirable fondo pictórico.

La joven entrecerraba sus párpados para saborear los recuerdos que envolvían sus sentidos, para luego después mentalizar, sorprendentemente, otro hombre, tan joven como ella misma, en escenas de una película interior, diferente...

Se abría un escenario para exhibir el recuerdo de las propias aventuras, en el cual se destacaba igualmente encariñada con el joven disfrutando de sensaciones diversas... Ella y él también juntos en el mismo coche o paseando felices, saboreando

refrescos o reposando en los jardines públicos como niños enamorados que enlazan aspiraciones y sueños...

En aquéllos rápidos minutos de fijación espiritual, en que se exteriorizaba tal cual era, Marina revelaba la doble personalidad de la mujer dividida entre el cariño de dos hombres, dominada por pensamientos de miedo e inquietud, ansiedad y arrepentimiento.

Neves, que de algún modo participaba conmigo en la inspección, quebró la calma reinante diciendo abatido:

– ¿Estás viendo? considera lo difícil que es para mí, padre de la enferma, soportar aquí semejante criatura.

Traté de consolarle, y a petición de él mismo, pasamos a un pequeño salón de lectura, contiguo al aposento de la enferma, con el fin de que pudiésemos reflexionar y conversar.

### CAPÍTULO 3

En la habitación aislada, mi amigo, fijó sus ojos en los míos y comentó:

– Después de la desencarnación, nos encontramos en la segunda fase de nuestra propia existencia y nadie en la Tierra imagina las nuevas condiciones en que nos encontramos... De entrada, renovamos la vida.

Equipos salvadores, apoyo en la oración, estudio de las vibraciones, escuela de caridad. Ensayamos, felices, el culto de los grandes sentimientos humanos... Después, cuando volvemos al trabajo más íntimo en el entorno doméstico, que suponíamos barrido para siempre de la memoria, como en la situación especial de mi caso... es preciso exprimir la sangre del corazón para confirmar lo que nos dicta nuestra cabeza... ten en cuenta que me encuentro en esta casa en servicio apenas hace veinte días, y ya recibí tantas puñaladas en el alma, que si no fuese por las necesidades de mi hija, ya habría huido... Sin mis observaciones personales, no habría admitido tanta liviandad en mi yerno... Bellaco, fanfarrón, impúdico.

Si, si... –intenté parar las dolorosas alegaciones–

Comenté, brevemente, los beneficios del olvido de todo mal, argumenté la bondad del auxilio silencioso, a través de la oración.

Neves sonrió, medio desconsolado, y añadió:

– Comprendo que tú me indicas las ventajas del pensamiento positivo en la fijación del bien y creo que, por mi parte, haré cuanto pueda para no olvidarlo. Ahora, sin embargo, acepta por favor mis consideraciones, tal vez inoportunas. La medicina es una ciencia luminosa, llena de puro raciocinio; pero muchas veces se ve obligada a descender de la alta cultura para diseccionar cadáveres...

Su mirada indicaba que deseaba compartir conmigo sus sentimientos, y continuó:

– Sabes que en la quinta noche de mi permanencia aquí, notando que Beatriz se encontraba en una aguda crisis, fui a buscar a mi yerno para que le ayudase en persona... ¿y sabes donde le encontré? No en la oficina, según la falsa información que dejara en casa. Indignado le sorprendí en la penumbra de la noche, junto a la chica que acabas de conocer. Los dos unidos, como marido y mujer. Corría el champán y la música lasciva. Entidades perturbadoras y perturbadas unidas al cuerpo de los bailarines, en cuanto otras iban y venían, se inclinaban sobre las copas, cuyo contenido los labios aburridos no habían conseguido sorber completamente.

En un entorno multicolor, donde algunas jóvenes se exhibían semidesnudas en conjuntos exóticos, los vampiros gesticulaban, completando, en el sentido menos digno, los cuadros que el mal gusto humano pretendía presentar en nombre del arte. Todo era rastrero, impropio, inconveniente... Observé a mi yerno y su colaboradora, en los brazos uno del otro, recordé a mi hija enferma y me revolví. Una súbita desesperación se apropió de mí. Mi razón osciló hacia lo oscuro, pues llegué a justificar en un momento dado, la deplorable actitud de los compañeros desencarnados que se

transforman en vengadores intransigentes. El hombre viejo que yo fuera y el hombre renovado que aspiro a ser luchaban en mis más recónditas fibras...

Hizo una pausa, reagrupando los pensamientos, y siguió:

– Había visto despavorido, en otro tiempo, aquellos que se animalizaban después de la muerte en los lugares que habían sido reducto de su felicidad, y se precipitaban, violentos, sobre los seres amados que les retiraban el afecto... Había participado entusiasmado en diversas comisiones de socorro, procurando esclarecerlos y modificarlos hacia el bien, hacerles sentir que las luchas morales después de la desencarnación, se convertían en penosa herencia para todos aquéllos con los cuales no armonizaban; les advertía también que la tumba esperaba a cuantos en la Tierra les negaban lealtad y ternura... Y, en muchas ocasiones, conseguía calmarles e iniciar una retirada beneficiosa. Pero allí... imprudentemente encolerizado contra la insensibilidad del hombre que desposara a mi querida hija, me vi llamado a practicar los buenos consejos que había dado...

El amigo hizo una ligera pausa, enjugó las lágrimas que le corrían por el rostro, al evocar su propio inconformismo, y completó la frase, añadiendo:

– Pero no pude. Invasado por una terrible cólera avancé como una fiera y, sin pensarlo, le golpeé en la cara. Él se dejó caer en los hombros de la compañera, acusando una indisposición, como si estuviese bajo el impacto de una súbita lipotimia... Me dispuse a retorcerle el cuerpo con mis recios brazos, pero no lo conseguí. Una señora desencarnada, de semblante noble y tranquilo, se aproximó, desarmándose en lo más íntimo. No demostraba signos exteriores de elevación. Se mostraba más bien tan profundamente humana como nosotros mismos. Se diferenciaba apenas a través de un minúsculo distintivo luminoso que brillaba pálidamente en su pecho, como una extraña joya que emitía una discreta radiación. Me acarició levemente la cabeza, induciéndome serenidad. La miré avergonzado. La dama inesperada no me censuró, ni hizo ninguna alusión a mi infeliz gesto. Al contrario, me habló bondadosamente de mi hija enferma. Demostraba conocer muy bien a Beatriz y acabó invitándome a salir del recinto para acompañarla a la habitación de la enferma, cosa que hice sin dudar. La gentil interventora, solamente citó los méritos de la comprensión y la tolerancia, sin ninguna referencia a los desvaríos del lugar que acabábamos de dejar, y por ello procuré reprimirme y reflexionar, exclusivamente en el socorro a proporcionar a mi hija. La mensajera anónima me dejó en la casa, despidiéndose delicadamente, y después de eso nunca más la vi, por lo que hasta hoy, me acuerdo de ella, muy intrigado...

Traté de emitir alguna observación reconfortante, rememorando mis experiencias, cuando Neves interpretando mis pensamientos dijo, después de una prolongada pausa:

– Tu, André, ¿nunca te viste frente a acontecimientos tan desagradables?

Recordé, emocionado, las primeras impresiones que me habían trastornado la sensibilidad, después de la desencarnación. Recompuse en la memoria todas las situaciones en que me sorprendí desanimado, excitado, vencido...

Volvieron a mi corazón los cambios domésticos, las dificultades familiares, los impositivos de la lucha humana y las sugerencias de naturaleza física que habían



alterado a mi esposa y a mis hijos en la Tierra, cuando estuvieron sin mi presencia directa. Me sentí más estrechamente ligado a mi interlocutor, asimilando su torturado influjo mental, y comenté:

– Sí, amigo mío, una vez atravesada la gran barrera, mis problemas, al principio, fueron enormes...

No fue posible desahogarme más, ya que un caballero maduro y simpático entró en el recinto, naturalmente sin percibirnos.

Neves, contrariado, le señaló, diciéndome:

– Es Nemesio, mi yerno...

El recién llegado se miró con atención en un espejo cercano, se limpió el sudor con un pañuelo y, cuando recomponía su corbata, lanzó un prolongado suspiro. Se dirigió a la habitación contigua y le seguimos.

Marina, le recibió con una amable sonrisa, conduciéndole a la cabecera de la señora, que le miró entre confortada y abatida.

Doña Beatriz extendió una mano descarnada que el marido besó. Mirándola tiernamente, Nemesio se acomodó en la cama haciéndole preguntas cariñosas al mismo tiempo que acariciaba su cabellera descuidada.

La enferma pronunció algunas breves palabras, intentando agradarle y añadió:

– Nemesio, perdóname si vuelvo al caso de Olimpia... La pobre criatura perdió la casa casi totalmente... Es necesario que le proporciones un techo seguro... Pienso en ella y en sus hijos desamparados. Quítame esta aflicción...

El interpelado mostró una profunda emoción y respondió cortésmente:

– Beatriz, no tengas ninguna duda. Ya envié un amigo, constructor experto, al local. No te preocupes, haremos todo lo que haga falta. Cuestión de tiempo...

– Temo partir en cualquier momento...

– Partir, ¿A dónde?

Nemesio le acarició la frente, sonrió amargamente y prosiguió:

– Mientras estés en tratamiento no podemos viajar a San Lorenzo<sup>3</sup>.

– Mi estación curativa será otra.

– No seas pesimista... vaya ¿dónde está la primavera de nuestra casa? ¿Te olvidas que nos enseñaste siempre a ser alegres? Aleja la tristeza, hasta ayer decía el médico que pronto dejarás de estar convaleciente, ja ja... mañana haré lo necesario para que la casa sea levantada. Tú estarás restablecida en breve, y ambos iremos a desayunar a casa de nuestra Olimpia...

Doña Beatriz al verle tan cariñoso, pareció reanimarse. Entreabrió la boca en una sonrisa, que me pareció una flor de esperanza en un cactus de sufrimiento.

---

<sup>3</sup> Ciudad turística de Minas Gerais – Brasil, famosa por sus aguas minerales medicinales (Nota del Traductor).

Aquellos ojos tan lúcidos derramaron dos lágrimas de felicidad que el esposo enjugó con un tierno gesto. En su rostro amarillento, centellearon rayos de confianza.

Al sentirse mentalmente renovada, la enferma notó nuevas fuerzas en su cuerpo y ansió vivir, vivir por mucho tiempo todavía en el seno familiar. Reconfortada, pidió a Marina un tazón de leche.

La enfermera se lo llevó, conmovida, y, mientras la enferma lo tomaba poco a poco, reflexioné en la bondad de aquél hombre que mi compañero me mostró de otra forma.

El pensamiento de Nemesio se nos reveló hasta allí, claro y puro. Tenía a Doña Beatriz en el cerebro, en los ojos, en los oídos, en el corazón. Le dispensaba la comprensión de un amigo y la ternura de un padre.

Neves me lanzó una mirada extraña, como si estuviese, al igual que yo, lleno de increíble asombro.

Los momentos transcurrían rápidos.

Cuando la enferma devolvió el tazón, otro cuadro se nos presentó a nuestra visión.

Nemesio se levantó del lecho, y por detrás de la cabecera extendió su mano a Marina que se encontraba en el lado opuesto, mientras pronunciaba tiernas palabras a su esposa, acariciaba simultáneamente los dedos de la joven.

Contemplé a Nemesio admirado. Se alteraban ahora sus pensamientos que me parecieron, entonces, incompatibles con la sensación de respetabilidad que nos inspiraba.

Me volví, instintivamente, para Neves, y él, señalándome las dos manos que se acariciaban, dijo para mí:

– Este hombre es un enigma.

## CAPÍTULO 4

Acomodados, de nuevo, en el aposento de al lado, traté de levantar el ánimo de Neves, profundamente desilusionado.

El compañero se encontraba con una sensación de dignidad ofendida, dando la impresión de que la familia encarnada todavía le pertenecía. Desaprobaba la conducta del yerno, exaltando los méritos de su hija. Recordaba el pasado, cuando él mismo había vencido en lances difíciles de la lucha sentimental.

Se sinceraba.

Oí sus argumentos, afligido y reflexionando, por mi parte, en torno a la dificultad que tenemos todos para alejar la idea de nuestra preponderancia sobre los otros. Si no fuese por la obligación que tenía de respetar sus sentimientos, hubiese tratado de convencerle de la conveniencia de pensar de otra manera, sin embargo, intenté reconfortarle:

– No te preocupes. Desde hace mucho aprendí que para los desencarnados, casi siempre las puertas del hogar se cierran en el mundo, cuando la muerte les cierra los ojos.

No pude proseguir. Como si fueran dos niños alegres, Nemesio y Marina entraron en la habitación, huyendo claramente de la presencia de la enferma.

Tenían en el semblante la expresión de los enamorados felices, cuando sienten el clásico “por fin solos”.

Me dispuse, instintivamente, a salir, pero Neves me impidió la retirada diciéndome aturdido:

– Quédate, quédate... No me gusta la indiscreción, pero estoy al lado de mi hija sólo hace algunos días y debo saber lo que ocurre, para poder ser útil...

En ese momento, Nemesio abrazó a la enfermera, cual si volviese a sus años mozos. Le acariciaba las manos y los cabellos y se justificaba, como si fuera un adolescente interesado en vacunar a su chica contra los celos. Tenían que ser buenos con Beatriz, que estaba terminal, y agradecer al destino que les libraba de los percances de un divorcio, incluso amigable...

Se acordaba de lo que dijo el médico en la víspera, indicando que la enferma no conseguiría vivir más que algunas semanas. Y sonreía, como un niño travieso, explicando que no admitía la supervivencia del alma; pero, bajo su modo de ver, si hubiese vida más allá de la muerte, no deseaba que la esposa partiese, sintiendo por ellos cualquier clase de resentimiento. Muy apasionado, procuraba convencerse de que era correspondido, manteniendo su mirada en los ojos enigmáticos de su compañera, a la que se reconocía imantado por intensa atracción.

Marina correspondía, dejándose querer, pero presentaba un fenómeno singular de emoción unida a él y con el pensamiento volcado en el otro, empeñándose por todos los medios, a encontrar en ese otro el incentivo necesario para esa misma emoción.

Nemesio comentaba sus propias dificultades, estaba muy sensibilizado.

Le confesaba una devoción tremenda. No quería que estuviese inquieta, en el futuro, abandonaría los negocios. Vivirían felices en la casita de San Conrado, que transformaría en un bungalow confortable, entre el verde del mar y el verde de la tierra. La reconstruiría en un estilo moderno, con el fin de que fuese su hogar, en el momento oportuno. Quería que ella confiase. En el momento que su estado civil cambiase, la convertiría en su esposa para siempre.

Todo eso lo decía acompañado de manifestaciones cariñosas en las que prevalecían por una parte la sinceridad y por otra el interés.

Sin embargo, se producía una extraña situación.

El y ella se comunicaban entre sí, recíprocamente con los más tiernos detalles seductores y parecían sentir automáticamente, las impresiones que emitíamos cada vez que acompañábamos los mínimos gestos de ambos con aguda observación, prejuzgándoles con el fondo de nuestras propias experiencias inferiores ya superadas.

Semejantes registros que hicimos, con absoluta imparcialidad, son dignos de tenerse en cuenta, ya que, atento como me hallaba al estudio, nos vimos obligados a reconocer que nuestra expectativa maliciosa, unida al espíritu de censura, establecía corrientes mentales que estimulaban la turbación psíquica a la que ambos se veían sometidos, corrientes esas que partiendo de nosotros hacia ellos, estimulaba su apetito sensual.

El marido de Beatriz, resaltaba en susurros, lleno de juvenil felicidad, el anhelo con que esperaba el amor en su futuro hogar.

De repente la joven estalló en sollozos. Él la besó en la mejilla, intentando aliviarle la tensión convulsiva.

Por nuestra parte, reparamos que Marina pensaba cada vez más en el mozo cuya figura se fijaba en su imaginación.

Era escabroso, sin duda, el conflicto en el que se hallaba inmersa, en vista de la sinceridad de todas las promesas que recibía.

Olvidando los compromisos con su esposa, que requería en esa hora más muestras de fidelidad y ternura, se inclinaba Nemesio apasionadamente hacia ella, entregándose sin reservas. La joven era lo bastante inteligente para comprender el punto peligroso de la aventura en el que se encontraba y se sentía aturdida, confundida entre aflicciones y remordimientos que encogían su corazón.

Obligados por las circunstancias a penetrar en los asuntos en examen, distinguíamos en las telas mentales de la joven, la historia íntima que irradiaba.

Se había hecho querer por el maduro yerno de Neves, sin dedicarle otros sentimientos que no fuesen reconocimiento y admiración... Ahora que los acontecimientos empujaban su alma en dirección de lazos más profundos, temía por las indebidamente

concesiones que le había hecho. Su espíritu se agitaba en los recónditos recuerdos de su aventura afectiva, recopilando todos los hechos con los que había sido atraída y sus métodos sutiles de seducción, para concluir asustada, con que amaba locamente a aquél joven flaco que destacaba en su pensamiento, a través de recuerdos cautivadores.

En su interior, se libraba una guerra terrible de emociones y sensaciones.

Nemesio le consolaba, con frases de paternal solicitud. Y para contestar a sus preguntas sobre su llanto, la joven disimuló, expresando inexistentes problemas domésticos, que le permitieron encubrir la realidad.

Intentando librarse de sí misma, habló de supuestos disgustos en su casa. Destacó las exigencias de su madre, habló de dificultades económicas, alegó fantásticas humillaciones que sufría en el trato de la hermana adoptiva, mencionó incomprendiones de su padre, peleas constantes en el seno familiar...

Su interlocutor le animó a que no se deprimiese, no estaría sola. Compartiría todos los impedimentos y sinsabores, fuesen los que fuesen. Debía tener paciencia. La desaparición de Beatriz, esperada en breve, sería el inicio de su felicidad definitiva.

Nemesio se expresaba en tono de súplica. Y tal vez percibiendo que sólo con palabras no bastaba, sacó un talonario de cheques y extendió uno por una importante cantidad que depositó en las manos que aún sostenían el pañuelo empapado en lágrimas.

La joven pareció conmoverse mucho más, exhibiendo en el rostro la aprensión de quien se recriminaba sin justificación de conciencia, al mismo tiempo que Nemesio le abrazaba. En ese instante silencioso, me volví hacia Neves, pero no conseguí pronunciar palabra.

A pesar de estar desencarnado, el amigo me parecía ahora un hombre totalmente vulgar de la Tierra, con su humor agriado. El ceño fruncido alteraba su fisonomía con el desequilibrio vibratorio que precede a las grandes crisis de violencia.

Temía que su emoción se transformase en agresión, pero sucedió algo imprevisto.

De repente, un venerable amigo espiritual entró en la habitación.

Una expresión arrebatadora de simpatía marcaba su presencia. Un halo radiante le rodeaba la cabeza pero, no era la luz suave que se desprendía del aura de sabiduría lo que me impresionaba, sino una sustancia invisible de amor que emanaba de su individualidad sublime.

Fijé en él mis ojos, con la tierna idea de quien vuelve a ver a un compañero largamente esperado por las tristes aflicciones acumuladas en el corazón.

Unos fluidos calmantes me inundaron como si fuese invadido en la esencia de mí ser por inexplicables radiaciones de indescriptible alegría.

¿Dónde habría conocido, en los caminos del destino, a aquél amigo que veía como a un hermano de viejos tiempos? En vano escudriñé mi memoria en aquellos segundos inolvidables.

Y en un instante, me descubrí viviendo las sensaciones puras de la infancia. El emisario que se encontraba delante de nosotros no me hacía sólo recordar la seguridad que me ofrecían los brazos de mi padre cuando era pequeño, si no también el cariño de mi madre, que nunca se apartó de mi pensamiento.

¡Oh Dios! ¿En qué forja de la vida se construyen esos eslabones del alma? ¿En qué raíces de júbilo y sufrimiento, a través de numerosas reencarnaciones de trabajo y esperanza, deudas y rescates, se construye la savia divina de amor que aproxima a los seres y funde los sentimientos en una sola vibración de confianza recíproca?

Levanté de nuevo mis ojos hacia el benefactor que se acercaba y reprimí mi propia emotividad con el fin de no abrazarle instintivamente en un arrebato de regocijo.

Nos levantamos de golpe.

Después de saludarle, Neves, más sereno, me lo presentó casi sonriendo:

– André, abraza al hermano Félix...

El recién llegado se acercó a mí, abrazándome y saludándome cariñosamente, con el evidente propósito de evitar cualquier elogio hacia su persona.

– Me alegro mucho de verte, dijo, benevolente.

– Dios te bendiga, amigo mío...

Entre tanto, me inmovilizaba una gran conmoción. No conseguía llevar de mi corazón a mi boca las expresiones con que anhelaba describir mi emoción, pero le besé su diestra como si fuera un niño, implorándole mentalmente que recibiese las lágrimas que me salían del alma, con mudo agradecimiento.

Ocurrió, de repente, algo inesperado.

Nemesio y Marina se transferían a un nuevo campo espiritual.

Confirmé la impresión de que nuestra curiosidad enfermiza y la rabia que dominaba a Neves hasta entonces habían funcionado allí como estímulos al magnetismo animal en que se ajustaban los dos enamorados, que de ninguna forma podían sospechar la minuciosa observación a que se veían sujetos, por lo que bastó que el hermano Félix les dirigiese una mirada compasiva para que cambiasen.

La visión de Beatriz enferma cortó su espacio mental, como si fuese un rayo. Amainaron los ardores de la pasión. Parecían un par de niños, atraídos uno por la otra, cuyo pensamiento cambia, de improviso, ante la presencia materna.

Y no sólo era eso. No podía auscultar el mundo íntimo de Neves pero una súbita comprensión inundó mi alma.

¿Y si yo estuviese en el lugar de Nemesio? ¿Lo estaría haciendo mejor? –noté como silenciosas preguntas se incrustaban en mi conciencia, impulsando a mi espíritu a razonar en un nivel más alto.

Me fijé en el atribulado cabeza de familia, poseído por nuevos sentimientos, percibiendo en él a un verdadero hermano que tenía que entender y respetar.

Aunque estuviese confesándome a mí mismo, con indiscutible remordimiento, lo impropio de la actitud que había asumido momentos antes, proseguí estudiando la metamorfosis espiritual que se llevaba a cabo.

Marina reveló una benéfica reacción, como si estuviese admirablemente dirigida en un suceso mediúmnico, preparado de antemano. Se recompuso, desde el punto de vista emotivo, manifestando un total desinterés por cualquier forma de entretenimiento físico, y expresó, delicadamente, la necesidad de volver a los cuidados que la enferma exigía. Nemesio, como reflejo de esta renovación interior, no puso ningún impedimento, acomodándose en un sillón cercano, mientras la joven se retiraba tranquilamente.

Reparé que Neves deseaba conversar, sincerarse; mientras, el benefactor que había conquistado nuestros corazones, señaló al esposo de Doña Beatriz y dijo:

– Amigos míos, nuestro Nemesio está seriamente enfermo, sin que él todavía lo sepa. No sé si habéis notado su deficiencia orgánica... Procuraremos ayudarle.

## CAPÍTULO 5

No repuestos todavía del asombro que semejante actitud nos causaba, pasamos a colaborar con el hermano Félix, en la aplicación de recursos, en beneficio del amigo, que, aunque desconociese nuestra presencia, se mantenía ahora en continua reflexión.

Al contacto de las manos del benefactor que movilizaba eficientemente la energía magnética, Nemesio expuso las deficiencias de su sistema circulatorio.

El corazón, considerablemente aumentado, denotaba problemas con endurecimiento de las arterias.

A pesar de su aspecto externo, mantenía una grave enfermedad interna. La característica más esencial de la misma surgía en la arteriosclerosis cerebral, cuyo desarrollo conseguimos observar, manejando diminutos aparatos de auscultación.

Demostrando una larga experiencia médica, el hermano Félix nos señaló una zona concreta en que percibí la circulación de la sangre más reducida, e informó:

– Nuestro amigo se encuentra bajo el peligro de coágulos bloqueadores y, más allá de esto, puede temerse la ruptura de algún vaso a causa de la hipertensión.

Como si percibiese nuestros movimientos y comentarios, el yerno de Neves, en el sillón acolchado en que estaba, instintivamente respondía a las pesquisas a que sometíamos su memoria, aclarándonos todas las dudas a través de reacciones mentales específicas. Se le veía sumergido en su imaginación, ignorando que nos revelaba todo, a la manera de un enfermo que retrocede para los esclarecimientos de la anamnesis. Recordó los ligeros vértigos que venía experimentando a menudo. Iban y venían sus recuerdos, como percibiendo nuestras preguntas. Incluía acontecimientos pasados, fijaba detalles. Reconstruyó en la medida de lo posible, la situación incómoda por la que había pasado súbitamente, por la pérdida del sentido que había sufrido en la oficina días antes. Se sentía desamparado de golpe, ausente. Los pensamientos escapaban de su mente, como expulsados por un resorte interior. Su desmayo, que había sido cuestión de pocos segundos, se le representaba eterno. Había vuelto en sí, aturdido y abatido. Se volvió aprensivo, ensimismado, durante muchos días.

Para desahogarse, se lo contó a un viejo amigo días atrás, ya que no sabía como explicarse lo sucedido.

La imagen construida por él en su mente, era tan nítida, que pudimos contemplarles juntos, a él y a su amigo, como si hubiesen sido filmados.

El marido de Beatriz, inconscientemente, configuraba informes precisos sobre el desmayo, experimentado sus inquietudes posteriores, la entrevista con el colega de negocios y el entendimiento cordial que hubo entre ambos.

Oímos los consejos que le dio su amigo.

No debía esperar más sin acudir a un médico que pudiese diagnosticar su dolencia, le advirtió sobre su evidente fatiga. En Río de Janeiro mejoraría en alguna clínica de



reposo. Unas vacaciones no le vendrían mal. Cualquier síncope, a su modo de ver, era una señal de alarma, un aviso de una posible enfermedad.

Nemesio, callado, sin percibir que se comunicaba con nosotros, emitía espiritualmente sus propias respuestas.

Ir a una consulta era difícil, muchas responsabilidades y poco tiempo. Tenía que estar junto a su esposa, terminal, y no encontraba la forma de cuidar de sí mismo. No ponía en duda la veracidad de lo que decía su amigo, pero se sentía obligado a posponer el tratamiento para cuando pudiese.

Sin embargo en el fondo de su pensamiento, desvelaba para nosotros unos motivos que no se atrevía a exponer.

Enternecido con el toque de amor fraterno del benefactor que le auscultaba, liberó en silencio sus más íntimas preocupaciones, como un niño obediente a sus padres.

Aclaró positivamente, las razones que le hacían evitar ponerse en manos de los médicos. Rechazaba de plano conocer su estado físico. Estaba enamorado y creía volver a las mejores épocas de su juventud. Se identificaba espiritualmente como un joven feliz. Calificaba el afecto de Marina como el reencuentro con sus años mozos que dejase atrás.

Mezclando recuerdos y meditaciones exhibía delante de nosotros la trama de los acontecimientos en que basaba sus esquemas vitales, haciéndonos posible reflejar su realidad psicológica.

Beatriz, la compañera en vísperas de desencarnar, se le representaba como una reliquia que pondría, reverentemente, en breve, en el museo de los recuerdos más queridos.

Se convirtió su sensualidad en admiración, y la llama juvenil en calor de amistad serena. Ajeno al beneficio de la rutina constructiva, situó a la esposa en el lugar de la madre ya desaparecida. Pugnaban, por instinto, la sonrisa benevolente y la bendición de aprobación. Deseaba su presencia, como quien se acostumbra al uso de un mueble precioso. Intentaba armonizarse consigo mismo, al llegar, sudoroso, en casa, descansando su cabeza fatigada bajo el cobijo de su mirada.

Mientras, Nemesio, materialista y práctico a la vez que generoso, desconocía que las almas nobles obtienen en el amor de pareja en la Tierra el fruto de la sublime alegría, cuya pulpa el tiempo vuelve más dulce, eliminando los caprichos transitoriamente necesarios de la corteza.

Insistía en la conservación de todos los impulsos emotivos propios de la juventud corporal. Estaba al día con todas las teorías de la libido.

Una y otra vez, frecuentaba las ciudades de alrededor en juergas nocturnas, afirmando a la vuelta a los amigos, que actuaba así para desenmohecer el corazón. De esas escapadas, volvía, trayendo a su esposa dulces caros que Beatriz recibía complacida. Al transcurrir algunas semanas, se mostraba mucho más comprensivo y tierno hacia ella. Recondicionado, por ello, más dilatadamente a los buenos hábitos que le frenaban, no sabía consagrarse a las construcciones espirituales que sólo la disciplina

favorece y garantiza. Atravesaba de nuevo, las fronteras que los compromisos morales establecían, como un animal saltando la cerca.

En ciertas ocasiones, se aterraba imaginando a su abnegada y fiel esposa adoptando una conducta igual que la suya.

Eso nunca, pensaba. Si Beatriz pusiera, aunque sólo ligeramente, sus ojos en otro hombre, era capaz de matarla sin dudar.

En esos momentos impresiones contradictorias agitaban su espíritu limitado. No se interesaba en absoluto por la mujer, pero no le toleraría manchar su nombre.

Se inquietaba, imaginaba cosas, pero se recomponía tranquilo, recordando las frases de un viejo amigo que consumía su existencia alcoholizado, gastando el dinero de parientes ricos, y que oscurecía sus sueños de hogar cuando era niño, al repetirle frecuentemente: “Nemesio, la mujer es zapatilla en el pie del hombre, cuando no da más de sí es preciso encontrar otra”.

Era comprensible que, regando la raíz de su carácter con las aguas turbias de semejante filosofía, el yerno de Neves alcanzase el marco de los sesenta años con los sentimientos deteriorados, en lo tocante al respeto que un hombre se debe a sí mismo.

Por todos esos motivos, en la andadura difícil y oscura que atravesaba, cada vez intentaba mejorar más su aspecto.

Había recuperado el gusto de vestirse con distinción, seleccionando modelos y sastres. Refinó la sensibilidad masculina, se aficionó a los programas radiofónicos de gimnasia, con los que logró despojarse de la grasa superflua. Intentaba estar a la última moda en el lenguaje y el estilo de comportamiento.

No le importaban las canas que cubrían su cabeza. Elegía perfumes exóticos y corbatas con motivos chillones y juveniles.

Compraba hábilmente los consejos de improvisados profesores en renovación de personalidad y se acicalaba, vanidoso, lo mismo que un edificio antiguo al que se renovase la fachada.

Evidentemente no –razonaba–, no se resignaría a cualquier terapia que no fuese incrementar el placer. Rechazaría, toda medida dirigida a un supuesto reajuste orgánico, ya que se creía perfectamente capaz de controlar sus propias sensaciones. Su euforia constituía un problema, y las únicas medicinas que aceptaba eran aquéllas que creía le podían rejuvenecer.

El hermano Félix nos dijo:

– Nemesio demuestra un enorme agotamiento, por culpa de los hábitos demolidores a los que se ha rendido.

La inquietud emocional le destrozaba los nervios, y los falsos afrodisíacos que usaba minaban sus energías sin que él fuese consciente de ello.

Ante esta afirmación, el esposo de Beatriz demostró un angustiado vínculo mental, demostrando haber asimilado automáticamente, el impacto de tan grave enunciado.

– ¿Y si empeorase? –se dijo así mismo–

La imagen de Marina se reflejó en su alma.

Nemesio reflexionó preocupado.

Estaría de acuerdo, sí, en recuperar la salud, pero solamente después... Después que tuviese a la joven en su casa, entregada a él por los lazos del matrimonio. Hasta que no la tuviese en sus brazos como esposa, no aceptaría la protección médica. Quería mostrarse como un joven a los ojos de ella. Huiría deliberadamente de consejos tendentes a desviarle de los paseos, excursiones, entretenimientos y borracheras que, en su condición de hombre enamorado, quería ofrecer a Marina.

El hermano Félix no puso ningún argumento ni propuesta en contra. Al contrario, le administró recursos magnéticos en su cerebro, dándole asistencia.

Al final de la larga operación de socorro, Neves, taciturno no disimulaba su desacuerdo. Su mente expresaba su desaprobación, plasmando pensamientos de censura, que aunque respetuosa, nos alcanzaban de lleno como una lluvia de vibraciones negativas.

Tal vez por eso, el benefactor sugirió al dueño de la casa abandonar el recinto, solicitud muda que Nemesio atendió con prontitud, ya que se alimentaba de la ayuda que el amigo espiritual le ofrecía espontáneamente.

Los tres, a solas, reanudamos la conversación.

Félix, sonriendo, cogió cariñosamente los hombros de mi compañero diciéndole:

– Te entiendo, Neves, te entiendo...

Animado por el cariño con que tales palabras le eran dirigidas, el suegro de Nemesio se desahogó:

– Quien no entiende nada soy yo. No admito tanta consideración para un ser así. ¡Un hombre como este, que no respeta la confianza paterna! ¿No se le ve en el espíritu la poligamia declarada? ¡Un sesentón desvergonzado que ensucia la presencia de la esposa agonizante! ¡Ah! Beatriz, mi pobre Beatriz ¿Por qué te uniste a un animal así?

Neves enloquecía delante de nosotros, retrocediendo mentalmente al círculo estrecho de la familia humana y lloraba, trastornado, sin que pudiéramos apaciguar sus emociones.

– Intento ser fuerte –gemía enfurruñado–, pero no resisto. ¿De qué me vale trabajar odiando? ¡Nemesio es un cínico! He estudiado la técnica de perdonar y servir, he aconsejado servicio y perdón a otros, pero ahora... divididos por una simple pared veo el sufrimiento y el vicio bajo el mismo techo. Por una parte mi hija resignada, aguardando la muerte, de otra mi yerno y esa mujer que insulta a mi familia. ¡Dios del cielo! ¿Qué me has reservado? ¿Auxiliaré a una hija doliente con la tolerancia? Pero ¿cómo soportar a un hombre así?

En la pausa que se produjo, no avanzó en su prudencia.

– Antiguamente –tartamudeó desesperado– se creía que el infierno después de la muerte era caer en una cárcel de fuego; hoy aprendo que el infierno es volver a la Tierra a estar con los parientes que dejamos... ¡esa es la expiación de nuestros pecados!...

Félix se aproximó y cogiéndole afectuosamente las manos, le dijo:

– Calma, Neves. Siempre llega para todos nosotros el día de probar aquello que somos, no lo que enseñamos. Además de esto, se debe entender a Nemesio...

– ¿Entenderle? –Titubeó el interlocutor– ¿no se le ve?

Y agregó, casi irónicamente:

– ¿Sabes quien es el chico que viene ocupando el pensamiento de esa moza?

– Se, pero permíteme explicarte –aclaró Félix con suavidad– comencemos por aceptar a Nemesio en la situación en que se encuentra. ¿Cómo exigir madurez al niño o pedir raciocinio claro al demente? Sabemos que el crecimiento del cuerpo no supone elevación del espíritu. Nemesio es un alumno de la vida, como nosotros mismos, sin el beneficio del aprendizaje en que nos estamos instruyendo. ¿Qué sería de nosotros, en la situación de él, sin la visión que tenemos actualmente? Probablemente caeríamos en peores condiciones...

– ¿Quieres decir que debo aprobarlo?

– Nadie aplaude la enfermedad, ni alaba el desequilibrio; sin embargo sería muy cruel rehusar dar simpatía y medicación al enfermo. Consideremos que Nemesio no es un compañero despreciable. Se sumergió en sugerencias peligrosas, pero no huyó de la esposa a quien presta asistencia, se muestra engañado por extravagancias emotivas de carácter deprimente que merman sus fuerzas; con todo, no olvidó la solidaridad, ofreciendo una casa propia y gratuita a la señora que le presta sus servicios; se cree poseedor de una juventud física totalmente irrisoria, cuando, en realidad, acarrea un cuerpo en desgaste prematuro; se dedica apasionadamente a una joven que le menosprecia, aunque le dedique un aprecio respetuoso...

¿No serian suficientes estas razones para merecer benevolencia y cariño? ¿Quién necesita más ayuda, él que está ciego o nosotros que discernimos? Es cierto que no se puede enorgullecer de las maniobras lamentables en la esfera del sentimiento; pero debemos confesar que él no es del todo un analfabeto de las verdades del alma...

En un tono de voz significativo, el instructor precisó:

– ¡Neves, Neves! La sublimación progresiva del sexo, en cada uno de nosotros, es un horno candente de sacrificios continuos. No nos cabe condenar a nadie por faltas en las que quizá podamos incidir o de las que hayamos sido culpables en otras ocasiones. Comprendamos para que podamos ser comprendidos.

Neves se calló, controlado por la influencia del venerable amigo y cuando conseguí mirarle, después de algunos momentos, vi que estaba humildemente orando.

## CAPÍTULO 6

De vuelta al aposento de la enferma, comprobamos que Nemesio y Marina ya habían salido. Una empleada de la casa velaba su sueño.

Neves, con el semblante apagado, se abstenía de emitir cualquier comentario. Se retraía intentando reprimir impulsos menos constructivos.

Recomponiéndose, momentos antes, rogó al hermano Félix le disculpase el ataque de cólera en el que había expresado tanta rebeldía y desesperación.

Abandonando su inconveniente actitud, humildemente se acusaba. Había sido insensible e insensato y se arrepentía tristemente de ello. El hermano Félix, en base a la autoridad que tenía, si quisiera podría apartarle del piadoso trabajo que había solicitado, con el objetivo de proteger a su hija; pero pedía tolerancia. Un corazón paternal, en el instante crítico, no se encuentra preparado para llegar al nivel de desprendimiento necesario, declaraba con amargura y decepción.

Félix, sin embargo le abrazaba con afecto y, sonriente, explicó que la edificación espiritual en muchas circunstancias incluye explosiones de sentimiento con truenos de revuelta y aguaceros de llanto, que terminan por descongestionar las vías de la emoción.

Era preciso que Neves olvidase y volviese a empezar. Para ello, contaba con los talentos de la oportunidad del tiempo. Obviamente, el suegro de Nemesio se hallaba ahora, delante de nosotros, transformado y solícito.

Por indicación del paciente amigo que nos orientaba, oró, mientras administrábamos socorro magnético a la enferma.

Beatriz gemía; mientras, Félix se esmeró para que se aliviase y durmiese, cuidando a la vez que no se retirase del cuerpo, bajo la hipnosis habitual del sueño. No le convenía, nos aclaró, apartarse del vehículo fatigado. Dado que sus órganos estaban profundamente debilitados, alcanzaría una penetrante lucidez espiritual y no sería prudente precipitarle de golpe a impresiones demasiado activas de la esfera diferente a la cual se transferiría en muy breve tiempo.

Una mudanza progresiva era lo más aconsejable. Graduación de luz, intensificándose poco a poco.

Dejamos a la hija de Neves en un reparador reposo, y salimos a la calle.

Acompañando a Félix, cuyo semblante denotaba profunda preocupación, llegamos al espacioso apartamento de Flamengo, donde íbamos a conocer de cerca a los familiares de Marina.

La noche avanzaba.

A través de un estrecho pasillo, entramos en el recinto doméstico, sorprendiendo en la entrada a dos desencarnados que debatían, con frescura, escabrosos temas de vampirismo.

Señalemos que, aunque pudiésemos examinar sus movimientos y oír sus comentarios locuaces, ninguno de ellos lograba percibir nuestra presencia, enfrascados en su innoble conversación.

Bribones y libertinos, pero peligrosos, ya que eran invisibles para aquellos a los que se acercaban como amenaza insospechada.

Por semejantes compañías, era fácil apreciar los riesgos a los que se exponían los habitantes de aquél edificio sin ninguna defensa espiritual.

Entramos. En la sala principal, un caballero de buena presencia, que adivinamos que era el dueño de la casa, leía un periódico vespertino con atención.

Los detalles decorativos, aunque modestos, mostraban un señalado gusto femenino. El mobiliario antiguo de línea rústica se suavizaba con ligeros adornos.

Unas cortinas de amarillo dorado con claveles y rosas rojas revestían la pared. Pero, sobre el mantel florido de la mesa, destacaba una botella de güisqui, dejando emanaciones alcohólicas que se unían al aliento del amigo tumbado en el sofá.

Félix observó el ambiente, manifestando con expresión de quien se atormentaba piadosamente al verlo, y nos indicó:

– Aquí tenemos al hermano Claudio Nogueira, padre de Marina y cabeza de familia.

Le miré de reojo. Nuestro anfitrión involuntario semejaba uno de esos hombres maduros que parecen quedarse en los cuarenta y cinco años, como luchando contra el tiempo. Un rostro todavía joven en el que comenzaban a aparecer algunas arrugas, bien peinado, uñas cuidadas, pijama impecable. Sus grandes ojos oscuros parecían imantados a las letras, buscando motivos para trazar en los finos labios una sonrisa irónica. Entre los dedos de las manos que descansaba al borde del sofá, mantenía un cigarro humeante cerca de un cenicero repleto que indicaba silenciosamente su adicción a la nicotina.

Algo inesperado nos apartó de nuestra cuidadosa observación.

Delante de nosotros, aquellos desencarnados infelices que sorprendimos en la entrada, abordaron a Claudio sin ninguna contemplación.

Uno de ellos le tocó los hombros y le gritó, insolente:

– Bebe, querido, quiero beber.

Su voz chillona afectó nuestra sensibilidad auditiva. Claudio, sin embargo, no parecía oír el más mínimo sonido. Se mantenía atento a la lectura, inalterable. De todas formas, si no disponía de tímpano físico para realizar la petición, su mente sintonizaba con la misma.

El desencarnado, repitió su exigencia, cual hipnotizador que da una orden.

El resultado no se hizo esperar. Vimos al paciente desviarse del artículo político en que estaba absorto. Él mismo no podría explicar el súbito desinterés por el editorial que había centrado su atención hasta el momento.

¡Beber! ¡beber! ...

Claudio recibió la sugerencia, convencido de que se tomaba un trago de güisqui exclusivamente por su voluntad.

El pensamiento se le transformó, rápido, como una central cuya corriente se desvía de una dirección para otra por efecto de una nueva acometida de fuerza.

¡Beber! ¡beber! ... y la sed de alcohol se transformó en idea, tomando forma. La mucosa pituitaria se le agudizó, fuertemente impregnada del olor ácido que había en el ambiente.

El asistente malicioso le rascó ligeramente la garganta. El padre de Marina se sintió incómodo. Una sequedad indefinida le constreñía la laringe. Deseaba tranquilizarse.

El sagaz amigo percibió su tácito acuerdo y se pegó a él. Al principio, una caricia leve; después un abrazo envolvente y más tarde con más profundidad, una asociación recíproca.

Se integraron ambos en un exótico acontecimiento de injerto fluídico.

En varias ocasiones había estudiado el tránsito del espíritu despojado del envoltorio carnal por la materia espesa. Yo mismo, cuando me acostumbraba, de nuevo, al clima de la espiritualidad, después de la última desencarnación, analizaba las impresiones al trasponer maquinalmente obstáculos y barreras terrestres, recogiendo en los ejercicios efectuados la sensación de quien rompe nubes de gases condensados.

Allí, mientras, se estaba produciendo algo semejante a un perfecto acoplamiento.

Claudio-hombre absorbía al desencarnado, como un zapato que se ajusta al pie. Se fundían los dos, como si habitasen eventualmente en un solo cuerpo. Altura idéntica, igual volumen.

Los movimientos eran sincrónicos y la identificación perfecta.

Se levantaban a un tiempo y giraban integralmente incorporados el uno al otro, estrechamente ligados, bebiendo de la botella.

No conseguía descifrar, por mi parte, a quien atribuir el impulso inicial de semejante gesto, si a Claudio que admitía la instigación o al obsesor que la proponía.

El trago atravesó la garganta, compartida en dualidad singular. Ambos chasquearon la lengua con placer, simultáneamente.

Se deshizo la pareja y Claudio libre, se disponía a sentarse, cuando el otro colega, que se mantenía a distancia, embistió sobre él y protestó: "yo también, yo también quiero".

La sugestión anterior se reavivó de nuevo...

Absolutamente pasivo delante de la incitación que lo asaltaba, reconstituyó mecánicamente, la impresión de sentirse insaciable.

Bastó con eso, y el vampiro sonriente, se apoderó de él, repitiéndose el fenómeno del acoplamiento completo.

Encarnado y desencarnado se unían. Dos piezas conscientes, reunidas en un sistema de mutua compensación.

Me acerqué a Claudio para evaluar, con imparcialidad, hasta donde sufriría él, mentalmente, aquel proceso de fusión.

Más tarde me convencí de que continuaba libre en lo íntimo. No experimentaba ninguna tortura con el fin de rendirse. Hospedaba al otro simplemente, aceptaba sus directrices, se entregaba por propia deliberación. No existía ninguna simbiosis en la que él pudiese destacar como víctima. Destacaba una asociación implícita, una mezcla natural, el suceso ocurría en secuencia, llamada y respuesta, cuerdas afinadas en el mismo tono, el desencarnado proponía, el encarnado aceptaba encantado, petición de uno y concesión del otro.

Condescendiendo en engañar sus propios sentidos, Claudio se creía todavía insatisfecho y tomó un trago más.

La cuenta se me ocurrió que era curiosa, dos tragos para tres.

Libre de nuevo, el dueño de la casa se estiró en el sofá y retornó a su lectura.

Los amigos desencarnados volvieron al pasillo de entrada, mofándose sarcásticos, y Neves, respetuoso, consultó sobre la responsabilidad.

¿Cómo precisar el problema? ¿Si veíamos a Claudio aparentemente reducido a la condición de un fantoche, cómo proceder en la aplicación de la justicia? ¿Si en lugar de un caso relativo a un bebedor, nos encontrásemos ante un crimen? ¿Si la botella de güisqui fuese un arma para quitar la vida a alguien, cómo decidir? ¿La culpa sería de Claudio que se sometía o de los obsesores que le ordenaban?

El hermano Félix, aclaró tranquilamente:

– Ahora, Neves, necesitas comprender que nos encontramos enfrente de personas bastante libres para decidir y suficientemente lúcidas para razonar. En el cuerpo físico o actuando fuera del mismo, el espíritu es dueño de sus actos, la responsabilidad no es algo que pueda alegremente cambiar. Tanto vale en una esfera como en otras. Claudio y sus compañeros, en la escena que acabamos de ver, son tres conciencias en la misma franja de elección y con manifestaciones consecuentes.

Todos somos libres para sugerir o asimilar esto de aquello. Si a ti te propusieran compartir un robo, seguro que rehusarías. Y en la hipótesis de aceptarlo, de estar en tu sano juicio, no tendrías ninguna disculpa.

El mentor se calló por unos momentos, volviendo de nuevo a la reflexión:

– La hipnosis es un tema complejo, que reclama un examen de todos los ingredientes morales. La alienación de la voluntad tiene límites, los llamamientos se producen en todos los caminos y las experiencias son lecciones y nosotros somos todos aprendices. Aprovechar las enseñanzas de un maestro o, por el contrario, seguir a un malhechor, es una decisión nuestra, y los resultados dependerán de ella.



Comprobando que el orientador se daba prisa en ultimar las aclaraciones sin mostrar el más mínimo propósito de apartar las entidades vagabundas que pesaban en el ambiente, Neves volvió a la carga, con el instinto loable del alumno que aspira a comprender perfectamente la lección.

Pidió permiso para revisar el tema.

Recordó que bajo el techo del yerno, el hermano Félix se esmeraba en la defensa contra aquel tipo de gente. Amaro, el enfermero servicial se había situado al lado de Beatriz principalmente para ocuparse de los entrometidos desencarnados. El aposento de la hija era, por tanto, un refugio. Mientras tanto, allí...

Y preguntaba por el motivo del cambio de dirección. Félix expresó en su mirada la sorpresa del profesor que no espera un argumento por parte del alumno y explicó que la situación era diferente.

La esposa de Nemesio mantenía la costumbre de la oración, por lo que se inmunizaba a sí misma espiritualmente.

Repelía, sin esfuerzo cualquier tipo de forma-pensamiento deshonroso que le intentase llegar. Además de esto, estaba enferma, en vísperas de desencarnar, por lo que dejarla a merced de criaturas insanas sería una crueldad. Las garantías que se le ofrecían, por tanto, eran justas.

– Pero... ¿Y Claudio? – insistió Neves.

– ¿No merecerá, por ventura, una demostración fraterna de caridad, con el fin de librarse de tan temibles obsesores?

Félix sonrió con buen humor y explicó:

– “Temibles obsesores” es una definición que tú das –y siguió– Claudio disfruta de una excelente salud física, su cerebro está bien y puede razonar perfectamente, es inteligente, maduro, experto. No carga inhibiciones corporales que necesiten cuidados especiales. Sabe lo que quiere.

Posee materialmente lo que desea y está en el tipo de vida que quiere. Es natural que esté respirando la influencia de las compañías que considere aceptables. Tiene amplia libertad y valiosos recursos de instrucción de discernimiento para unirse a los misioneros del bien que actúan entre los hombres, asegurando su propia felicidad. Si elige como comensales en su propia casa a los compañeros que acabamos de ver, es asunto de él. Mientras que nos arrastrábamos, sujetos a la carne no se nos hubiese nunca ocurrido la idea de expulsar de una casa ajena a las personas que no armonizasen con nosotros. Ahora, viendo desde más alto el mundo y sus cosas, no sería correcto cambiar semejante modo de proceder.

El tema se desdoblaba, asumiendo aspectos nuevos.

Pregunté, con curiosidad:

– Pero, hermano Félix, estamos de acuerdo que Claudio, libre, podría ser más digno...

– Eso es perfectamente lógico –confirmó. Nadie lo niega.

– ¿Entonces por qué no disipamos de una vez los lazos que le unen a los bellacos que le cercan?

El mentor de la espiritualidad superior, razonó inmediatamente:

– Claudio no les considera como vagabundos. Para él, son socios estimables, amigos queridos. Por otro lado, aún no investigamos la causa de la unión entre ellos para emitir opiniones extremas. Las circunstancias pueden ser saludables o enfermizas como las personas, y, para tratar a un enfermo con seguridad, hay que analizar las raíces del mal y confirmar los síntomas, aplicar la medicación y estudiar los efectos. Aquí, vemos un problema por las ramas. ¿Cuándo se habrá formado este curioso trío? Los vínculos ¿serán de ahora o de existencias pasadas? Nada legitimaría un acto de violencia por nuestra parte con intención de separarles, a título de socorro. Eso sería lo mismo que apartar a los padres generosos de los hijos ingratos o a los cónyuges nobles de los esposos u esposas de condición inferior, con el pretexto de asegurar limpieza y bondad en los procesos de evolución. La responsabilidad va pareja al conocimiento. No disponemos de medios precisos para impedir que un amigo se ahogue en deudas escabrosas o se pierda en desatinos deplorables, aunque nos sea lícito dispensarle todo el auxilio posible, con el fin de que se proteja contra el peligro, siendo notorio que las autoridades superiores de la Espiritualidad lleguen a suscitar medidas especiales que imponen grandes aflicciones y dolores a determinadas personas, con el objetivo de liberarles de desastres morales inminentes, cuando merezcan ese amparo excepcional. En la Tierra la justicia apenas corta las manifestaciones de alguien, cuando ese alguien compromete el equilibrio y la seguridad de los otros en el área de la responsabilidad que la vida le marca, dejando a cada uno la facultad de proceder como mejor le parezca. ¿Adoptaremos principios que valgan menos, ante las normas que afianzan la armonía entre los hombres?

Mientras expresaba esto, el hermano Félix se revestía de un halo brillante.

Extasiados, no encontramos nada, salvo el silencio, para expresarle nuestra admiración ante su sabiduría y sencillez.

El instructor miraba a Claudio con simpatía, dando a entender que se disponía a abrazarle paternalmente, y, temiendo tal vez que la oportunidad escapase, Neves, humilde y respetuoso, solicitó le fuese aclarado un punto de lo expuesto.

Delante del paciente mentor, preguntó por los promotores de la guerra entre los hombres. Félix había declarado que la justicia tácitamente corta las acciones de los que amenazan la estabilidad colectiva.

¿Cómo se comprende la existencia de gobernantes transitorios, que se erigen en la Tierra en verdugos de naciones?

Félix sintetizó, precisando algunas palabras que había utilizado:

– Nos referimos a “cortar” en el sentido de “corregir” o “restringir”. Señalamos igualmente que toda criatura vive en el área de responsabilidad que la ley le delimita. Teniendo en cuenta que la responsabilidad de alguien se encuadra en el conocimiento superior que ese alguien ya adquirió, es fácil de admitir que los compromisos de la conciencia, asuman las dimensiones de autoridad que le fue atribuida. Una persona con mucha autoridad puede conducir a extensas comunidades a la cima del progreso y

la perfección o hundirles en la decadencia. Eso en la medida exacta de las actitudes que tome para el bien o para el mal. Naturalmente, gobernantes y administradores, en cualquier época, responden por lo que hacen. Cada cual da cuenta de los recursos que le han sido confiados y de la zona de influencia que recibió, pasando a recibir automáticamente, los bienes o los males que haya sembrado.

Vimos, sin embargo, que Félix no deseaba extenderse en más amplias consideraciones filosóficas.

Percibimos en su rostro la expresión que nos indicaba que posponía para más tarde nuestras preguntas, se acercó a Claudio y con su mirada le envolvió en suaves irradiaciones, generando una dulce expectativa.

El benefactor estaba emocionado. Parecía ahora mentalmente distanciado en el tiempo.

Acarició el cabello de aquel hombre, con quien Neves y yo, en el fondo, no nos afinásemos tanto, pareciendo un piadoso médico, dando energía a un enfermo poco agradable.

Aquel momento de conmoción, fue rápido, y casi imperceptible, porque el hermano Félix volvió con nosotros, y comentó, sin ninguna pretensión:

– ¿Quién nos dice que Claudio mañana no será un hombre renovado para el bien, pasando a educar a los compañeros que le obsesionan? ¿Por qué atraer hacia nosotros la repulsión de los tres, simplemente por que se hayan mostrado ignorantes e infelices? ¿Y por ventura tendremos que admitir que no vamos a necesitar unos de los otros? Existen abonos que lanzan emanaciones extremadamente desagradables; sin embargo, aseguran la fertilidad del suelo, auxiliando a la planta.

El benefactor esbozó el gesto del que cierra una conversación y nos recordó, gentilmente el trabajo en curso.

## CAPÍTULO 7

Entramos en la habitación de al lado, donde encontramos una joven delgada, en actitud doliente.

Sentada en una de las camas que disponía el cuarto, reflexionaba, torturada, permitiéndonos entrever el drama oculto.

El hermano Félix nos la presentó.

Se trataba de Marita, a quien los dueños de la casa habían adoptado al nacer, veinte años antes.

Bastó echarle un vistazo para que me compadeciese al contemplarla. Joven con la fragancia de una flor, aquella moza, casi una niña con las manos entrelazadas debajo de la barbilla, meditando, parecía cargar el peso de tribulaciones dolorosas.

Sus cabellos ondulados semejaban un lindo tocado de terciopelo castaño sobre su cabeza. El rostro esculpido en líneas suaves, los ojos oscuros contrastando con la blancura de su tez, las manos pequeñas y las uñas rosas completaban un bello maniquí de carne, que guardaba por dentro una niña asustada y herida.

Tristeza maquillada. Aflicción con disfraz de flor.

Siguiendo las instrucciones de Félix, la abordé, enternecido, rogándole mentalmente que pensase algo en torno a sí misma.

Desde el contacto con Nemesio, el benefactor me entrenaba, probablemente sin querer, en un nuevo género de anamnesis: consultar al enfermo espiritual en pensamiento, con la tierna comprensión de un padre con sus hijos, a fin de obtener conclusiones para el trabajo asistencial.

Impulsado a operar individualmente, recompuse emociones.

Recobré los sentimientos paternos que me habían animado entre los hombres y clavé mi mirada indagadora en aquella criaturita preocupada, como si fuese mi hija del alma.

Le solicité, sin palabras, que confiase en nosotros sin ninguna presión. Que relatase, gentilmente, sus impresiones más lejanas en el tiempo. Que abriese su pasado, reconstituyendo en el recuerdo todo lo que supiera de sí misma, sin esconder nada.

Nos proponíamos auxiliarle. No podíamos, sin embargo, actuar al azar. Era imprescindible que ella nos revelase información, extrayendo de la cámara de la memoria las escenas archivadas desde la infancia, situándolas en la pantalla mental para que las analizásemos, imparcialmente, de manera que pudiésemos llevar a cabo las actividades de socorro que pretendíamos realizar.

Marita recibió nuestra llamada, de inmediato. Incapaz de explicarse a sí misma la razón por la cual se veía instintivamente constreñida a recordar el pasado, situó el impulso mental en el punto inicial de partida de sus recuerdos.

Los cuadros de la chica que se dibujaban en el aura, eran como una película.

La vimos pequeña, dubitativa en sus primeros pasos.

Y, mientras desfilaban las imágenes ingenuas de lo que le había acontecido, después de surgir su infancia, ella alineaba aclaraciones inarticuladas, respondiéndonos a las preguntas.

Sí –recordaba, creyendo hablar consigo misma–, no era hija de los Nogueira. Doña Marcia, la esposa de Claudio, la había adoptado. Ella era hija de una joven que se suicidó. Araceli, la madre que no había conocido, que entró al servicio de la casa, con ocasión del matrimonio de aquéllos a los que el destino les había impuesto la condición de padres. Cuando se hizo mayor la madre adoptiva le dio a conocer la breve historia de la mujer sencilla y pobre que la había traído al mundo. Recién llegada del interior, en busca de un humilde empleo, Araceli fue recomendada en la casa por otra señora. Era bonita, espontánea. Bailaba, le gustaban las fiestas. Una vez acababa los compromisos domésticos, salía a divertirse. Por su ternura expansiva hacía amistades, paseaba, bailaba. Era alegre y comunicativa, pero diligente y correcta. A veces, regresaba por la noche tarde al aposento que la familia le había asignado; por la mañana, sin embargo, estaba en su puesto. Nunca se quejaba. Invariablemente servicial se desvivía por cumplir sus obligaciones. A la vista de esto, aunque a sus patrones no les gustaban sus compañías poco recomendables, no se sentían con derecho a lanzarle reproches. Doña Marcia era habitualmente precisa en las referencias. Se acordaba de ella con ternura. Con ocasión del nacimiento de Marina, su única hija, se hicieron más amigas, más íntimas. Araceli sentía un gran afecto por ella. Con todo, justamente en esa época, hubo un gran cambio al quedarse embarazada con muchos problemas físicos. Por más que se esforzaron los dueños de la casa instándole a que dijese quien era el responsable de esa situación, ella respondía con llantos, impidiendo cualquier posibilidad de intentar un casamiento digno. Se sabía que frecuentando bailes y fiestas, se había precipitado en aventuras diversas. Compadecidos, los patrones le dieron a la joven madre soltera la más amplia cobertura, inclusive ingresándola en un hospital adecuado, para que la niña naciese con los mayores cuidados posibles.

En estos amargos recuerdos, la chica se detuvo mentalmente, como si estuviese cansada de pensar en el mismo tema. Así fue como ella, Marita, había llegado al mundo.

Se le llenaban los ojos de lágrimas, estableciendo comparación entre las pruebas de la madre y las de ella misma; pero, para no distraer la investigación en curso, le sugerí que continuase.

Doña Marcia le contó –prosiguió en el soliloquio– que, volviendo a casa, Araceli se mostró tremendamente abatida. Lágrimas incesantes, irritación, melancolía. De nada valieron los consejos, ni los cuidados médicos. La noche en que tomó una gran dosis de veneno, había conversado animadamente con la patrona, dando la impresión de una pronta recuperación. Sin embargo por la mañana, fue hallada muerta, con una

de sus manos aferrada a la cuna, como si, en el último momento, no le quisiera decir adiós.

Profundamente conmovida, la joven procuró, en vano, recordar desde el comienzo, interesada en decirnos todo lo que conocía de sí misma. Se acordaba tan sólo de que había despertado para la vida en el regazo de Doña Marcia, que consideró, al principio, su madre verdadera, que se unía a Marina como si fuera hermana de sangre, pasando con ella toda su infancia. Juntas iban a la escuela, juntas vivieron la niñez. Compartían excursiones y entretenimientos, alegrías y juegos. Usaban los mismos libros, vestían de la misma forma.

Procesaba el análisis normalmente, pero, tal vez debido al tiempo que transcurría, el hermano Félix se despidió alegando obligaciones urgentes. Los servicios de la institución de la que era responsable no le permitían prolongar la visita.

Nos dijo gentilmente que confiaba en nosotros. Observó, con la delicadeza del jefe que pide en lugar de mandar, que esperaba de nuestra parte una gran atención para aquélla niña inexperta, para que pudiéramos prestarle todo el apoyo fraternal que fuese posible.

Tal petición le resultaba embarazosa. Comprendí que él, espíritu superior, se hallaba allí por generosidad, con el afecto del profesor noble y destacado que desciende de su cátedra para alentar el ánimo de los alumnos noveles.

Sonrió con sorpresa, percibiendo la interpretación que yo había pensado, y aclaró discretamente, que tenía fuertes razones para consagrarse a la felicidad de esa casa con entrañable afecto; pero la familia insistía en huir de toda actividad religiosa o benéfica.

Nadie, allí, se interesaba por el cultivo de la oración o de estudio. Ninguno de los cuatro componentes de la familia se inclinaba por el servicio al prójimo. Por ello, aunque rodease a Claudio de paternal solicitud, no se sentía autorizado para situar, en la residencia, a servidores bajo su orientación, sin objetivos serios fundados en su actitud.

No siéndole permitido proceder así, satisfaciendo un mero capricho, se veía impulsado a comparecer bajo aquél techo, exclusivamente de cuando en cuando, o bien rogar la colaboración de amigos itinerantes.

Neves y yo, pesarosos, al verle partir, destacamos nuestras deficiencias, pero prometimos obrar con la mejor voluntad posible. Estaríamos de guardia y si ocurriese alguna eventualidad, le llamaríamos inmediatamente.

Félix sonrió y nos informó que Amaro, el enfermero de Beatriz, y otros colaboradores operaban en las cercanías. Todos amigos, con gran dedicación, dispuestos a auxiliar, sin ninguna obligación. Optimista nos destacó que, en el caso que fuese necesario, el pensamiento preocupado emitiría una señal de alarma.

Nos encontrábamos pues, de servicio.

Tras un ligero intervalo, retomamos el análisis en curso. Observé que Neves se esforzaba por ser útil.

Marita, que se había alejado de sus propios recuerdos por un instante, volvió, automáticamente, a rememorar exponiéndonos las telas del pasado reciente, que tenía en su conocimiento.

Sumergida en la imaginación, como en su propia fantasía, se sorprendía mentalmente en el regazo materno o unida a la hermanita, con la seguridad inocente de quien se cree plenamente integrada en el cuadro familiar. Veía a Claudio, sosteniéndola tiernamente en los brazos, dándole la impresión de un padre legítimo.

¡Oh, la felicidad perdida de la infancia! ¡Las dulces convicciones de los primeros tiempos! ¡Cómo suspiraba por volver atrás en el tiempo para refugiarse en un mundo sin problemas!

De pronto, se oprimió su alma, como si un implacable bisturí le seccionase los nervios. La vimos estallar en sollozos. Apareció en su mente la fiesta con la que había celebrado el final del primer curso escolar, nueve años antes. Se detuvo en el Instituto Garrido, en las despedidas a los compañeros, las palabras de salutación y reconocimiento que expresó, feliz, delante de los profesores, y los besos cariñosos que había recibido.

Después... en casa, la mirada diferente de Doña Marcia, en el aposento a puerta cerrada.

Había comenzado entonces, el conflicto de su vida entera. La revelación inesperada, había herido su espíritu, cual piedra contundente. Se desvaneció, de improviso, la alegría infantil. Se sentía un ser adulto, madurado y sufridor, de un momento para otro. No era una hija de la casa. Era huérfana, adoptada por esos corazones queridos, a los que amaba tanto, creyendo pertenecer a ellos.

Eso le reventó el corazón. Por primera vez, lloró con miedo de abrazarse a aquella en cuyo pecho se refugiaba, hasta allí, en las horas difíciles, como si se tratase del regazo materno. Se sentía triste, aplastada. Doña Marcia, indudablemente con buena voluntad, daba toda suerte de explicaciones. Ella, hasta entonces una niña risueña, torturada repentinamente, oía, oía.

Deseaba preguntar el porqué de todo aquello, pero era incapaz de emitir una sola palabra. Era preciso aceptar la verdad, conformarse, sufrir. La madre adoptiva se esforzaba por diluir la amargura de la noticia con el bálsamo del cariño, pero no se olvidaba de aconsejarle: “debes crecer sabiéndolo todo, mejor saberlo hoy que mañana; los hijos adoptivos, cuando crecen ignorando la verdad, acostumbran a desarrollar tremendas complicaciones, en especial cuando otras personas les desvelan su secreto” y resaltó, ante el silencio con que Marita ahogaba sus propias lágrimas: “no llores, sólo trato de explicarte la situación; tu sabes que te criamos como a una hija, pero es necesario que conozcas toda la realidad; te adoptamos en recuerdo de Araceli, tan amiga, tan buena...”.

La información fue inmediatamente complementada con una exhibición de fotografías y reliquias de la madre suicida, que Doña Marcia guardaba celosamente en una caja.

Espantada, daba vueltas nerviosamente con sus manos a aquellos retratos y adornos de mujer pobre.

Se emocionó al ver los collares y broches de fantasía. Era todo cuanto quedaba de la madre que no había conocido. Contempló su imagen en las fotos amarillentas por la acción del tiempo y experimentó una profunda atracción por aquellos ojos grandes y tristes que parecían trasladarle a un mundo diferente.

No era lo bastante madura, sin embargo para pensar en la angustia de aquella mujer que el sufrimiento había abatido. La reflexión, en torno a la madre desencarnada, duró sólo un momento.

Se hallaba lo bastante molesta para separarse fácilmente de su pena. Oía a Doña Marcia, al despedirse, guardando aquellos tiernos vestigios del pasado, sin prestarle mayor atención. Aquellas palabras: “te adoptamos, en recuerdo de Araceli, tan amiga, tan buena”, resonaban en su cabeza.

Entonces ¿era de esta forma como se iniciaba su vida de huérfana?

¿Y los besos del hogar que creía le pertenecían? ¿Y todas las cosas que aspiraba a compartir con Marina a partes iguales?

Se imaginaba a Doña Marcia decididamente empeñada en hablarle sin la menor manifestación del amor efusivo que caracterizaba sus gestos de antaño. Le demostraba cariño, sin duda, pero escatimaba las caricias, como si quisiera trazar, de ahí en adelante, una frontera entre ella y la familia. Se consideraba, por ello, desplazada, herida. Había sido simplemente albergada, tolerada, engañada. No era una hija, era una huérfana.

Su inteligencia precoz comprendía toda la situación, aunque no consiguiese emitir, en ese momento, cualquier tipo de agradecimiento por la compasión de que había sido objeto, empañada por el orgullo infantil.

En una pausa rápida en el curso de los conmovedores recuerdos, Marita nos presentó a la vista una escena enternecedora e inolvidable.

Por mi parte, nunca había registrado una pena infantil, así, tan profunda.

¡Ah, sí, aquél hecho nunca se le fue de la memoria! Cuando la esposa de Claudio la dejó llorando desconsoladamente, vio a la perrita de la casa, flaca y anónima, que Marina, semanas antes, había recogido en la calle. El animalito se había acercado a ella, uniéndose en su pena y lamiéndole las manos. Ella por su parte, le devolvió la caricia, como si le transfiriese toda la carga de amor que creía le había sido restituida en ese instante, por Doña Marcia, y, llorando, se abrazó a la cachorrita afectuosa, explayándose: “¡ah!, preciosa, no solo tu has sido abandonada, yo también...”.

Desde ese día, cambió su vida. Perdió totalmente su espontaneidad. A partir de la revelación que quedó fija en su mente, se creía disminuida, confundida, dependiente.

Semejante suplicio moral, que empezó a los once años de edad, se atenuaba tan sólo por la dedicación incesante del padre adoptivo, cada vez más tierno, mientras que Doña Marcia y su hija se alejaban de su pensamiento.

Se encontraba muy sola en todo lo relacionado con su sexo.

Madre e hija se abstenían de emitir cualquier opinión a la hora de escoger sus vestidos, así como en cualquier aspecto de los cuidados que una joven se debe a sí



misma, aunque Doña Marcia, de vez en cuando, escuchase con ternura maternal sus inquietudes de niña a mujer, necesitada de conocimiento en lo relacionado con su vida íntima.

La esposa de Claudio, cuando existía un momento afectivo, demostraba poseer una gran comprensión y cariño en el fondo, aunque sus formas fuesen tradicionales.

Se aprovechaba de esos momentos efusivos entre ambas, para exponerle todas las dudas guardadas en espera de esa ocasión.

Doña Marcia se aproximaba y le respondía entre besos, demostrando que la luz de la dedicación y la confianza de otros tiempos no se apagaba en su corazón. Sonreía, encantada. Expresaba su ternura maternal con dulces consejos. Compensaba la falta de experiencia al abordar los problemas de la incipiente vida femenina, dándole la impresión de haber reencontrado a la madrecita, que en la cuna, con sus manos finas y bellas, le acariciaba sus cabellos.

Mientras, el momento luminoso se agotaba con rapidez.

Marina llegaba y se turbaba el ambiente.

Asistía, espantada, a la transformación que se operaba de improviso. La interlocutora se complacía en un espectáculo de doble personalidad.

Se ocultaba la madrecita espiritual, afable y acogedora, y aparecía Doña Marcia, envalentonada y cortés, en la atmósfera psíquica.

Salía, de repente, con algún pretexto hacia otra habitación, le daba encargos a distancia, con el fin de apartarse de ella. Asumía una actitud diferente. Se quejaba súbitamente de dolores que, hasta entonces, eran inexistentes.

Ante tal transformación, analizaba el reverso de la moneda.

Ambas, unidas se complementaban en pequeñas tonterías para deprimirle, humillarle. Una pequeña mancha en el vestido bastaba para provocar el sarcasmo; cualquier leve indisposición le atraía una complicada serie de amonestaciones jocosas e indiscretas. Le concedían, rara vez, que les acompañase de compras en el centro. Y si los establecimientos comerciales no disponían de entrega a domicilio, no se privaban de cargarla con muchos paquetes, expresando peyorativamente su situación inferior.

Doña Marcia y Marina, juntas, enfrente de ella, constituían un tormento que debía aguantar en silencio. En esos momentos, sentía el corazón descompasado, una incomodidad indecible, como si estuviese enfrentándose a una prueba de tolerancia y paciencia, ante un tribunal de examen que analizaba sus reacciones, entre el chiste y la ironía.

Pronto se dio cuenta que la hermana, hija única, no dejaría que recibiese la más mínima parcela de los mimos caseros, de los que se suponía dueña y señora.

Una vez desvelado el secreto de su origen, cambió su conducta para con ella. Inventaba motivos para exponer su biografía, en las conversaciones con las amigas, suprimiendo de entrada, cualquier duda que pudiese surgir con relación a ambas, como

supuestas hermanas en el medio social. Criticaba sus gustos y actitudes. Y en cuanto a la madre, no cabía duda por quien se decantaba.

A solas, no dudaba en proporcionarle la ternura que le daba en el pasado, unida tal vez, por la compasión que ella, moza pobre, inspiraba en el presente. Eso conseguía secar más su alma.

Buscaba el reposo en actividades estables. Le pesaba la soledad, sin ningún pariente consanguíneo que pudiese paliar la misma. Las cartas a los familiares de Araceli, nunca obtuvieron respuesta. Las informaciones procedentes de la lejana ciudad en que su madre había nacido le indicaron que todos ellos habían emigrado a otras regiones del país, en busca de mejor fortuna.

Tenía suficiente grado de autocrítica para discernir la situación. Estaba sola.

Marita, que suponía traer los recuerdos por un impulso deliberado, tomó el propósito de recrearse para dar cuenta de sí misma, como quien deja, por unos instantes, la carga que lleva encima, para evaluar las dificultades del camino.

Disminuimos, con naturalidad, la intensidad de la aguda observación con que acompañábamos sus pensamientos.

Aliviada, indagó en sí misma si el aislamiento había sido la causa de tener tan pronto la necesidad de compañías diferentes, de las que su estrecho círculo de pruebas le imponían en su hogar.

Encerrada en los pensamientos que constituían sus fantasías y temiendo exteriorizarlos, por miedo al ridículo, recurrió a la evasión.

Como pajarillo cansado del esfuerzo de volar, se preguntaba porqué en el nido no se le había proporcionado el alimento afectivo necesario para poder reemprender el vuelo.

Antes que se acomodase en algún escondrijo de la mente, para quedarse fija en pensamientos tristes e inútiles, la pedimos que viniese, en apoyo del análisis que emprendíamos con el objeto de auxiliarle y protegerle.

Dócilmente, retomó las elucidaciones interrumpidas, recordando sus primeros días de actividad profesional en el comercio.

Los recuerdos vinieron de golpe.

Nos mostró un concurrido establecimiento comercial en el que Claudio le había conseguido un puesto de dependienta. Un pequeño mundo dedicado a la mujer. Bisutería, perfumes, sedas, ropa, etc.

Había empezado a trabajar al día siguiente de su cumpleaños, en el que el padre adoptivo le trajo una tarta adornada con diecisiete rosas pequeñas, para conmemorar su aniversario.

Al principio todo era indecisión y novedad.

Luego cambió, debido a los sentimientos. Nuevos conocidos y nuevas ideas.

Conquistaba relaciones que le reconfortaban, ampliaba sus intereses, intercambiaba confidencias, conquistaba simpatías.

La imaginación se excitaba descontroladamente, sugiriéndole arreglarse con esmero, para encontrar su príncipe azul que le ofreciese una casa, como si fuese un paraíso, en la que pudiese alcanzar la felicidad.

Como la chica ingenua que era, creía que el amor era como en los cuentos, en los que cienientas anónimas acababan en los brazos de los príncipes que les proporcionaban una vida maravillosa. Se entusiasmaba con las novelas y películas que tenían finales felices.

El destino, mientras, le arrebataría la inocencia.

La vida real era como la poda implacable del jardín de los sueños juveniles.

Al principio, una desilusión le turbó el ánimo, a través de un compañero que le obsequiaba, repetidamente, con entradas de cine. Sabía que tenía novia, una joven profesora muy encariñada con él.

¿Qué mal había en verse juntos de vez en cuando? Con eso se iniciaron algunos momentos de encuentro, con su intimidad correspondiente, en Copacabana. Un cafetito en el bar cuando hacía frío, un helado en la playa, en los momentos más calurosos. Buena camaradería por parte de un amigo, que hacía el papel del hermano que no había tenido.

Llegó una noche en que él se presentó, trastornado. Su novia se había ido a Petrópolis. Todo parecía natural y nada anunciaba sucesos desagradables, ningún motivo de inquietud.

Conversaron, tranquilamente en las arenas de Leme <sup>4</sup>. La luna llena y la brisa fresca marina les inspiraba pensamientos alegres.

El trabajo del día les había hecho sudar copiosamente.

Hablaban sobre temas del trabajo y las anécdotas con los clientes. Se reían, despreocupados, como colegiales en el recreo.

Él, mientras tanto, empezó a hablar de las medidas. La cinta métrica, bajo su punto de vista, no era tan útil en todos los casos. Se necesitaban recursos psicológicos para tranquilizar a los compradores inquietos, cuando se interesasen simplemente por restos de encajes o pasamanerías.

Le pidió su pequeña mano para confrontarla con la suya y la apretó con fuerza.

Se asustó, al sentir la mano masculina, presionándole sus dedos. Intentó separarse. El muchacho expresó claramente sus propósitos al aproximarle a su pecho, declarándose.

Fue como si un rayo de improviso surgiese del cielo azul, tuvo vértigo, quería gritar, pedir socorro, pero la sangre se le agolpaba en la cabeza.

---

<sup>4</sup> Playa de Río de Janeiro (nota del traductor).

Impetuosamente sometida a aquellos labios que se juntaban con los suyos, desfalleció por segundos.

La seducción del primer hombre que conocía, la retenía, sumisa, como el pájaro confiado hipnotizado por una serpiente.

El desmayo, sin embargo duró sólo un instante, una profunda e invencible reacción femenina unida a la consciencia, surgió, rápidamente. La noción de responsabilidad asomó en su razón.

Bastó eso y el impulso sexual se apagó, neutralizado, vino a su mente la imagen de la amiga ausente, comprendiendo todo el peligro al que se exponía.

Aspiraba, sí, a ser mujer de un hombre, compañera de alguien que fuese su compañero.

Se compenetraba, con humildad, de su condición de criatura humana, chica que anhelaba el afecto e incluso podía adivinar cierto instinto maternal, pero eso no suponía que se envileciese con la deslealtad o el libertinaje.

Apeló a todas las energías de que era capaz y, con súbita resistencia apartó al perseguidor que le presionaba el busto tembloroso.

Una vez se desembarazó de él estalló en sollozos.

Las preguntas sinceras de su alma se presentaron con toda franqueza.

¿Qué significaban los compromisos del noviazgo? ¿Qué suponía para él su novia? ¿Tenía así el corazón por esos caminos tan bajos? ¿No tenía acaso madre y hermanas para las cuales exigía respeto?

Lívido y aturdido, su compañero se disculpó, expresando sin ningún pudor que no creía que era una chica tan anticuada.

Estaba comprometido como novio hace meses, pero mientras –dijo cínicamente– a su modo de ver, era muy natural que él y ella, Marita, todavía jóvenes, disfrutasen de las oportunidades placenteras que la vida les ofreciese.

Una vez dicho esto, se alejó, pensando en su interior cómo se lo haría pagar en el trabajo.

Se presentaron, más tarde, otras tentaciones.

El sobrino del jefe, atractivo y recién casado, se le insinuó, comenzando por un regalo de aniversario y terminando por pedirle su colaboración en la oficina, donde pretendió seducirla. Con ello ganaría un enemigo nuevo y añadiría otro desengaño.

Observó que Marina se alteraba sensiblemente. Favorecida por la devoción materna, sacó el diploma de contabilidad, colocándose en un buen puesto. Y, motivada por el deseo de ganar más y alcanzar metas más altas en su profesión, mantenía con poco juicio, prodigalidades y excesos. Trajes de moda, peinados extravagantes, actitudes coquetas.

En este punto de las mudas confianzas, la sombra de un joven se percibió nítidamente. Al marcarlo en el paisaje de los más recónditos pensamientos, la castigada muchacha se transfiguró.

Se despejó su firmamento íntimo.

Quejas apartadas, aprensiones olvidadas.

Su aura se hizo tan clara, al reflejar al muchacho, que el fenómeno inducía a las más bellas apreciaciones del entusiasmo poético. Como un jarrón pensante que tuviese la facultad de transformarse a voluntad para contener la flor predilecta o como un lago consciente que pudiese esconder, inopinadamente, todos los detritus de sus aguas, metamorfoseándose en espejo suave y cristalino para reflejar una estrella.

Marita amaba al joven con la firmeza de un árbol, con la abnegación de las madres, que prefieren morir, felices por el sacrificio extremo, si eso fuera necesario para que sus queridos hijos logren vivir.

Absorto con el panel, que se configuraba como un retablo vivo, infundando un religioso respeto, me pregunté donde habría visto un cuadro idéntico: una joven mujer plasmando aquel rostro en el campo mental.

Indagué en mi memoria y lo identifiqué. Era el adolescente cuyo semblante destacaba en los pensamientos de Marina, apoderándose de su corazón, cuando estaba con Nemesio.

Ambas chicas quedaban espiritualmente unidas a él por lazos idénticos. Se cruzaban sus preferencias, con un análogo destino.

Me volví a mirar a Neves, que me observaba, atento, ejercitándose en ejercicio de análisis psíquico, percibiendo su cara transida de amargura.

Bastó reconocer la señal y se aproximó, impulsivo, susurrándome trastornado:

– Todavía no nos entendemos debidamente. ¿Sabes quien es este? Es mi nieto, Gilberto, hijo de Beatriz...

Hice un breve gesto, rogándole esperar a un momento más oportuno para conversar, y evalué, dentro de mí, los efectos del impacto emocional. Yo, que me aproximé a aquella atormentada chiquilla, imaginándome en la posición de un padre socorriendo a una hija, aminoré como pude el espanto que me asaltaba para no dejarme caer en la inconveniencia de una compasión destructiva.

No sabía de que forma la tristeza me influía más, si al reflejar en Marina el dividirse entre padre e hijo o al concentrar la atención en aquella chica triste profundamente herida en sus sentimientos.

Aparqué en lo íntimo en las impresiones que me sensibilizaban y proseguí adelante con la investigación.

La muda confesión de la joven avanzó en recuerdos sinceros y vivos.

Había conocido a Gilberto hacía seis meses, en el despacho del jefe. Ella prestaba informaciones de servicio, él representaba los intereses de su padre en negocios de venta de inmuebles.

¡Con qué ilusión recibió las primeras miradas afectuosas! Una intensa afinidad se fue forjando entre los dos, así como un deseo profundo de mayor intimidad entre ambos.

Para mayor sorpresa, el primer día que salieron supo, satisfecha, que Marina, que había entrado recientemente, se había hecho contable de la empresa donde el padre del muchacho destacaba como la figura más importante.

Se rieron de la coincidencia con la ingenuidad de dos niños.

Marita se confió íntegramente a él. Le amaba y se sentía amada.

Desde que se apoyó en su brazo, dispuesto a enlazarla y protegerla, se abrieron grandes horizontes en su alma. Toleraba los problemas cotidianos, transformándoles en notas de perdón y alegría. La naturaleza le desvelaba nuevos encantos. Sentía que otra luz brillaba en sus ojos, permitiéndole descubrir la belleza del mar. Percibía, sin poderse explicar, una música especial en los oídos que le hacía fijarse, alegre y embobada, en las voces de los niños y el canto de los pájaros. Se apartaba del calvario doméstico; el tiempo volaba, dulce en el corazón.

El amor correspondido llenaba su sensibilidad. No cargaba ningún peso, ni tenía ninguna noción de sacrificio.

Se daba a Gilberto, con la pasividad de la planta que se rinde al cultivador, de la fuente que se entrega al sediento.

El hijo de Nemesio Torres prometió casarse con ella. Hablaba de un futuro risueño, le suscitaba sueños de maternidad y ventura. Para conseguir hacerla completamente feliz, sólo esperaba una mejora económica a corto plazo.

A pesar de todo, tenía ahora el corazón desgarrado, abatido. Estaba convencida que Gilberto se iba a cansar, que ambos, precipitados por el ansia de placer, habían cogido antes de tiempo la flor de la felicidad que podía frustrarse.

Marina se adelantaba. Siempre Marina...

El día anterior, había sorprendido a la hermana y a Gilberto en una conversación que no dejaba dudas. Era un coloquio impregnado de ternura ardiente, sin saber que eran escuchados.

En ese punto de los recuerdos amargos, a modo de ave repentinamente herida, se derrumbó, abandonándose en un mar de lágrimas.

## CAPÍTULO 8

Finalizando las notas que me proponía ordenar, y, viendo que la paciente lloraba, postrada, visiblemente distanciada del examen que me era permitido realizar, Neves preguntó si podríamos comentar algo rápidamente.

–¡Cómo no!

–André –preguntó sin ocultar su perplejidad– ¿Qué es esto, amigo mío? ¿Te diste cuenta? ¡Mi nieto, el chico es mi nieto!... ¿Dónde estamos? Cuatro criaturas envueltas... la mujer entre el padre y el hijo, un chico entre dos hermanas... ignoraba lo que vemos. Hace días que intento confortar a mi pobre Beatriz, sólo eso. No tenía la menor idea de las perturbaciones que la rodeaban... ¡ah mi amigo, como padre sería para mi un mayor consuelo si la viese agonizando en una casa de locos!...

Y apuntando a Marita expresó:

– ¿Esta chica dice toda la verdad?

–Neves –dije–, tú no desconoces que un grupo familiar se define como una máquina constituida por piezas diferentes, aunque ajustadas entre sí para realizar su función. Cada uno de aquellos que lo integran es parte de las realidades engranadas en el conjunto. Marita fue sincera. Expuso lo que sabe. Ella es un trocito de la verdad que buscamos.

Para descubrir lo que tú conceptúas por “toda la verdad” es inevitable saber las personas que ella acoge en su mundo íntimo.

Mi amigo dibujó una leve sonrisa como quien reúne comprensión y conformidad.

Disgustado, con la idea de lo que él suponía justo, se quejó amargamente:

–¡Imagínate! ¡Gilberto! Un chiquillo... ¡si el padre le ayudase!... pero Nemesio es un caso de locura. No sabe hacerlo...

Miró, compadecido, a la chica destrozada en llanto y destacó:

–Mira a esta chiquilla. Correcta, fiel... Se sometió, confiada. ¿Qué culpa tiene el vaso de porcelana, violentamente destrozado por un animal? ¡Y ese animal es un chico que yo quiero tanto!... Ella podría ser la esposa ideal, madre digna, ama de casa para un hombre de bien... Pero mientras ahí está Gilberto apasionado con ese juego. Marina y Marita... ¡Es increíble que hayan crecido bajo el mismo techo! Son hermanas adoptivas, como la serpiente y la paloma...

Aprovechando una corta pausa expresé mis conclusiones.

Tomé, indebidamente, la posición de un consejero y rogué a mi compañero que se serenase.

Estábamos allí para remediar, proteger, hacer todo lo posible. Ciertamente, el bien susceptible de ser plantado en aquel grupo, redundaría en socorro a Beatriz. Teníamos

que situarla en el pensamiento. La irritación le desanimaría y él, Neves, con el sentimiento agrio, lanzaría sobre su hija ingredientes fluídicos de índole negativa, mermándole las fuerzas.

La paciencia y actividad fraterna debían servirnos de apoyo.

Además, no conseguiríamos precisar hasta cuando durarían los sufrimientos físicos de la esposa de Nemesio. Podríamos prever, calcular. Mientras, podrían darse determinaciones superiores, recomendando que fuese prolongado su plazo de estancia en la tierra. No era imposible que pudiese permanecer en el cuerpo carnal, con una mejoría relativa, por meses o tal vez por años, a pesar que los pronósticos anunciaran una desencarnación en breve. Pero ¿y si ocurriese lo contrario? La desesperación y el desánimo por nuestra parte marcarían el final de las posibilidades de cooperación. Los supervisores que nos dirigían, a pesar de ser compasivos y serviciales, nos retirarían sin la menor dificultad del lecho de la enferma. Disponían de recursos para situarnos en tareas, más suaves y reconfortantes, en otra parte, dedicándonos a otro servicio. Actuarían, de esa forma, en provecho de la propia enferma, impidiendo los perjuicios que le pudiésemos acarrear con cualquier carga de vibraciones desconcertantes.

Neves, recibió el aviso con paciencia.

Acabó rogando comprensión. Se había retirado de la convivencia familiar por largo tiempo –se justificó– con el fin de adiestrarse en cordura y desprendimiento. Al regresar al entorno doméstico, encontraba en sí mismo, a cada instante, al hombre que había sido. Egoísta, aferrado a las raíces consanguíneas, se entregaba al bienestar de los que consideraba ramas del tronco de su corazón. Sabía que se encontraba ante una ardua prueba. Se veía a sí mismo enfrentado a la propia asimilación de los principios de caridad e indulgencia que debía administrar, bajo el influjo de los sabios mentores amigos que le habían abierto las puertas de las escuelas de perfeccionamiento en las esferas superiores.

Al igual que cualquier persona terrestre, que lleva consigo méritos y errores, se declaró dispuesto a dominarse y, como si fuéramos jóvenes estudiantes, atrevidos y vacilantes al mismo tiempo en la solución de los problemas del autocontrol, nos pidió colaboración para mantenerse en silencio, tanto como pudiese, en presencia de los instructores.

La sumisión del compañero era conmovedora.

Nos dijo humildemente que creía estar temporalmente perturbado. Compartía las amarguras de la hija.

Retrocedía instintivamente a la agresividad y extroversión que habían marcado su temperamento en el pasado; mientras, se comprometía a revisar sus actitudes. Nos pedía que le revelásemos cualquier expresión inconveniente que hubiera emitido cuando nos quedásemos a solas. Siempre podía llegar el momento en que él, por más aplicado que fuese en su refinamiento íntimo, sentía que las excitaciones largamente acumuladas, pesaban en su espíritu como una losa. Se desinhibía o enloquecía como si estallasen bombas en su interior.

Le hice sosegar. No necesitaba maltratarse de esa forma. Entendía todo, perfectamente. Por nuestra parte, no había ninguna muestra de superioridad. También



nosotros, criaturas humanas desencarnadas, conocíamos de sobra los pormenores de esas batallas interiores, en las que el enemigo somos siempre nosotros mismos, libradas en el terreno de las cualidades inferiores que tenemos que vencer.

Era desaconsejable por tanto, seguir conversando al margen del servicio.

La frágil chiquilla se desahogaba en un discreto llanto.

Nos disponíamos a intervenir cuando ocurrió algo inesperado.

Claudio llamaba, levemente, a la puerta, incomodado por el sonido lastimoso de aquellos gemidos que Marita, en vano, intentaba reprimir.

Respiramos aliviados.

Indudablemente, el inquieto corazón paternal venía al encuentro de la chica angustiada, deseando reforzar sus energías y, nosotros mismos, a través de estímulos magnéticos, hicimos que ella le atendiese.

Con toda su voluntad y fuerza, reprimió su crisis de llanto, atendió nuestras llamadas y abrió el pestillo de la puerta.

Claudio entró, pero no venía solo. Uno de aquellos dos compañeros desencarnados que le alteraban la personalidad, concretamente el que se aproximó a él en primer lugar cuando tomó el güisqui, se enroscaba a su cuerpo.

El verbo enroscarse, en el lenguaje humano, es el más adecuado para definir aquella situación de posesión compartida que se ofrecía a nuestro examen, aunque no exprese, con exactitud, todo el proceso de envolvimiento fluídico en el que estaban imantados. Y decimos “posesión compartida”, por que, efectivamente, allí, uno aspiraba ardientemente los objetivos deshonestos del otro, completándose con euforia, en la división de responsabilidades.

Como había sucedido en el instante en que bebían juntos, daban la impresión de dos seres y un solo cuerpo.

En determinados momentos, el obsesor se apartaba del compañero unos centímetros sin embargo, siempre dispuesto a enlazarse con él, como si fuera un felino interesado en no perder contacto con la víctima. Se hallaban, de esta forma, unidos recíprocamente.

Eso proporcionaba una expresión diferente al semblante de Claudio. El hipnotizador, cuya visión espiritual no nos percibía, se apoderaba de sus sentimientos e ideas, ya que él se dejaba dominar obedientemente, adquiriendo la turbación típica de un alucinado. El recién llegado se transfiguró dibujando una extraña sonrisa. Para la percepción limitada de Marita, el era un hombre corriente; sin embargo, bajo nuestro punto de vista equivalía a dos personalidades masculinas en una sola representación. Dos espíritus exteriorizando viles impulsos, complementando pasiones idénticas en la misma tónica de afinidad total.

Neves me miró espantado. Pero no sólo era él, menos experto, el que sufría esa impresión. Nosotros también, acostumbrados en el plano espiritual a los choques sentimentales, experimentábamos una aprensión aflictiva.

Aquella habitación antes poblada por las fantasías dolorosas de una chiquilla, se metamorfoseó en una jaula, donde Claudio y el vampiro, animalizados por el deseo infeliz, constituían juntos una fiera astuta, calculando el camino más fácil de alcanzar su presa.

Un clarividente reencarnado que contemplase al dueño de la casa en aquel momento, le vería con otra apariencia distinta.

La incorporación mediúmnica, espontánea y consciente, se mostraba en toda su plenitud. El fenómeno de la comunión entre dos inteligencias –una de ellas encarnada y la otra desencarnada– se expresaba en toda su plenitud, se desdoblaba tan agreste como el huracán o las mareas, que se producen por fuerzas incontroladas de la naturaleza terrestre, no obstante ser mentalmente inapreciable, bajo el punto de vista humano.

Para nosotros, por tanto, no sólo se creaban las formas-pensamientos, expresando las intenciones libertinas del dúo animalizado, con estructuras, colores, ruidos y movimientos; nos amedrentaba igualmente escuchar las voces de ambos, en un diálogo claramente perceptible.

Las palabras escapaban del cráneo de Claudio, aparentemente silencioso para la hija adoptiva, como si su cabeza se hubiese transformado en una caja acústica de un aparato radiofónico.

Magnetizador y magnetizado denotaban sensualidad al mismo nivel.

Reflexionando sobre lo ocurrido momentos antes con la botella, vimos el peligro que corría la chiquilla indefensa. La diferencia en este caso era que Claudio todavía encontraba recursos para el diálogo, dentro de la hipnosis que él, por otra parte, deseaba mantener.

El obsesor sugería, con el objetivo de eliminar sus escrúpulos a través de la emoción:

– ¡Ahora, ahora sí!... el amor, Claudio es esto... esperar, a veces años, para alcanzar la felicidad en un simple minuto. Existen millones de mujeres, pero esta es la única. La única que podrá por fin aplacar nuestra sed. Puntos de apoyo existen en todas partes, pero el pájaro viaja, leguas y leguas, suspirando por descansar en el propio nido... Para el hambre física, todo alimento es válido, pero en el amor... en el amor, la felicidad es semejante al aro en que el hombre posee una mitad y la mujer la otra. Para que la euforia vibre perfecta en el círculo, es imprescindible que las mitades sean de la misma sustancia. Nadie consigue la fusión de un trozo de oro con otro de madera. Paganini tocó con sólo una cuerda, mientras la cuerda se armonizaba con él. Jamás hubiese alcanzado la fama con cuerdas hechas de un material de mala calidad. Cada hombre, Claudio, para realizarse en los dominios de la vitalidad y de la alegría, ha de encontrar la mujer magnética que le corresponde, compañera en afinidad absoluta, capaz de ofrecerle la plenitud interior, trascendiendo convenciones y formas...<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Sabemos el carácter negativo del lenguaje del espíritu desencarnado, que se encuentra en deplorables condiciones de ignorancia, pero creemos que es nuestra obligación referirlo tal cual, en estas páginas previniendo a las criaturas sensibles y afectuosas, que, a veces, abandonan su

Se calló, por unos segundos, para continuar después con nuevas sugerencias:

– ¡Vamos, Marita es nuestra, nuestra!– somos hombres necesitados, sufridores... Nos apiadamos de los enfermos abandonados, dándoles una seguridad; somos el apoyo de los mendigos que piden... ¿No merecemos algo de simpatía? ¿Los que enloquecen, hambrientos de ternura, son peores que los infelices que se caen en la calle por falta de alimento? Tú, Claudio tienes una angustiosa carencia. Uno que pide en la calle no tiene la menor idea de tus aflicciones. ¿De qué valen las experiencias del lupanar cuando el amor verdadero grita insatisfecho en la carne? Tú vives en tu casa como el perro en la cuneta. Apaleado, herido... Marita es la compensación. ¿El Labrador, acaso no tiene derecho al fruto que cultiva? Tú acogiste a esta niña en los brazos, la acunaste en tu pecho, la viste crecer como quien acompaña en su evolución a una flor que se abre, y acabaste descubriendo en ella tu tipo ideal de mujer. ¿No te cansas de verla y deseirla, ardentemente, todos los días, resignándote al suplicio de la distancia, teniéndola tan cerca?

– Creo, sin embargo que siendo mi propia hija... –suspiró Claudio creyendo hablar consigo mismo–

– ¿Hija? – insistió el seductor –simple apariencia social–, tal sólo una mujer. ¿Y quien te asegura que ella no espera tus besos como una corza sedienta al lado de la fuente? Tu no eres ningún novato y sabes que a toda mujer le gusta porfiar antes de rendirse.

Encontrándose dividido mentalmente en dos personalidades distintas, la de padre y la de enamorado, Claudio argumentó, desalentado.

Era consciente que la moza se había comprometido. Había elegido a Gilberto, el chico con el que salía frecuentemente. Era imposible que le amase secretamente a él, Claudio. No tenía la menor duda. Celoso, les había acompañado discretamente en las excursiones domingueras, sin que ellos desconfiasen en absoluto por su presencia. Nunca les había oído hablar, sin embargo había percibido los gestos hechos a escondidas. Tenía razones para creer en el compromiso de ambos. Aun así, cuando pensaba en pedir consejo a las autoridades policiales, se chocaba con lo inesperado. Hombre de prolongada vida nocturna se encontró con la hija en lugares de alterne, tanto en compañía de Nemesio Torres, su jefe, como de Gilberto, el hijo, y en ambos casos en situaciones y actitudes comprometedoras. La inmoralidad de Marina, desde hacía mucho se había convertido para él en calamidad inevitable. Al principio se atormentaba con ello, como un padre golpeado por la ligereza de la hija.

Sin embargo Marcia, la esposa, llevaba la voz cantante. En los primeros tiempos de casados, había surgido entre ellos la muralla de una discordia que les salía del alma, en torbellinos de aversión instintiva, cuya existencia no habían siquiera intuido de novios.

Al principio, risas y discusiones. Después, la indiferencia, el cansancio total de ambos, aventuras de uno y de otra, cada cual por su camino.

Marina, evidentemente, seguía los pasos de la madre. Se había desligado de él. Clasificaba a su hija, bajo su punto de vista masculino, como una mujer liberal; sin

---

propio raciocinio, arrojándose en profundo sufrimiento moral, en nombre del corazón (nota del autor espiritual).

embargo, la toleraba en casa porque suponía alimento para sus fantasías. En casa, se reunían para comer la esposa, Marina y él, como tres animales inteligentes, disimulando el desprecio recíproco con chistes o charlas superficiales.

Bajo su punto de vista, por tanto, Marita era diferente, como una flor en la rama espinosa de aquellos terribles antagonismos.

La apartó intencionadamente buscándole trabajo, inventó medios de obligarla a comer en Copacabana, para que las malas lenguas del círculo doméstico, en Flamengo, no le torturasen su espíritu.

Espiaba sus pasos, oía lo que decían los jefes.

Una vez instalada en su nueva situación, él mismo le mantenía su independencia en lo posible.

Amándola con entrañable cariño mezclado con egoísmo tiránico, le herían las humillaciones que su esposa e hija hacían a Marita en la intimidad.

La quería para él, con la ternura de un palomo y con la brutalidad de un lobo. No consentía para ella ni las afrentas ni el sarcasmo. Tales actitudes acabaron por revestir a Marita de una libertad más amplia que ella utilizaba en su adoración por Gilberto, a la vez que se apartaba de las diversiones. Marcia y Marina, siempre más absorbidas por sus extravagancias y liviandades, hacían lo contrario. La ausencia de Marita les quitaba un peso de encima. Sabiendo que no le doblegarían, estaban felices por evadirse de su control.

Sumergido en los pensamientos que se sucedían, rápidos, en el ligero auto examen, bajo el control del vampiro que le influenciaba, Claudio se acordó que desde hacía mucho tiempo concluyó que Gilberto no dudaba en seducir a las dos mozas, y después de reflexionar con madurez, resolvió mantenerse en silencio.

¿No sería conveniente sopesar las ventajas? Acusar a Marita como joven ultrajada redundaría en perder su confianza. Apoyar a Marina en la relación significaba insultar a la hija adoptiva hiriéndola en lo más profundo. Astutamente, dejaba correr el tiempo, prefiriendo, a su modo de ver, que fuese Marita la perdedora. Cuando volviese hacia él, cansada y desilusionada, la convertiría tal vez sin dificultad, en su amante.

Controlado por el interlocutor invisible, puso en orden las reflexiones apresuradas que acudían a su mente; pero envanecido ahora por él se dejaba ilusionar por expectativas imaginarias, formulándose otra clase de preguntas. Envuelto en la sutileza del obsesor, escudriñaba su fuero interno, intentando saber si estaba siendo inspirado con seguridad. ¿Estaría engañado? ¿Quizás, Marita se entregaba a Gilberto pensando en él, Claudio, de quien se apartaba por escrúpulos de conciencia? Hacía ya semanas que notaba a la joven más esquiva y extraña. ¿Se percataría, telepáticamente, de sus aprensiones, o habría decidido huir de él, a propósito, con el fin de ocultar la simpatía amorosa que, posiblemente, impulsaba su corazón femenino a quererle?

Él mismo proporcionaba al obsesor los argumentos con los que no podría oponer resistencia.

Hasta ese momento, había ocultado, de mejor o peor manera, delante de la joven, los sentimientos que salían de su corazón. ¿No había llegado a sus límites? ¿Tendría que sufrir hasta volverse loco?

El hipnotizador, en cuyo semblante se podría apreciar una voluptuosidad desmesurada, sonrió, satisfecho y susurró mentalmente, ganando terreno:

–Claudio, comprende. La iniciativa, en asunto de amores, no corresponde a la mujer. Como dice el viejo refrán: “La naranja en el suelo no tiene valor”, Dice un filósofo “placer sin conquista es como un filete soso”.

¡Adelante, adelante!

Escudriñando la mente del compañero a la búsqueda de recursos con los que el propio Claudio pudiese reforzar la posesión magnética, el obsesor fijó por unos segundos en él su mirada penetrante, y, recogiendo las ilusiones poco respetuosas en materia de unión afectiva que Claudio mantenía en su mente desde que era pequeño, comenzó a atacar:

–¡El puro! ¡Acuérdate del puro en la boca! Marita es una mujer como otra cualquiera... El puro en el estanco no escoge el comprador... La carne es flor que brota en la tierra del espíritu, sólo eso. El labrador no sabe lo que compone realmente la tierra ni lo que está en el fondo de la planta. Decía Salomón que “todo es vanidad”, pero en realidad puede ser que todo sea ignorancia. Mas en la superficie de las cosas, es posible distinguir claramente. Flor que nadie coge, es perfume que se pierde. Una hora de amor desaprovechada viene a ser como un pétalo en el estiércol. Rosa marchita, adorno para el suelo. Carne sin vigor, adobo para la hierba. Aprovecha, aprovecha...

Percibíamos que el desencarnado no era un simple alcohólico, que el alcohol sólo era su válvula de escape, ya que en las palabras que seleccionaba para ejercer influencia y en la manera astuta de sensibilizar al compañero, antes de adueñarse de su razón, demostraba poseer gran habilidad en la exploración de las pasiones humanas.

Aquel perseguidor no era un vagabundo cualquiera. El anhelo incontenible con que empujaba a Claudio hacia la joven y la expresión con la que la miraba, apasionadamente, parecían venir de muy lejos. Pero la ocasión no daba lugar a investigaciones sobre la causa de ello. El momento reclamaba atención. Era necesario esquivar obstáculos e improvisar medidas de socorro que protegiesen a la triste chiquilla sin defensa.

El excéntrico diálogo continuó entre los dos amigos, que se entendían sin palabras.

El magnetizador presionaba, el magnetizado resistía. Por fin, Claudio avanzó dos pasos, casi vencido.

Ideas, contradicciones, estímulos y arrebatos chocaban violentamente en el estrecho espacio de su cráneo. La terrible lucha interior de hacía algunos instantes era cada vez más débil y la naturaleza animal ganaba cada vez más terreno. El seductor desencarnado estaba culminando su obra.

No oía más a su espíritu, ni escuchaba sus propios razonamientos emitidos poco antes.

Sí –pensaba, trastornado– él era un hombre, un hombre... Marita, aunque mucho más joven, sólo era una mujer. No tenía pues, porqué cohibirse. Ella estaba llorando, él podía tranquilizarla, confortar su corazón.

Arrebatado por la lascivia, la envolvió en una prolongada mirada, pensando que, si no fuese por el temor a verla salir huyendo o el recelo de verse rechazado por ella, la tomaría en sus brazos, como un adolescente, buscando su ternura.

Mientras sus últimos razonamientos se desvanecían, se destruía, dentro de él, el último límite para sus impulsos. Se unió totalmente en la dirección del vampiro que le controlaba. Se unieron al fin, se fundieron.

Marita dirigió hacia él su mirada suplicante, como el ave perseguida a la que no queda otra salida más que esperar la piedad del cazador.

Unido al infeliz compañero, Claudio se adelantó, acomodándose, asumiendo aires de protector, resuelto a sobrepasar los límites del afecto simple y puro.

–Por lo que veo, ese pillastre de Gilberto viene abusando... –susurró con suave voz.

Tomó su mano pequeña entre las suyas, nerviosamente, disimulando la lascivia por duplicado que le poseía.

La joven registró el impacto de las viles fuerzas que la pedían aproximación, pero no expresó su repulsa.

Escuchó la frase, con una mezcla de extrañeza y rebeldía, pero reprimiéndose, respondió, esforzándose en disculpar al chico y atribuyendo a sí misma los desórdenes emocionales; sin embargo, a medida que el padre adoptivo emitía una actitud más liberal, disminuían sus ganas de seguir con la conversación, hasta que calló, como si el problema hubiese desaparecido de repente. Y, en un instante, recordó en su mente las impresiones amargas de los últimos tiempos...

Hacía meses que se había dado cuenta del cambio en el trato paterno. Le desconcertaba y amedrentaba ver que Claudio la observaba con demasiado detenimiento. Sin embargo, reaccionó contra sí misma. Sentía por él un amor de hija reconocida, respetuosa, en que no tenían cabida otros sentimientos menos nobles, y así había sido desde su infancia. Sin embargo, sospechaba algo, pero luchaba por no verse vista por él, bajo el impulso de cualquier propósito menos digno.

Aún así, por más que esgrimiese argumentos en contra de sí misma, una inexplicable sensación advertía a su espíritu, instándole a vigilar las formas con que Claudio ahora la cercaba.

Por los motivos más simples, exageraba los mismos, con frases de doble sentido.

Torturada por la duda, fortalecía su desconfianza y se desdecía en su interior.

En aquel momento, sin embargo, su intuición la ordenaba prudencia y vigilancia.

Presintiendo en espíritu la presencia del “otro”, activó todas sus alarmas.

El contacto de Claudio le transmitía inseguridad. Su corazón latía con más fuerza, al sentirle buscando la forma de unirse a ella, ávido de cariño.

–No niegues, hija –dijo el padre, tímidamente– no deseo contrariar, pero vengo analizando, analizando... tú no naciste para ser de ese chico caprichoso. Te comprendo... No soy sólo tu padre por el corazón, soy también tu amigo... Ese chico...

Marita cobró ánimo y, anticipándose a más explicaciones, dijo ingenuamente que amaba a Gilberto, que tenía confianza en él, que el padre debía sentirse tranquilo y realzó, casi sonriendo, que las lágrimas que había vertido no se debían a ningún disgusto y si a alguna pequeña indisposición orgánica.

Dedujo, que sería justo abrirle más su alma, para eliminar malos entendidos desde el principio y prosiguió exponiéndole con confianza, su deseo de casarse con él, con el fin de medir las reacciones de Claudio y orientar adecuadamente sus propios pensamientos.

Veía como la indignación se dibujaba en su rostro, en la escasa luz del cuarto. Podía verle congestionado, cada vez más iracundo.

Comprendió que estaba a punto de estallar, pero siguió exponiendo razones para recoger reacciones. La explosión por parte del interlocutor no se hizo esperar.

Cerrando los puños, Claudio cortó la conversación, exclamando irritado.

–Me doy cuenta, si, pero no hace falta que me digas más... Creo que debes conocer mejor lo que siento.

Avanzando hacia ella, como si quisiera aspirar su mismo aliento, expuso –actuando por sí mismo y por el “otro”– su queja tan bien concebida.

–Hija, es necesario que me oigas, que me entiendas...

Y, atacando sus emociones para reducir su resistencia:

–Tú sabes que yo sufro. Imagínate la tragedia de un hombre que muere poco a poco, desolado, sin nadie... de un hombre que lo da todo sin recibir nada... tú has crecido viendo eso... infelicidad, soledad. Es imposible que no te apiades. Esta casa es mi desierto. Llego todos los días agotado, sin encontrar una mano amiga. Marcia, aunque está en los cuarenta, vive en juergas y fiestas... Tú eres joven inexperta, pero lo debes saber. Perdóname lo que te digo, pero hasta mis amigos me tienen lástima... ¿Estás en condiciones de valorar los conflictos de un pobre diablo esposado a una compañera de vida irregular? Ella, sin embargo, no me hace daño con eso. Al principio mi corazón sangraba, pero ahora ya ni siento, me acostumbré a detestarla, hoy sólo valgo para darle dinero para sus caprichos... Por otra parte, Marina, cuyo cariño me podría reconfortar un poco, ¡se empeña en humillarme con su propio libertinaje! Soy un hombre desgraciado, hay días en que me siento el payaso más desdichado de la Tierra...

En ese momento, bajo el control del obsesor, la voz de Claudio se quebró en su garganta. Se alteró, conmovido en apariencia.

La joven se ablandó, sinceramente compadecida, y entonces, pensando que alcanzaría su objetivo, dijo, exaltado:

–Sólo tú, solamente tú me unes a este hogar infeliz. No hace mucho, el banco me propuso un excelente destino en Mato Grosso, pero, pensando en ti, no lo acepté...

Por ti hija, aguanto los insultos de Marcia, las ingratitudes de Marina, los sinsabores del trabajo, los enfados cotidianos. ¿Puedes comprenderlo?

La chica suspiró, tratando de expulsar de sí misma las vibraciones de sensualidad con que el obsesor trataba de envolver su cabeza y dijo, con calma:

–Si, papá entiendo nuestras dificultades...

–¡Nuestras! –repitió él, ganando nuevas energías para llegar a su meta–, si, hija mía, las dificultades son nuestras, pero es preciso que sepas que también las esperanzas y alegrías deben también ser nuestras. Suspiro por el momento en que tú me mires no sólo como un padre...

Prestando atención a la mirada de la infortunada chica que expresaba un inmenso espanto, recalcó en un supremo esfuerzo por desvelar sus intenciones:

–Marita, parezco un viejo, pero tú me harás joven... Mi corazón es tuyo, tuyo...

El obsesor, con gesto de lascivia, disfrutaba de antemano con el resultado final.

Marita mientras, dándose cuenta de las inequívocas intenciones del hombre apasionado, que acercaba su rostro maduro sobre ella, intentó retroceder.

–¡No, no! gimió, suplicante, al sentir su aliento de cerca.

Claudio, sin embargo, cuyas fuerzas estaban sumadas a la osadía del “otro”, la enlazó por la cintura, echándola en la cama, como un joven atrevido.

Como si hubiésemos coordinado previamente la defensa, Neves y yo saltamos en dirección a la chica, dándole las manos, para que pudiese desasirse, y ella, creyendo que lo hacía por sí misma, consiguió levantarse, ágilmente, poniéndose de pie enfrente de él, clavando en él su mirada, con la expresión desconfiada de un animal repentinamente herido.

–Papá, no me hagas más infeliz... ¡Ahórrame humillaciones!...

El dueño de la casa, impactado por el rechazo imprevisto, pareció desligarse del amigo desencarnado, como una fiera que se libra, de repente, del encantamiento mantenido por el domador; pero todavía la carga de pasión del obsesor permanecía y no podía desistir fácilmente. Retomó su propio dominio hasta tal punto, de reflejar su rostro en el semblante de Claudio. Cerrando los puños, despedía una cólera letal. Se había establecido un pavoroso conflicto en cada una de sus mentes. En uno, la decepción y desesperación, en el otro, la maldad y la agresión.

El padre adoptivo, soportando una extraña angustia mezclada con rebelión, incapaz de comprender los sentimientos contradictorios que parecían llevarle a la locura, gritó con poca consideración:

–Esto es la explosión de muchos sufrimientos acumulados. Hice todo lo que pude para olvidar y no pude...

¿Qué hacer con esta inclinación que me arrastra? ¿Soy como una hoja al viento, hija mía? Desde que eras pequeña, llevo con esta idea fija... Si fuese religioso, diría que vive un demonio dentro de mí.



Un demonio que me lleva constantemente a ti. Cuando estoy contigo, quiero pensar en ti como si fueras mi hija, crecida en mis brazos y no puedo... Leí muchos libros científicos para saber lo que ocurre, pero el enigma continúa. Quise buscar ayuda, pero me daba vergüenza de mí mismo... ¡Sólo te veo a ti en todas las cosas! odio a Marcia, desprecio a Marina...

Mantengo la esperanza de ser viudo, para ofrecerme a ti sin condiciones... tengo celos, celos que me ahogan el alma con sus llamas... Detesto a ese chico, liviano, inconsciente...

La voz de Claudio se suavizó, adquiriendo un tono lagrimoso, sentimental. El perseguidor duplicó sus esfuerzos y convirtió dentro de Claudio, en desprecio lo que era emoción, provocando una inesperada sensación de rebeldía. El padre tierno dio paso al enamorado violento.

Desapareció la ternura y, como si estuviese afectado de un trastorno súbito, dirigió una mirada de escarnio a la hija adoptiva, que quedó horrorizada, diciéndole enfurecido, demente:

–No, no puedo humillarme de esta forma. No creas que soy tonto. Hace quince días, sin que os dieseis cuenta, os seguí en Paquetá... Estabais tan felices y despreocupados, sin saber que os observaba como un sabueso... Al caer la noche, os vi juntos intercambiando promesas y diciendo tonterías, en la Ribeira... Me arrastré entre los matorrales y lo vi todo... Desde entonces, me volví loco... Por lo visto, estabais acaramelados hace mucho tiempo... ¡tú! ¡tú, que yo creía intocable, entregada a un niño loco!... ¡Ingenua! ¿Crees que no tengo motivos para echarte? ¿Crees que me falta coraje para ajustar las cuentas a ese niño de papá?

Cambiando el tratamiento paternal, rugió brutalizado:

–¡Marita, que sepas que ahora ya no eres más una niña! Sólo eres una mujer más, una mujer más...

La joven sollozaba. Reconociendo que había sido descubierta en lo más íntimo de su ser, no se atrevía a alzar la frente.

Neves, incapaz de salir de su asombro, se acercó a mí, diciendo.

–¿Lo ves? ¿Este hombre está loco o borracho?

Temiendo su reacción impulsiva, le hice recordar la actitud prudente y cristiana del hermano Félix, diciéndole discretamente, que estaba rezando, pidiendo ayuda a la esfera superior, ya que allí no disponíamos de recursos para evitar un asalto pasional de penosas consecuencias.

–¿Oración? –dijo el compañero, decepcionado– no creo que los ángeles se ocupen de casos como este. Aquí, amigo mío, y en otros lugares donde he visto muchos viejos verdes, sólo la policía...

Efectivamente, los ángeles personalmente no atendieron nuestros ruegos silenciosos, que estamos emitiendo desde el inicio de esta situación, pero el auxilio llegó:

Se oyó el ruido de cerrojos al descorrerse y alguien entró ruidosamente en la casa.

Aquello fue providencial.

Claudio, sobresaltado, se desligó del hipnotizador, que se puso a un lado.

—¿Qué pasa?

Marita recuperó las fuerzas, volviendo a la cama, mientras Claudio se recomponía a toda prisa.

Notamos la asombrosa capacidad de simulación de la que era capaz. El mismo, sin influencia del obsesor, comenzó a elaborar en el pensamiento, la disculpa con la que se justificaría.

De forma automática, abrió la puerta que había cerrado, abrió la ventana más próxima y, de inmediato, surgió una señora preguntando, con aprensión:

—¿Qué pasa?

Era su esposa que volvía, de improviso.

Doña Marcia estaba asustada, asegurando que había oído un vocerío al llegar, Claudio, por su parte, expuso la versión que su pensamiento había forjado instantes antes delante de nosotros.

Miró a la chica, significativamente, y tranquilizó a su esposa diciéndole que había llegado hacía un momento a casa, encontrándose con una fuga de gas.

Cerró el gas, que la cocinera se había dejado abierto, indicando que se la llamara la atención al día siguiente. Doña Justa, la empleada del hogar, debía comprobar minuciosamente los aparatos de la casa antes de irse.

Recalcó que, atemorizado, había abierto las ventanas para airear la casa. Cuando se estaba desvistiendo, oyó unos gemidos. Corrió al cuarto de las chicas, sorprendiendo a Marita, gritando inconsciente. Sonámbula, sonámbula como siempre...

La había despertado para comprobar que no le ocurría nada. La joven, en la oscuridad, se cubrió la cara con las sábanas para ocultar las lágrimas, abandonándose a la inercia, como si de un sueño pasase a otro. La recién llegada se rió, sin sospechar en absoluto la situación real que tenía ante sus ojos y Claudio, como para compensar su indiferencia, esbozó un gesto gentil, invitando a Marcia a descansar.

## CAPÍTULO 9

En el salón, el matrimonio se miraba como adversarios declarados, en una tregua cordial.

Describiré a Doña Marcia. Era una de esas mujeres que luchan contra la acción de los años. Nadie le atribuiría las cuarenta primaveras ya cumplidas. Tenía un pelo abundante, que el tinte mantenía perfectamente oscuro y brillante, con un peinado gracioso que resaltaba su cara, como las personas que se maquillan cuidadosamente y que nunca se dejan analizar realmente sin que el agua abundante restituya a sus poros la caricia de la naturaleza. Era delgada, con esa delgadez típica de las personas que siempre están haciendo dieta para mantener su esbeltez. Parecía una modelo.

El tejido de lino blanco, estampado de pequeñas flores rosadas, hacía que su vestido traslúcido destacase su belleza casi otoñal.

Era la misma criatura de las pantallas mentales de Marina, como si fuese un libro identificable, pero con una encuadernación más viva y rica.

Por la herencia y convivencia tenía, sin duda, el aspecto de la hija única, y ahora, sentada, se parecía a Marina en todos sus aspectos, aunque más serena y madura. Lejos de parecer madre e hija, podrían pasar por ser hermanas, con la diferencia que Doña Marcia parecía más agradable, por la suavidad estudiada de los gestos.

Se la veía tranquila y con una sonrisa espontánea que mostraba sin embargo el ingenioso artificio de los que se alejan deliberadamente de los problemas ajenos para que no le resulten molestos. Era una dulzura muy trabajada por el egoísmo, dispuesta a sonreír, a no ocuparse de nada que le incomodase.

Aun así, los ojos, ¡ah, los ojos traicionaban su alma sibilina! Fijos en su esposo, parecían interesados en captar sus mínimas reacciones, en provecho propio.

Ella no quería saber todo lo que él hacía, sólo quería protegerse. Serena y bien puesta, ante el marido parecía un hábil viajero, preocupado en pasar la aduana para seguir tranquilamente el viaje con su carga clandestina.

Por otro lado, el marido parecía un aduanero centrado en el soborno, más preocupado en resguardarse él mismo que en denunciar a los viajeros, tan astutos como él, sobre todo en este momento en que casi le habían pillado en flagrante delito, se esmeraba en ser exquisitamente cortés.

Se arrellanaba en el sillón para oírla, con la paciencia de un perro astuto que se detiene para observar a un gato.

Para Claudio en esas circunstancias era necesario oír y analizar todo. Era inevitable. Marcia había llegado a la habitación de Marita en un momento crucial. Era muy importante que alejase cualquier duda, a costa de una actitud tolerante que no practicaba hacía mucho. Por eso estaba allí, sosegado y complaciente.

Sin embargo, entre ambos había una desconfianza recíproca. Dos bocas que se entendían, pero dos mentes que eran radicalmente opuestas, cada frase era prefabricada en la garganta, disimulando el pensamiento.

Con voz dulce, la esposa comentó los acontecimientos del baile benéfico en que había estado. Mucha gente, algunos jóvenes embriagados, chiquillos robando. Por todo eso, se había cansado.

Desconfiando del marido, a pesar de mostrarse casi afectuoso, para no dar pie a una conversación más larga, quiso prolongar el raro momento entre ellos, volviéndose más tierna.

Afable, le invitó a fumar un cigarrillo.

Claudio se lo agradeció. No quería fumar. Ella, sin embargo, después de golpear la punta del pitillo varias veces, lo encendió con un mechero pequeño, y, después de expeler algunas bocanadas de humo, se relajó en el sillón, con intención de seguir hablando.

—Tuve miedo. Le pasé mi trabajo a Doña Margarita y volví. Estaba atormentada por la idea de que hubiese ocurrido algo en casa, haber algo encendido, algún ladrón. Veo, sin embargo, que tú tal vez hayas tenido la misma idea y llegaste antes, apagando el gas... Menos mal que todo pasó... Aún así, reconozco que mi regreso fue providencial por que hace muchos días que estoy esperando un momento en que tú estés tranquilo y de buen humor, como ahora, para tratar juntos un asunto serio... Es algo que nos afecta a ambos y que no puedo decidir sin ti...

Neves y yo nos dimos cuenta del régimen de choque y contra-choque que respiraban aquellas dos almas enfrentadas, aprisionadas socialmente la una a la otra, por exigencias de sus pruebas.

Pensando que su mujer se iba a aprovechar de aquel momento de benevolencia para llamarle al orden en algún tema en que debía ser más responsable, Claudio retiró la máscara afectiva que llevaba desde el inicio de la conversación y se puso en guardia, taciturno. De estar sonriente pasó a fruncir el ceño. Sus maneras expresaban ahora un fino sarcasmo.

Buscó las palabras para disfrazar, en vano, su aspereza. Dijo que estaba cansado, alegó agotamiento debido a sus horarios en trabajos extras y dijo a la esposa que abreviase, lo más posible, lo que le tenía que decir. Quería leer, pensar, recuperarse.

La esposa fingió no ver su mirada irónica y empezó comentando lo fatigada que se sentía.

Posiblemente, el no tenía ni idea, pero se había sometido a varios exámenes ginecológicos. Desde hacía tiempo, pasaba las noches en vela, sufría palpitaciones, sofocos, sensaciones de pesadez, calor en el pecho. El médico opinaba que se trataba de una menopausia precoz y como tal la recetaba. A pesar de eso, ella se sentía depauperada, neurasténica. Se agotaba con los problemas domésticos. La empleada que limpiaba la casa se había ido, y, desde entonces, se veía obligada a lavar la ropa, encerar y, de alguna manera, echar una mano a Doña Justa en la cocina. La reparación de la nevera había costado mucho. Los gastos, a fin de mes, habían aumentado.

Marina había traído dos pagas extras pero aun así, andaban escasos. Necesitaba quince mil cruzeiros.

En ese momento, Claudio la miró, sarcástico y preguntó:

–¿Sólo?

La pregunta cargada de burla, cortó el aire como un cuchillo.

Doña Marcia enmudeció, al verse impactada por la desconsideración inesperada.

El marido no había prestado siquiera la más mínima atención a los padecimientos físicos de los que se había quejado. No quería conocer sus achaques.

Nada más empezar a contarle sus problemas físicos, se asustó al ver en él una dura y fría mirada. Conocía aquella actitud gélida de profundo desdén. Cuando se lamentaba, tenía la impresión de que Claudio emitía en su pensamiento esta pregunta: “¿por qué no te mueres de una vez?”. En algunas ocasiones llegó a pronunciar claramente estas palabras, incluso repetidamente. ¿Por qué tanto odio? se preguntaba a sí misma. No esperaba recibir ternura de él, ya que los disgustos incesantes entre ellos habían eliminado esta posibilidad, pero, a pesar de todo, creía tener derecho a cierta consideración. Si él caía enfermo, aunque fuese levemente, pese a no amarle, le cuidaba con esmero, llamaba al médico y tomaba las acciones necesarias para su restablecimiento. Pero, al contarle ahora lo del tratamiento que consideraba importante, para evitar una operación posterior, recibía de él sólo monosílabos secos que se clavaban en ella como flechas hirientes.

Al prolongarse el silencio entre ambos, Claudio hizo ademán de retirarse, pero la esposa frustró este intento, exclamando algo irritada:

–No te vayas, es necesario que oigas esto. Esta casa no es mía solo ¿no?

Marina y Marita... Se cría a los hijos con desvelo y cariño... Cuando son niños son angelitos, luego, de mayores, dan trabajo. Hasta ahora lo he sufrido en silencio, pero ya no puede continuar más la situación sin que tú te involucres. Entre una y otra no es posible la indiferencia.

Acogí a esa niñita ajena en mis brazos como si fuera hija mía. Soporté afrentas, me olvidé de mi salud, de mi tiempo... No rehuí responsabilidades hice todo lo que pude... Nada le faltó. Pero hoy...

–Hoy ¿qué? –preguntó su esposo, asombrado.

–¿Tu no te das cuenta de la humillación a que se expone Marina? –recalcó la compañera, en lágrimas, como si estuviese acostumbrada a llorar cuando quisiese. – ¿No percibes las dificultades de nuestra hija?

Claudio se rió, como si quisiese bromear.

–Marcia, déjate de escenas... Hablas de Marina como si la estuvieran matando. No comprendo, la veo feliz y desorientada, más que nunca. Si me parase en sus problemas, sería para amonestarla y reprimirla. Si no fuera por ti que la consientes y la das malos ejemplos, tendría que corregirla, incluso la habría metido interna...

–¿Qué oigo, Dios mío? Gritó la señora.

Paró su llanto, alarmada de ver el rumbo imprevisto de la conversación.

– Oyes la pura verdad –prosiguió Claudio, implacable– anteayer mismo, tuve que asistir a un cóctel por imperativos del trabajo, en honor de uno de los jefes, en una sala de fiestas nocturna, y tuve que pretextar un fuerte dolor de cabeza para salir de allí ¿sabes por qué?

Nuestra hija, que tú crees tan santa, estaba allí en brazos de un caballero maduro y de buena planta, que no la besaba de forma paternal precisamente. Sentí tanta vergüenza que pedí a un colega que me representase y salí de allí rápidamente, antes que Marina me pudiese ver.

– ¡Ay, la pobre!... –objetó Doña Marcia, colorada y tremendamente revuelta.

En aquel momento, los dos se desprendieron de los disfraces. Se ponían, en espíritu, uno frente a otra, con brusquedad, sin disimulos.

Dos enemigos reales, aversión contra aversión.

El áspero diálogo continuó.

– Pobrecita ¿por qué?

La esposa le miró de arriba abajo, burlonamente y le acusó:

– No quiero hablar ahora de tu presencia de hombre mayor y casado en una sala de fiestas nocturna, pues no creo una sola palabra de esas historias de homenajes a jefes a altas horas de la noche. Tú siempre fuiste inmoral, indigno, mentiroso, pero, por amor a nuestra familia, me olvidaré de todo eso para que tú conozcas la situación...

Reflexionando en la conveniencia de sensibilizarle para el fin que se proponía, Doña Marcia bajó a propósito la escala de aspereza, suavizando la inflexión de la voz que se había vuelto agresiva.

– Claudio, escucha –continuó casi melosa–, Marina, obediente, nunca me ocultó la verdad. No pienses mal; desde que empeoró la mujer de Don Nemesio, viene repartiendo, cariñosamente su tiempo entre las obligaciones de su puesto de trabajo y la casa de su jefe, donde la infeliz señora se muere, poco a poco... debes admirar su abnegación, por que en modo alguno necesitaría interesarse por la vida íntima de la familia Torres, hasta el punto de velar junto a ellos por varias noches consecutivas, por simple espíritu de sacrificio... No se si tú la habrás visto cuando llega a casa por la mañana, con profundas ojeras y el cansancio reflejado en su rostro.

En la mente de Claudio, mientras tanto, se operaba una complicada rebelión. Ante lo que él consideraba palabras injuriosas de ella, tenía ganas de abofetearla. Estaba preso de una gran indignación, pero se contenía. Quería seguirse burlando, pero estaba seguro que Marita estaba escuchando la conversación. Quería conquistarla a cualquier precio, sobre todo ahora que se le había declarado, no estaba dispuesto a renunciar.

Seguiría su plan.

Doña Marcia, engañada, se había creído la versión de la pesadilla y pensaba que la chica estaba dormida, aceptando la presencia de Claudio en su cuarto sin poner ninguna objeción.

El, sin embargo, sabía que ella estaba oyendo todo lo que dijese y no quería perder su pretendida imagen galante y caballerosa. Si se mostraba sincero, perdería y se agravaría la distancia, así que decidió aguantar todos los reproches e insultos, estudiando mientras cómo redirigir la conversación para sacar el mejor partido en relación con Marita.

Además, el amigo desencarnado, a su lado, fomentaba la rigidez de su alma, dándole ideas. La fabulación de uno se complementaba con la del otro. Concluyeron ambos que era mejor examinar los detalles secundarios y pensar antes lo que iba a decir. Manejarían a Marcia para conseguir a Marita. La esposa sería su instrumento, la usarían como trampolín para alcanzar su meta.

Todas esas consideraciones relampagueaban en el espíritu de Claudio, mientras su esposa se empeñaba en justificar y defender a la hija. Dominado por los nuevos pensamientos no sonrió, pero suavizó su expresión como si se resignase con paciencia.

Desarmada en parte, por aquella impasibilidad que ella tradujo como benevolencia, Doña Marcia siguió:

– Sucede que el Sr. Torres se encuentra francamente desbordado ante la tragedia que su fortuna no puede evitar. Mucho dinero y el corazón abatido, prósperos negocios y un fallecimiento a la vista.

Nuestra hija se compadeció. Tanto amparó al pobre hombre que acabó descubriendo los sufrimientos de la persona que se aproxima, de forma consciente, a la viudedad. Por eso viene tratando de reforzarle, de la forma que puede.

–Pero ¿así es como lo hace? ¿ahogándose en alcohol y placeres nocturnos, en que ambos parecen dos chiquillos alocados? No les vi precisamente rezando por la recuperación de la enferma...

–Déjate de ironías. Tú, en la misma situación, no te consolarías con lágrimas, buscarías distracciones. No me parece tan insensato que el Sr. Torres, a esas horas, vaya a un ambiente alegre para recuperar sus fuerzas, y no veo maldad ninguna en que trate a Marina como a una hija, acariciándola como la muñeca mimada que siempre fue. Justo y claro. Doña Beatriz y él sólo tienen un hijo, no tuvieron como nosotros la ternura de una hijita en el hogar y no adoptaron a ninguna niña ajena. Marina me cuenta a mí, a su madre, todo lo que le pasa. Tú sabes que ella es profundamente sensible y cariñosa. Le da mucha pena de su jefe e intenta reconfortarle...

–¿Reconfortarle? –dijo Claudio con ironía.

–No me vengas con sarcasmos –expresó Doña Marcia con aire decepcionado– Nuestra hija actúa correctamente. Tanto es así que, esta conversación debe aclarar un grave asunto.

Y, cambiando el tono de su voz a uno más persuasivo y dulce:

–No ignoras que Marita se enamoró, hace meses, de Gilberto el hijo de los Torres.

Viéndoles en constante contacto, creí de buena fe que el joven sentía por ella algo estable. Combinando reserva y malicia, pasó a relatarle las citas, los paseos, las cartas, las conversaciones por teléfono,... Resaltó que se había sentido muy mal al

sorprenderles, a solas, en una excursión dominguera, en pleno bosque de Tijuca, días atrás. Admitió que era necesario ver qué pasaba. Se había aborrecido a sí misma, al descubrirles de esa forma, solos y aislados, bajo los árboles. Mujer y madre, se inquietaba al pensar en la hija adoptiva...

Claudio recogía sus palabras con los ojos encendidos y el corazón palpitante.

Entonces, Marcia también lo sabía... su arisca esposa no solía engañar en las confidencias.

Sin duda, ella sabía más detalles que prefería esconder. No conocía lo de Paquetá, que igualmente, fue escenario de los besos y cariños que tanto detestaba. No contaba con recibir esas noticias en su propia casa. No pensaba que su mujer era consciente de la situación que él creía conocer en exclusiva... En ese momento, olvidaba a la niña que había crecido en sus brazos, se anulaba su condición de padre, celador de su honra. Irrumpía en él el animal herido, el hombre salvaje que dormía en su interior, aguijoneado por los celos.

Restregando los dedos en las palmas de las manos, en un gesto que simbolizaba su desagrado, se levantó, dio algunos pasos por la sala y refunfuñó:

–¡Ingratitud!

La esposa contemplaba la escena con el placer de quién consigue alcanzar sus propósitos, ya que, desde el inicio de la conversación aspiraba a establecer un clima favorable a la hija legítima, en detrimento de la otra. Juzgó que su marido con aquella expresión manifestaba su rechazo contra la conducta de la joven que pretendía apartar. Muy distante de la realidad, no percibía que la indignación tenía su origen en la amargura del apasionado que se ve menospreciado y, por eso, ensayaba una sonrisa triunfal...

Nosotros, sin embargo, conseguíamos analizar sus pensamientos y verificar cuanto le dolía el desprecio.

Se veía a sí mismo al lado del joven, midiendo sus fuerzas contra él. ¡Ah, si pudiera tenerle en sus manos! Volcaría toda su cólera, rompiéndole los huesos...

–¡Me conmueve tu reacción contra Marita!... tomando nota de la frase de la esposa, se dio cuenta del papel poco aconsejable que empezaba a asumir. Eso le podía descubrir. Se había pasado en los límites que debía mantener en su propio interés y decidió recobrar la compostura. Confirmó que Marcia apreciaba su repulsa, creyendo verle en el lugar del padre, abrumado por las circunstancias y dejó que ella se afirmase en esa idea, poniéndose, mentalmente, a la defensiva. Reprimió la desesperación, sentándose, de nuevo, para relajar sus nervios tensos. Apagó todas las señales de excitación externa, aparentando una súbita calma.

La señora, que deseaba adquirir ventajas para su hija, lejos de imaginarse enredada en aquél juego, en el que marido y mujer parecían dos socios astutos en los golpes estudiados de uno contra otro, habló con serenidad, intentando controlar ahora toda la situación:

–Tu actitud respetable de padre me alegra mucho, gracias a Dios, veo en ti el jefe de la casa y de la familia.



Claudio oía, atento.

Es necesario que sepas –prosiguió ella– que Gilberto no quiere nada con Marita, que vive enamorada sin razón. El chico está apasionado por Marina y todo indica la posibilidad de un buen enlace, que debemos contemplar.

El marido, astuto, dedujo que había llegado la oportunidad de su venganza. Fingiéndose desconocer la trama de sentimientos en que estaban enredadas ambas jóvenes, comentó en voz alta los nuevos aspectos del problema, para ser escuchado claramente por Marita, que sabía estaba atenta a la conversación en la habitación contigua. Después de encarecer la excelencia del carácter de la hija adoptiva, destacando el aprecio y la ternura con que él se encargaría de protegerla, resaltó, jocoso:

–¡Ah! ¡El muy canalla!... entonces esa farsa de pasar el tiempo con Marita, llevándola por ahí, no es sino un miserable engaño para alcanzar otra meta... Está haciendo carambola. En el billar del amor, da a una bola para acertar en otra...

Y relacionó a ambas jóvenes, traicionadas en su confianza, explicó que Marita podría caer en una depresión de graves consecuencias. Si Gilberto quería casarse con Marina, que lo dijera. No se iba a oponer, pero exigía total franqueza.

Doña Marcia, muy contenta al ver su disposición tan favorable, relató las confidencias de la hija.

El chico se había declarado. Admiraba no sólo sus encantos personales sino también su refinada educación. Al principio, se veían de cuando en cuando. El necesitaba ayuda de alguien para traducir algunos textos en francés.

Marina demostró su competencia en esa tarea. El trabajo realizado fue tan magnífico que tuvo los elogios de la Embajada. Desde ese momento, trabajaron en contacto muy estrecho. Marina le había dicho que el propio Sr. Torres, siempre solícito, le empezaba a llamar nuera.

Claudio, a propósito, decía de cuando en cuando:

–Marcia, no oigo bien, habla un poco más alto.

La esposa, elevando la voz, contó que los dos, a pesar de la situación delicada de salud de Doña Beatriz, traducían poesías deliciosas de autores ingleses, acompañándolas de fragmentos sentimentales que expresaban su ternura recíproca, componiendo un lindo álbum cuya lectura le había arrancado lágrimas de ternura. El amor entre ambos era claro como el agua.

Era indispensable apoyar a la hija, para hacer realidad sus esperanzas.

Se sintió reconfortada al reconocer que el nivel cultural de Gilberto no encajaba con las deficiencias de Marita en ese sentido, por lo que no serían felices. Dijo con convicción, que la orientación de este tema les competía a ellos, a Claudio y a ella misma. También citó que el auxilio prestado por Marina a Doña Beatriz había estrechado las relaciones entre los jóvenes, y, suponiendo que el esposo valoraba también los posibles inconvenientes para Marita dijo, como si fuera un chiste, que Marita se recompondría, las cosas de chicos jóvenes son problemas de ellos.

El marido no creyó una sola palabra de lo que estaba oyendo. Como padre, se sentía desilusionado con su hija. Las correrías nocturnas, sus formas, el trato con su jefe, no le dejaban lugar a dudas. Al contrario, las confianzas de Marcia le llevaban a realidades mucho más duras. Marina se movía sin escrúpulos entre el padre y el hijo. Como esposo, no se dejaba embaucar. La compañera sabía que era desleal a los compromisos domésticos, que él mismo había alimentado con sus ejemplos poco estables emocionalmente. No podía quejarse. Marcia se había transformado en un ser astuto y cruel. Disimulaba siempre para salirse con la suya. De hecho, no le contaba todo lo que sabía. Estaría informada de todos los detalles de la relación con el Sr. Torres, tanto como él lo estaba. Sortearía los inconvenientes, incentivando quizás la liviandad con propósitos de lucro; pero ese era el momento de atraer la confianza de Marita y por eso, con esa idea en su ánimo, silenció sus conclusiones y compartió la farsa, exponiendo que confiaban en la chica que tenían por hija. Intentaría distraerla y, de acuerdo con Marcia, procuraría llevarle en un viaje de turismo a Buenos Aires, al que había sido invitado por amigos del banco. Marita así, podría olvidar, olvidar.

El acuerdo avanzaba, pero el servicio nos llevó a la habitación contigua donde la amargura de la joven explotaba en vibraciones de intenso dolor.

## CAPÍTULO 10

Marita lloraba desconsoladamente, echada en la cama. Lo que había oído en el salón contiguo había revuelto su corazón. Se sentía abandonada, deseaba morir.

Entonces –se decía– toda aquella devoción de Gilberto no pasaba de ser algo superficial.

Esta idea se apoderaba de su alma, arrebatándole sus sentimientos.

Se acordaba que, semanas antes, él la preguntó si conocía otros idiomas.

Algo avergonzada, le dijo que sólo tenía algunas nociones primarias. El chico sacó una obra de Shelley. La leería en inglés y traduciría para ella los lindos versos. Le aconsejó ir a una academia nocturna. El la podría ayudar, conocía a buenos profesores. Ella se reía, quería el hogar, la escuela del hogar con él. Ahora, con la decepción, entendía la irritación que le acometió al despedirse de él. Así que quería casarse con una chica culta ¡Ignorante! –decía para sí misma– no paso de ser una ignorante. Marina era diferente, dominaba otras lenguas.

Todo ya estaba tramado, deliberado.

Por eso la hermana se había distanciado de ella últimamente. Cuanto más cariñosa se mostraba Marita con ella, más se apartaba.

Ahora reconocía la causa de que el chico estuviese hastiado e irritado. Pero –se preguntaba con tristeza–, ¿si él la despreciaba tanto, porqué abusaba de su confianza? ¿Por qué el arrebatación con que su alma guardaba las impresiones de la niña que se hace mujer de repente? ¿No había sellado con ello un compromiso de matrimonio? ¿No la testimoniaba una extrema ternura en los encuentros domingueros cuando se entregaban íntimamente el uno al otro?

Incapaz de dudar de la veracidad de su cariño, se volvía mentalmente a la hermana que la usurpaba las mínimas alegrías. La infelicidad –conjeturaba– sería culpa de ella.

Con toda certeza, Marina había codiciado al chico, y le había envuelto en la tela de arañas que ella sabía tejer como nadie. Gilberto habría caído en la trampa. Sin embargo, al descubrir toda la trama, se sentía herida. Se debatía en llanto, bajo el paso de las consideraciones familiares. Era cierto que era la adoptada e ignorante. Nada sobraría para ella, todo sería para la otra. Marina poseía méritos, ella no.

Lo expuesto por Doña Marcia le había hecho sentirse como el reo que oye la sentencia inapelable. Aún así, lloraba y no se sentía conforme. El hecho de perder a Gilberto le inducía al sentimiento de matar o desaparecer. Recordó las tragedias, leídas en la prensa, pero el fratricidio repugnaba a su corazón. La idea del suicidio germinó, de súbito, como semilla oculta en lo íntimo de su ser, ganando terreno en ella. Los pensamientos negativos la tomaron al asalto. Renunciar a Gilberto y destruir los planes hechos dolería mucho más que morir –pensaba, desolada– pero ¿sería justo acobardarse tanto? Rechazó la extraña sugerencia y se prometió coraje a sí misma. Lucharía por su felicidad. Hablaría con él, sortearían juntos, la amenaza pendiente. Pero, si Gilberto no quisiera, cual sería su destino con el golpe moral recibido percibía también el fantasma de la adoración por ella del padre adoptivo.

¿Por qué la vida le gastaba esta broma? Debía alejarse del afecto del joven que amaba, de forma natural, para ganar la pasión del hombre maduro que ella respetaba como padre y que la ofrecía un tipo de unión para ella inaceptable. Le aterraba oírle en estos momentos. Notaba su tono de alegría triunfante, al percatarse de la felicidad de desembarazarse de Gilberto, dejando el campo libre para apresarla.

Parecía que Claudio le hablaba desde lejos, al dirigirse a la esposa. Aquellas referencias agradables, con que la obsequiaba, delante de Doña Marcia, le confirmaban su decisión de hacerla suya. Con un sentimiento mixto de asco y piedad, recordaba sus caricias que hasta esta noche no había logrado comprender.

¿Cómo resolver esto?

Como una flor sacudida por el viento de las pruebas, se preguntaba ¿por qué? ¿por qué?...

Repasando lo ocurrido, por primera vez sentía miedo de aquel nido familiar al que se sentía encadenada como una hija auténtica.

De repente, elevó su pensamiento a la memoria materna... ¡Ah, nunca había podido imaginar que un corazón femenino pudiese encontrar dilemas tan terribles como los que se le planteaban! ¿Qué no habría sufrido su madre que la dejó al amanecer de su vida? Nunca había sabido, en verdad, las circunstancias que habían rodeado su nacimiento. ¡Pensaba que quizás su madre habría conocido el cáliz que ahora le amargaba! ¿Qué noches de agonía moral habría atravesado, sola, al acariciarla en su vientre! ¿Qué injurias había padecido, que privaciones? Ella, no sabía nada de su padre, reflexionaba en el martirio de la madre, joven y abandonada, cuando, probablemente, aguardaba en vano su cariño y protección noche a noche.

Doña Marcia, al hablar de su madre la llamaba “chica juguetona” ¿Habría sido así?

Posiblemente, cantaría para no llorar, ansiando aplacar con sonidos festivos los gritos de su alma...

¿Quién sabe si se habría dedicado a algún hombre poco aconsejable o empeñado su corazón con algún chico que la habría robado la ternura de chiquilla y mujer?

Bañada en lágrimas, suspiraba por volverse niña... ¿Por qué no vivía su madre, para luchar juntas? Se apoyarían la una en la otra, intercambiarían sus amarguras respectivas...

Muchas veces, en la tienda en que trabajaba, había escuchado historias de comunicaciones de muertos, se había enterado de experiencias sobre la vida en el más allá... ¿Será cierto? –se preguntaba–. Si Araceli, ya libre, estuviese en alguna parte, indiscutiblemente le acompañaría en este calvario, compartiría su infortunio...

De manera espontánea, imploraba al espíritu materno que la bendijese, fortificase, protegiese...

Aunque sin ninguna idea religiosa concreta, emitía una muda oración que servía de profunda invocación...

Intentábamos consolarla, tratando de serenar su mente cuando dos señoras desencarnadas entraron de repente en la habitación.

Nos saludaron afectuosamente, exponiendo que eran entidades familiares vinculadas a aquella casa.

De las recién llegadas, la que nos pareció menos experta se acercó a la chica que oraba. Se controlaba difícilmente. Temblaba, al enjugar el llanto silencioso. Se inclinó en la cama, como haría cualquier madre desventurada y afligida en la Tierra, cuando no quiere despertar a un ser querido...

Aunque no hubiese explicaciones previas, no nos cabía la menor duda. Aquella era la joven que Marita conservaba en imagen, en su pensamiento. ¡Araceli, amparada por el dulce afecto de una venerable amiga, estaba allí, delante de nosotros! Como una madre amorosa venía, quizás de muy lejos para atender las angustias de su hija... Nos enternecía ver a la pobre madre arrodillada para besar sus cabellos... ¡Oh, secretos insondables de la providencia Divina!... ¿Quién conseguiría definir con palabras humanas la esencia del amor que Dios puso en las entrañas maternas?... La dama se inclinó suavemente y la abrazó con ternura, como una planta sobre la única flor que había nacido...

La joven se calmó, de repente. Como si adivinase la visita por la que suspiraba, relajó la tensión, notándose mentalmente ocupada por la presencia de la madre cuyos rasgos intentaba, con cariño, recordar y reconstruir.

Mientras esto ocurría, se sobrepuso otra escena, conmovedora.

Araceli, que oraba y lloraba en profundo silencio, buscaba en su pensamiento a otra mujer, que al evocarla, renovara sus energías.

La madre desencarnada se reía, de pequeña, junto a la sencilla lavandera que la había traído en la última reencarnación para el teatro de la vida humana. Veía a la niña agarrada a la falda de aquella chica enferma que sumergía sus piernas en el río para ganarse el pan... Tan profundo alcanzaba la acústica de la memoria que llegaba a escuchar el ruido de sus manos mojadas, lavando las prendas enjabonadas... Veía su mirada cariñosa, pidiéndole paciencia... Callada, sentada en la tierra, a veces esperaba y esperaba hasta que su madre pudiese atenderla... y se acordaba de la alegría que sentía cuando los brazos maternos la retomaban para dormirla, al son de un viejo estribillo, al que se había acostumbrado en su hogar sin techo...

Con los ojos fijos, como si buscara, más allá, en el espacio infinito los brazos cariñosos que el tiempo le había arrebatado, tomó una nueva postura, colocando la cabeza de Marita en su regazo y, emocionada y en llanto, como si tuviese en los labios aquellos labios de madre, humilde y enferma que jamás había olvidado, Araceli, en llanto resignado, cantó suavemente delante de nosotros:

Lindo ángel de mis pasos  
descansa, mi dulce bien;  
duerme, duerme en mis brazos,  
mientras la noche viene,  
duerme, hijita querida;  
no llores, encanto mío;  
duerme, duerme, mi vida,

tesoro que Dios me dio...

Como si hubiese sido hipnotizada de repente, Marita cayó en un profundo sueño.

Una vez hecho esto, la señora que amparaba a la madre, la atrajo suavemente a su pecho con el propósito de consolarla y nos dijo, con tristeza:

–Hermanos, nuestra Araceli todavía no está en condiciones de amparar a su hija.

Y añadió, entre gentil y decepcionada:

–Perdonadnos la interferencia ¡Nosotras, las madres ante ciertas dificultades, nada más tenemos que una vieja canción para dar a nuestros hijos!...

En seguida, se retiró, llevando a Araceli en sus brazos, sollozando...

Todavía no nos habíamos recuperado de la emoción, cuando vimos a Marita, en espíritu, apartarse del cuerpo denso, con la inquietud de la niña que anhela inútilmente el calor materno... Como ocurre en la mayoría de las criaturas encarnadas en el plano físico, mostraba una lucidez oscilante, insegura...

Se tambaleó por el cuarto y percibiendo que Neves se disponía a ayudarle frené su impulso, haciéndole sentir que nuestra intervención directa podría frustrarle sus deseos y que, para prestarle un eficiente auxilio, había que dejarle libre, bajo discreta vigilancia, para poder examinar sus necesidades más íntimas.

Sucedió de inmediato lo que no preveíamos.

Se esfumó el éxtasis de hija triste, se difuminaron las actitudes infantiles, la niña de Araceli había desaparecido y resurgió en ella la personalidad femenina, firme y clara.

La chica no podía vernos. Tenía la mente nublada que caracteriza a los pequeños todavía tiernos, incapaces de particularizar sus impresiones cuando cambian de lugar; pero también le pasaba lo que les sucede cuando tienen ideas fijas de juego o golosinas es que se concentran todos sus pensamientos en un punto. En este caso Gilberto.

Quería ver a Gilberto. Oír a Gilberto.

Semejantes impulsos unidos en su cabeza, repetidamente emitidos, dominaban la voluntad, revistiendo su pensamiento de una cierta claridad que la favorecía sin embargo solo en dirección a sus deseos de mujer.

Ese sentimiento parecía proporcionarle ahora un apoyo íntimo más seguro, y Marita, pareciéndonos más dueña de sí misma, aunque presa del deseo ardiente en que se obstinaba, dejó el aposento y, descendiendo por la escalera que rodeaba al ascensor, dejó atrás el edificio, como sonámbula, magnetizada por los propios reflejos.

La seguimos atentos, no obstante dejándola a su propia decisión.

Debíamos estudiar sus ímpetus extrovertidos, consultar sus inclinaciones. No tuvimos ninguna dificultad para adivinar adonde se encaminaba.

En poco tiempo, la hija adoptiva de Claudio llegó a la residencia de Nemesio, que ya conocíamos.

Con la certeza instintiva de quien se dirige a cierta persona, como si pudiese olfatearlo, avanzó dentro de la casa, manteniendo viva la imagen de Gilberto, que dominaba por completo su pensamiento.

Impulsada por las percepciones indefinibles del alma alcanzó el amplio dormitorio, localizado al fondo de la casa y, sin que nos fuese posible valorar la resolución de garantizar su libertad para analizar sus reacciones, sobrevino un choque doloroso.

Sobresaltados, conseguimos ampararla desde atrás.

Al entrar en la habitación, Marita sorprendió a Gilberto en los brazos de la hermana y bramó, horrorizada:

–¡Canalla! ¡Canalla!...

Las imprecaciones no alcanzaron ni de lejos a la joven pareja, completamente absorta en sus caricias.

Neves y yo no intercambiamos una sola palabra. Nos precipitamos automáticamente hacia la atribulada joven, intentando anular su agitación convulsiva.

Algunos minutos después, despertó en el cuerpo denso, como una pequeña fiera atormentada devuelta a la jaula. Moviendo los párpados lentamente, presentaba en la mirada el aspecto de un loco cuando relaja los músculos después de un acceso de furia. Palpó su frente sudorosa. Encendió la luz, deseando algo real. Atontada, se sentó y tocó la pared para asegurarse que estaba en su cama y en su casa.

Poco a poco, recuperó su confianza y se tranquilizó, rehaciendo sus energías, pero era una tranquilidad más bien amarga.

¿Fue una pesadilla? –se preguntaba, aterrorizada– ¿Quién sabía si tantos padecimientos simultáneos le llevaban a una crisis de locura?

Le dolía la cabeza, se sentía casi febril. Marita había vuelto al envoltorio físico tan rápidamente, que no nos había permitido adoptar ninguna medida para anestesiar su memoria.

Retenía en su pensamiento detalles del cuadro que había visto y oído y, encarcelada de nuevo en las impresiones superficiales de los sentidos corporales y en la noción de la profunda verdad, que no lograba interiorizar, cayó en un llanto convulsivo, y consiguió dormirse con relativa tranquilidad sólo con las primeras luces del alba.

## CAPÍTULO 11

Colaborando en nuestra asistencia a Doña Beatriz, que languidecía, volvíamos a ver a Marita en nuestras obligaciones diarias.

Llegó noviembre, con sus lluvias torrenciales.

Aquel día, después de algunas horas de canícula intensa, nubes gigantescas ocultaron las montañas, acortando el crepúsculo que se hacía más denso, por el agua y la niebla.

Copacabana bajo la lluvia, en las horas de más movimiento, estaba muy ruidosa. Todo el mundo que iba por la calle parecía estar en un concurso para lograr ser el primero. Había maratones improvisados. Los autobuses pasaban llenos de personas, evidentemente deseosas de llegar a casa. Los coches se reflejaban en el asfalto mojado como en un espejo, pitando para avanzar. Los peatones protegidos contra la lluvia se arremolinaban, esperando los autobuses que venían del extremo sur.

La hija adoptiva de Claudio alcanzó el gran edificio, soportando el aguacero.

De Copacabana a Flamengo el trayecto en autobús, una vez pudo cogerlo, fue rápido y de la parada donde se había bajado hasta su casa, sólo había un corto trecho. Aún así se quitó la capucha antes de entrar al ascensor, como quien sale de la piscina.

Todo era frío y sombra alrededor, pero, más dolorida que la tarde oscura, surgía su alma atormentada a través de los ojos que reflejaban la huella del cansancio y el insomnio.

Al subir, se encontró con una vecina que le enseñó unos adornos y colgantes que llevaba. La joven observó las guirnaldas y farolillos de papel para la noche de cumpleaños en la casa de al lado, pronunció automáticamente algunas palabras de admiración y volvió a ensimismarse para sentirse aliviada, de algún nodo, al entrar en su casa.

Nadie la esperaba.

Sola, se echó en la cama intentando recapitular los acontecimientos de la víspera, pero de repente, sintió hambre. Se acordó que no había tomado nada en todo el día. Se levantó.

Miró que había en la cocina, pero la comida que había sobrado no estimuló su apetito.

No obstante lo frías que tenía las manos, sentía calor, excitación. Estaba fatigada y tensa de tanto pensar. Le apetecía mate frío, así que abrió la nevera y se sirvió un poco. Fijó sus ojos en el teléfono que había al lado de la nevera y no se contuvo. Marcó. Desde la residencia de los Torres una voz imprecisa le informó que Gilberto no estaba, había salido.

Se desanimó todavía más...

Volvió a su cuarto y abrió la ventana. Quería respirar aire fresco.



Se apoyó en el alfeizar contemplando la ciudad, allá abajo. Bajo la lluvia, los coches parecían animales fugitivos.

La joven reflexionaba y reflexionaba... Mirando a las casas iluminadas dedujo que habría allí millares de personas soportando quizás problemas iguales o peores que los suyos, se preguntaba a sí misma porqué estaba tan enganchada a Gilberto, cuando habría centenares de chicos con excelentes cualidades de los que se podría enamorar.

Se sentía desalentada, insatisfecha. Quería entretenerse, huir de sí misma.

Inútilmente pensó en ponerse una chaqueta y salir a la calle para distraerse, a pesar del mal tiempo. Pero no sólo era la lluvia copiosa la que frustraba sus impulsos. Su espíritu deseaba salir, su cuerpo no. Estaba a la vez excitada y fatigada. Intentó leer en la cama un libro que había empezado, pero se acordó de Claudio. El padre adoptivo venía tarde a casa raramente y, desde la víspera, no conseguía acordarse de él sin temor. Se levantó y se preparó para descansar. Precavida, apagó la luz. Cuando llegase creería que no estaba.

En la oscuridad, se tiró en la cama abandonadamente y empezó a meditar... Trajo a su memoria todas las esperanzas, sueños, pruebas e inhibiciones de su corta existencia, mojando de lágrimas la almohada.

En unos instantes, escuchó los pasos del dueño de la casa que se movía de una habitación a otra.

Por la levedad de los pasos, percibió cuando Claudio se acercó a su cuarto.

Tocó el pomo de la puerta, pero no abrió. Ella y Marina tenían costumbre de cerrar la puerta cuando salían de noche. Oyó ruido de botellas y vasos y después escuchó como salía de nuevo a la calle, notando su nerviosismo por la forma brusca de cerrar la puerta al salir.

Aliviada, se sintió menos inquieta.

Marita se encontraba realmente sola, ya que incluso los dos vampiros de la casa se encontraban fuera, acompañando a Claudio.

Pasaron las horas lentas, difíciles...

Eran las once en punto cuando Neves y yo nos dispusimos al socorro magnético. Oramos, pidiendo la bendición de Cristo y el apoyo del hermano Félix en beneficio de la joven exhausta.

Pusimos en marcha nuestras posibilidades limitadas.

Ella, al principio, reaccionó negativamente manteniéndose despierta, pero al fin cedió.

Operamos con cautela, reduciendo su capacidad de movimiento, para prevenir su intento de reunirse con Gilberto, tal como había ocurrido el día anterior.

En efecto, desligada del cuerpo, expresaba una enajenación total, sin manifestar el más mínimo interés por lo que le rodeaba.

Absorta en la pasión que se adueñaba de todas sus fuerzas, pensaba como en un monólogo:

–¡Gilberto! ¿Dónde está Gilberto?

Intentó equilibrarse pero giraba de forma vacilante.

–¡Que alguien me ampare! –mendigó con aflicción– ¡debo encontrarle, debo encontrarle!...

La apoyamos rápidamente.

Empezábamos a salir cuando se puso a nuestro lado una agradable señora desencarnada que dijo ser mensajera del hermano Félix, que nos esperaba en un puesto de socorro.

Con presteza, abrazó a la paciente con la ternura característica de una mujer y nos pusimos en camino.

Iríamos a un barrio cercano, donde una respetable institución espírita-cristiana nos ofrecería amparo, nos dijo la recién llegada que se identificó como hermana Percilia.

Me percaté que Neves y ella ya se conocían anteriormente.

Percilia no perdió tiempo en conversar con nosotros, entregándose a su trabajo, hablando con la joven, reforzándole. Se esforzaba en descentralizar su atención, señalando detalles en el trayecto, sin ningún resultado.

La joven no presentaba otros pensamientos, palabras ni objetivos que no fuesen Gilberto. Fascinación, aunando todos los reflejos. A cada frase afectuosa que se le dirigía, respondía preguntando en qué lugar y momento la conduciríamos hacia él, a lo que la benefactora respondía con admirable sentido materno, sin ninguna expresión de desagrado, como si charlase con una hija enferma, procurando reajustarla con amorosa solicitud, comportamiento éste que debíamos imitar por nuestra parte. Ni Neves ni yo nos sentíamos, de esta manera, inclinados a considerar de manera negativa ninguna de aquellas frases sinceras de niña y mujer que denotaban los estímulos sexuales, limpios e inocentes que la convertían en aquel momento en una niña extrovertida.

Llegados al recinto de actividades espirituales, fuimos recibidos por el hermano Félix en persona, acompañados de dos amigos.

El instructor nos informó que había recibido el comunicado, diciendo con modestia que, disponiendo de algún tiempo había decidido ir él mismo para ver qué sucedía.

Marita le contempló extática, indiferente, como alelada, absolutamente incapaz de comprender la importancia del sabio que le obsequiaba con gentilezas paternales.

Mentalmente fija en los recuerdos del joven Torres, las preguntas que hacía podrían parecer muy escandalosas si no estuviéramos preparados para auscultar sus conflictos.

Amparada por Félix que nos dirigía, tolerante, entró en el edificio preguntando si había llegado por fin al club donde normalmente encontraba a Gilberto; al ser dirigida al espacioso salón donde recibiría el necesario socorro magnético, quiso saber por qué la sala de baile estaba tan cambiada: mirando a distancia al pequeño equipo de

servidores desencarnados que se encontraban en su tarea de asistencia, en el ángulo opuesto del salón, expresó que la orquesta no debía estar en silencio y, escuchando el ruido de las bocinas de los coches en la calle, intentó descubrir si Gilberto ya venía para bailar con ella.

Con la razón empañada, tal como se encontraba, exponía por fuera las creaciones mentales que creaba internamente, sin una ligera noción de la realidad exterior.

Félix mientras, oía todas sus manifestaciones poco consideradas, con la ternura de un padre. Serio sin aspereza, comprensivo sin actitudes dulces que pudieran comprometer su autoridad de educador. Replicaba siempre con la bondad y circunspección debidas a un enfermo, absteniéndose de ofender sus sentimientos ni alentar las ilusiones.

La sentó en una silla y le hizo descansar en una hipnosis tranquila.

Se calló Marita, aislada en los recuerdos en que se complacía, mientras el instructor le administraba pases balsámicos.

La operación magnética fue larga y minuciosa.

Enseguida, Félix le rogó que hablase, que expusiese lo que más desease de nosotros, a lo que la joven accedió encantada, suplicando la presencia de Gilberto y diciendo que tenía dudas en si ese era el lugar en que se veían... Pidió socorro, protección...

Se inclinó hacia Percilia como una niña que necesita el cuello materno y lloró mansamente como implorando que no la detuviésemos.

El hermano Félix, compasivo, nos informó, sin que la paciente entendiese sus explicaciones, que lamentablemente, la intervención realizada en su favor no podría pasar de la superficie, siendo sólo útil para sustentar el reposo físico, que la pasión juvenil había derivado en un trastorno emocional grave, que la pobre niña se había dejado arrastrar por el desvarío afectivo, a punto de caer en el peor tipo de posesión, aquel en el que la víctima se adhiere, gustosamente, al desequilibrio en que se consume.

Resaltó que había examinado su organismo, en el sentido de ver si se podía atajar el trastorno mental incipiente mediante alguna enfermedad que, al mantenerla en cama, pudiese modificar su mente, predisponiéndola a otro tipo de impresiones. Pero, el cuerpo de la joven no se mostraba receptivo a ese tipo de amparo. Marita, sumamente desorientada y enflaquecida, podría desencarnar si se presentase ese desajuste orgánico.

No cabía otra alternativa que esperar a su propia resistencia moral.

Neves, Percilia y yo, nos dispusimos a acompañarle de vuelta a casa.

Marita no revelaba ninguna mejoría en el aspecto mental, pero el auxilio magnético había surtido un efecto saludable inmediato ya que, al volver al cuerpo físico, empezó a reposar sin agitación, por lo que la dejamos dormir profundamente.

Nos despedimos de Percilia ante el cielo estrellado y de nuevo a solas, quizás porque hubiera sentido la pregunta que no planteé, Neves me dijo:

–André ¿conoces a esta señora?

Y, ante mi respuesta negativa, comentó:

–Es la misma que vi en el cabaret, cuando agredí a mi yerno en un gesto impen-  
sado, es la desconocida que me apoyó en el regreso al aposento de Beatriz, sólo que  
hoy no trajo consigo su distintivo luminoso... Pero, no tengo la menor duda, es la  
misma persona...

## CAPÍTULO 12

Neves y yo intercambiamos conjeturas, cuando alguien nos abrazó con afecto.

Era el hermano Félix, para despedirse.

Espíritu admirable por su sabiduría y abnegación, reverenciado por todos los sembradores del bien por donde pasase, al referirse a los protagonistas del drama familiar que estábamos atendiendo, inundaba sus ojos de lágrimas.

Se notaba, no sólo la piedad fraterna sino también el inmenso amor hacia aquellas cuatro almas reunidas allí, en ese apacible rincón de Río.

Parados ahora, respirando la brisa que encrespaba dulcemente las aguas de la bahía de Guanabara, mientras que el cielo de madrugada realzaba más las estrellas, nos enternecía ver su cariño paternal como si fuese un hombre común descansando con nosotros, frente al mar.

Tan grande y pura era la devoción de la que daba muestras al abrir los tesoros de su corazón a través de las palabras, que el propio Neves, tan inquieto a veces, al escuchar sus apreciaciones cumplía espontáneamente lo que prometía. Ninguna observación impulsiva, ninguna interjección impensada.

La actitud del instructor al detenerse en las luchas escabrosas del plano físico, educaba cautivando.

Había elevación en cada frase y luz de entendimiento en cada idea.

Conquistaba, sin pedirlo, nuestro interés en la prestación de asistencia voluntaria a la casa de Claudio, cuya estabilidad peligraba, en su opinión.

Se compadecía –explicó– de aquellas cuatro criaturas, arrojadas al océano de la experiencia terrestre, sin la brújula de la fe. Al principio, se había esforzado por abrirles un camino espiritual, más fue en balde. Se hundían en una profunda niebla de ilusión, hipnotizados por la gratificación transitoria de los sentidos de la carne, como pajaritos agarrados a la cáscara podrida de un fruto sin la mínima disposición de consultar la sabrosa riqueza de la pulpa.

Descubriendo algo más su propia intimidad, nos dijo que había visto a Claudio renacer, que había acompañado a Doña Marcia en la cuna y que había seguido de cerca la reencarnación de Marina y Marita, dejándonos ver las lágrimas que le habían costado, sin alardear de virtud ni superioridad.

Había empeñado dedicación, amistad, confianza y tiempo para que se pudieran incorporar en alguna actividad benemérita, para cultivar de esa forma, su latente espiritualidad, pero Claudio y Marcia, de nuevo en el cuerpo físico, con el olvido inevitable y providencial del pasado, habían recapitulado ciertas infelices experiencias.

En el mundo espiritual, antes de recomenzar el trabajo terrestre, analizando las necesidades y remordimientos que atenazaban sus conciencias, habían prometido el premio de volver al vehículo carnal, construyendo la sublimación íntima y corrigiendo excesos de otras épocas, a través del sudor en el servicio al prójimo, pero, llegados a la

juventud en el cuerpo, habían abrazado pasiones que frustraban todas las posibilidades de liberación próxima. Él, Félix, y otros compañeros se esforzaban en auxiliarles pero infructuosamente. Los cuatro se resistían a cualquier sugestión reparadora, repelían cualquier proyecto constructivo.

Nobles amigos de otro tiempo, dispuestos a prestarles apoyos preciosos, habían acabado desilusionados, dejándoles a su libre albedrío.

Claudio y Marcia, en especial, al elegir el dinero y el sexo sin freno por norte de sus pasos, sólo conseguían desajustar las bases de la tranquilidad del hogar. Por eso, Marina y Marita no tenían bases firmes para la felicidad real. Todavía jóvenes, se complicaban ambas en peligros y tentaciones, de las que difícilmente se desprenderían sin dejar dolorosas marcas en sus almas.

Tanta era la rebeldía de Claudio, que en aquella hora importante de su existencia no contaba, además de la Providencia Divina, sino con muy pocos amigos. Aún así, esos amigos –indicaba modestamente, ponderando sus propias dificultades– no se veían con derecho a solicitar ayudas especiales y, absorbidos por numerosas responsabilidades, sólo le prestaban auxilios esporádicamente.

Comprendimos adonde el benefactor humilde se proponía llegar y nos adelantamos, prometiendo nuestra adhesión decidida al programa asistencial que él forjase.

Teníamos la ocasión, no nos sería difícil.

Además del tiempo que me era lícito disponer, en virtud de la concesión de mis superiores para colaborar en apoyo de Neves, tenía una solicitud en trámite, ante las autoridades competentes, para que me fuese concedida una estancia de dos años, en alguna de las organizaciones destinadas en Nuestro Hogar <sup>6</sup>, a los servicios de psicología sexual, con finalidad reeducativa, y, consciente que él, el hermano Félix era responsable de la dirección de uno de los mejores institutos de ese género, le pedía a mi vez que apoyase mi petición ya que me sentiría feliz con la posibilidad de estudiar y trabajar, asimilando las experiencias y recibiendo su apoyo.

El instructor reafirmó su sencillez, exponiendo que la obra por la que respondía quizás no cubriese nuestras expectativas pero se comprometía –resaltó Félix, sin alarde– a favorecer los estudios que emprendiésemos. Viendo mi entusiasmo, Neves no dudó en compartir mis propósitos.

Haría una petición idéntica.

Nuestro interlocutor, conmovido, aclaró que eso le reconfortaba sobremanera porque, atendiendo a dictámenes de afectividad y reconocimiento, había conseguido permiso para recoger a Beatriz, en su propia residencia, tan pronto la esposa de Nemesio pudiese retirarse de la esfera física. Después de la desencarnación, la hospedaría allí junto a Neves el padre que ella nunca apartó de su recuerdo, esto, constituiría para él una gran alegría.

Ambos disfrutarían de una bendecida convivencia, se regocijarían unidos recordando el pasado y proyectando nuevos planes de trabajo y alegría.

---

<sup>6</sup> Ciudad consagrada a la educación y reajuste del alma, en el plano espiritual (nota del autor espiritual).

Mientras el corazón paterno de Neves se deshacía en agradecimientos, Félix se despidió afectuosamente.

Intentando rehacernos esbozábamos proyectos, ideando medidas de acción.

Neves se notaba lleno de nuevas energías y esperanzas. Esperaría a su hija, confiando en el futuro. Deseaba el reequilibrio total, ansiaba reeducarse para serle más útil.

Emplearía todos los recursos para ampararla y fortalecerla.

Eufóricos, deliberamos concentrar a partir del día que ya apuntaba, todas nuestras actividades de vigilancia al lado de Doña Beatriz, a punto de dejar su cuerpo enfermo, y, conociendo que la casa de los Nogueira también requería nuestra presencia, debíamos relevarnos en el servicio.

Neves consideró, con razón, que su hija se acercaba al momento final y que recelaba de no disponer de la serenidad suficiente si surgiesen muchos obstáculos y se encontrase solo.

Era humano. Adoraba a su hija enferma. Quería alentarla, protegerla, aunque no se viese con el merecimiento suficiente para brindarle mayor apoyo y consuelo.

No sería del todo conveniente que estuviese, con carácter permanente en casa de los Torres, mientras yo me reservaba el compromiso de cooperar en la pacificación de los Nogueira.

Eso sucedería sólo por algunos días, hasta que la liberación de Beatriz se consumase.

Tanto como me fuese posible, podría, por mi parte, volver con él, compartiendo el clima de la hija agonizante, donde nos acomodaríamos a los imperativos de nuestra edificación moral, estudiando y sirviendo para lograr un más alto rendimiento del tiempo.

Estuvimos de acuerdo en aquellas premisas sensatas.

De esta manera, regresé avanzada la mañana, al piso de Claudio, con el propósito de investigar, a solas, el ambiente que me permitiría poner las bases para cumplir mejor el deber asumido. Debía conocer los detalles que pudiesen convertirse en hechos de mayor importancia de un momento a otro, descubrir puntos de apoyo, tomar contacto y, si fuese posible, oír personalmente a los dos hermanos desencarnados que allí representaban tan lamentable papel.

Entré. Allí estaba Doña Marcia hablando con la empleada del hogar, comentando las secuencias divertidas de un programa de televisión que la familia acababa de ver.

Todo en calma, los vampiros estaban ausentes, limpieza y orden.

En un instante determinado, la figura de Marita vino a mi mente. Me había afectado la pobre chica.

Era una hija espiritual a la que debía resguardar con solicitud.

Con desasosiego, me fui a la calle y no pasando mucho tiempo, llegué a la tienda donde atendía con simpatía a los clientes.

La abracé paternalmente, dándole en silencio votos de paz y optimismo. Ella respondió, de forma instintiva con ideas vagas de reequilibrio y esperanza.

Se notaba su mejoría.

El amparo magnético realizado había sido muy efectivo. No sabía porqué, pero se sentía más tranquila, más fuerte.

Había reposado y restaurado sus fuerzas. Retomó el gusto por el trabajo, charlaba animadamente mientras seleccionaba las telas estampadas.

Mi presencia hizo que despertasen nuevas ideas.

Al margen de las conversaciones con las clientas, empezó a pensar, a pensar...

Tras unos minutos, presionada por los recuerdos, llamó por teléfono a Doña Marcia preguntándole si tenía pensado ir a Copacabana y al escuchar su respuesta afirmativa, rogó a la madre adoptiva que quedase con ella a las cuatro. Comerían juntas pues quería comentarle algo.

Llegué a la conclusión que sería mejor dejarla sola en el trabajo, donde podría interferir y aguardé la ocasión adecuada para enterarme de actividades o problemas donde pudiese prestar alguna ayuda.

A la hora prevista acompañé a madre e hija hasta un pequeño restaurante, considerando la gravedad de la tarea que se me había encomendado.

En un clima propicio a las confidencias, Marita se desahogó con dificultad, iniciando la conversación, discreta y humilde.

Pidió a Doña Marcia que le perdonase los hechos que iba a comentarle, ya que ella no tenía la culpa.

Era consciente de la amargura que llegaría a su alma, daría todo para no herirle, pero sentiría remordimientos si no le contase lo que había pasado.

Había dudado mucho antes de tomar esta decisión, pero como se sentía una verdadera hija, debía contarle todo.

Y, con ingenuidad de joven inexperta, relató todo lo que Claudio le había dicho y hecho, sin perder un solo detalle. Se había asustado y sufrido mucho ya que jamás lo hubiese imaginado. Si tuviese otros parientes, no dudaría en mudarse para evitar un escándalo, pero se sentía muy dependiente, sola. La única familia que tenía eran ellos, los Nogueira, cuyo apellido llevaba con orgullo desde la infancia. Estaba desorientada, recelosa y quería que le aconsejase que hacer.

Doña Marcia la escuchaba sonriendo sin dejar de saborear el café que estaba tomando. Semejante falta de sensibilidad enfrió un poco a la joven que resumió, cuanto pudo, las confidencias que quería ampliar y, con indecible sorpresa, no solamente para Marita que aguardaba sus comentarios con ansiedad, sino también para mí, que no contaba con la astucia previa de Claudio, Doña Marcia expresó en su semblante una absoluta incredulidad y expuso a Marita que su marido, el día antes,



tuvo una conversación con ella, y la hizo saber ciertas recelos que tenía. Le había dicho que aquella noche no le había contado todo porque estaba todavía asombrado de lo que ocurrió y creía que debía reflexionar más sobre el asunto antes de llegar a ninguna conclusión.

Pero, después de meditar mucho sobre ello, creía que Marita necesitaba atención psicológica.

Doña Marcia adoptó un tono de voz en el que se conjugaban inquietud y advertencia y continuó informando, informando...

Le había dicho Claudio que se sintió muy aliviado al verla entrar en la habitación aquel día, ya que unos minutos antes, al despertar a la hija adoptiva que se encontraba sonámbula, se lanzó a sus brazos besándole y emitiendo frases inconvenientes, lo que provocó su reacción, y de ahí que la esposa oyese las voces con las que se había asustado.

Le comentó que había reflexionado mucho y acabó aceptando la hipótesis de un desequilibrio psíquico en la joven. Le pidió su apoyo para que Marita pudiese recibir tratamiento profesional. El asumiría los gastos necesarios y todavía haría más...

No escatimaría esfuerzos para que un viaje a la Argentina restaurase sus energías, evidentemente alteradas.

Ante la estupefacción que nos dominaba, la señora Nogueira adoptó una actitud de consejera.

Recomendó a Marita que procurase olvidar, distraerse. Explicó que no había acudido al encuentro con el objetivo de abordar el tema. Ante las alegaciones de la hija no encontraba otra salida que abrirle su corazón. Esposa y madre, defendería la paz de todos. No debía tomar partido. Claudio efectivamente, tenía como marido, cuentas que rendirle a ella por sus ingratitudes, eso sí. Pero, en lo tocante a las hijas, siempre había tenido la conducta de un padre ejemplar y no era justo incriminarle. Todo aquello no pasaba de ser producto de la imaginación enfermiza de una joven en edad de enamorarse.

Y el machaqueo verbal volvió a los estribillos del pasado. Las fiestas de Araceli, sus compañías, sus desilusiones...

Observando en la mirada de la joven la penosa impresión que le producían tales recuerdos de su madre, Doña Marcia, sin disponer de un amor más profundo para conmover a la chiquilla, modificó la táctica afectiva y contó historias que conocía en que los sonámbulos hacían diversas cosas.

Argumentó que Claudio y ella, ante este hecho, que analizaban con el cariño de unos verdaderos padres sin que les moviese el más mínimo espíritu de censura, se habían acordado que ella, de niña, se despertaba muchas veces gritando en la noche, enfadada y quejándose de terrores inexplicables.

La habían llevado al médico, que la recetó calmantes. Recordó con buen humor, que un viejo amigo de la familia les dijo que la niña tenía nictofobia y que ambos lo habían buscado en el diccionario aprendiendo que esa palabra significaba "miedo a la noche".

Doña Marcia se rió de aquellas evocaciones graciosas. Totalmente ajena a la importancia del asunto. Acarició los hombros de Marita y la aconsejó que obrase con más cordura.

La joven, perpleja, tanto como yo mismo, no tuvo ánimo para desmentir nada. Ignoraba como desliar la madeja que el seductor había entretejido. Prefirió actuar como una niña, aparentando aprobación en silencio.

En su interior, sin embargo, se rebelaba.

Claudio había sembrado la confusión y la madre adoptiva cayó en la trampa.

No disponía de recursos para probar la verdad. Sólo le cabía aguantar y esperar.

Doña Marcia, con el claro propósito de evitar el problema y además, expresando en aquel momento una elogiabile sinceridad compasiva hacia la joven, le invitó a que fueran juntas de tiendas.

Marita aceptó, conforme, y el entendimiento malogrado quedó atrás, superficialmente, sirviéndonos a nosotros de aviso grave para que reforzásemos todo el sistema de vigilancia dentro de nuestro compromiso asistencial.

Pasaron cinco días sin acontecimientos dignos de mención. Hacía exactamente una semana de contacto con los nuevos amigos, cuando, compartiendo las tareas e inquietudes de Neves, vino a buscarme un compañero a quien había solicitado cooperación. Me dijo que una señora había ido al banco donde trabajaba Claudio, buscándole para un asunto que nos interesaba conocer.

Me dirigí al banco, a la sala de espera contigua a la espaciosa oficina donde trabajaban muchos empleados. La dama aguardaba a Nogueira, ausente en ese momento.

La recién llegada vestía primorosamente, con el aspecto de la mujer que después de perder las ilusiones, acaba haciendo negocio de los placeres que ya no es capaz de gozar.

Estaba observando al personaje que se incorporaba a nuestra historia cuando Claudio se presentó, jovial y con buen aspecto. Junto a él, el acompañante desencarnado, como si fuese su propia sombra. Admiraba al verles visceralmente asociados, pensando y hablando en absoluta simbiosis.

Se conocían ambos, ya que él la llamó “madame Crescina” saludándole familiarmente e iniciando una conversación en cuchicheos, mostrando que ambos estaban acostumbrados, de forma natural, a los secretos que se dicen al oído.

¿Alguna novedad? –preguntó él, frotándose las manos, con la sonrisa pícara de quien anticipaba diversiones.

La visitante expuso, tímidamente, los motivos que le habían llevado allí.

Había estado con Marita, la hija adoptiva, horas antes y, sinceramente –informada–, no había podido negarse a la petición que le había hecho, bañada en lágrimas.

Ante la mirada atenta de Claudio, siguió diciendo que la joven deseaba encontrarse, la noche siguiente, con Gilberto, un joven que de vez en cuando, frecuentaba la casa de citas. Había escogido para ello una habitación alejada, la número cuatro, por ser

más reservada y acogedora. La pobre niña –decía, compadecida– se lo había pedido de forma confidencial. Había accedido abatida, nerviosa. No se había podido negar, ya que también era mujer y tenía dos hijas...

Pero no se trataba sólo de eso. Marita le había recompensado espléndidamente para que se encargase de hacer llegar una carta al hijo de los Torres.

Y, ante los ojos asustados del amigo, que acumulaba la curiosidad y ansiedad del vampiro, la confidente sacó de su bolso una hoja en la que la joven imploraba a su amor que fuese a verla, a las ocho de la tarde, al lugar indicado. No le iba a incomodar, que no estuviese receloso. Rogaba su presencia y solicitaba su respuesta.

Claudio leía y leía, entre celoso e indignado. Si –reflexionaba–, era el cúmulo del sarcasmo. ¡Gilberto la iba a poseer de aquella manera! ¡La habitación del fondo, la número cuatro!...

¡La conocía, claro que sí, y vaya coincidencia! Era el lugar que él a veces escogía para sí mismo, cuando iba a la casa de madame Crescinia para su placer y entretenimiento... ¡Marita, sin saberlo, compartía sus preferencias!... El despecho atenazaba su corazón, mientras “el otro” se disponía a enlazarse más a él, reflejando en su rostro una amplia expresión de astucia.

La empresaria de correrías nocturnas interrumpió la pausa, insistiendo en que no podía eludir aquello, pero resaltó, ladina, que Claudio era cliente de su casa y por eso, le ponía al corriente de los hechos, no sólo por lealtad a los clientes, sino por evitar acontecimientos susceptibles de atraer las miradas de la policía, que nunca había interferido en sus negocios.

Por eso, informaba de todo y pedía consejo. Nogueira reprimió su cólera y le vi interesado en concentrarse mentalmente, indagando en su mente, en busca de ideas.

Ignorando que se había acostumbrado a absorber las sugerencias de una inteligencia ajena a él mismo, buscaba ávidamente sus estímulos, creyendo naturalmente que llamaba a las puertas de la imaginación para hallar una salida.

Obsesor y obsesionado intercambiaron impresiones, de mente a mente en momentos de ajuste silencioso, que un observador terrestre interpretaría como una vertiginosa fabulación, y los dos llegaron a un acuerdo implícito.

Llegué a esa conclusión, de manera superficial al verles repentinamente serenos, ya que no me sentí capaz de comprobar sus planes, forzado como me encontraba, a dividir mis observaciones entre ellos y la recién llegada, cuyos informes y detalles no podía perder.

Claudio esbozó una sonrisa forzada y pasó a agradecer la gentileza de que era objeto, empezando a citar las alegaciones fantásticas que había comenzado a elaborar.

Le dijo a la amiga, sorprendida, que Marita posiblemente estaría en breve comprometida para casarse con el joven y que, no obstante él considerase el encuentro mencionado una mera irreflexión de chicos jóvenes, estaba de acuerdo en que madame Crescina llevase la carta, consintiendo la cita.

Trató de expresarse con buen humor, diciendo que los chiquillos se habrían enfadado y esperaban reconciliarse. Si, no iba a poner ningún obstáculo. Prefería aconsejar a su hija al día siguiente.

Mientras, añadió después de reflexionar un minuto con el amigo invisible, le daría una gratificación, ya que teniendo un interés paternal en que se produjese el encuentro entre los dos jóvenes a los que se permitió llamar “casi novios” le pedía que entregase la carta a las dos de la tarde, hora en que Gilberto estaría en la oficina con toda certeza.

Doña Crescina prometió así hacerlo, recogiendo la cantidad que Claudio le dio y diciéndole que llamaría a la joven después del ajuste. Se sonrieron y dieron un apretón de manos.

Una vez solo, Nogueira, siempre enlazado por el obsesor, no reflexionó más.

Se aproximó al teléfono y dudó por un instante. Pensó consigo mismo que esa era la primera vez que se iba a dirigir al joven que detestaba.

La duda no duró más que unos segundos. Marcó, resuelto, el número de Gilberto.

Cuando el joven le atendió al aparato, formuló la consulta, modulando cortésmente la voz. Si era posible, deseaba hablar con él y pedirle un favor que era ventajoso para ambos, pero le rogaba la máxima discreción, era algo muy personal.

El joven tartamudeó al otro lado de la línea, mostrando viva emoción y estuvo de acuerdo.

Quedaron a las once en punto.

Claudio iría en taxi a comer a casa, en Flamengo y le esperaría en el Lido.

Que el joven no se preocupase, se conocían bastante, aunque no hubiese habido contactos personales.

Además le sería fácil localizarle, sabía cual era su coche. Efectivamente, pasados algunos minutos, estábamos los cuatro, Claudio, Gilberto, el obsesor y yo, en el lugar indicado.

El joven, muy pálido parecía un alumno culpable que comparece delante del profesor, pero la sonrisa amplia y calculada con que fue recibido, le tranquilizó de inmediato.

Caminaron juntos, intercambiando banalidades hasta que se instalaron en un rincón del bar.

Claudio, fumando, se esforzaba todo lo posible por aparentar naturalidad.

Totalmente ligado al vampiro que siempre se mantenía con él, comenzó diciendo al hijo de Nemesio, que entendía su situación, que sabía su interés por Marina, su hija legítima y que, en su condición de padre, aún cuando quisiera preservar su felicidad, no debía entrometerse en la pareja, pero, realzó dramáticamente, había criado a Marita como a una hija, la amaba tiernamente y deseaba también para ella el mismo bienestar que soñaba para la otra.

Gilberto, inexperto, le escuchaba conmovido.

Claudio, aparentando una enorme condescendencia, dijo que en verdad, atribuía al destino la coincidencia que había observado, ya que se hallaba convencido de que ambas jóvenes le querían, quizás con un afecto similar.

Comprobé, con asombro, la máscara de paternal ternura con que Nogueira cubría su semblante. En su interior, mantenía una repulsa dura y violenta. Disimulaba, hábilmente, sus impulsos de aplastar al hijo de Beatriz que, satisfecho y tranquilo, asentía a sus afirmaciones.

Reprimiéndose, continuó con astucia.

Resalto el hecho de que Marita, del afecto había pasado a sentir una pasión desbordada que incidía, por desgracia, en su salud física y mental. Estaba preocupado y afligido. Debía encontrar ayuda para superar las dificultades, pero necesitaba la colaboración del joven, para que Marita pudiese sufrir menos.

Contaba con él, y ante el asentimiento del joven, bajó el tono de voz diciéndole, en tono confidencial, que Marita le había escrito una carta. Con interés paternal, preguntó si Gilberto la había recibido. Ante la respuesta negativa del joven, le explicó el contenido de la carta donde le rogaba acudiese a un encuentro esa misma tarde. El había leído la misiva, sin que la joven se percatase de ello y repitió a Gilberto el contenido exacto de la petición.

Después de representar este papel, rogó al joven dos favores: responder por escrito, afirmativamente, indicando que estaría en el lugar de la cita y luego, abstenerse de comparecer allí.

Dijo que la chica estaba desorientada, enferma y que se temía lo peor, un choque emocional de consecuencias difíciles de preveer. Por eso, le rogaba su cooperación. Por su parte estaba arreglando los papeles para que Marita y su esposa pudiesen ir a la Argentina en un viaje de recreo. Dadas las circunstancias esperaba que Gilberto, aunque era libre de tomar cualquier decisión, coincidiese con él en que era la mejor manera de evitar males mayores. Si estaba de acuerdo, él, Claudio, iría a buscarla al lugar de la cita, no sólo con la noticia positiva del viaje, sino también para presentarle disculpas en nombre del joven, por no haber acudido a la cita.

Esto último, dada su posición de padre comprensivo, lo haría mostrando un tacto excepcional.

Consultó con Gilberto la posible razón de la excusa por la que no comparecería, si debía exponer un problema de negocios, situación familiar o un viaje de servicio inesperado fuera de Río.

El hijo de los Torres oyó todo esto, encantado.

La propuesta le pareció de lo más sensato. Además, respiraba feliz. Comprobaba que había encontrado a alguien que le iba a llevar, paso a paso, a liberarse de un compromiso que le pesaba demasiado en la conciencia.

Llegado a este punto, Gilberto se desinhibió, perdiendo los resquicios de desconfianza con que había iniciado la conversación. Ajustó la máscara fisonómica a sus

propias conveniencias, afirmando que tenía con Marita una buena amistad, como un hermano, nada más. Destacó que había notado en ella ciertas alteraciones que no le gustaban y que estaba inequívocamente muy atraído por Marina, había decidido apartarse de Marita, esperando que el tiempo y la distancia la hicieran olvidarse.

Claudio escuchaba, boquiabierto, admirando la delicada frialdad de las justificaciones del joven, preguntándose a sí mismo cual de los dos fingía mejor.

Muy animado, Gilberto expresó que comprendía las aprensiones y recelos del padre y que aceptaba ampliamente sus buenos consejos y oficios. Escribiría a Marita comprometiéndose a acudir a la cita, pero no aparecería allí, también porque Marina había ido a Teresópolis por la mañana y quizás no regresase hasta el día siguiente. El Sr. Nogueira, tal como se dirigía a él, buscando a Marita a las ocho, estaba autorizado para comunicarle, de su parte, que su madre se encontraba peor. No era mentira, porque la madre se extinguía lentamente.

Claudio, una vez conseguido su propósito, reflejaba en el rostro la satisfacción que sumada al voluptuoso placer del obsesor que le asesoraba, parecía externamente interés afectivo, devoción de padre.

Para acabar, quedó informado del viaje de su hija y comentó, en términos cariñosos, la situación de Doña Beatriz, a quien él y Marcia harían una visita. Hizo hincapié en los molestos inconvenientes para una familia cuando uno de los miembros padece una prolongada enfermedad, expresó frases de ánimo y, aunque era un ateo confeso, llegó hasta exaltar la confianza que se debe tener en Dios en tales circunstancias.

Una vez puestos de acuerdo, se despidieron con un efusivo abrazo, mientras yo me desplacé del Lido a Flamengo, penosamente intrigado, haciendo conjeturas sobre lo que iba a suceder.

## CAPÍTULO 13

Volví a Flamengo, con aprensión.

No había conseguido auscultar los detalles del plan oscuro que se estaba formando. Los pensamientos de Claudio y del vampiro se entrelazaban en extraños propósitos imprecisos.

Comuniqué rápidamente con el hermano Félix, resaltando la necesidad de nuestro encuentro, pero me indicó que no podría producirse hasta la noche<sup>7</sup>.

No era aconsejable pedir la ayuda de Neves, ya que debía estar muy ocupado, las dificultades morales se extendían en un laberinto y alguna amenaza podría frustrarnos objetivos y movimientos. En cuanto a otros compañeros a los que podría acudir, estaban muy lejos del tema que me ocupaba.

Era preciso, pues, actuar sólo, con mis propios medios.

El momento no era para perder energías en acciones inútiles. Era necesario poner en marcha los recursos que tuviese. Para intervenir sin dudas, juzgué prudente oír al acompañante desencarnado de Claudio, al que no conocía. Al principio había dos, pero en el momento actual sólo quedaba uno, el que me llamó la atención por su inteligencia agudizada.

¿Sería justo investigarle, ver sus deseos?

Recordé experiencias anteriores, en que, unido a otros amigos desencarnados había modificado mi aspecto externo, mediante un profundo esfuerzo mental.

Aspiraba a hacerme visible frente a aquel ser enigmático que habitaba en la casa de los Nogueira.

Podría transfigurarme, haciéndome más denso, como el que se va probando ropa distinta.

Me situé en un lugar tranquilo, frente al mar. Oré, pidiendo fuerzas.

Medité, en profundidad, componiendo cada particularidad de mi configuración externa, espesando los trazos y cambiando el tono de mi presencia habitual.

Pasó casi una hora de difícil elaboración, hasta que creí que ya estaba en condiciones de mantener la conversación.

No podía perder un minuto.

Avancé hacia la casa y llamé a la puerta, ceremonioso.

Sucedió como había previsto, ya que el socio invisible de Claudio acudió a abrir.

Me miró de arriba abajo, desconfiado, escudriñando mis propósitos.

---

<sup>7</sup> Al existir en la tierra comunicaciones con micro aparatos para largas distancias, donde se pueden intercambiar mensajes, no es necesario comentar las facilidades de intercambio en el Plano Espiritual (Nota del autor espiritual).

Me rebajé, vulgarizando mi lenguaje cuanto pude. Tal actitud era indispensable para obtener informaciones. Atento a eso, mostré absoluto desinterés por los habitantes de la casa, centralizando en él mi atención. Dije que estaba buscando a un amigo y pregunté por el otro compañero que había visto, allí, días antes. Los vi juntos en aquel lugar cuando yo iba por el pasillo, pero pasaba por allí con prisa hacia otras obligaciones. Pero tenía la impresión de que el compañero con quien me quería encontrar era él.

Esa fue la idea más simple que se me ocurrió, conversando con espíritu sumiso y fraternal, de forma natural, para poder ganar algo de confianza y afecto.

El pareció sensibilizarse y me trató con la generosidad accidental de un hidalgo que no se desmerece por dar algo de consideración a un mendigo.

De robusta y enorme complexión, me puso su mano derecha en mi hombro con el gesto de quien despide a alguien inoportuno de forma cortés. Me analizó e hizo más preguntas.

Informado del momento exacto en que les vi reunidos y reconociendo los detalles que yo le había mencionado, aclaró tratarse de un amigo que se hospedaba con él, de cuando en cuando para reconfortarse con unos tragos, pero que en aquel momento, no se encontraba allí. Por lo que sabía, se encontraba en una casa de Braz de Pina, cuya dirección me dio.

Lo lamenté. Le pregunté cómo se llamaba, me sentía muy reconocido y volvería a Flamengo en otra ocasión. Quería saber su nombre para llamarle así a mi vuelta si tuviese que preguntar por él a otras personas.

No se hizo de rogar. Respondió cortésmente. Se llamaba Ricardo Moreira. Bastaría que le llamase tan sólo Moreira. Era muy estimado y contaba con muchas relaciones y afectos en el edificio. Si le veía de nuevo, en compañía del colega por el que yo había preguntado, que no dejase de reconocerle.

Hasta ahí, todo bien. Pero era necesario examinar sus más íntimas reacciones.

Era imprescindible conocerle, sopesar sus posibilidades. Le dije que estaba cansado, deprimido. Si era allí el mayordomo, que me permitiese la gentileza de entrar, aún por breves instantes para rehacer un poco mis fuerzas, como un acto de bondad fraterna. Solo algunos minutos. No tenía ningún ambiente humano amigo.

Ahí se operó un gran cambio.

Vi que perdía la posición que había ganado.

Moreira me atravesó con una mirada terrible, que llegó a mi como una puñalada vibratoria.

Emitió algunas frases irónicas y gritó que aquella casa ya tenía dueño, que entre los “sin cáscara”<sup>8</sup> quien mandaba allí era él y para atravesar la puerta habría que pasar por encima de él, que yo tenía la ancha calle para dormir y terminó, agresivo:

---

<sup>8</sup> Nombre peyorativo con que en el argot de los planos inferiores se designa a los espíritus desencarnados (nota del autor espiritual).



–¡Qué se te ha perdido aquí! ¡vete fuera, fuera!...

No me quedó otra alternativa sino bajar por las escaleras rápidamente, porque avanzó hacia mí con los puños cerrados.

Regresé al rincón al lado del mar y recé.

Una vez recuperé mi condición anterior, volví a la casa.

En el interior, el matrimonio se disponía a comer, sirviéndoles Doña Justa el almuerzo.

Moreira, que ya no podía distinguirme, estaba sentado en la misma silla que Claudio de tal manera que se alimentaba a la vez que él, a través de uno de los numerosos procesos en que se catalogan las acciones de ósmosis fluídica.

La conversación del matrimonio se desarrollaba sobre temas superficiales, pero consultando la mente de Nogueira, me percaté de que el tema del día circulaba activamente en el sistema de unión mental que mantenía entre él y su acompañante invisible.

Observaba que ambos ansiaban noticias que les permitiesen conexiones para el objetivo inconfesable que empezaban a mostrar en su espíritu.

Ahora en la mesa, el dúo exteriorizaba sus intenciones en las formas-pensamiento que surgían. Todo se aclaraba de repente. Elaboraban el plan en silencio.

Abordarían a Marita, como dos cazadores lo harían con una liebre. Gozaban por anticipado del asalto, se articulaban sus pensamientos en lances disolutos.

Estaban decididos a sorprenderla, en la casa de Crescina, como quien coge un fruto de un árbol.

Perplejo, descifré la trama por completo.

Claudio levantó la voz y, fingiendo ignorar el viaje de su hija, preguntó a su mujer por Marina, mientras que, en el fondo, quería noticias de la otra hija.

Doña Marcia respondió que él, posiblemente, se había olvidado de que Marina dijo la víspera que iría a Teresópolis para un negocio de la inmobiliaria. Su jefe no podía desplazarse allí y había delegado en ella para representarle en algunas transacciones importantes. Volvería sin duda, a la mañana siguiente. En cuanto a Marita, había telefonado desde Copacabana horas antes diciendo que no la esperasen a cenar. Quizás tuviese que hacer horas extras en la tienda, hasta más tarde.

El marido carraspeó y cambió de tema, comentando algunas noticias políticas y la comida terminó sin más demora.

Con el ánimo de colaborar con eficiencia, preservando la armonía general, me desplazé a la casa de Crescina, donde no tuve mayores problemas para identificar el apartamento número cuatro. Era un cuarto aislado, apartado del gran edificio de una sola planta.

La vivienda, por la enorme extensión que tenía, aparentaba una calma profunda, pero, por la ruidosa conversación de los desencarnados menos felices que por allí alborotaban desocupados, era posible imaginar las agitaciones de la noche.

Después de ir y venir por ese terreno, examinando situaciones, vi a la dueña de la casa coger el teléfono. Me aproximé. Crescina preguntaba por Gilberto, en la oficina de los Torres.

Una vez que contactó con él, quedó en visitarle a las dos de la tarde, en media hora.

El programa se cumplió en toda su extensión. De vuelta, Crescina llamó a la tienda y comunicó a Marita que Gilberto había leído su carta y estaba de acuerdo en estar allí a las ocho.

Que ella aguardase, confiando que él iría.

La pobre chiquilla se puso muy contenta, a la vez que mis inquietudes crecían más y más.

Necesitaba redoblar las medidas de protección, entenderme con algún amigo encarnado que tuviese relación con el grupo; sugerir providencias que evitasen la consumación del proyecto; promover circunstancias en que la ayuda viniese del azar, pero... Inútilmente, fui de la casa de citas a la oficina, de la oficina a la tienda, de la tienda al banco, del banco al apartamento de Flamengo... Nadie extendiendo antenas espirituales con posibilidades de auxilio, nadie rezando ni reflexionando... En todos los lugares, pensamientos enraizados en sexo y dinero, configurando escenas de placeres y lucros, con la receptividad anulada para intereses de otro tipo. Incluso uno de los jefes de Marita al que me acerqué, intentando sugerirle la idea de retener a la joven por razones de trabajo hasta bien entrada la noche, al ver su imagen en la pantalla mental, transmitida por mi, creyó estar en sus propios pensamientos, inclinando el asunto para cuestiones salariales; se concentró de pronto en las ventajas económicas, se aferró a las cifras y a temas de legislación laboral y expulsó mi influencia, pensando para sí mismo: "Esa chica ya gana lo suficiente, no le daré ni un centavo más".

No me quedaba ya más recurso que permanecer de centinela en la casa de citas.

Inútiles, por tanto, todas las diligencias.

A las siete y media de la tarde, Claudio se presentó bien arreglado, incluso con un pequeño peluquín que rejuvenecía su aspecto.

Se detuvo para observar la casa de Crescina a corta distancia. Mejor dicho, se detuvieron, él y Moreira, el obsesor que no estaba menos interesado.

Les acompañé.

El marido de Doña Marcia entró en un café cercano para llamar por teléfono. Marcó llamando a Fafá, el portero de la casa de citas. Le rogó que saliese a buscarle, confidencialmente, asuntos de negocios, no se iba a arrepentir de guardar el secreto. Se rieron ambos por el teléfono.

El empleado, viejo bonachón en el que el alcohol ya empezaba a excitar en aquellas horas verdes de la noche, vino deprisa. Atento y astuto, aunque mostrase una

sonrisa bondadosa en su rostro, que tanto podría ser para bien como para mal, acercó su oreja a Claudio, para oír mejor. Nogueira cuchicheó, solemne. Le pedía ayuda urgente. Necesitaba aclarar algo sobre los jóvenes que se reunirían en “la cuatro”. La joven era hija suya. No haría ruido ni armaría escándalo, pero tenía que comprobar algo. Sin complicaciones.

Era necesario reconocer al joven, para solucionar el problema de familia, sin alardes. Recurría a su ayuda como a la de un amigo. No podía negarse, por tanto.

Fafá dijo que le comprendía y que la joven ya estaba en la habitación. La había visto sola, a través de la puerta entreabierta. Estaba sentada en la cama, hojeando revistas. Y, ante las preguntas que se acumulaban, confirmó que era la joven que él había visto antes conversando con la dueña. Si, se acordaba del nombre. Era Marita, sí. Claudio, más reservadamente, le pidió un “apagón”. Que el conserje le hiciese el favor de quitar el fusible de la instalación eléctrica. Reparar la avería exigiría unos quince minutos de oscuridad. Eso era suficiente para que se enterase de todo, sin que la patrona ni otros huéspedes notasen su presencia. Se situaría en la oscuridad, en ángulo opuesto a la iluminación de la calle y, de esta forma, identificaría al chico.

El conserje, aunque semi-embriagado, adoptó una expresión astuta y dijo que aquello era un problema serio, que haría lo que Claudio le pedía, pero debía mantener el pico cerrado. Nada de problemas con los polis.

Claudio pasó a las manos de Fafá discretamente dos billetes de quinientos cruzeiros, y el conserje, ya menos inquieto, preguntó por la hora exacta de la acción, a lo que Claudio indicó que en diez minutos, aguardaría que se produjese el apagón a las ocho en punto.

Se separaron ambos y, cuando me perdía en dolorosas conjeturas, mi espíritu se encontró con una agradable sorpresa. Había sólo dado unos pasos en la calle y vi enfrente de mí al hermano Félix que me abrazó.

Me sentí muy conmovido. Verle y confiarle todas mis inquietudes fue cuestión de segundos. De mis frases breves, el instructor recogió toda la información.

Sin demora, fuimos a la casa de citas, cuyas lámparas se apagaron de golpe cuando entramos. Tuve la idea de que eso era algo frecuente, ya que la oscuridad no produjo la menor alarma. Algunas velas chisporroteaban aquí y allá.

Nos encaminamos a la habitación aislada.

Claudio estaba parado en la puerta, enlazado por el vampiro. Ambos yuxtapuestos el uno al otro. Duplicidad de sentimientos e iguales propósitos. Ambos estaban emocionados, con los corazones palpitando, saboreaban con antelación la presa que no se les escaparía.

De cerca, observé que ambos se encontraban bajo el halo de las energías balsámicas de Félix, pero aquel fenómeno admirable para ellos era como si no existiese.

Ante aquel cuadro inquietante y tierno a la vez, me imaginé a dos lobos humanizados a los que un piadoso emisario de los cielos intentase, inútilmente transmitir la palabra e inspiración de Jesucristo.

Se encontraban los dos en un charco mental de lascivia, con tal voracidad, que no cabía allí, en ese volcán de apetitos sexuales el menor resquicio por el que pudiese entrar alguna idea elevada.

Un fuerte perfume invadió mi olfato desprevenido. ¿Dónde había olido algo semejante? Lo recordé, con espanto. Aquella era la colonia que usaba Gilberto. Lo había olido en la entrevista que mantuvo con Claudio en Lido. Seguí observando y me percaté que Claudio había tenido idéntico cuidado en vestirse como el joven, incluso el tamaño y nudo de la corbata. No había olvidado ni un detalle.

Antes que Félix y yo pudiéramos estudiar alguna medida de contención, el dúo entró en la habitación.

Nosotros, que podíamos ver en la oscuridad, vimos a la pobre chiquilla levantarse, susurrando frases de arrebatadora pasión y de intensa nostalgia, abriendo, ansiosa, los brazos, sin temer nada... Creía encontrarse frente a su amado... Era él, no debía recelar...

En aquel instante, en todas sus intenciones había sólo un pensamiento, un deseo, entregarse...

Claudio y el otro, temblando de emoción, se mantenían en absoluto silencio.

Nada se podía hacer por evitar el indeseable encuentro. Nogueira, actuando por él y por el acompañante, la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente.

La joven indefensa, hipnotizada por sus propios reflejos, se abandonó, vencida...

El hermano Félix, alcanzado por sentimientos que yo no podía valorar, dejó el recinto acompañado por mí.

Llegados a la puerta de entrada vi que el benefactor, transido, se detuvo con los ojos fijos en el cielo...

En cuanto a mí, confuso, no me sentía capaz de articular una oración. ¡Nada hice sino callarme, reverente, delante del agobiado corazón paterno, que venía de las esferas superiores para deshacerse allí, en un suplicio indecible, velando a través de la oración muda que se reflejaba en su exterior en gruesas lágrimas!...

Hombres, hermanos, aunque no podáis vivir con santidad, por los instintos inferiores que atenazan vuestras almas, todavía animalizadas por las duras deudas de un pasado culpable, ¡reducid, todo lo que podáis, lo que desvíe del bien a vuestras conciencias! ¡Si no lo hacéis por vosotros, hacedlo por los muertos que os aman de otras vidas más bellas!... ¡Disciplinaos, por respeto a ellos, guardianes invisibles que os extienden las manos!... ¡Padres y madres, esposos y esposas, hijos y hermanos, amigos y compañeros que suponéis perdidos para siempre, en muchas ocasiones están a vuestro lado, acrecentando vuestra alegría o compartiendo vuestro dolor!... ¡Cuándo estéis a punto de resbalar por los despeñaderos de la delincuencia, pensad en ellos! ¡Os sirven generosos, indicándoos el camino, en la noche de las tentaciones, como la luz de las estrellas remueve las tinieblas! ¡Vosotros, que respetáis a las madres y a los ancianos que envejecen en la abnegación, que todavía están en el mundo, compadeceos también de los muertos convertidos en afectuosos cirineos, que

comparten con nosotros la cruz de las merecidas pruebas, en dolorido silencio, cuando la mayoría de las veces no somos dignos siquiera de besarles los pies!...

¡Delante de Félix, en llanto amargo, mi corazón imperfecto y pobre, recorrió el Evangelio y se confortó al recordar que Jesús, el Divino Maestro, fue también el amigo sensible y cariñoso, al llorar un día en la Tierra, ante Lázaro muerto!...

Pasados casi veinte minutos, volvió la luz y se oyó un grito agónico, en que el espanto y el dolor se mezclaban con terrible acento.

Marita, con la rapidez de una corza desgarrada, saltó por la ventana y desapareció, desaliñada.

Antes que nos fuese posible intentar cualquier socorro, alguien llegó, apresuradamente, a la puerta del aposento, abriéndola con furia. Era Doña Marcia.

Nogueira, asistido por el amigo desencarnado, se recompuso en un instante y, al verse frente a la esposa, esbozó una sonrisa cínica, diciendo, mordaz:

–¡Era lo que faltaba!... ¿Tu también aquí?...

Doña Marcia, que se entretenía jugando a las cartas con las amigas, no lejos de la casa de Crescina, con quien mantenía una cierta amistad, fue informada por ella de la llegada del marido, indicándole que quizás pelease con los dos jóvenes.

El conserje, temiendo complicaciones había dicho a la patrona cuanto sabía, y ésta, a su vez, creyendo que Marita y Gilberto estaban juntos, no dudo en pedir la presencia de Doña Marcia, para evitar mayores desastres.

La señora Nogueira, al llegar, inquieta, vio a la hija adoptiva que salía corriendo y, topándose con el marido, decepcionado, sólo en la habitación, comprendió en un instante todo lo que había ocurrido...

–¡Canalla! –bramó, indignada– ¡y yo que no creí a esa infeliz criatura! ¡Lo podría haber evitado!...

La voz de la recién llegada asumió una dolorosa inflexión:

–¿Cómo es que tú no lo pensaste? Tengo todos los papeles de Araceli, todas sus cartas... ¡Ella nunca estuvo con otro hombre, salvo contigo!... ¡Tú no supiste nunca de su última carta, en que ella me entregaba a la niña diciendo que prefería morir para que yo fuese feliz!... La memoria de esa mujer, pobre y leal, es lo único bueno que tengo en mi corazón... El resto lo destruiste tú... ¡Ah, Claudio, Claudio!... ¿A que bajezas somos capaces de descender?...

¡Loco! ¡Tu ultrajaste a tu propia hija!...

El se apoyó tambaleante en la puerta, como fulminado por un rayo. Doña Marcia estalló en sollozos. Mientras, por nuestra parte, era forzoso salir de allí.

## CAPÍTULO 14

Félix y yo nos adelantamos al encuentro de la joven Marita que apretaba el paso, humillada, aturdida.

De Lapa, donde se encontraba la casa de citas que acabábamos de dejar, hasta Cinelandia, había ido casi corriendo.

Se sentía alcanzada por todos los vientos de la adversidad, expulsada de la Tierra. Traicionada en sus más íntimos sentimientos de mujer, la injuria experimentada trascendía para ella toda noción de sufrimiento. Habría agradecido al hombre que había conocido como padre el puñal o el veneno, pero no tenía fuerzas para perdonar esta afrenta. La indignación sacudía sus miembros. Temblaba desesperada. Sólo tenía una idea en su mente que crecía por momentos: el suicidio.

Deseaba tirarse bajo las ruedas de los coches que veía pasar. Morir... desaparecer... meditaba, llorando. Pero, debía vivir un poco más. Quedaba un enigma por resolver: Gilberto. ¿Por qué no había acudido, permitiendo la cruel sustitución? ¿Qué trama habría habido entre ellos? Habría leído su carta, era su letra, escribió. Afirmando ir... ¿Por qué desistiría? ¿Cómo había sabido Claudio lo del encuentro? ¿Por medio de Crescina?

Las preguntas sin respuesta la convulsionaban por completo. Desvariaba. Le castañeteaban los dientes, intentando gemir.

¡Morir, morir!... –pedía, mentalmente, intentando apretar los labios que se abrían sin voz.

Todavía tenía que hablar con Gilberto, sugerían los últimos restos de su sueño desmantelado. Si, confirmaba en el torbellino de los pensamientos descontrolados, era preciso oír a Gilberto... aunque sólo fuese una vez. Era imperioso saber la verdad, morir conociendo la verdad...

¿Quién sabe? Quizás el joven aportase un rayo de luz que despejase las sombras... Si el dijese: “vive, vive para mí” conseguiría olvidar el insulto de esta noche, y seguiría viviendo... De otro modo, todo se acabaría...

Caminando apresurada e indiferente a la brisa que acariciaba sus cabellos, no rechazaba, en espíritu, las mayores demostraciones de ternura y consuelo.

Ninguna idea podía afinar con ella salvo la repulsión.

Decididamente, si Gilberto había participado en la trampa en la que había caído, inocentemente, todo estaría acabado. Sólo le quedaría el desprecio final.

Llegó al Largo del Paseo y paró un momento...

Se fijó, angustiada, en aquellos árboles frondosos que tanto le gustaban... Las ramas balanceándose al viento parecían llamarle para darle un abrazo de despedida... Marita sollozó, tuvo miedo, pero siguió adelante... Atravesó la masa risueña de

personas que salían de los cines, se acordó de Gilberto y de ella misma, felices, enamorados, comiendo palomitas de maíz; siguió, siguió adelante entre la multitud. Una vez que llegó a la Plaza del Mariscal Floriano, se sentó para descansar su cerebro atormentado...

Se sentía totalmente sola, completamente desamparada. Con la cabeza entre sus manos, quería encontrar alguna idea que le permitiese salir de aquel laberinto de angustia.

En vano, el hermano Félix al abrazarla, le susurraba conceptos de paciencia y cordura, inútilmente se refería a la bondad y al perdón. Aquel corazón joven, aunque bondadoso, parecía ahora un lago cristalino al que un volcán oculto hacía herir. En su interior, las ondas del pensamiento huían precipitadamente. No había lugar para la receptividad, el equilibrio o el silencio.

En su mente turbada, surgió una idea que le hacía vislumbrar un rayo de esperanza. ¡Telefonar!...

Podría llamar a la residencia de los Torres. Gilberto, indudablemente estaría con su madre enferma. Además de eso, Marina había viajado por la mañana. Una razón más para que no se apartase de Doña Beatriz. Aun así –reflexionó–, era probable que él, al otro lado del hilo telefónico le engañase. Una insoportable desconfianza le amargaba el corazón como una raíz espinosa. Sin embargo, no veía otra solución mejor. ¡Conversar! ¡Oírle! ¡Tenía sed de verdades, deseaba saber, saber!...

En su mente atribulada chocaban razones de todo tipo... No, no volvería a la casa de Flamengo... Entre volver a la casa de los Nogueira y morir, prefería morir...

Analizó las circunstancias y así misma, meditó, meditó...

Un pensamiento extraño asomó en su mente. Ocultar, fingir. Para alcanzar la verdad, mentiría.

Entraría, sí, en el juego con la mentira, como su baza final.

Marita sabía que ella y su hermana Marina, tenían una voz y expresiones parecidas, fruto de la intimidad y la convivencia juntas. Llamaría a Gilberto haciéndose pasar por su hermana, intentando imitar su conversación. Simularía estar volviendo, de repente de Teresópolis. El joven, de esta forma, confesaría todo lo que sentía con respecto a ella.

La joven miró su reloj. Eran las nueve menos diez.

Quería un ambiente tranquilo para la conferencia. Se acordó de Doña Cora, cliente de su tienda en Copacabana, que se había hecho muy amiga suya y en cuyo apartamento acostumbraba a telefonar en algunas ocasiones imprescindibles. Se levantó, algo reanimada para dirigirse allí, y sólo entonces se percató de la falta de su bolso que había perdido en la fuga. No tenía dinero, pero no desistió por eso. Llamó al primer taxi que pasaba y preguntó al conductor si podría llevarla hasta la casa para pagarle después. Estaba sola y se le había pasado la hora. El taxista notó su tristeza y

timidez. Se compadeció de ella. Alegó que no tenía costumbre de hacer eso pero que, en este caso, haría una excepción.

Seguimos junto a ella el breve trecho que nos separaba de Copacabana.

Una vez llegados salió, y se hizo acompañar por el taxista al apartamento de su amiga, que le recibió como ella esperaba. Dijo avergonzada a Doña Cora que se hallaba en apuros y que necesitaba algún dinero prestado que le pagaría al día siguiente. La dueña de la casa, espontánea y bondadosa, no titubeó... Abrió un pequeño cajón y dijo sonriendo: "sólo tengo cuatrocientos cruzeiros". El marido no estaba. Marita, muy agradecida, le dijo que bastaba con eso. Después de pagar al taxista, dijo a la señora que había hecho horas extras, después había ido a Leblon a visitar a un enfermo, indicando que ahora tomaría el autobús para casa. Antes de eso, sin embargo, tenía necesidad de hacer una llamada telefónica.

Era una conversación con una persona muy allegada.

Doña Cora le dejó sola en la habitación, diciendo gentilmente, que la iba a preparar un café. Que hablase con toda libertad, que nadie la iba a molestar. Sus dos hijos pequeños dormían hacía mucho, y el esposo que había tenido que sustituir a un colega en el trabajo, no iba a regresar hasta más tarde. La dueña de la casa se fue a la cocina, dejándola sola en el salón.

Y allí, delante de nosotros, sin que se percatase lo más mínimo, de nuestros corazones solidarios, Marita marcó el número, tratando de apagar su emoción para imitar la alegría de su hermana.

Escuchamos atentos el diálogo juvenil que quedaría en nuestra memoria, grabado frase a frase.

—¿Residencia de los Torres?

—Sí.

—¿Quién está al habla? ¿Gilberto?

—Sí, sí.

—¡Oh! Mi bien, ¿no me conoces?

—¿Conocer a quien?

—Yo, yo... Marina. Acabo de llegar...

—¡Ah, ah! ¡Marina!... ¡Qué maravillosa sorpresa!... ¿por qué tardaste tanto?... Estamos esperándote todos en casa... ¿Por qué telefoneas?

—Quería saber, mi amor, si estás bien, si tuviste un buen día...

—¡Nostalgia!

—Yo también... mucha nostalgia...

—¡Vente!



–¿Y mamá? ¿está mejor?

–Un poquito.

–Escucha...

–¿Para qué hablar? Vente rápido para acá...

–Un momentito sólo... Escucha. Pasé rápidamente por casa, en Flamengo, para hablar unas cosas con mamá... Estuve con dos amigas en Teresópolis que me pusieron la cabeza como un bombo... Estoy confusa, celosa...

–¿Qué pasa?

–Marita...

–¡Ah... Marita! ¡No tengo nada con ella!

–Pero yo supe...

–¿Supiste el qué?

–Que vosotros dos estáis comprometidos. Sé que andabais juntos, pero tanto no sabía...

–¡Tonterías!

–Me dijeron tantas cosas que no pude desmentir...

–Una pérdida de tiempo. Hay tanta gente chiflada... ¿Entendiste?

–También estuve con papá ahora...

En ese punto de la conversación, Marita titubeó. Había oído lo suficiente para sentirse desdeñada, abatida. Pero necesitaba llegar al fondo del asunto. Era importante saber hasta donde podía Gilberto haber llegado. No quería descubrirse, toda precaución era necesaria para desvelar el insulto del que había sido víctima. La pausa fue breve, sin embargo. Gilberto, al otro lado del hilo, dijo:

–Entonces...

–Explícate.

–Bien, creo que debes saber lo que pasó. El viejo me buscó... El mismo telefoné ¿sabes? Nos vimos personalmente para concretar todo.

–Quieres decir que Marita...

–¡Imagínate! Me escribió pidiéndome una cita. El viejo supo todo antes y me pidió que dijera que iba a ir, pero que no fuese ¿entiendes?

–¿Y cómo te las arreglaste?

–Le escribí una nota, prometiendo verla, pero acordé con el viejo que él mismo iría a buscarla. Esto lo propuso él. Tú verás, no podía dejar de aceptar... Era la primera vez que me pedía algo...

–Estoy perpleja, nerviosa... No comprendo...

–El me pidió que escribiese la nota aceptando, para que Marita no se pusiese peor. Me dijo que estaba deprimida y prometió que iría a buscarla para aconsejarle y darle ánimos con una buena noticia, un viaje a Argentina...

–¿Cómo?

–Argentina, un viaje a Argentina...

A esto siguió una carcajada y un comentario sarcástico:

–Un sanatorio, mi vida. Sanatorio u hospital. Para Marita sólo un sanatorio y cuanto más lejos, mejor... Argentina para ella y Petrópolis para nosotros...

En ese punto de la conversación, Marita se derrumbó.

Se apoyó en el mueble, incapaz de seguir hablando, ahogada por los sollozos que salían de su pecho.

Escuchamos nítidamente, la voz del joven, a distancia, gritando:

–¡Marina! ¡Marina! ¿Qué pasa? ¡Dime, dime!...

La mano de la joven, llena de lágrimas colgó el auricular con la tristeza de quien cierra, definitivamente las puertas del corazón.

Marita dedicó algunos minutos para recuperarse, arregló lo más posible su aspecto y salió del salón.

Habló del dinero prestado diciendo a Doña Cora que le perdonase las molestias.

Si ella no pudiese volver en persona, al día siguiente, Neli, su compañera en la tienda, le pagaría, si ella no fuese a trabajar.

Doña Cora se rió, cordialmente. Le dijo que no se preocupase por eso.

Le ofreció un café que la joven aceptó. Conversando, la amiga se extrañó de ver su abatimiento, su palidez y los ojos que no paraban de llorar.

Marita explicó, ensayando una sonrisa que no llegó a aparecer, que tenía la gripe. La congestión no se le iba. Y, a propósito, preguntó si era posible localizar a Don Salomón, el farmacéutico a esas horas, pasadas las diez.

Quería su consejo sobre un antigripal. Tenía la cabeza pesada y le dolían los pulmones.

La amiga tomó el teléfono y llamó inmediatamente diciendo a Marita que el farmacéutico le esperaría. Estaba a punto de salir de la farmacia, así que no debía demorarse.

Marita le dio las gracias, se despidió y nosotros seguimos sus pasos.

Don Salomón, anciano tranquilo y complaciente, en cuya mirada se adivinaba la mirada tierna de los que son servidores espontáneos de la humanidad en los trabajos que ejercen, la abrió solícito.

Ocultando sus intenciones, Marita le habló del resfriado. Dijo sentir dolores, vértigos. El boticario, chapado a la antigua, habituado a hacer de médico con los amigos en aquellos casos de menor importancia, le dijo que sacase la lengua. La examinó con la práctica de muchos años viendo enfermos, sin encontrar motivos de preocupación. Le puso el termómetro. No había fiebre.

Sonrió paternalmente, y le aconsejó irse a casa, a descansar. No debía trabajar tantas horas extras hasta tan tarde, comentó bonachonamente, y resaltó que la salud no se compra con nada.

Le prescribió aspirina y... reposo.

La joven recogió las medicinas, hizo el gesto de quien se va a marchar y se volvió hacia el farmacéutico, aparentando recordar de pronto algo que olvidaba.

–Salomón –dijo con curiosidad en la voz–, no se si se acordará de “Joya”, mi vieja perrita, que jugaba con los niños en la playa...

–¿Cómo no me voy a acordar? ¡Ese animalito tan inteligente y juguetón!... todavía hoy, los nietos imitan su andar a gatas, como ella lo hacía...

–Pues el caso es –prosiguió Marita, afectando mucha tristeza–, nuestra pequeña “Joya” está en las últimas...

–¿Y eso?

–El veterinario nos lo explicó, pero no recuerdo el nombre de la enfermedad incurable. Se queja continuamente, es un martirio.

Siguió comentando a Salomón que el animalito se había convertido en un problema en la casa. El presidente de la comunidad se había quejado en varias ocasiones. Los vecinos estaban molestos. Sus padres esperaban que el veterinario volviese de São Paulo para que la sacrificase; pero mientras, habían autorizado a ella y a su hermana para buscar algo que pusiese fin a esta situación y el animalito pudiese por fin descansar en paz. “Joya” estaba abatida, consumida. Lamentaba mucho perderla, ya que había sido su compañía en Flamengo desde que dejó la escuela, casi de niña. Aún así, añadió, era preciso aceptar los hechos y evitar al animalito mayores sufrimientos. ¿No tendría algunas píldoras adecuadas para esto?

Había oído que existían comprimidos que administrados en altas dosis, propiciaban una muerte sin dolor, pero no sabía como se llamaban.

El farmacéutico confirmó esto. Sí, quizás tenía algunos de esos anestésicos de alta potencia y dijo que si el veterinario había confirmado el estado del animalito, sería lo mejor.

Convencido por los datos que le dio Marita, se dirigió al almacén buscando, buscando...

En esto, Félix y yo le abordamos, mentalmente. El paternal benefactor le rogó que examinase con detalle la situación. Que se fijase en aquella criatura tan fatigada y sola, más allá de las diez de la noche, lejos de casa. Despeinada, con ojeras profundas, sin bolso, sin abrigo. Él también, Salomón, era padre y abuelo sensible. No debía dar información sobre venenos. Debía tener cuidado. Que tranquilizase a aquella joven abatida con algún soporífero, haciéndole creer que era una sustancia mortal. Era una mentira piadosa, debía tener compasión, aplazando el aclararlo todo para más adelante.

Aquel hombre, con toda certeza, había madurado en muchas experiencias para adquirir la aguda sensibilidad con que asimiló nuestras ideas porque, de pronto, se enterneció. Se volvió, discretamente, para el mostrador y miró a la clienta, por la puerta semicerrada, asustándose al verla en un momento en que ella no creía ser observada.

Marita parecía una figura de cera, inerte, vencida. Solamente los ojos, aunque fijos, se mostraban activos, por la cantidad de lágrimas que derramaban.

¡Oh, Dios mío! –reflexionó él, desconsolado– ¡eso no es resfriado, eso es dolor moral, dolor terrible!...

Salomón renunció a la búsqueda del veneno y sacó de un frasco de cristal algunos sedantes comunes y volvió con la joven. Fingió despreocupación y le dio los comprimidos, diciendo:

–Son estos. Para la perrita, en el estado en que está, bastará con uno.

–¿Tan potente es? –preguntó la joven, como reanimada.

–Esto es una bomba de aplicación muy excepcional.

Aparentando tranquilidad, para granjearse su confianza, el boticario alegó sin embargo, que sólo lo daría con receta médica. Era una responsabilidad muy grande.

Ella, sin embargo, insistió. Que el farmacéutico no tuviese ninguna duda. El veterinario firmaría la receta.

Le preguntó si podría comprar diez pastillas. Era mejor estar segura. No soportaba más los gemidos al pie de su cama.

Salomón reflexionó, reflexionó... Volvió al almacén y escogió diez comprimidos calmantes, de efecto suave. Si fuesen ingeridos por ella, funcionarían beneficiosamente sumergiéndola en un sueño reparador.

Marita le dio las gracias y se despidió.

Salomón le recomendó reposo y serenidad.

La seguimos, de cerca.

Lentamente, atravesó dos manzanas de frente, llegó a la avenida Atlántica y entró en un bar.

Pidió una botella de agua y cruzó la calle, pasó de la calzada de piedra a la arena de la playa y se acomodó en el lugar que le pareció más oscuro.

Aspiraba a morir, al lado del mar, de ese mar sereno y bueno que nunca la había rechazado, reflexionaba bañada en lágrimas... Quería partir, contemplando aquel mar que besaba sin malicia.

Antes del gesto que consideraba supremo, recordó a la madre que no había conocido y se sintió más infeliz. La progenitora, no obstante ser despreciada por el hombre al que se entregó, había conseguido un techo para el momento de la gran despedida. Ella no. Había sido maltratada, humillada, rechazada. Debía partir de este mundo con un apellido prestado que ahora detestaba... Se tenía por basura, renunciando a la existencia aliviaría a todos. Recordó las mañanas felices en que había disfrutado, allí mismo tantas veces, del aire puro que venía del mar y del regalo del sol. Parecía que veía a la masa de gente dominguera, fraternalmente mezclada en la caricia de la espuma. Imaginaba oír, de nuevo, el griterío de los niños jugando al fútbol...

Si, no tenía una casa para morir, pero tenía la playa, hospitalaria y amiga que reunía a millares de desconocidos sin hacer preguntas indiscretas, abrazando a todos como verdaderos hermanos...

Se lamentó y lloró un buen rato, mientras Félix y yo esperábamos que se durmiese, para enfrentarnos a los eventuales problemas.

Marita puso los diez comprimidos en la boca y los tragó de una vez con un sorbo de agua. Después se arrimó al muro de piedra como si se dispusiese a meditar... De sus ojos pendían lágrimas que ella creyó serían las últimas y dejó que la brisa acariciase sus cabellos.

Un leve sopor la dejó dormida.

Consultamos la hora. La una menos cinco de la madrugada.

Félix oró por unos instantes.

No entendí en ese momento, si por obligaciones de vigilancia o respondiendo a la llamada del instructor, dos desencarnados aparecieron, ofreciendo sus servicios. Félix aceptó gustosamente, y mientras los recién llegados velaban, él y yo emprendimos la tarea restauradora... Tomamos medidas para que la joven no se apartase, en espíritu, del cuerpo descontrolado, pases reconfortantes en los centros de fuerza, estímulos variados en diversas secciones del campo cerebral, insuflaciones en los vasos sanguíneos. Operaciones minuciosas y lentas.

Acupuntura magnética del plano espiritual, en la que el orientador demostraba una notable maestría.

Pasaron casi cuatro horas y, al final, Marita reposaba tranquilamente.

Reconfortado, veía en los ojos del benefactor lucir la esperanza... En eso, sin embargo, un barrendero zafio salió de la calle y caminó en nuestra dirección, regando la arena... Fijándose en la joven adormecida, se sintió picado por la curiosidad. No valieron los recursos manejados por los desencarnados que velaban. El fanfarrón,

relativamente joven, avanzó hacia ella y la sacudió rugiendo: “Despierta, vagabunda”, “despierta, vagabunda”.

Me sentí herido en las fibras de mis sentimientos, no sólo por la joven injustamente maltratada, sino también por el inmenso dolor que se estampó en el semblante de Félix que, por su expresión angustiada, lo daría todo por poder materializar las manos e impedir aquel asalto.

“Despierta, vagabunda”, “despierta, vagabunda”... Las tortas estallaban en su rostro, cuyas lágrimas el viento había enjugado, piadosamente...

Frustrados, la vimos abrir los ojos, horrorizada. ¿Qué hombretón era aquel que, al verla estremecerse, no se privaba de tocarle el pecho con sus manos libidinosas?

A pesar de estar aturdida, se preguntaba a sí misma si se habría muerto, si estaría en el infierno luchando con un demonio...

Intentó gritar, pero no salían sonidos de su garganta.

Aun así, se levantó, aterrada y aligeró el paso, tambaleante. Superando obstáculos, llegó a la acera donde un banco invitaba al reposo, sin embargo, no tenía la serenidad suficiente para asimilar nuestras sugerencias. Salió al asfalto, indiferente al tráfico... Osciló aquí y allá, aturdida...

Los coches iban veloces, las motos atronaban con sus escapes. Los peatones iban y venían para llegar a su trabajo o volviendo a casa, después de las actividades nocturnas. Se movían empleados de limpieza y vehículos ocupados en servicio nocturno.

La ciudad se preparaba para un nuevo día.

Seguíamos a la pobre joven, con el espíritu herido por amargos presagios.

Félix me parecía un venerable educador, que había descendido repentinamente a los líos de la calle, con el propósito de salvar a una niña querida.

Con una mezcla de simpatía y respeto yo acompañaba, apenado, al gran instructor que se empequeñecía y se afligía por poder ayudar...

Unos chicos semi-embriagados en una esquina próxima al ver a Marita, vacilante, la espetaron: “¡Fulana borracha!” “¡fulana borracha!”. Los conductores al pasar la insultaban, y, sin que apareciese ningún brazo humano que le permitiese salir del atolondramiento que le hacía dar reiterados tropezones, fue atropellada y proyectada a pequeña distancia por un coche, a velocidad excesiva, como un trazo de carne que se precipitase, violentamente, en el suelo.

El coche se dio a la fuga, los transeúntes se arremolinaron.

Unas chicas que volvían de juergas nocturnas gritaron, alarmadas, alguna estalló en sollozos histéricos. En la calle se interrumpió el tráfico, de todos los vehículos salían curiosos que se reunían en torno a la joven, inerte.

El cuerpo había planeado, la cabeza dio contra el asfalto y, dando vueltas, cayó de bruces.

Personalmente nos quedamos atónitos. No contábamos con la suficiente experiencia para ocasiones como aquella, en que el desastre consumado exigía improvisaciones.

Entre los gritos de quienes llamaban a la policía, el hermano Félix se sentó en el asfalto. Aplicando vigorosos estímulos magnéticos sobre la cabeza de la joven accidentada, la hizo cobrar energías para alcanzar, mecánicamente, el decúbito dorsal con el fin de que pudiese respirar indemne a mayores dificultades, por medio de movimientos que para muchos de los espectadores, significaban estertores de muerte.

Marita se quedó quieta totalmente. Tuve la nítida impresión que se había fracturado la base del cráneo, pero me era posible indagar más. La carga emocional me pesaba demasiado para cualquier consideración técnica.

El hermano Félix, con la actitud de un padre profundamente humano y sufridor, se situó para extender la cabeza de la joven en su regazo. Levantando las manos y los ojos, oró en voz alta, que percibí claramente al destacar del vocerío de la gente:

—¡Dios de infinito amor, no permitas que tu hija sea expulsada de la casa de los hombres, así, sin ninguna preparación!... ¡Danos, Padre, el beneficio del sufrimiento que nos permita meditar! ¡Oh, Dios del amor, algunos días más para ella, en el cuerpo dolorido, aunque sean sólo algunas horas!...

Se calló el instructor, como lo haría cualquier criatura terrestre, abrumado por la angustia...

Después me miró y me pidió que fuese al apartamento de Flamengo, para observar que sería razonable obtener, en lo que respecta a medidas de auxilio. Que yo buscase a Claudio o a Marcia, que les suplicase apoyo y compasión. Él, Félix, inspiraría a alguien para que telefonease. Los Nogueira estarían entre el y yo, para que fueran conscientes del accidente y fuesen mentalmente movidos a tener piedad... El permanecería allí, velando, haciendo cuanto pudiese para que no se produjese la desencarnación inmediata... Cuando yo volviese de Flamengo, nos reuniríamos de nuevo.

Al verle así tan humilde en la abnegación de que daba testimonio, salí rápidamente, no sólo para atender su petición, sino también para desahogarme.

En ocasiones es preciso que las lágrimas nos sirvan de confidentes, cuando no haya alguien que nos oiga... ¡Tanto trabajo de aquel benefactor sublime para salvar a una chica con tan duras pruebas!... Tanto sacrificio de un orientador, cuya grandeza se había forjado en las Esferas Superiores, para ofrecerle los brazos: pero, me imaginaba que inevitablemente, todo se iba a malograr...

Antes que saliese de la Avenida Atlántica para el túnel nuevo, oí muchas voces que se alzaban exclamando: “¡muerta! ¡muerta!”. Incapaz de contener las lágrimas, me volví para contemplar en el rostro del hermano Félix el impacto de semejante noticia,

diciéndome a mí mismo: “¡Todo ha sido inútil, todo ha sido inútil!”... Pero, un vigoroso impacto de esperanza alcanzó mi corazón...

¡Tuve la sensación de que unas fuentes imponderables de energía salían del firmamento claro y estrellado sobre aquel rincón de Copacabana, que el mar acariciaba de cerca, como para llenarnos de confianza en Dios, en el lenguaje susurrante de las olas!...

¡No!... ¡La batalla no había acabado!...

¡Teníamos con nosotros la ayuda del amor y la luz de la oración!... ¡No estaba todo perdido!...

El benefactor, teniendo paternalmente en sus brazos a aquella joven desfallecida, fijaba sus ojos en las alturas y recogido en profundo silencio, parecía ahora hablar con el infinito.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



**SEGUNDA PARTE**

*Médium: Francisco Cândido Xavier*

**CAPÍTULO 1**

Eran casi las cinco de la mañana cuando nos vimos en casa de los Nogueira.

Todo estaba en calma, en silencio.

Doña Marcia se agitaba, bajo la colcha ligera, cansada de esperar. Había pasado la noche en vela.

En la penumbra del cuarto, apoyaba el codo en la almohada y la cabeza en la mano, llevando lejos su pensamiento. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Su hija adoptiva no había regresado. Esperaba que amaneciese con ansiedad... Telefonaría a casa de los Torres, para saber si Marina había vuelto. Si era necesario, llamaría a Teresópolis. Quería comunicarse con alguien, desahogarse. Sentía miedo, su corazón intuía una catástrofe.

La consulté mentalmente, buscando noticias de Claudio. Me llegó su respuesta. Suponiendo recapitular los sucesos de la noche, pasó a recordar su vuelta, horas antes, totalmente embriagado. Llegó tanteando las paredes, tropezando con los muebles. Pensó que él había intentado ahogar el remordimiento en güisqui. Había oído como vomitaba, a través de la puerta, que previamente había atrancado. Borrachera y resaca rematando la criminal aventura... No quería escenas.

De pronto, rompió la línea de reflexiones en que había entrado. Rechazó mi influencia, convencida de estar reafirmando a sí misma que había llegado al límite de su tolerancia... Se acabó Claudio.

Transformó la amargura en repugnancia. Quería una nueva actitud, suspiraba por desquitarse, huir...

La dejé sumida en las alegaciones negativas y me acerqué al aposento del fondo. Nogueira estaba tirado sobre la cama, totalmente vestido, incluso con la chaqueta.

Se estiraba de lado, babeando, roncando tranquilo y, con él el vampiro, relajado bajo los efectos del alcohol. Ambos abandonados, embrutecidos.

Estaba absorto en la inspección cuando sonó el teléfono.

Con certeza, el hermano Félix había conseguido algún medio de facilitar mi actuación. Era imprescindible atacar el problema, gestionar bien la protección que se me había encomendado.

Volví a la sala.

Doña Marcia en pijama, tomó el auricular cargada de oscuros presentimientos.

Sonó la voz de un hombre sencillo al otro lado del teléfono:

–¿Estoy hablando con el señor Claudio Nogueira?

–Sí, es su casa.

–¿Está él?

Doña Marcia consideró que era imposible intentar que el esposo hablase en las condiciones que estaba y respondió.

–No, no está.

–Quiero hablar con él o con su señora.

La interlocutora, experta en el juego de las apariencias sociales, supuso estar en contacto con algún nuevo despropósito de su marido y preguntó prudente:

–¿Con quien hablo?

–Con Teca, basurero. Estoy en Copacabana, necesito comunicar un desastre.

–¿Qué desastre?

–¿La señora es la dueña de la casa?

–No, pero trabajo aquí. Soy la asistente.

Doña Marcia recelaba caer en complicaciones si no guardaba el anonimato y antes que contestase el otro dijo:

–Los señores están ausentes, pero puedo darles el recado.

–Mire –dijo el hombre– el tema va con Doña Marita, la chica de la tienda.

–¿Qué ha pasado? Diga, por favor ¿Qué ha pasado?

La señora Nogueira se sintió atravesada por la angustia, mientras que yo, por mi parte, llegué a la conclusión de que Félix había conseguido la ayuda de un basurero para transmitir la noticia, preparando el terreno que yo debía encaminar hacia la compasión.

–Diga a los señores que ha sido atropellada.

–¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo?

–Bueno, yo no se como fue, pero me fijé que era ella...

–¿Ahora?

–Hará una media hora, aquí cerca, en la Avenida Atlántica...

–¿Está ahí?

–No, se la llevó una ambulancia.

–¿Está usted seguro?

–Sí, sí, estoy seguro... Ella no tenía bolso, nadie la reconoció... Pero yo la conozco, fue siempre amiga de mi mujer desde que vino para acá. Mi mujer trabaja en

el edificio de la tienda... ¡Pobre Doña Marita, una chica tan buena! Ella consiguió plaza en el colegio para mis dos hijas...

–Pero, oiga –Doña Marcia cortó las referencias, terriblemente impactada–, ¿Cómo está ella?

–Dicen que murió...

Aunque curtida contra las emociones, la esposa de Claudio soltó el aparato y se apartó pálida.

Volvió a la cama y agarró su cabeza entre sus manos, creyendo enloquecer...

–¡Muerta! ¡Marita muerta! –reflexionó, atribulada.

Recordó el ultraje que la pobre niña había recibido aquella noche terrible que el día naciente esfumaba, como una pesadilla, y su mente comenzó a divagar...

Araceli, la servidora y amiga...

Veinte años antes. ¡El suicidio!... Y ahora la hija, la misma tragedia con el mismo hombre...

Con toda seguridad, Marita, avergonzada, había buscado la muerte. Inexperta, había sucumbido. Procuraba hilar las ideas por deducción.

Crescina le habló de la cita con Gilberto, y había descubierto a Claudio de esa manera. Todo indicaba que él se había entrometido entre los jóvenes, para infligir a la hija el imperdonable insulto... Indudablemente, la desventurada niña había preferido morir...

En ese momento, intervine. Asimilé sus pensamientos de simpatía y la hice meditar en las tribulaciones de Marita, esforzándome por inducir su compasión... Que se pusiese en marcha, que despertase a Claudio, llamase, implorase... Si el marido no estuviese en condiciones de entender lo sucedido, que ella saliese a la calle... Que buscase a la joven... Que telefonease a la policía, corriese al Hospital de Urgencias de la zona sur, preguntando por ella a los médicos, que visitase el Anatómico Forense... Alguien le ayudaría a encontrar a la criatura que la Providencia Divina puso en sus manos... ¿Quién sabe? ¡Quizás ella todavía estuviese en las últimas esperando sus manos piadosas, como quien espera una bendición!...

Doña Marcia oyó mentalmente. Al recoger mis sugerencias, imaginó a la hija en el depósito de cadáveres, se conmovió y lloró...

Pero la señora Nogueira era una persona muy cuidadosa en cuestiones sociales y domésticas.

No quería caer en sentimentalismos, era necesario sopesar los pros y los contras.

De la pesadumbre al interés pasaron apenas algunos instantes.

En efecto, tenía lástima de Marita y sentía asco de Claudio, pero pensó que sobre todo era madre. Nada de alejarse del destino de su hija verdadera. Marina tenía futuro. Los Torres eran ricos, quizás muy ricos.

Ambas jóvenes se disputaban a Gilberto. A fin de cuentas, la muerte de Marita solucionaba todo. Cuando pudiese hablar con su esposo, combinarían un plan perfecto.

Alejarían la hipótesis del accidente, inventarían una versión creíble. Ella misma diría que había dado permiso a la joven para pasar la noche en casa de un pariente enfermo, diciéndole que volviese lo antes posible.

Era indispensable maquinar situaciones, unir cabos sueltos. Los jefes de la tienda de Marita se interesarían por los hechos ocurridos. La prensa tal vez interviniese.

Debía prepararse par recibir a los periodistas y fotógrafos. Pensó en el vestido azul que llevaba en los funerales y rebuscó en su memoria para saber donde había puesto las gafas oscuras.

Cuando fuese más de día, despertaría a su esposo para ultimar los detalles. Hablarían seriamente.

Crearían una historia socialmente aceptable, en función siempre de la felicidad futura de Marina. Si la otra estaba muerta ¿para qué preocuparse? Lo que importaba ahora era la hija, solamente la hija... Y después que su hija se casase, nada más con Claudio... No se sentía inútil pero estaba cansada de darse con la pared, soportando inhibiciones y contrariedades por un esposo que le resultaba detestable desde hacía mucho tiempo. No iba a esclavizarse más. Había recibido una invitación de Selma, amiga de la infancia para un negocio lucrativo, en Lapa. Una cafetería con aperitivos y golosinas y al fondo, habitaciones de alquiler...

Dándome cuenta que Doña Marcia se inmovilizaba mentalmente en ideas retorcidas, volví con Félix en busca de las instrucciones necesarias.

En una cama de Urgencias, Marita parecía estar en coma. Félix, asistido ahora por dos médicos desencarnados de servicio en el hospital, se mantenía sereno, a pesar de la tristeza que reflejaba su semblante.

Me escuchó pacientemente.

Después de oír mis informaciones me dijo que lo esperase algunos minutos. Saldríamos en busca de refuerzos. Mientras tanto, ausculté a la joven accidentada, que yacía inconsciente en terrible depresión.

Observé escasas reacciones de los centros nerviosos, anoxemia, alteraciones sensibles de los capilares, lesiones en el peritoneo. Los esfínteres descontrolados, daban paso a líquidos y excrementos que empapaban el vestido.

Félix movilizó los recursos disponibles y rogó a los colegas desencarnados que nos relevasen por un tiempo.

Salimos hacia la casa de Claudio.

De camino noté que el benefactor, en silencio, hacía más densa su forma, transfigurando su presencia. Tal transformación, que yo conseguía solo después de una paciente elaboración mental, Félix la obtenía rápidamente. En unos instantes imprimió al cuerpo espiritual un nuevo ritmo vibratorio.

El instructor tomo las características de un hombre vulgar.

–¿Por qué esta transformación? –me pregunté.

–André –respondió, asimilando mis pensamientos–, nadie puede hacer todo, sino Dios. Tú eres médico también y no ignoras que en ciertas ocasiones, es necesario pedir remedios a la botánica. En la Tierra, a veces, para ayudar a un santo es necesario utilizar un veneno. Marita, en súbita decadencia física, necesita ahora la ayuda de alguien que la ame infinitamente. Llegó para ella el momento de reclamar el socorro a quienes la hirieron amando...

La voz del instructor reflejaba su gran pesar, pero no tuve tiempo de más comentarios sobre lo que había expresado, ya que llegamos a la casa de los Nogueira, coincidiendo con los primeros rayos de sol.

Subimos.

Como hice yo la víspera, el instructor llamó a la puerta.

Después de llamar varias veces, Moreira salió a recibirnos, como cualquier ser humano amodorrado.

No podía verme, ya que no dispuse del tiempo necesario para transformarme pero, al encontrarse con Félix, comenzó a lanzarle una sarta de insultos que el benefactor recibió con humildad.

Cuando acabó, algo asombrado por la ausencia de cualquier respuesta que alimentase más su ira, Félix le informó del accidente. Sabía de su interés por la joven y le rogaba su amparo. Ante la incredulidad que mostró el vampiro, le indicó que comprobase si Marita estaba en casa.

Moreira corrió al interior y volvió, negando con la cabeza. Bien, respondería a la llamada, pero no iba a despertar al dueño de la casa hasta no comprobar la realidad.

Con el ceño fruncido acompañó al instructor, sin decir palabra, de Flamengo a la casa de socorro pero, al ver a la chica y percatarse de su estado, su pecho explotó en un torrente de lágrimas como roca que se abre de repente para revelar una fuente que llevase en su interior.

Se dio la vuelta y salió como una flecha. Félix reconfortado, explicó que a la vista de lo sucedido, Claudio no tardaría en llegar, informándome que en su opinión, Marita había conseguido una pequeña moratoria, algunos días más en su cuerpo, quince o veinte como máximo... Tiempo de meditar, valiosa preparación ante la vida espiritual... Su cerebro estaría protegido, pero no recuperado ya que había sufrido una gran desorganización. Dentro de algunas horas, la joven podría pensar y oír con regularidad, recuperar cierta sensibilidad y percibir de forma imprecisa, pero no podría hablar. En ese estado, permanecería fácilmente en la esfera física todavía por mucho tiempo, pero el peritoneo había sufrido contusiones de efecto irreversible. Los antibióticos no valdrían para el caso. Aún así, se sentía muy agradecido a los supervisores espirituales que habían facilitado esta breve demora. Las horas finales podían serle preciosas, tendría la oportunidad de prepararse para la renovación, a la vez que Claudio, Marcia y Marina quizás pudiesen reconsiderar sus caminos.

Renacía su optimismo de forma conmovedora. Pasados poco más de cincuenta minutos, Claudio, acompañado por el médico de la familia que conocía a Marita desde

hacía mucho, entraron en la casa de socorro. Marcia, bajo la presión de Moreira e interrogada por el marido, había dado toda la información de que disponía.

El médico recién llegado, dejó a Claudio en la sala de espera para realizar su inspección. Una vez hecho esto habló con sus colegas y dispuso que la joven fuese inmediatamente trasladada para el Hospital Central, para realizar un tratamiento urgente y minucioso. Tomó todas las medidas necesarias para que Marita fuese convenientemente preparada considerando su estado comatoso que requería observación antes de proceder a cualquier movimiento que resultase tener fatales consecuencias.

Una vez iniciado el laborioso proceso que Claudio y Moreira seguían de lejos, la cabeza echada hacia atrás, impulsó la sangre en un movimiento retrógrado y surgió la posibilidad de asfixia.

Félix controló cuanto pudo, las manos de los camilleros y una vez que la vimos acostada en la nueva cama, realicé el socorro magnético de profundidad que las circunstancias exigían. Me senté de manera de acoger aquel cuerpo abatido en mis brazos, envolviéndole en mi propio aliento, en una operación que podríamos denominar como de suma de fuerzas, cuyos resultados son sorprendentes cuando la criatura retenida en el envoltorio físico se encuentra en las últimas fases de su resistencia.

En esos momentos, Félix me aconsejó que hiciera más densa mi presencia, para que Moreira pudiese ver lo que estaba haciendo. Tenía la esperanza de que se ofreciese para mantener la respiración de la joven lo mejor posible.

Oré, concentrándome en la consecución de mi objetivo, y cuando Nogueira y su acompañante entraron por la puerta, el vampiro me dirigió una mirada asustada.

Estaban tambaleantes, sensibilizados, afligidos...

Una irresistible emoción dominó mi alma.

Claudio, tembloroso, se puso al lado de su hija y rompió en sollozos. Por lo que podía percibir, aquel momento era para él un doloroso balance de conciencia.

Instintivamente, volvió a su infancia y adolescencia...

Recordó sus primeras liviandades.

Las irreflexiones del pasado acudieron a su memoria.

Recopiló en su imaginación los desvaríos sexuales cometidos. Cada joven que había engañado, cada mujer de cuya debilidad él había abusado se proyectaban en su mente, como si le preguntasen por la hija que había traído al mundo...

¡Aquel hombre que me inspiraba sentimientos contradictorios y de quien me había deseado alejar, distanciarme, lleno de aversión por él, me producía ahora una ternura que sólo las lágrimas podían expresar!...

Delante de la enfermera impresionada, Claudio se arrodilló y, con él, lo mismo Moreira... Llorando compulsivamente el padre alisó los cabellos despeinados, contempló el rostro de cera que la muerte parecía estar modelando, se fijó en los labios

entumecidos, aspiró el aire deteriorado que salía de los pulmones y, sumergiendo la cabeza en las sábanas, gritó vencido:

–¡Ah, hija mía, hija mía!...

Casi en el mismo instante, Moreira dobló su frente abatido por el sufrimiento...

Ambos yacían allí de bruces junto a mis rodillas, tan rendidos como Marita, que se acogía en mi regazo.

Me di cuenta que la Providencia Divina, en sus designios, no me aproximaba sólo a la víctima. Los verdugos también pedían amor. Asegurando a la joven inerte, a la altura del pecho, les acaricié con mi diestra mientras oraba... ¡Y la oración clarificaba mi pensamiento, corrigiéndome la visión!... ¡Si, intentando consolar a aquellos dos hombres a quienes el remordimiento sumía en un indecible tormento, reflexioné sobre mis propios errores y comprendí el propósito de la vida!...

¡No!... ¡Ellos no eran los violadores, los obsesores, los enemigos, los verdugos que había detestado el día anterior!... ¡Ellos eran mis amigos, mis hermanos!...

## CAPÍTULO 2

Angustiado pero sereno, Félix se acercó a Nogueira, le administró energías reconfortantes y, después de levantarle se despidió, indicándome que volvería.

Dijo, bondadosamente, que no me preocupase. Estaríamos juntos, enviaría cooperadores, conseguiría recursos.

Le respondí tranquilizándole. Me había encariñado con aquella joven que después de todo, era nuestra hija en espíritu.

No, no la dejaría en la dura fase de la desencarnación. Mientras esto ocurría, Claudio salió, buscando al médico especialista.

Moreira que me observaba desde mi llegada, me miraba ahora con simpatía, que yo intenté mantener.

En un momento dado se acercó a mí. Bajó el tono de voz y me dijo que me reconocía, lamentándose de ver algunos hermanos desencarnados asomándose a la puerta con expresión grosera.

Señalaban a Marita con desprecio, hacían comentarios impúdicos, gesticulaban obscenidades y, uno de ellos había llegado al punto de preguntarle quien era aquella mujer que transpiraba carroña.

Intenté consolarle. Todo aquello pasaría. Estábamos esperando refuerzos para aislar el recinto.

Respondiendo a sus preguntas, le aclaré que sin querer había asistido al desastre y me compadecía de aquella joven que estaba sola, tirada en el asfalto.

Quiso saber más detalles, pero para evitar complicaciones, le prometí que en su momento tendría información más precisa para ambos.

Intentando armonizarle con las exigencias del servicio que íbamos a desarrollar, le pedí su cooperación.

Me sentiría muy bien si él aceptase mi ayuda, allí, al pie de la joven que pasaba tan dura prueba, tenía alguna experiencia hospitalaria, le dije, y podría ser útil. Moreira se conmovió y aceptó la sugerencia. Sí, dijo, sentía mucho afecto por la joven y agradecía mi ayuda desinteresada. Contaría conmigo y me recompensaría.

El sabía como auxiliarme, defenderme, ser un buen compañero.

Pasó enseguida a examinar el proceso por el que yo socorría a la joven en su respiración y me pidió instrucciones. Quería sustituirme en esa tarea. Y fue tanta la diligencia y humildad con que se situó en mi lugar, que en breves minutos atendía al mantenimiento de Marita con una eficiencia superior a la que yo había podido imaginar.

Procuré adiestrarle, obedeció dócilmente y sujetó en sus brazos aquel cuerpo magullado, verdadero fardo de dolor salpicado de heces. El perseguidor de la víspera, tocado en lo más íntimo, la tomó con la dignidad de un hombre piadoso que socorre a



una hermana, volcándose en la tarea de infundirle energías y avivar sus pulmones con su propio aliento.

Sensibilizado, al ver su transformación, me di cuenta que no siempre es el salvavidas perfectamente construido el que asegura la supervivencia del náufrago sino el leño tosco que flotaba sin que nos hubiéramos fijado en él.

Me retiré por unos instantes en busca de Claudio y le encontré en una sala próxima. Estaba telefoneando.

Oí al otro lado de la línea, la voz inconfundible de Doña Marcia. El marido le habló de los traumatismos de Marita, ella, sin embargo, no salía de las ideas que ya conocíamos. Se alegraba al saber que la hija todavía estaba con vida, pero mejor sería cerrar el tema. Si los médicos ya estaban con ella, no quería aumentar los sinsabores que ya tenía en su casa.

Nogueira le suplicó que viniese a verla.

Doña Marcia, sin embargo, mencionó compromisos ineludibles. Estaba a punto de salir de casa para comprar hilo para algunos adornos que Marina le había pedido confeccionar. Comprendía que Marita quizás no se recuperase, pero pensaba que podía también ser algo sin importancia, ya que la joven era muy exagerada y gustaba mucho de llamar la atención. Además, si estuviese realmente tan mal, Claudio como padre, estaba a su lado sin necesidad que ella hiciese mayores sacrificios de aquellos que ya le pesaban sobre los hombros. Hizo incluso alguna broma sobre el hecho de que la hija adoptiva no estuviese muerta. Recordó a Claudio que Río era una gran ciudad y que ningún enfermo podía tener más de un acompañante en el hospital. Estaba harta de tonterías de jóvenes enamorados y dijo que prefería tricotar a estar el lado de una hija que no era suya y que siempre había exagerado sus problemas. Le dijo a Claudio que hablase con los médicos y llevase a la chica a casa, lo antes posible.

Nogueira, desolado, insistió describiendo la terrible situación que tanto le entristecía, pero la señora terminó la conversación con una frase que ahogó sus últimas esperanzas:

–Bueno, Claudio, todo eso es problema tuyo.

Nogueira marcó el número de casa de los Torres. Marina todavía no había regresado. Descorazonado, llamó al banco. Habló con el director y le expuso la situación, pidiendo algunos días libres. Su jefe le comprendió ya que también era padre. No sólo le dijo que se tomase el tiempo necesario, sino que se puso a su disposición para cualquier cosa que pudiera necesitar.

Volviendo al cuarto donde Moreira velaba, habló con el facultativo de servicio.

El médico comprendió su inquietud y se compadeció de él. Dijo que era muy pronto todavía para un diagnóstico más claro. Tenía que hacer pruebas, había mandado hacer transfusiones de sangre y ahora estaba con antibióticos, tenía que ver cómo reaccionaba. Aun así, debía contar con la opinión de un neurólogo, en vista del fuerte golpe recibido en el cráneo.

Nogueira estuvo de acuerdo y pidió permiso para acompañar a la hija. Que no tuviesen en cuenta el precio, deseaba el mejor tratamiento para ella.

El médico prometió su total colaboración.

Al cabo de un rato, Marita fue trasladada a otra habitación más amplia donde nos ubicamos Nogueira, Moreira y yo. Aquellos dos espíritus, tan envalentonados antes, se manifestaban ahora muy sumisos.

El esposo de Doña Marcia tenía los ojos anegados en lágrimas. Se le había partido el alma. La convicción de que la hija hubiese intentado suicidarse por culpa suya, le quemaba el corazón, como un hierro candente que se enterraba en su pecho.

Había escapado de tantos escándalos, ocultado tantas proezas, impasible, pero aquel cuerpo abatido que la muerte esperaba, parecía cerrar su destino para siempre. Se sentía tan abatido y arrepentido, que no le hubiese importado confesar todos sus delitos en público... Delitos que suponía ya olvidados en la lejanía del tiempo, asomaban ahora al recuerdo exigiendo reparación...

¡Y sobre todo, Araceli!... La madre de Marita que él mismo había aniquilado a golpes de sarcasmo e ingratitud parecía alcanzarle por el túnel de la conciencia... La imagen de aquella mujer de campo, inexperta, crecía en su interior. Le acusaba, preguntaba por su hija, pidiéndole cuentas.

Nogueira pensó que se estaba volviendo loco. Si no fuese por atender a la hija postrada, no hubiese dudado en pegarse un tiro. Creía que el suicidio era una forma de liberación. Lo haría, pensaba taciturno. Si Marita moría, no quería sobrevivir.

Le cerraría los ojos y se destruiría sin compasión. A la vez que estas reflexiones amargas oscurecían su mente, Moreira seguía insuflando los pulmones de la triste joven en un acto conmovedor de paciencia y dedicación. Observaba por mi parte su dedicación pura y sincera. El cuerpo enfermo no le inspiraba la más mínima repugnancia.

Abrazaba a Marita con la veneración de quien se consagra a una hija que padece para quien todos los cuidados y cariño son pocos... De cuando en cuando, pasaba una mano por su rostro para enjugar sus lágrimas...

Aquel espíritu que yo había conocido como rudo y salvaje, amaba profundamente, porque es preciso amar a alguien con extremada ternura para sorber su aliento fétido y acariciar la piel manchada de excrementos con el cuidado de quien preserva un tesoro inmensamente querido por su corazón...

El silencio era apenas interrumpido a veces por los movimientos de la enfermera que venía a vigilar el suero o a aplicar inyecciones.

El día avanzaba. Eran las tres de la tarde y hacía calor. Para Claudio, las horas eran como cadenas que arrastraba en la cárcel del remordimiento. Se sintió inmensamente solo. Fue al teléfono y llamó a Marina.

La hija atendió su llamada. Hablaron.

Se había enterado del accidente por Doña Marcia, pero confiaba que sólo se hubiese quedado en un susto. No, no podía ir al hospital. Doña Beatriz, a quien consideraba como una madre había empeorado muchísimo. Se esperaba su fin, en

cualquier momento. Quería que su padre la disculpase pero pensaba que la hermana estaría satisfecha al saberse acompañada por él.

No podía pedir más.

Nogueira regresó a la habitación, amargado por el desánimo.

Nadie le ofrecía el más mínimo apoyo ni entendía su suplicio moral.

A las cinco, no obstante, alguien apareció. Era un anciano.

A solas con Nogueira se presentó.

Era Salomón, el farmacéutico.

Dijo ser amigo de la joven accidentada. Le gustaba su trato delicado y gentil. Vecino de la tienda, compartía un café con ella cuando comía fuera de casa.

Se había sorprendido con la noticia del atropello y decidió visitarla, ya que creía haber sido uno de los últimos amigos que habló con ella la víspera.

Y ante la curiosidad de Claudio, relató todo lo que sabía con todo lujo de detalles.

Era evidente, dijo, que alguna desilusión muy fuerte la había impulsado a la desesperación. Se acordaba perfectamente de haber notado el llanto que ella intentaba ocultar. Habría tomado los soporíferos que él le dio y al ver que eran inofensivos, se había arrojado sobre un coche en la calle...

Claudio oyó todo esto llorando. En su interior aceptó la hipótesis. Sin duda, la hija no había podido sobrevivir al insulto del que él se acusaba. Aquel desconocido confirmaba sus intuiciones. Pensó en el suplicio moral de la joven humillada antes de cometer la acción desesperada, se sintió el más abyecto de los hombres, con un arrepentimiento que flagelaba todas las fibras de su conciencia, y agradeció la información al anciano, roto en sollozos. Abrazó sinceramente a Salomón y resaltó que él era el verdadero y quizás único amigo de aquella criatura que había buscado la muerte y a la que harían todo lo necesario para recuperar.

El farmacéutico, compadecido, arriesgó darle un consejo.

Dijo que era espírita y señaló que los pases, con la cobertura de la oración podían beneficiar a la joven. No sabía cuales eran los principios religiosos de la familia pero tenía un amigo, Agustín, a quien podrían recurrir. Confiaba en la oración, en el amparo espiritual. Si Claudio lo consentía, iría a buscarle. Nogueira aceptó con humildad, sabía que estaba solo. No se podía permitir rechazar un auxilio que le era ofrecido con tanta espontaneidad.

Sólo dijo que tendría que pedir permiso al médico.

El doctor que fue llamado, oyó la petición. Hombre experto en angustias humanas, miró a Marita no sólo con la visión de un técnico que observa un aparato listo para desmontar y efectuar las verificaciones finales, sino con el sentimiento de un padre afectuoso y confirmó que Claudio tenía derecho a prestar a su hija la asistencia religiosa que desease y que, al margen de respetar en el resto del hospital las normas, en esa habitación podía considerarse como en su propia casa.

Compadecido, él mismo facilitaría la entrada de Salomón con el espírita que viniese con él. Y, a las ocho de la tarde, el boticario de Copacabana entró con un amigo que llevaba un pequeño paquete donde había un libro.

Nogueira se asustó. Aquel hombre que le saludaba fraternalmente y que le presentaron como Agustín, era uno de los clientes más respetados del banco. Sabía de su posición como comerciante distinguido, aunque no le conocía personalmente. Pero, si el recién llegado le había reconocido, no dio la menor muestra allí.

Se interesó delicadamente por la joven y se enteró de todos los detalles del desastre, con la atención de quien escucha a su propia familia.

Después, entre Claudio y Salomón, oró, emocionado. Suplicó la bendición de Cristo para la chica atropellada como si ante Jesús fuese una hija profundamente querida y a continuación, le administró pases largos con la devoción de quien le transmitía sus propias fuerzas.

Cooperé con él, bajo la atenta mirada de Moreira que tomaba nota de todo, deseoso de aprender.

La operación, saturada de agentes reconstituyentes del plano físico, fue muy beneficiosa para la joven, mejorando su condición general. Relajó más intensamente el esfínter de micción, la respiración fue menos opresiva y consiguió entrar en un sueño tranquilo.

Claudio llamó a la enfermera para que cambiase a Marita y los tres conversaron en una sala próxima. Al saber que Nogueira no había tenido nunca principios religiosos, Agustín le ofreció el libro que tenía, un ejemplar del “Evangelio según el Espiritismo”, y prometió volver a la mañana siguiente.

### CAPÍTULO 3

Nogueira de vuelta a la habitación, se quedó reflexionando, reflexionando...

Era noche cerrada y allí, el silencio se veía apenas roto por la respiración sibilante de su hija...

¡Si se tratase sólo de Salomón! –cavilaba–, quizás no le hubiese dado mayor importancia al asunto. Aquel boticario que le había contado todos los sucesos de la noche inspirándole gratitud y simpatía, le pareció una excelente persona, pero la sencillez bonachona con que se presentaba podría hacerle pasar por un creyente de buena fe, lamentablemente embaucado en la superstición.... Agustín sin embargo, agitaba su espíritu.

Era un comerciante próspero e instruido, no se dejaba enredar en engaños. Conocía su agudeza de ingenio, su honestidad. Además, tenía ocupaciones más valiosas que perder su tiempo.

¿Qué doctrina era aquella, capaz de inducir a un caballero adinerado a rezar, en la habitación de un hospital, llorando de compasión por una joven desahuciada al borde de la sepultura? ¿Qué principios empujaban a un hombre educado y rico a olvidarse de sí mismo, socorriendo a los infelices, hasta el punto de tocar sus excrementos, imbuido de aquel amor que sólo los padres tienen en lo más hondo de su corazón?

Miró a Marita, tranquila, y recordó a los dos hombres abnegados que le habían proporcionado alivio sin preguntar nada... El, que nunca se había acercado a ninguna religión, e incluso había sido desconsiderado con cualquier idea de este tipo, se hacía ahora un gran número de preguntas.

Angustiado, tenía sed de algo... Sin el apoyo fluídico de Moreira, que dedicaba todas sus energías a la joven, se acordó de fumar, pero se decía a sí mismo que tampoco era lo que deseaba.

Quería salir, correr al encuentro de Agustín y Salomón para preguntarles por la fe en Dios. Anhelaba enterarse de cómo conseguían tener esa creencia. Ambos habían conseguido disminuir la presión que sufría su hija... En ese momento, se preguntaba si él no era igualmente digno de piedad.

¡Marita reposaba en el sueño de las víctimas que la justicia resguarda en la paz inviolable de la conciencia, mientras que él se atormentaba en la vigilia de los culpables!...

Se reconocía a sí mismo como un enfermo del alma, un naufrago que se hundía en el remolino de la desesperación....

Necesitaba agarrarse a algo. ¡Un poco de confianza le salvaría de la caída total!... La soledad le asfixiaba. Tenía necesidad de compañía.

Le sugerí que leyese, que abriese el libro que le habían dado. Esas páginas conversarían en silencio, serían sus compañeras. Que no intentase comprender todo de golpe. Que consultase partes del libro, ideas, conceptos aquí y allí.

Asimiló mi sugerencia y tomó el libro. Aun así, intentó volver a la situación anterior.

Se veía incapaz, inquieto. No tenía la menor serenidad para leer atentamente.

Insistí, de nuevo.

Los dedos, nerviosos, pasaron por el índice. Echó un vistazo a los contenidos. En el capítulo 11 dio con este título: “Caridad con los criminales”. Aquellas palabras invadieron su mente atribulada como si fuesen de fuego. Se sentía descubierto por un tribunal, invisible. ¡Si! –se dijo, desconsolado– es imprescindible examinarse a uno mismo. En su propio concepto, se calificaba como un malhechor, un forajido. Durante todo el día había sido visto y tomado bajo ese techo, como un padre cariñoso, pero él sabía que era un violador, un parricida...

Cargaba consigo el dolor irremediable de haber impulsado a la hija querida a la locura y la muerte... ¿Qué clase de condena expresaría aquel libro contra él?

Merecía escuchar su propia sentencia junto a la persona que había caído bajo el golpe aniquilador...

Buscó la hoja indicada y ¡oh sorpresa!... El libro no le maldecía. Leyó y relejó, llorando, aquellas frases que rezumaban suavidad y comprensión. Se identificó delante de una llamada a la fraternidad y compasión, que no describía a los delincuentes como seres infernales, ausentes en la órbita del amor Divino. El breve mensaje pregonaba la tolerancia y finalizaba solicitando oraciones en beneficio de los que sucumben en la vorágine del mal.

¡Las lágrimas brotaban profusamente de sus ojos!... Aquellas palabras le hacían razonar. Percibir que el mundo y la vida debían estar bañados en profunda misericordia.

Se tenía por un asesino y se encontraba allí, reconsiderando su propio camino con suficiente lucidez para analizarse y pensar... Aquel primer contacto con las verdades del espíritu derribaba su ateísmo. Con la avidez del que atraviesa un gran desierto mortificado por la sed, se dedicó a leer los textos, que vertían ideas que eran como un bálsamo, como torrentes de agua pura. Vio varios temas...

¡Adquirió conocimiento rápidamente sobre la reencarnación y la pluralidad de los mundos, meditó sobre las maravillas de la caridad y los prodigios de la fe, a través de las llamas inmortales del cristianismo que renacían allí para él, revitalizando su corazón!...

Cuando miró el reloj, marcaba las dos de la madrugada. Habían pasado cuatro horas, sumergido en el libro, sin darse cuenta. Se sentía otra persona, su mente se aclaraba llena de pensamientos renovadores que le suscitaban muchas preguntas. Aquella era una doctrina que le permitía sentir e indagar libremente, como un niño en el regazo materno.... En verdad, pensaba, si Dios no existiese, si no hubiese una vida más allá de la Tierra ¿por qué se entregaba de ese modo a tan profundo arrepentimiento? Si todo en la existencia acabase en animalidad y polvo ¿qué razón tendría su suplicio moral delante de su hija, que le inspiraba sentimientos tan contradictorios?

¡Amaba tanto a aquella chiquilla desventurada!... ¿Por qué no había conseguido mantenerse en la posición de padre inmune a los impulsos del sexo? ¿Qué fuerzas le habían arrastrado hasta la condición de verdugo en que se hallaba?

La idea de la reencarnación relampagueó en su cabeza. El y ella venían de experiencias anteriores... ¡Indudablemente, encadenados a alucinaciones afectivas dominantes, habían vivido en el pasado, padecido y llorado juntos!... Aquella devoción por Marita era para él comparable al iceberg que muestra una pequeña parte, ocultando su enorme peso bajo las aguas... ¡En aquel momento, algo le decía en la acústica del espíritu, que él, Claudio, la había traído de nuevo para el mundo, a través de la paternidad, para orientarla con limpieza y abnegación!... La sabiduría de la vida le había devuelto el cariño en la sonrisa filial por algún tiempo, para que rectificase los errores de tirano amoroso que debía haber sido en épocas pasadas y las pasiones, cuyos rescoldos le calcinaban ahora el corazón... Las realidades del destino se elevaban en su pensamiento, bellas y difusas, como el brillo de los rayos del sol al fundir la nieve...

Pero a pesar de eso, no se disculpaba. Reconocía haber agravado sus propias deudas.

¡Entreviendo las realidades de la vida en el más allá, llamaba a los amigos que había visto partir!... ¡Que se apiadasen de él y de Marita, que suplicasen a Dios para cambiar su vida por la de ella!...

Él, que se reconocía como un padre criminal expiaría en el mundo espiritual sus faltas para, enseguida, renacer en la Tierra, mutilado, resarcido así las deudas contraídas. ¡Qué él sufriese lavando las manchas del alma, pero que su hija viviese y fuese feliz!...

¡Y, si se le permitía continuar todavía en el mundo llevando en el pecho la angustia de esta hora, que la dejaran aunque fuese muda y abatida en sus brazos! ¡Tendría fuerzas para llevarla, sería su apoyo, su refugio!... ¡Que ella se quedase! Que se le diese la oportunidad de convertir, junto a ella, todos sus caprichos de hombre rudo en manifestaciones de amor puro... La acogería de algún modo, en su corazón.

La llevaría en una silla de ruedas a cualquier parte.

¡No tendría en cuenta ningún posible obstáculo, pero imploraba a la Providencia Divina que apartase a Marita de la guadaña de la muerte para que él pudiese aprender el necesario reajuste y reparación!...

Le abrazó sugiriéndole ideas de esperanza. Que confiase y no se desanimase. ¿Quién no tiene problemas en la Tierra? ¿Cuántos más en ese momento estarían pasando por pruebas parecidas? Aquel libro, que removía su pensamiento, estaba allí como un semáforo en la calle del destino.

El remordimiento sería como la señal en rojo, provocando la parada.

¡Convenía frenar el coche de los propios deseos y pensar, pensar!... Todos alcanzamos un día la reconciliación con nuestra propia conciencia, no debía desertar de la luz que ponían en su camino.

Debía comprender que la ley de Dios no se basa en condenas, pero sí en la justicia y esta misma justicia de Él nunca se expresa sin piedad. Era necesario meditar, llegando a la conclusión que si los hombres, seres imperfectos, conseguimos tener compasión en la justicia, Dios, que es el Amor infinito no la iba a ejercer de manera implacable. ¡De la oscuridad de la noche no tardaría en llegar el alba y con ella, el sol que siempre aparecía de nuevo!... ¡Debíamos elevar todos los sentimientos para la renovación que comenzaba!... Moreira, que me observaba abrazado a Nogueira, me dirigió una inquisitiva mirada, como intentando conocer las ideas que le estaba sugiriendo. Antes sin embargo, que viniese a sustituir celoso del lugar de consejero que me permitía ocupar, llamé a Claudio, animándole a iniciar, allí mismo, la obra reparadora.

El padre de Marita no lo dudó.

Profundamente enternecido, se levantó, fue en dirección a la cama y se arrodilló a la cabecera.

Se decía a sí mismo que, por primera vez en mucho tiempo, miraba el rostro de su hija, sin el más leve rastro de fascinación sexual en sus sentimientos.

Palpitaba su corazón atormentado.

La acarició con una ternura que jamás había experimentado, dejó que las lágrimas bañasen su cara y suplicó en voz baja:

—¡Perdón, hija mía!... ¡Perdona a tu padre!...

El ruego se perdió en la garganta, anegada en sollozos...

Marita, evidentemente no respondió, pero la llamada paterna le infundió una energía diferente y tanto Moreira como yo oímos espantados, el gemido que salió de ella, mostrando señales de volver en sí.

Claudio lleno de esperanza se apartó. El cariño se había impregnado en él de súbito respeto. Íntimamente comparó aquel afecto immaculado que nacía en él como el lirio blanco que nace de un charco.

Se sucedieron otros gemidos, imprecisos, dolorosos...

El padre los escuchaba angustiado. Daría lo que fuera por poder traducir aquellos vahídos de niña inconsciente...

Creyó, sin embargo, que expresaban padecimientos físicos inenarrables y estalló en un llanto compulsivo. El ex vampiro, convertido en servidor diligente, se levantó rápidamente y fue a abrazarle para reconfortarle, pero observó que los dos amigos estaban ahora cerca y lejos, el uno del otro. Unidos por fuera y distantes por dentro. Hombres unidos y pensamientos opuestos. Moreira había sido tocado por los acontecimientos, pero no demasiado. Mostraba un enorme afecto por Marita, luchaba por ella pero en el fondo, no escondía el propósito de seguir controlando a Claudio para su propio interés. Viendo a su socio tocado en su corazón por los sentimientos edificantes que la lectura le había sugerido, estaba tan decepcionado como un pianista que se encontrase con un instrumento de teclas mudas.



Alarmado, me hizo algunas preguntas. Le tranquilicé diciéndole que la mente de Nogueira estaba muy conmocionada en aquel momento, pero íntimamente, confirmé que había dado un paso adelante y que su compañero desencarnado debería elevarse a la misma frecuencia para seguir conviviendo con él, si no quería perderle.

La mente de Claudio salía de aquellas horas de estudio compulsivo, bajo fuerte tormenta moral, como un paisaje después del terremoto. No era comparable con su situación anterior.

Por ello, se enfadaba su socio, cabizbajo, triste.

Aun así, Moreira retornó a la tarea de mantenimiento de la joven postrada.

En esto llegaron dos auxiliares de nuestro plano, Arnulfo y Telmo, que enviaba el hermano Félix a colaborar en auxilio de la chiquilla.

Ambos eran simpáticos, espontáneos.

Les presenté a Moreira, sorprendido, y reconocieron al momento su posición espiritual, pero, con la gentileza propia de los corazones generosos, hicieron todos los esfuerzos posibles para tratarle de igual a igual. Le rodearon de optimismo y bondad como a un estimado colega.

Antesdeayer, aquel hermano que se envalentonaba en Flamengo no habría aceptado tal camaradería, pero Marita respiraba allí entre dos mundos, fatigada, consumida...

Por Marita soportaba todos los cambios, callaba sus impulsos.

La madrugada daba paso al día.

Nos acercamos a Claudio.

Era indispensable hacerle descansar, dormir.

Moreira, con gran disgusto reflejado en su rostro, nos observó mientras dábamos pases curativos a los que el paciente respondió positivamente.

Es de mencionar la sensación de alivio con que Claudio respondió al toque sugestivo. Acababa de vivir momentos de gran angustia. Quería reposar, mendigaba un poco de paz.

Mientras se relajaban sus nervios tensos bajo la presión del sueño que le inducíamos suavemente, Moreira asistía a esto con creciente desagrado.

Como la persona que contempla la mudanza de su casa que sufre una reforma que nunca solicitó.

Lanzaba ondas agrias de amargura con una sonrisa amarilla. Todo parecía dislocarse para él... Entre el amigo que escapaba a su control y la joven cuyo cuerpo físico quería preservar, se sentía desconcertado, atónito...

Sabiendo que no podría indisponerse con nosotros por la asistencia que estábamos proporcionando a Claudio, se aplicó con más vehemencia en las atenciones con la joven, empeñándose en auscultar sus pensamientos más profundos.

Marita, por su parte, al asimilar más energía, tomó de nuevo el control de los centros cerebrales que estaban todavía a su disposición. Recuperó la sensibilidad olfativa, percibía, razonaba y oía con relativa seguridad, pero estaba hemipléjica, no podía ver y el habla se le había extinguido irremisiblemente. Al principio, creyó que había despertado en el sepulcro. Había oído muchos relatos sobre personas que despertaban en la tumba, leído muchas noticias y visto muchas películas de terror sobre ese tema. Con su alma oprimida, creía estar en uno de esos trances en el lecho que tomaba por ataúd, en el silencio de sufrimientos inenarrables... Intentó gritar pidiendo socorro, pero tenía la idea de haber olvidado cómo se articulaban las palabras. Era consciente de pensar con su propia cabeza, pero ignoraba los movimientos para producir la voz. A pesar de todo, sabía que estaba consciente.

Sentía, memorizaba. Recordó los acontecimientos que le habían inspirado el propósito de morir. Se arrepentía. Si la vida continuaba ¿para qué provocar el fin del cuerpo? —se preguntaba. Recordó lo que había ocurrido en Lapa, la conversación con Gilberto en el teléfono de Doña Cora, los comprimidos de Salomón, el sueño frente al mar, el desconocido que le asaltó, la huída hacia la calle, la caída sobre el coche... Después, esto... el cuerpo que parecía ser de piedra, la conciencia activa, las percepciones agudizadas y la incapacidad de hablar... Íntimamente, el esfuerzo desesperado para hacerse notar, pero se sentía aprisionada como por un collar de plomo. Se irritó inútilmente. Vibraba de impaciencia, de espanto, de dolor... La pena y la rebelión, preguntas y ruegos aparecían, sin manifestarse en la esencia de su ser.

Por más que se empeñaba en llorar, las lágrimas se quedaban en su pecho sin ningún canal para que fluyesen. Los ojos y la lengua se le presentaban como desconectados del cuerpo...

¿Estoy muerta —preguntaba la joven con una mezcla de perplejidad y sufrimiento—, o me voy a morir?

Escuchó los pasos de la enfermera de planta y la respiración sibilante de su padre, sin identificar claramente su presencia y, en vano, intentó pedir explicaciones sobre el olor nauseabundo que le rodeaba.

Pasadas dos horas de angustia recóndita, que Moreira registraba con agudeza y precisión, la joven se tranquilizó mentalmente, y escrutándole por mi parte el campo íntimo, noté que se centraba lamentablemente en Marina.

El compañero desencarnado que hasta entonces era el soporte psíquico de Claudio y que necesitaba de base moral para garantizar su propio equilibrio, encontró caldo de cultivo para una nueva desorientación.

Descubrí el peligro, sin poder conjurarlo.

Dándose cuenta que había perdido al amigo que hasta entonces era juguete en sus manos, buscó en la hija otros motivos para permanecer vinculado a la demencia.

Por nuestra parte, no nos era posible presionar a la joven accidentada para interrumpir sus lamentaciones. Cualquier gasto de energía más allá de la necesaria para su sustento, podría precipitarle a la desencarnación.

Inconsciente de las complicaciones que creaba con semejante procedimiento, la hija de Araceli revivió en su imaginación las etapas de su existencia. Acusaba a la hermana de todos sus infortunios. Exhibía su figura en la pantalla mental como la de una enemiga imperdonable... Marina le hurtó las caricias maternas, le destrozó sus oportunidades, Marina le robó los afectos, las ilusiones, los sueños de juventud...

No valieron de nada las ideas que intentábamos sugerirle, inquietos.

La influencia de Moreira, que animaba todas sus incriminaciones era más vigorosa para ella, que quería encontrar simpatía y adhesión.

Aquella desventurada chiquilla desconocía el poder del pensamiento. No sabía que en vez de indulgencia y suavidad, invocaba desagravio y, procediendo así, no sólo enredaba a la familia en duras pruebas, sino que echaba a perder el valioso trabajo de recuperación de aquel amigo necesitado de afecto y luz.

El ex asesor de Claudio, al absorber sus mudas confidencias en las que relataba sus penas más íntimas, de las que él no tenía conocimiento, retomaba poco a poco, la brutalidad que antes reflejaba en su rostro.

Se desvanecía así, la mejoría de su espíritu. Con el pretexto de auxiliar a la protegida, reavivaba sus instintos de vengador.

La mirada que había sido compasiva, volvió a adquirir la lividez de los alienados. Desaparecieron todos los indicios de retorno a la sensatez y a la humanidad que había mostrado desde el momento que afinó con la joven abatida.

Habría sido inútil cualquier tentativa de reconducirle a la serenidad. Empapándose con los lamentos de aquella que consideraba seguía siendo la mujer querida, recuperaba en sí mismo el impulso salvaje de la fiera sedienta de sangre.

En respuesta a nuestras peticiones de calma y tolerancia, clamaba continuamente que no, que no... Nadie le haría renunciar a la guerra por la tranquilidad de aquella que amaba, decía que desconocía hasta entonces, el martirio que había supuesto su hermana durante toda su vida e insistía en vengarla.

Al verle abandonar el servicio que voluntariamente se había impuesto, incapaz de reflexionar en las consecuencias de la propia deserción, comprendí que el ex obsesor, transformado en amigo, había sido asaltado por una crisis de locura y consideré si el hermano Félix no se habría equivocado al solicitar la permanencia de Marita en su cuerpo, dada la extensión de los males que el ex vampiro sería capaz de provocar a partir de entonces, pero me reprimí... ¡No! Yo no tenía derecho a juzgar al compañero perdido que se apartaba de nosotros mientras el sol de la mañana despuntaba en el cielo. El hermano Félix sabía lo que hacía y, con toda seguridad, nunca había fallado antes en lo más mínimo, por lo que no debía perder la confianza...

Mi trabajo simplemente era socorrer. Traspasé las atenciones a seguir a Arnulfo y Telmo y me dirigí a la residencia de los Torres, único lugar donde Moreira, a mi ver, se encaminaría.

Entré...

En la casa silenciosa, se mascaba el miedo. Había lágrimas en el semblante de los servidores humildes.

Doña Beatriz, en coma, esperaba la muerte.

Neves y otros compañeros del mundo espiritual rodeaban el lecho. Una enfermera observaba a la señora a punto de entrar en el gran reposo, junto con Nemesio, Gilberto y Marina, que se acomodaban a corta distancia.

Aturdido, observé que Moreira todavía no se hallaba allí. Sin embargo, en unos momentos, el ex acompañante de Claudio, seguido por cuatro camaradas truculentos y ceñudos, penetró sin ningún respeto en el recinto... Y, sin la menor consideración por la agonizante, se acercó a la hija de Doña Marcia y gritó, encolerizado:

–¡Asesina! ¡Asesina!

#### CAPÍTULO 4

Al recibir la agresión, Marina experimentó un irreprimible malestar. Empalideció. Se sentía sofocada. Tenía todos los síntomas de quien hubiese recibido un golpe en el cráneo. Echó la cabeza atrás, en el sillón, esforzándose por disimular la indisposición, pero en vano. Los Torres, padre e hijo, notaron el mareo y se acercaron presurosos.

Nemesio tomó la palabra, atribuyendo el desmayo a la fatiga de quien había estado la noche entera sin el más mínimo descanso desde el día anterior, junto a la dueña de la casa, cuyo cuerpo se consumía con dolorosa lentitud, mientras Gilberto traía agua fresca antes de llamar al médico.

En el ambiente espiritual el impacto no fue menor. Neves me miró, inquieto, como pidiendo socorro para no estallar. Conocía a Moreira, de nuestra primera visita a Flamengo pero ignoraba los acontecimientos que se habían desarrollado en los días anteriores. Por la mirada inquisitiva que nos dirigió, estimé que juzgaba que el aposento de su hija estaba repleto de desencarnados malhechores, sin que aquello tuviese ningún sentido, incapaz como era de juzgar las causas que impulsaban al ex obsesor de Claudio a aquella rebelión, acompañado de colegas infelices que se disponían a atacar en una acción de castigo, considerada por él de justicia.

Una de las señoras desencarnadas, que aguardaba el momento de recoger a Beatriz una vez libre, se acercó a mí reclamando medidas.

Moreira y sus compinches proferían palabrotas y obscenidades, rompiendo la dignidad del recinto, después de haber burlado la vigilancia mantenida en torno a la casa. No pedía que se les contuviese de alguna forma, en base a preconceptos humanos. Aceptaba a los recién llegados en la posición de acreedores de mayor consideración, pero la señora Torres estaba en las últimas oraciones, en vías de partir. Requería tranquilidad y silencio.

En algunas terapias, no se puede restablecer la normalidad orgánica sino removiendo el centro de infección y allí el punto que rompía la armonía era Marina.

Una vez alejada la joven, se irían con ella los agentes del desorden.

Me acerqué a la chica que no sentía piedad. Le supliqué que se fuese, que reposase, que no dudase en aceptar nuestra sugerencia, que redundaría en su provecho.

Ella obedeció a regañadientes.

Pidió permiso a los Torres para esperar al médico en otra habitación de la casa, y yo le acompañé. La banda, sin embargo, vino a mí y Moreira me encaró. Quería saber porqué me inspiraba simpatía la joven que él hostilizaba. Me espetó si yo no la conocía todavía lo suficiente, si no había asistido a las bacanales con el padre y el hijo y porqué me interesaba de un modo tan especial por la que el llamaba canalla, bonita por fuera y depravada por dentro.

Notando mi escaso interés por tal conversación, recordó con malas formas a la dama que nos había rogado tomar medidas para apartarle de la habitación de Doña Beatriz, diciendo que él no era un cobarde para incomodar a un moribundo y preguntó,

insolentemente, porqué razón las entidades venerables y amigos que él citó como “aquellas mujeres” nos solicitaban a retirarle a él de allí, y sin embargo dejaban a Marina, destacando que él, aunque fuese más franco y rudo, no se consideraba peor que ella.

Continuó censurando agriamente la situación y en base a la confianza que tenía en mí desde la víspera, quiso saber exactamente mi punto de vista.

Me arriesgué a decir que Marina, a pesar de todo, era hija de Claudio y hermana de Marita, a los cuales ambos teníamos mucho afecto. Cualquier cosa que la perjudicase sería malo para ellos. No tenía nada que decir en cuanto a posibles reprimendas y correcciones a su conducta, para que pudiesen cambiar pero, por amistad a los Nogueira, no podía permitir que fuese masacrada.

Sonrió y expresó que las apreciaciones tenían algún sentido, prometiendo que no atacaría con saña, pero que no desistiría del correctivo.

Despidió a los compinches diciendo que esperasen órdenes en el patio, y nos acompañó, agarrando descortésmente a la joven.

Indiferente a cualquier idea de compañías espirituales, Marina entró en la habitación y se acostó en la cama, cerrando los ojos.

Se relajó.

Quería dormir, descansar... Pero no lo consiguió.

Moreira, insensible, queriendo apartar de mí cualquier muestra de simpatía por ella, dijo que le iba a someter a un interrogatorio sobre Marita, para que yo pudiese apreciar sus reales pensamientos y llegara a otra conclusión por mí mismo.

Suspiré porque la joven mostrase respuestas nobles con respecto a tal asunto, pero mis esperanzas se desvanecieron desde el primer momento.

El indeseable protector de Marita, elevado por sí mismo a la condición de juez, lanzó un insulto contundente en los oídos de la chica y le pidió opinión sobre la hermana hospitalizada.

Le pedía que se manifestase, que expresase su punto de vista sobre aquel suicidio conmovedor.

Marina todavía débil, creyó pensar ella misma sobre la hermana accidentada y, creyendo que era un monólogo interno, dejó que sus pensamientos fluyesen sin la más leve auto-crítica.

Se compadecía de la hermana pero se sentía agradecida al destino por verse libre de ella. Indiscutiblemente, no la hubiese impulsado nunca a la muerte, no tenía coraje para tanto, pero si ella misma había decidido desaparecer cediéndole su lugar, se sentía aliviada. Gilberto le contó con detalles la conversación telefónica de aquella noche.

No había sido ninguna broma, ambos habían deducido que Marita había imitado su voz para hacerse pasar por ella y conocer los sentimientos del joven.

Convencida de que no la quería, había preferido morir.

Totalmente desilusionada, optó por renunciar. Así que no cabía perderse en divagaciones. Si el joven Torres la amaba y si la otra había resuelto desaparecer, no había motivo para atormentarse. El propio Gilberto, semanas antes, le preguntó por las conductas raras de la hermana. Creía que su desequilibrio y neurosis quizás se debiesen a la paternidad anónima. El hijo de Nemesio creía que podría tratarse incluso de sífilis en el cerebro, confirmando que Marita no podría ser nunca una mujer casada normal.

Después de una ligera pausa en el pensamiento, como quien apaga una luz y la enciende, cambiando el escenario, la joven siguió pensando, recordando...

Había llamado a su casa, en la noche, y su madre le informó que Marita todavía no había muerto, sin embargo el médico le dijo a ella, Doña Marcia, en tono confidencial, que la ciencia no tenía medios para su recuperación y que el óbito era cuestión de días. El facultativo le pidió tener atención especial para con Claudio, arrasado por la angustia. Le recomendó no decir al marido nada de esto que le contaba a ella, por notarle más tranquila ante el sufrimiento. Que ella, en su condición de madre, se preparase para emociones muy fuertes para apoyar a la familia en el trance que sobrevendría en cualquier momento.

Aquellos pensamientos, en silencio, habrían herido a Moreira en sus fibras más sensibles.

Las explicaciones médicas tendrían para él el resultado de un rayo.

No se resignaba a perder a Marita en el plano físico. Ella, inconscientemente, desprendía recursos fluídicos que sintonizaban perfectamente con los suyos, proporcionándole sensaciones de euforia, energía.

Retiraba de ella los estímulos mentales que daban vigor a su masculinidad así como se valía de Claudio habitualmente, para vivir sobre la Tierra como cualquier ser humano.

Entre frustrado e inconforme, insultó a Marina y se justificó delante de mí, en cuanto a su determinación de castigarla. Con la rabia de un niño, exclamó que ambos podíamos percibir el regocijo que le causaba el infortunio de la hermana, que yo no podía negar la frialdad de sus sentimientos y que mi testimonio y mi palabra apoyasen sus conclusiones.

Marina seguía meditando, aclarando más y más sus impresiones sobre el tema sugerido por Moreira.

Amaba a Gilberto, sí, sólo a él. Haría lo posible para desembarazarse de su padre. Cuanto más tiempo pasaba, más segura estaba de su cariño.

Quería casarse con él, ser la madre de sus hijos...

Cuando la escena del futuro hogar se reflejó en su imaginación, mi interlocutor arremetió contra ella y bramó:

—¡Nunca!... ¡Tú nunca serás feliz!... Tú mataste a tu hermana... ¡Asesina! ¡Asesina!...

Ante tal agresión, de la que yo no podía protegerla, ya que mi interferencia aislada era desaconsejable en beneficio de ella misma, la joven se sintió invadida por un extraño malestar.

Aquellas recriminaciones le llegaban hondo, como si alguien le perforase el pensamiento.

Jadeó, con desasosiego.

Comenzó a reflexionar nuevamente sobre Marita, bajo otros aspectos.

En vano esgrimía ideas, intentando luchar contra el remordimiento que se infiltraba en su conciencia.

Creía contradecirse. Ignoraba que se encontraba en lucha con una inteligencia invisible que le pedía cuentas sobre su proceder. A medida que el adversario la censuraba más y más, ella se iba sintiendo más culpable. Creía que iba a perder la razón, a desmayarse, a volverse totalmente loca...

El obsesor iba derribando su fortaleza, infiltrándose en las brechas que, lamentablemente existían. A través de ellas lanzaba maldiciones y sarcasmos, para generar la demencia e invocar la muerte.

En vano, trabajé en silencio intentando lanzar agentes mentales de auxilio para que la víctima se pudiese librar, pero la joven, muy hábil para moverse entre los hombres, sin comprometerse en la superficie de las circunstancias, carecía totalmente de conocimientos nobles para poderse evadir de un ataque como el que sufría ahora.

Marina, a merced de la fuerza que minaba sus recursos psíquicos, se sentía derrotada...

De su actitud impasible ante el desastre ocurrido con la hermana, pasó a sentirse oprimida, temerosa...

Ante las sugerencias del inquisidor que torturaba su mente, comenzó a imaginar que Marita, en verdad, no habría intentado el suicidio si hubiese encontrado en ella una compañera honesta y piadosa.

Recordó la noche en que vio a Gilberto por primera vez, saliendo del cine en compañía de la hermana, protegiéndola de la lluvia. ¡Era tan grande la dulzura de aquellos ojos y el cariño de aquellos abrazos!...

Le pareció Nemesio de joven. Comprometida con el padre, creyó encontrar en el hijo los atributos juveniles que le faltaban... Capricho o amor, se apasionó por el joven, le sedujo abiertamente a través de sus dotes de inteligencia, hasta encender en su alma entusiasta el deseo de compartir sueños y emociones.

Le convidó a diversiones, aprisionó su corazón, instalando en él la necesidad imperiosa de estar con ella, convirtiéndole en un esclavo dependiente. Conseguía completamente de él lo que la hermana, inexperta y sincera no se atrevía a hacer, aun sabiendo por él de su compromiso oculto.

Redobló el proceso de seducción para apartarle de Marita, le acariciaba, le ataba, se imponía como la araña teje su tela para cautivar al insecto que pretende devorar...



Ante las sugerencias del juez inesperado, se preguntaba a sí misma sobre su tranquilidad. Examinando escrupulosamente sus actitudes, verificaba con espanto, que se había herido a sí misma. El remordimiento se instaló en su mente y las lágrimas abundantes le subían del pecho a los ojos como los chorros de agua que las perforaciones consiguen extraer del subsuelo más profundo.

El médico, acompañado por el dueño de la casa, la sorprendió en plena crisis de llanto. La consoló y trató de elevar su ánimo. Habló de fatiga, elogió su dedicación como enfermera de Doña Beatriz y le prescribió un tranquilizante, reposo y que no se desamparase a sí misma.

Marina, sin embargo, no ignoraba que la conciencia se debatía en pánico, siendo inútil cualquier tentativa de salir de su fuero íntimo. Cuando el médico se fue, volvió a llorar compulsivamente delante de Nemesio que, impresionado se sentó a su lado con la intención de reconfortarla y reconfortarse.

Ante la escena de ternura sin base en el mutuo afecto que me veía obligado a presenciar, me inquieté por Moreira que se burlaba de ellos lanzando frases ultrajantes.

Nemesio rogaba a la joven que se rehiciese, que tuviese paciencia, que ambos se iban a alegrar mucho.

Sólo unos pocos días más y él estaría en persona en Flamengo, para ultimar los detalles de la boda. Contaba con ella y quería hacerla feliz.

Encantado, besaba su rostro húmedo, como si quisiera sorber todas sus lágrimas mientras que la joven francamente confundida, le dirigía miradas de reojo con una mezcla de compasión y rechazo.

Invité a Moreira a que nos retirásemos. Él, sin embargo, despiadado, me dijo si me faltaba coraje para conocer a Marina como él la conocía y, pensando en mi inclinación a defenderla, resaltó que no estaba allí como verdugo. Sarcástico, me recomendó que no le acusase de nada, indicando que tenía tanta culpa de la indisposición de la joven como la tendría un bisturí en la ablación de un tumor.

Le pedí, por consideración a Claudio, que me ayudase a proteger a su hija, novata en la lucha contra el mal a pesar de creerse suficientemente experta.

¿Por qué no nos quedábamos en la puerta, guardándola? Quizás llegase un momento en que necesitase su ayuda. No obstante alegar que no le iba el papel de alcahuete y que no tenía vocación de castrador de malhechores, estuvo de acuerdo y salimos.

Al referirme a la hipnosis, en el campo afectivo, expresando la paciencia que debemos tener con las personas que adolecen disturbios del sexo, él se rió abiertamente y comentó burlón, que no ganaba nada hablando “griego” ante obscenidades que para él tenían nombres propios y me advirtió que cuando se fuese el padre, vendría el hijo y vería como se desarrollaban los acontecimientos.

Efectivamente, cuando el padre se reía, el chico, cansado de la vigilia nocturna, vino hacia nosotros y entro en la habitación.

El colega me dirigió una mirada significativa pero, antes que empezase con sus críticas, apareció alguien con bastante simpatía y piedad como para desbloquearnos la mente.

Era el hermano Félix.

Por su expresión, me dio a entender que estaba informado de todos los acontecimientos en curso pero, mientras, abrió los brazos a Moreira, como un padre que encuentra a un hijo. El amigo, que había vuelto al desequilibrio sentimental, a su vez se sintió invadido por efluvios regeneradores y recordando con sensibilidad el primer encuentro en que el benefactor le solicitó colaboración para Marita, se enterneció.

Félix, sin ningún gesto de desaprobación, se dirigió a él con absoluta confianza:

—¡Ah, amigo mío, amigo mío!... ¡Nuestra Marita!... y, ante las preguntas del interlocutor que le trataba de igual a igual, aclaró que la chiquilla había empeorado. Los dolores agudos mortificaban su cuerpo. Sufría, fatigada. Desde el momento que Moreira se había alejado, todo indicaba que la pobre joven notaba su falta. La niña le necesitaba, le esperaba para tener algo de alivio.

Ante las frases sinceras que llegaban al fondo de su ser, el ex asesor de Claudio, accedió a volver rápidamente en nuestra compañía para el hospital, donde realmente la chica se encontraba en una situación lastimosa.

Habían pasado cuatro horas en el cambio de nuestro servicio.

Observé que la petición de Félix no se trataba de un artificio piadoso. Telmo le insuflaba energías pero Marita no las asimilaba.

Sin ningún ánimo de censura, hay que precisar que faltaba entre ellos la armonía necesaria a las ruedas de un engranaje para que la máquina funcionase. Telmo, rico en fuerzas, apoyándola, era como un zapato nuevo en un pie enfermo. Al ceder su puesto al recién llegado se verificó de inmediato una bajada en la presión. Marita se ajustó mecánicamente a los cuidados que Moreira le ofrecía. Aun así, la peritonitis se instalaba dominando cada vez más.

Aumentaba el malestar.

La hija de Araceli gemía bajo la mirada atenta y atribulada de Claudio que la observaba, anegado en íntimo sufrimiento. Pero ahora, el ex-vampiro de Flamengo hallaba diferencias notables. Debido a los padecimientos físicos, Marita no tenía facilidad para pensar sino en sus dolores, sudorosa, maltratada... Y el martirio corporal que inundaba todos sus impulsos en un gemido que no conseguía articular, provocaba en Moreira sólo simpatía y compasión.

## CAPÍTULO 5

Al atardecer del día siguiente, mientras seguíamos de cerca la creciente renovación íntima de Claudio que en algunas ocasiones había logrado hablar con Agustín, adquiriendo más conocimiento sobre la doctrina espírita, la hija de Araceli reposaba ayudada por Moreira que se sentía reconfortado al percibir el resultado de su propio esfuerzo. Reconocía ahora, que la chica afinaba con él en el apoyo fluídico y se alegraba de ello.

La Providencia Divina bendecía al labrador primerizo, dándole la posibilidad de ver los frutos prometedores de las primeras simientes del bien que plantaba.

Si se distanciaba algunos minutos de ella, la joven, cuyo cuerpo espiritual estaba muy susceptible por el desgaste físico, empezaba a gemir agravando su sufrimiento para quedarse tranquilo y en silencio tan pronto él volvía a su tarea de mantenimiento.

Moreira se sentía orgulloso de ser útil. Encontraba motivos para hablar con nosotros, intercambiando impresiones. Pedía aclaraciones para poder auxiliar más eficazmente.

Había tomado interés en su trabajo. Parecía un hombre que hubiese suspirado mucho tiempo en vano por la condición de padre y, hallando un niño, ocupase con él el vacío de su corazón.

Claudio por su parte, no se limitaba a su propia transformación. Se esmeraba en dar a su hija todo el cariño y asistencia de la que se veía capaz. El médico vino por la mañana con un neurólogo. Se habló de cambiar el tratamiento y del ingreso de la joven en una casa de salud de Botafogo pero la peritonitis desaconsejaba un traslado rápido. Por esta razón se acordó una aplicación masiva de antibióticos hasta que la mejora esperada posibilitase el traslado.

El padre no regateaba cuidados, no desdeñaba cualquier medida, costase lo que costase.

Llegada la noche, el hermano Félix vino hasta nosotros y después de felicitar a Moreira por la tarea que realizaba, nos informó de la desencarnación de Doña Beatriz.

La esposa de Nemesio abandonó por fin el cuerpo consumido por el cáncer.

Una vez verificada la estabilidad de los servicios en curso, el instructor me pidió que le acompañase al domicilio de los Torres.

Salimos.

En el viaje discretamente me dijo que estaba preocupado por Marina, era imprescindible protegerla contra la obsesión que se había iniciado.

Moreira se había apartado pero en la casa seguían los vampiros que había contratado, perseguidores infelices que inevitablemente, traerían a otros para complicar la vida mental de la joven, comprometida por el remordimiento.

Las palabras y el tono de voz del hermano Félix acentuaban la grandeza de su alma. El no veía en la hija de Doña Marcia a la joven corrupta que yo mismo, sin ninguna malicia, podría encuadrar en las filas de la prostitución, ni veía tan viles sus más recónditas ideas. Hablaba de ella, como quien menciona la tierra fértil que la desidia del labrador deja para las serpientes. Marina, en su opinión, era una hija de Dios que necesitaba veneración y ternura. Confiaba en ella, en su futuro.

Antes que pudiese pronunciarme sobre el tema, alcanzamos la casa que la muerte había visitado.

Entramos.

La intensa luz de las lámparas permitía ver la reducida asamblea que se encontraba en el velatorio.

Aquí y allí, frases convencionales expresadas sin mayor sentimiento para el esposo y el hijo de la señora desencarnada.

Nemesio y Gilberto no mostraban gran pesar en sus rostros cansados e impasibles.

La enfermedad prolongada había minado su resistencia para la representación de formas sociales. Agotados por las vigiliadas sucesivas no ocultaban su propia relajación. Se referían a la muerta como a un viajero atormentado que debería haber alcanzado puerto mucho antes para su propio descanso.

El cuerpo físico de aquella alma buena y venerable tenía atenciones especiales en el ataúd de lujo, mientras ella misma, inconsciente, se hallaba en brazos de hermanas afectuosas bajo la mirada conmovida de Neves y otros familiares en cariñoso desvelo.

El hermano Félix, tomando el mando, dio instrucciones. Beatriz, que se había preparado laboriosamente para esa hora, sería conducida lo antes posible a la organización de socorro del plano espiritual en el mismo Río hasta que se recuperase y pudiera continuar su viaje más allá.

Todo era armonía en las disposiciones trazadas.

Mientras el triste retrato físico de Doña Beatriz fue situado en el lugar adecuado del velatorio, Marina apareció anegada en llanto. Lloraba con dolor sincero. Parecía, en aquella reunión de etiqueta, la única persona unida por lazos de amor a la piadosa dama que pasaba la última página de su existencia, callada y humilde en aquella casa abrigada por la fortuna. Al mirar el cuerpo frío, cayó de rodillas llorando copiosamente. Envidió a aquella cuya última sonrisa de complacencia se estampaba serena, como si estuviese satisfecha por dejarla en el lugar que había ocupado, por tantos años, al lado de un marido que siempre le había engañado.

—¡Ah, Doña Beatriz!... ¡Doña Beatriz!...

Las palabras entre sollozos salían de aquel pecho juvenil como si quisiera iniciar una larga confesión.

Nos acercamos a la joven con el propósito de auxiliarla, pero Félix consideró que el desahogo le vendría bien.

Marina, fatigada por el insomnio y desgastada por la acción de los obsesores que exprimían sus fuerzas, sentía miedo. Contemplaba el envoltorio físico de Doña Beatriz a través de lágrimas, reflexionando en los secretos de la muerte y en los problemas de la vida...

Si el alma sobrevive al cuerpo –pensaba, inquieta– seguro que la señora Torres podría verla ahora sin el más mínimo subterfugio. Comprobar que ella había sido allí, no la enfermera espontánea y si, la mujer que dominaba a su esposo y a su hijo...

Atemorizada, le rogaba comprensión y perdón.

¿Qué diría aquella boca silenciosa para ella, si pudiese hablar, después de saber la verdad?...

Beatriz sin embargo, en aquel momento se estaba rehaciendo y yacía inaccesible a las complicaciones de la vida terrestre. Y en lugar de ella, era su propio remordimiento el que despertaba en su imaginación, acusando, acusando...

La pena de la joven provocaba simpatía en los asistentes al velatorio y despertaba, tanto en Nemesio como en su hijo, nuevos motivos de atracción.

Delante de aquel llanto punzante ambos la miraban, tiernamente, expresando reconocimiento en los ojos, cada uno de ellos deseándola como la compañera ideal para el resto de su vida, sin la menor sospecha de que ese sentimiento existía en ambos.

Aquella misma noche me percaté de la ausencia de Doña Beatriz en el ámbito hogareño.

El alejamiento de la hija de Neves y de los amigos espirituales que constituían su compañía, dejó la vivienda cual ciudad donde no existen recursos para conservar el orden.

Transcurrido algún tiempo del velatorio, los vagabundos desencarnados tuvieron el acceso libre.

El nivel de los pensamientos derivó a la conversación libertina. Ni la dignidad que la muerte infundía al recinto fue respetada. Se hacían relatos jocosos animados por las bromas de los propios asistentes. Uno de los presentes comentó con entusiasmo, los espectáculos pornográficos a los que había asistido en un reciente viaje al extranjero, suscitando el interés de los vampiros, seducidos por la idea de repetirlos a su propia manera.

No contentos con agotar la reserva de finos licores guardados desde hacía tiempo en la casa, bebedores encarnados y desencarnados impulsaron a Nemesio a la petición por teléfono de vinos y güisquis, rápidamente libados por ávidas y secas gargantas.

El hermano Félix, previendo estas liviandades, había recomendado que se aplicasen a la señora desencarnada recursos anestésicos, con el fin de mantenerla aislada del licencioso festín celebrado en nombre de la solidaridad afectiva delante de la muerta.

Los últimos compañeros espirituales de Beatriz, se habían retirado discretamente, y nosotros mismos no tuvimos otro recurso más que irnos de la residencia a altas horas de la madrugada, después de socorrer a Marina, dejando los despojos de la noble

señora a las densas nubes de emanaciones alcohólicas que poblaban la habitación, atmósfera difícilmente respirable.

Sólo al día siguiente, acabados los funerales, volví del hospital a casa de los Torres donde la hija de Claudio se había quedado.

Varias conversaciones telefónicas entre madre e hija examinaban la nueva situación. Doña Marcia quería que volviese a casa y Nemesio deseaba que se quedase en su residencia. Él mismo llamó a Doña Marcia solicitando tal permanencia, necesaria según él para orientar el servicio que trabajaba en la residencia, por lo menos por algunas semanas hasta que todo volviese a la normalidad.

La señora Nogueira honrada con tal gentileza, no vaciló en confiar en él. Accedió con agrado, feliz.

En cada frase que Nemesio le decía, presentía la alianza de los Nogueira y los Torres por el matrimonio entre los jóvenes.

Marina, mientras, minadas sus energías por los agentes de la perturbación que Moreira había situado a su lado, se encontraba muy débil. Estaba en la cama en un cuarto cerrado. Le dolía su deslealtad con Doña Beatriz, se culpaba del desastre ocurrido con Marita, a quien no tenía valor de ir a visitar.

Ella que hasta entonces, salía siempre victoriosa, se sentía derrotada como un luchador alejado del campo por su propia falta de pericia.

Lloraba, oía voces, se sentía perseguida por sombras extrañas. Huía de todos, enfadada, nerviosa. Al hablar con Nemesio o Gilberto caía en crisis convulsivas de llanto que no remitían ni con las palabras amables ni con los medicamentos.

Pasados cinco días, Nemesio llamó a Doña Marcia solicitándole un encuentro personal, en Flamengo, a la mañana siguiente. Informado que el padre no podía dejar el hospital, insistió para realizar de todas formas la visita. Marina se encontraba muy abatida. Tenía intención de llevarla a Petrópolis para un cambio de aires beneficioso para ella.

La joven seguía postrada, como resultado de tantos sacrificios que la situación de la esposa muerta le había exigido. Pretendía realizar esto como una compensación a su dedicación, pero necesitaba consultar la opinión de la familia.

Doña Marcia, aparentando una gran respetabilidad familiar, preguntó si Gilberto iría también, como si temiese alguna complicación prematura e indeseable entre los jóvenes.

Nemesio sin embargo, apasionado por la joven, no era capaz de percibir la sutileza de la esposa de Claudio, que quería pasar ante él como una severa guardiana de las virtudes domésticas, y la señora Nogueira, esperando a Gilberto como yerno e ignorando completamente la intimidad entre su hija y el señor Torres, no comprendía en toda su extensión aquella efusiva garantía moral que Nemesio le ofrecía, pidiendo su confianza.

Le dijo que estuviese tranquila. Marina estaría con él y con una gobernanta, nadie más.

Doña Marcia le agradeció estas medidas y estuvo de acuerdo.

Aun así, la entrevista quedó fijada para el día siguiente.

A la hora marcada, acompañé a Nemesio a Flamengo, como quien estudia un componente peligroso antes de utilizarlo en un proceso curativo en curso.

Doña Marcia no olvidó ningún detalle de buen gusto, teniendo en cuenta el luto de los Torres. Adornos discretos en la sala, hortensias azules, vajilla morada para el café.

Nemesio quedó gratamente sorprendido. Viendo a la anfitriona, bien vestida para la ocasión con un conjunto de algodón transparente y suave, no sabía si era una copia de la hija o si la hija era una copia de ella.

Cómodamente sentados, la charla comenzó por un intercambio de sentimientos recíprocos. Pésame por la muerte de Doña Beatriz, pesar por el accidente ocurrido en Copacabana. Molestias de Marita, cansancio de Marina, devoción de Claudio por la hija hospitalizada, elogio a los parientes.

Citas sobre las vicisitudes de la vida.

Doña Marcia comentaba todo con inteligencia, optimismo y finura en el trato.

Nemesio encantado, fumaba y sonreía admirando su personalidad.

A lo largo de la conversación, surgió el tema de Petrópolis y se estableció un diálogo más vivo entre aquella que el visitante pensaba iba a ser su suegra y aquel con quien la interlocutora nunca imaginaría como yerno.

–La señora debe estar tranquila –decía Torres, eufórico–, Marina seguirá en mi compañía, todo está en orden, creo que un cambio de aires será una terapia adecuada.

La pobre merece reposo, se ha excedido tanto en el trabajo...

–No tengo ninguna objeción –dijo la madre de Marina, extrañada del brillo de aquellos ojos que escudriñaban sus reacciones –pero, el señor comprenderá... soy madre. Además, tengo a mi marido ocupado con la otra hija, que a pesar de ser adoptiva, es un trocito de nuestro corazón... Un viaje así, tan rápido...

–¡Oh! No se preocupe en absoluto, además ya no soy un niño...

–Si, pero el señor comprenderá... Mientras su esposa estaba enferma, la estancia de mi hija en su casa era justa, pero ahora... Sé que Marina no está entre extraños, el señor para nosotros no sólo es el director de la empresa en que trabaja, sino que es para ella un amigo, un protector, un padre...

–¡Mucho más que eso!...

La señora Nogueira se estremeció. ¿Qué quería decir aquel hombre con semejante afirmación, ante las frases de ella encaminadas a que le proporcionase alguna esperanza del próximo enlace de los hijos?

Sin querer, reflexionó sobre las sospechas de Claudio. Los paseos y las diversiones de aquel hombre de negocios con la joven, que ella pensaba que eran sólo motivo de consuelo para un viejo que sufría ¿tendrían en realidad el aspecto inconfesable que su marido creía? “mucho más que eso”... aquellas palabras pronunciadas con tanta ternura daban vueltas en su cabeza.

La despertaban para la realidad que no había siquiera imaginado. Aun así, no se lo podía creer. ¡Imposible! Imposible que Marina...

En un instante fijó toda su curiosidad femenina en el rico hombre de negocios, observándole de arriba abajo.

Era lo suficientemente experta para no examinar el juego en que se encontraba sin saber exactamente lo que la convenía para defender sus propios intereses. Descubrió en el viudo, que había supuesto arcaico y patriarcal, marcados atractivos susceptibles de impresionar favorablemente a cualquier chica desprevenida. Conocía a Gilberto en persona y le tenía como un joven notable pero llegó a la conclusión de que el viejo ganaría al hijo en cualquier torneo de seducción. Ella, que se enorgullecía de ser muy experta en materia de uniones afectivas, desconfiaba ahora... Quiso hablar, buscando una salida brillante, pero se atascaba. Los ojos conquistadores, la elegancia de aquel casanova maduro la perturbaban.

Tembló, desconcertada.

Nemesio sonrió, atribuyendo la emoción a la alegría de madre por el futuro de su hija, y comentó:

–La señora no tiene motivos para afligirse. Marina es acreedora de mi mejor consideración. Convéngase que, en estos dos meses de trato diario, ella goza de toda la libertad en mi casa y hoy es dueña de nuestra absoluta intimidad. Estoy seguro que usted es una mujer moderna., abierta y liberal. No se molestará entonces al saber que Marina en mi casa hace lo que quiere, gasta lo que quiere y duerme donde quiere, sin que nadie la incomode...

Doña Marcia escuchó esto con deferencia y dedujo que Nemesio estimaba a su hija desinhibida y libre. Aún así se quedó sin saber hasta donde el señor Torres quería llegar, exponiendo la independencia que disfrutaba Marina... No lograba percibir en que situación el caballero la deseaba más libre, si junto a él o junto a su hijo... Como era lo bastante hábil para no arriesgarse a emitir cualquier apreciación que pudiese malograr futuras ventajas, recompuso sus energías, esbozó una tímida sonrisa y dijo amablemente:

–Bien, yo no tengo una hija con ideas del amor caducas o tradicionales, pero me gustaría que usted fuese más explícito...

Y dejándola casi aturdida del pasmo, Nemesio, con la dulzura de un niño le confesó su romance. Amaba a su hija, quería casarse con ella. Estaba de luto, pero en pocas semanas las apariencias sociales desaparecerían.

Pidió a Doña Marcia que guardase el secreto ante su marido, se ponía afectuosamente en su comprensión y pedía ayuda para su corazón enamorado.

Ante aquellos ojos asombrados, que él interpretó como júbilo materno, expuso parte de los bienes que poseía.

Enumeró seis de los mejores apartamentos que tenía, alquilados en excelentes condiciones, citó los negocios de la inmobiliaria que le proporcionaban pingües beneficios, aunque manejase capitales ajenos a módico interés para los proyectos de mayor importancia.



La señora Nogueira se sentía perpleja, angustiada.

No sabía en que pensar, si en lo inusitado de la situación o en la sagacidad de la hija. Se veía a sí misma sobrepasada en astucia, quedándose atrás.

En fracción de segundos, maquinó la posición de Gilberto. ¿Cómo estaría el chico, embelesado con otra?

Mujer con experiencia, aunque a veces llegase a conclusiones tardías sobre el esposo y la hija, en temas de conducta e inclinaciones no se engañaba sobre la unión que Nemesio intentaba esconder en la deliciosa conversación. La inflexión apasionada con que el viudo adornaba cada frase cuando las flores del sepulcro de su esposa no se habían marchitado todavía, le ahorra cualquier esfuerzo imaginativo. Aquel hombre hablaba de su hija no en la expectativa de admirador ingenuo sino con la certeza del amante consolidado.

¿A que irreflexiones se había entregado Marina en casa de los Torres? –se preguntaba, inquieta.

Había entusiasmado a su jefe enredando su espíritu en lamentable alucinación ¿qué métodos habría utilizado con el hijo para desviar su camino? Teniendo en cuenta las magnificas cualidades económicas de Nemesio, que no era un partido a despreciar, plasmó una sonrisa complaciente en su rostro.

Cuando se disponía a profundizar en el asunto, sonó de repente el teléfono.

El timbre le sirvió para desahogarse un poco. Era un intervalo providencial que le permitía una tregua para un mejor análisis de la situación.

Era el médico amigo, para darle noticias confidenciales.

Tal como le había pedido días antes, le informó del estado de Marita. Había empeorado. Si quería verla todavía con vida no debía demorar la visita. Claudio no comprendía la gravedad de la situación y todavía soñaba con una recuperación de la joven, pero él como profesional experto, sabía que no había esperanzas. Detalló el proceso renal, la peritonitis, las heridas derivadas del accidente...

Doña Marcia le dio las gracias y se quedó tan pálida que Nemesio se vio forzado a sujetarla para evitar su desmayo. Enterado de lo que ocurría, se ofreció para llevarla al hospital a ver a su hija. Explicó que no sólo era la satisfacción de acompañarla, sino que también aprovecharía la ocasión para saludar a la joven accidentada y dar un abrazo al padre de Marina al que consideraba, anticipadamente, un amigo y un familiar.

Asustada y afligida, la señora Nogueira aceptó y en breves instantes los dos se dirigían en coche al hospital, con la apariencia de una pareja elegante y feliz rodando sobre el asfalto para una visita de compromiso.

## CAPÍTULO 6

En el mismo coche iba yo para el hospital, de servicio.

La señora Nogueira observaba a Nemesio al volante, apreciando su aparente prudencia y el porte esbelto.

Se inquietaba consigo misma, al reflexionar sobre algo que no quería pensar. A la vista de aquel tipo gallardo, se preguntaba por qué razón Marina prefería al hijo que al padre, si éste, caballero rico y simpático, era sin duda, una persona capaz de asegurarle independencia y posición.

De vez en cuando, pensaba que la juventud no tenía lógica. Unos minutos más y penetramos en el hospital, donde fue recibida por el médico que la había llamado momentos antes.

El doctor, gentilmente, le indicó haber avisado a Claudio de la visita sorpresa, pero Doña Marcia cambió de conversación para no dar al padre de Gilberto la impresión de que era la primera vez que iba allí. Habló de la temperatura, comentó banalidades y el médico, lejos de darse cuenta que era su instrumento, respondía a sus calculadas preguntas atendiendo, involuntariamente, a los fines que ella se proponía.

De esta manera, al entrar en la habitación, Nemesio tenía la convicción de acompañar a un símbolo vivo de ternura materna.

Claudio, abatido, recibió por su parte a los recién llegados entre seco y atento. Al principio, molestia íntima... Después, se conformó. Sufría lo bastante para ponerse a discutir y había aprendido lo suficiente en aquellos días de angustia para no hacer ninguna reclamación. Además, al encarar a Nemesio, le dirigió una mirada de hombre atribulado que ruega a otro hombre compasión y socorro.

Recibió su cordial abrazo, después de las presentaciones hechas por su mujer y se vio como un alumno ante un examen.

Torres, al que él conocía tan bien, aunque a distancia, le pareció diferente. Sabía que salía con su hija a lugares nocturnos y alguna vez había tenido el impulso de pegarle, al tener que retirarse, humillado, de lugares de diversión para no aguantar descatos, pero ahora contemplaba su rostro imbuido de sentimientos nuevos. Se veía a sí mismo en una prueba de comprensión y tolerancia. En un instante asoció las enseñanzas espíritas cristianas que habían cambiado su ser interior con Marita enferma, miró a Nemesio y Marcia y dedujo que no debía juzgar a aquel hombre que se entrometía en su familia. Mecánicamente, recordó a Jesús y la lección de la primera piedra...

Sopesó la situación y se catalogó en un nivel inferior. Torres se entretenía con una joven que le permitía ser libre y era hija de otro hombre. Él, sin embargo, no había dudado en abusar de su propia hija, después de engañarla en la sombra con una mentira soez. ¿Con que derecho asumiría ante la propia víctima tumbada allí, el papel de censor?

Indudablemente –conducía en reflexiones instantáneas–, los amigos espirituales le traían al hombre que detestaba para probar su renovación. Y él mismo, también –consideró humildemente– tenía el deber de sopesar las propias reacciones, verse tal cual era en el fondo de su conciencia.

En aquella prueba de segundos, miró a su esposa y no encontró a la enemiga cordial de tantos años.

Aquella cara de muñeca con excesivo maquillaje, en los nuevos conceptos que empezaba a asumir, ocultaba un corazón insatisfecho cuyos desastres habían sido provocados por él mismo. Había hundido sus sueños después de casarse. Recordó cómo se enfadaba con ella, despiadadamente, entonces chiquilla cándida y espontánea, sólo por verla embarazada de Marina y como dirigió sus instintos de hombre salvaje en dirección a Araceli. Desde el momento que se vio obligada a criar dos hijas en vez de una, la personalidad real de Marcia había desaparecido.

Se había desequilibrado. Y él, en vez de regenerarse, recuperándola, había estado siempre a la caza de aventuras ¿Cómo rendir cuentas a su mujer, si él era el culpable? No quería huir del auto examen, lo que podía perfectamente hacer a través de una conversación superficial, pero llegó a la conclusión que no conseguiría con ello ausentarse de su propia alma. Era necesario escudriñarse, soportarse. Percibió que Nemesio y Marcia, expectantes, le notaban raro y, más para no incomodarles que para evadirse de cualquier crítica, miró a la hija desfigurada, a la que solamente las energías de Moreira y la alimentación artificial retenían en el cuerpo físico y dijo al padre de Gilberto, con profundo sentimiento.

–Mire... Nuestra hija está muy mal...

Los recién llegados miraron atónitos aquel cadáver que todavía respiraba...

Doña Marcia se sintió angustiada del asombro, mezclado con piedad, pero se reprimió.

Torres, a su vez, apretó los dedos contra las palmas de las manos, en un gesto peculiar de nerviosismo. La joven que yacía allí le recordó la imagen de Beatriz. Se echó atrás, automáticamente, quiso expresar su amistad al padre de Marina, pero se encontró con Claudio, pañuelo en mano, intentando inútilmente limpiar el llanto que caía por su rostro.

La señora Nogueira habló entonces.

Aunque estaba impresionada no sólo por la visión decadente de su hija adoptiva sino también al constatar la inesperada sensibilización de su marido, se controló lo suficiente para expresarse sin ninguna traba.

Comentó lo que el médico le había dicho, respetando el pesar del esposo, describió la versión del accidente que ella misma había inventado para la gente y pidió disculpas por el estado en que Claudio se encontraba. Confesó que ella misma estaba hundida –observó, educadamente–; sin embargo al ver al marido destrozado por el disgusto, no había tenido otro remedio que hacerse ella más fuerte para controlar la situación.

El esposo, bañado en llanto, comprendió que ella mentía para impresionar y daba buenas palabras para que se la notase que no salía del hospital; pero no rebatió ninguno de estos argumentos.

Se limitaba a llorar en silencio. En lugar de sentirse indignado como antes, cuando la veía fingir, se culpaba ahora. Era como un viajero que hubiese sembrado de clavos el camino por donde fatalmente debía regresar.

Confirmando lo que pensaba, Doña Marcia se levantó y conteniendo la repugnancia que el olor insoportable del lecho le provocaba, arregló la almohada de su hija, dijo algunas palabras cariñosas y, dándose cuenta del malestar que producía en Nemesio aquel ambiente maloliente, le indicó debían irse.

No sería lícito retener por más tiempo allí al señor Torres. En cuanto a ella, que Claudio la esperase. Volvería más tarde.

Fórmulas corteses de solidaridad acompañaron a la despedida de ambos.

El hermano Félix, presente, había seguido minuciosamente el encuentro y me indicó que lo mismo que yo había vuelto al hospital por razones de servicio, era conveniente que fuese a la casa de Nemesio para socorrer a Marina, cuya obsesión se estaba agravando. Debía pues, acompañar a los dos visitantes para estudiar sus reacciones con fines de auxilio.

Me introduje en el coche para la vuelta.

Torres, controlándose, escogió el camino más largo en marcha lenta.

La tortura de Claudio creaba en él falsas impresiones. Comparándose con él, se calificaba por hombre de carácter bien templado que, días antes, había asistido a la muerte de su compañera sin romperse, mientras que el padre de Marina se derretía al pie de una hija adoptiva, cuya situación en el momento actual requería casi la tranquilidad de un depósito de cadáveres.

De vez en cuando, miraba furtivamente a Doña Marcia creyendo entenderla mejor. La madre de Marina era perfectamente comparable a la hija en belleza e inteligencia, no podía ser feliz junto aquel hombre llorón.

El experto hombre de negocios volvió a tomar sus propias características. Poco a poco, olvidó a la chica accidentada y al padre arrasado al que tomaba por poco hombre, y pasó a hablar de las excelencias del tiempo en aquel día como si quisiese despertar en Doña Marcia la convicción de que estaba en aquel coche bajo la protección de un compañero comprensivo y fuerte, capaz de tenerla contenta. Preguntó si ella frecuentaba los paseos cariocas más conocidos. Citó los almuerzos succulentos de las Paineiras, los picnics de Piedra del Conde, los baños de Copacabana, la vista inigualable desde el Pico de Tijuca en los días soleados, donde los prismáticos parecían traer el arrecife de Marambaia hasta dentro de los ojos...

Doña Marcia conocía todos esos lugares como la palma de la mano, pero se hizo la ingenua. Sabía por experiencia propia, que los hombres como Nemesio prefieren las mujeres frágiles y vergonzosas que se vuelven hacia ellos con la inexperiencia de criaturas necesitadas de protección. Dijo no conocer nada de los sitios guanabainos más frecuentados, salvo el Pan de Azúcar, que había visitado en una excursión muy rápida con las hijas aun muy pequeñas.

Haciéndose la novata en materia de experiencias románticas, dijo que se había casado muy joven y que, desde entonces, su existencia había sido un suplicio entre escobas y sartenes, al lado de un marido pusilánime, según él mismo Nemesio había podido comprobar. Que comprendiese el martirio de una mujer encadenada a un matrimonio infeliz con un llorón, que les había recibido sin una palabra de aprecio ni cordialidad.

A Torres le gustaron las definiciones, se rió mucho. Habló de depresiones, de psiquiatras y psicólogos que podrían intervenir en estos casos.

Doña Marcia dibujó una sonrisa maliciosa, le miró fijamente y dijo que era muy tarde para tratamientos, que hacía mucho tiempo que vivía separada de su esposo aunque viviesen bajo el mismo techo.

Se había acostumbrado a sufrir, dijo suspirando. Nemesio entendió la insistencia de aquellas miradas y sintió una íntima satisfacción al sentirse galanteado.

La presencia de la futura suegra no le desagradaba. Si no fuese por Marina –pensó–, no dudaría en atraer y seducir a aquella mujer. Su compañía en aquella mañana había resultado tonificante para él. Era hermosa e inteligente.

Se había distraído y olvidado de todo. Aun así, no juzgó prudente precipitarse. Miró su reloj y viendo que faltaban sólo cinco minutos para el mediodía, la invitó a almorzar. Conocía un excelente restaurante en Catete.

La señora Nogueira aceptó encantada. Y la comida transcurrió alegre.

La invitada se esforzó en adivinar los gustos del anfitrión, para compartir sus platos predilectos. Sobria, solo tomó agua mineral y comió poco. En compensación, pensó mucho y habló todo lo posible, con intención de cautivar al compañero. En un momento dado, reflexionó sobre los riesgos a que Marina se exponía y, suavizando la voz, inició la despedida, no antes sin expresar a Nemesio su agradecimiento por aquel día e igualmente por su devoción hacia su hija. Además le rogaba disculpase a Marina por su posible juventud e inexperiencia...

Torres, halagado, reiteró su confianza en Marina, no sin un gesto significativo para ella, como fue el decirle que, aunque le aguardase la hija en su casa, no quería que la suegra le olvidase, que sabía que tenía en él un amigo.

La esposa de Claudio captó la sugerencia y dijo galantemente que en su calidad de madre abnegada, anhelaba para su hija la felicidad que ella misma no había podido tener.

Entre ellos, no había duda sobre el afecto surgido, aunque camuflado entre líneas, alusiones, suspiros y reticencias.

Cuando el padre de Gilberto la dijo adiós, en Flamengo, volvió a conducir invadido mentalmente por la imagen de la Señora Nogueira. Para contrarrestar su influencia, superponía mentalmente la figura de la hija. Al llegar, entró en casa decidido a ver a Marina.

Fue a su cuarto, se puso el pijama y las zapatillas y se dirigió silenciosamente a la habitación donde esperaba sorprenderla, comunicarle sus impresiones y, sobre todo, disipar los pensamientos lascivos que Doña Marcia le había provocado.

Abrió la puerta levemente, sin ruido, pero tuvo que sobreponerse para no caer fulminado por el asombro, Gilberto y ella se besaban en un apasionado abrazo. De espaldas a la puerta, su hijo no notó su presencia, pero Marina al estar de frente, cruzó su mirada con la suya, la vio crisparse, palidecer, y se desmayó.

Todo fue muy rápido.

Nemesio se retiró como un perro apaleado, arrastrándose con una sensación de asfixia terrible.

Con dificultad llegó a su cuarto y se tiró en la cama, hundido por el sufrimiento.

Diversas ideas iban y venían en su mente. —¿Cómo descifrar el enigma doloroso? ¿Habría Gilberto abusado de la chica debilitada o se dividía ella entre los dos?

Intentó levantarse pero, como si hubiese recibido una pedrada dentro de su corazón, le dolía el pecho, tenía un sudor frío, se sofocaba.

Pasado un cuarto de hora, Gilberto, ignorante del volcán de lágrimas que el padre trataba de esconder, vino a decirle que Marina había empeorado después de un ligero mareo. Había vuelto en sí como poseída. Gritaba, lloraba, se mordía y hería a sí misma...

Nemesio posó en él sus ojos apenados y le dijo que tomase las medidas necesarias, que llamase al médico y a Flamengo e insistiese a la madre para que viniese, explicándole, no sin gran esfuerzo, que él también había vuelto de la calle incomprensiblemente abatido...

Me dispuse a ayudar a Marina, reconocí que la obsesión ya estaba instalada. Los vampiros que había traído Moreira ayudados por otros, habían dominado por completo a la joven desprevenida. El choque experimentado había derribado sus últimas fuerzas. Marina, bajo el yugo de los malhechores desencarnados yacía hipnotizada, vencida...

Al poco rato, Doña Marcia en persona se encontró con la hija que la recibió como una demente, irreconocible. El médico optó por una hospitalización inmediata, que Nemesio quiso costear, con la impasibilidad de quien cumple un deber. Doña Marcia, para descargar un poco su conciencia, habló por teléfono con Claudio suavizando la noticia. Le dijo que Marina se encontraba extenuada de tanto trabajo, tenía una gran fatiga mental y el doctor había recomendado ingresarla para una cura de reposo. Ella, como madre lo aceptaba, pero necesitaba saber su opinión.

Claudio estuvo de acuerdo y Doña Marcia se apresuró en confiar a Marina a la clínica psiquiátrica de lujo cuyas puertas la joven cruzó, inspirando lástima y compasión.

Volviendo a la residencia de los Torres, pasados dos días, encontré a Gilberto preocupado por la joven y más interesado por ella todavía que antes. Nemesio, sin embargo, consideraba el amor como zapatilla para el pie y después sólo de cuarenta y ocho horas del suceso, ya intercambiaba confidencias con la señora Nogueira sobre los hechos acontecidos y, ambos, en la mayor intimidad, ya habían encontrado motivos para disculpar lo que llamaban “locuras de juventud”, consolándose uno al otro.

## CAPÍTULO 7

Dos semanas después del desastre de Copacabana, Marita amaneció preparada para la desencarnación.

Moreira inspiraba piedad. Aquellos días benditos de aprendizaje y dolor habían cambiado su vida íntima. Dándose cuenta que la chiquilla entraba en la última etapa de su decadencia orgánica, lloraba consternado.

En los últimos dos días, había alcanzado una avanzada renovación. Seguía con total claridad las charlas que Claudio mantenía con médicos y enfermeros, grababa las oraciones y los comentarios de Agustín y Salomón, en la hora del pase.

Marita se desligaba, poco a poco, de toda relación con el mundo corporal. Ni siquiera el calor del amigo generoso que le mantenía como si fuese un pulmón auxiliar, le interesaba más...

Aunque inmóvil, estaba ahora profundamente lúcida. Los ojos permanecían casi cerrados pero el apoyo magnético incesante le abrían la luz de la visión espiritual.

Al principio, al notar que las manos paternas aseaban su cuerpo, se sentía desesperada, gritando para sí misma que no se conformaba con tanta humillación... Emitía pensamientos de rebeldía contra el destino que la unía de tal forma a un hombre que odiaba, pero, a fuerza de percibir su ternura dedicada, retirando las excreciones que aparecían en su piel herida, sintió algo nuevo en su corazón. Se enterneció, cambió. Le oía hablar de Dios y, a veces notaba sus dedos rozando su frente, al mismo tiempo que mezclaba caricias y oraciones... En uno de los momentos conmovedores en que ella meditaba, sin dar con los motivos de esa transformación, Félix se aproximó... Le acarició los cabellos desaliñados y dijo con la convicción de quien centraliza todas las energías para sugerir con éxito una actitud aconsejable:

–¡Hija, perdona, perdona!...

Ella captó, emocionada, la voz desconocida y recordó a su madre que la había dejado en la cuna.

Si –concluyó–, solamente el amor materno volvería de la tumba para transformar el corazón en llamas en fuente de indulgencia...

Perdonar –se dijo a sí misma– ¿Qué otra cosa podría hacer ante la muerte? Si, debía partir olvidando sufrimientos y afrentas... Se notaba en los huesos, como pollito en el huevo. Un leve golpe o ligero movimiento conseguiría despejarla y debería salir, aun cuando no supiese hacia donde...

¿Por qué no seguir apagando las llamas que quemaban sus sentimientos?...

Pensó en aquellas manos que la desvestían, secando su piel mojada para vestirla de nuevo con el cariño que sólo tienen las madres cuando tocan a sus niños enfermos y llegó a la conclusión que debía disculpar, olvidar...

Se compadeció entonces del padre irreflexivo. ¡Perdonarle, si!... Pensó en eso con el júbilo de quien encuentra una bendición... Él ahora la respetaba, limpiaba, rezaba...

Viviría en la Tierra, quizás cargando con amargas penas, mientras que ella viajaría para regiones que ignoraba, poniendo su confianza en aquella voz que impulsaba su espíritu atribulado a la tranquilidad del perdón...

Recordó el llanto del padre la noche en que le declaró su pasión y empezó a darse cuenta de muchas cosas. ¡Pobre padre que no tenía refugio ni en su propia casa!... ¿Tendría una mente normal un hombre así, parado en casa diariamente como si fuese un perro infeliz? ¿Quién sabe si no se acercó a ella como un enfermo buscando un remedio que no sabía calificar, en la turbación de los propios sentidos? ¿Posiblemente había recibido en la casa de Crescina, el asalto de un loco y no la injuria de un hombre!... ¿Por qué no justificar al padre que se había vuelto loco?...

Reconstruyó en la memoria los gestos de ternura y amor, los juegos de la infancia. Claudio había sido su único amigo... Si lloraba de pequeña, se abrazaba a su cuello buscando el regazo de la madre que no había tenido. Se detuvo a verle en su imaginación, llevándola en brazos para que estuviese distraída admirando los animales del jardín zoológico... Saboreaba de nuevo los helados que el la compraba, con gusto, en las tardes de verano... Recordaba, recordaba... ¡No, no! –decía su conciencia, el padre no era perverso, era bueno... ¿Cómo no sentir compasión por él si Doña Marcia le abandonaba y Marina le evitaba? En verdad, había sufrido mucho antes de perder la razón... ¿Cómo no disculpar la locura de una noche a un benefactor durante veinte años? ¿Por qué no morir, bendiciendo su dedicación? ¿Cómo podía condenarle si él, Claudio, seguía allí paciente y abnegado, a su lado?...

Se acordó de su madre adoptiva, se imaginó delante de la hermana y aspiró, en espíritu, a la reconciliación con ellas... ¿Quién podría afirmar que Doña Marcia y Marina no estaban también bajo desequilibrios ocultos? ¿Quién diría con certeza que no estaban enfermas? En ese momento en que se armonizaba con Claudio, quería igualmente conciliarse con ambas ¡Estaban perdonadas por todas sus incomprensiones y, en su interior, les pedía perdón por todas los sinsabores que les había causado!... Gilberto no podía faltar en la lista de los recuerdos. ¡La figura del joven surgió en su mente, envuelta en las dulces vibraciones del sueño que había sido la luz de su vida!... ¡No conseguía odiar a quien tanto amaba!... ¡Gilberto habría tenido sus razones para apartarse de ella y, en aquellas reflexiones graves y extremas, aparecía en su ternura revestido con la belleza de un compañero amado y limpio!... ¡Al emitir esos pensamientos, Marita se sintió más ligera, casi feliz!...

¡Intentó moverse, gritar a su padre que ella le consideraba un hombre de bien, que no tenía ningún motivo para acusarle, que los sucesos en la casa de Crescina habían sido sólo un lamentable engaño, que ella, realmente moría pidiéndole sólo vivir y continuar siendo bueno!... Pero, al pensar en su propio resurgir, tuvo la impresión que estaba encadenada a una estatua. No había ninguna reacción favorable en los miembros rígidos, ni voz en la garganta que le parecía de piedra, aunque, tan grande y heroico fue el esfuerzo de su alma renovada, que hileras de llanto rodaron de sus ojos semimuertos.

Desde ese momento solemne de pacificación, comenzó a distinguir vagamente voces y formas del plano espiritual, entre alegre y temerosa, como si estuviese despertando en un resplandor lleno de niebla...



Observando el semblante lleno de lágrimas, Nogueira reanimado, llamó al médico.

¿Aquello no era un indicio de reacción, de mejoría?

El doctor, sin embargo, movió la cabeza circunspecto, y pidió más tiempo de observación para emitir su opinión, pensando para sí mismo que la chiquilla se encontraba en la pre-agonía, trastornada, delirante...

Entrando el día que antecedió a la noche de la desencarnación, el médico visitó a Claudio y le comunicó por fin, que la joven no viviría muchas horas. Para la ciencia todo había acabado... Si él era creyente, que rezase según su fe, buscando fuerzas...

Nogueira bajo la vista y le dio las gracias humildemente. Llamó a Agustín y Salomón dándoles la noticia.

Los amigos llegaron al anochecer.

Les pidió que rezasen por él, quería ser digno de la fe que había aceptado. Bajó los ojos y abrió sus manos para recibirles, imitando el gesto de un niño infeliz pidiendo limosna.

El anciano farmacéutico y el hombre de negocios le consolaron. No sería justo retener a la chiquilla en un cuerpo como aquel, deprimido e irrecuperable, pero al despedirse estaban ambos llenos de emoción.

Claudio, más desolado que nunca, a las nueve, pidió permiso para encerrarse en el cuarto. Quería estar a solas con su hija, decirle adiós. Nadie le pudo negar ese favor, suplicando con tanta humildad.

A solas, delante de ella, Nogueira se detuvo a meditar... Recompuso el pasado en la memoria imaginando los caminos recorridos entre ruinas, de las que se veía apartado para siempre. Pero al mirar a la agonizante, en base al amor puro que ahora sentía por ella, simbolizaba en la existencia con ella el futuro que veía distante. Entre el pasado que le inspiraba repugnancia y el porvenir en la comunión espiritual con ella, se sentía triste, sola...

Enternece las fibras recónditas de mi alma el contemplar aquel hombre doblado bajo el peso del suplicio moral, huyendo de los recuerdos para ponerse a orar...

¡Los gritos inarticulados que salían de su pecho angustiada al llamar a Dios, en el silencio de la habitación, parecían cánticos de dolor que las lágrimas sofocaban!...

A las once, el hermano Félix y otros amigos, incluidos Neves y Percilia, estaban conmigo.

En todos los semblantes, la expectativa discreta, con excepción de Moreira que se agitaba en llanto.

El instructor le levantó con un gesto de ternura, diciéndole que la tarea había terminado. Ya no se debían vitalizar los pulmones de aquel cuerpo que la muerte iba a visitar. El amigo, entristecido, obedeció en llanto compulsivo.

Luego, imponiendo las manos en aquella cabeza despeinada, Félix le transmitió un súbito calor.

Marita adquirió una inopinada agilidad mental. Creía revivir, renacer. Escuchaba los ruidos de alrededor con suma agudeza auditiva...

El benefactor se puso al lado de Claudio y le sugirió algo. Debía hablar, despedirse. Ignorando que esta idea venía del mentor espiritual, le vimos revestido de una extraña fuerza.

Nogueira se levantó, avanzó dos pasos y se arrodilló al pie de la agonizante... Puso su cabeza al lado del cuerpo inmóvil, pero una intensa emoción traicionó sus energías. El llanto movía sus miembros, como la tempestad sacude las ramas de un tronco prestas a caer. Marita percibía su jadeo, según subían los sollozos y deseó acariciarle, pero los brazos parecían estar atornillados a la cama.

Amparado en las fuerzas magnéticas de Félix, que pasó a apoyarle por completo, Claudio cobró ánimo, recogió el ejemplar de "El Evangelio según el Espiritismo" que había dejado en la silla de al lado, y dijo con voz trémula:

—¡Hija de mi corazón, si me escuchas, atiende a tu padre, por piedad!... ¡Perdóname!... No sé si sabes que estoy cambiado... Conocí a Jesús, hija mía, y hoy se que Dios es misericordia, que nadie muere, nadie...

¡Se que la justicia está en nosotros mismos, que sufrimos por los males que cometemos, pero Dios no nos niega el rescate!... ¡Pienso, hija mía, en el remordimiento con que cargaré el resto de mi vida!... Tú sabes que ahora voy a caminar sin nadie al lado, aguantando la soledad que merezco... ¡Estés donde estés, compadécete de tu padre!... ¡Confía en Jesús y en los buenos espíritus!...

Ellos saben que no te suicidaste, saben que soy un asesino... ¡Ah, hija mía, piensa en esta palabra tan triste!... ¡Asesino! ¡Ayúdame a lavar esta mancha de mi conciencia! ¡Pide por mí a los enviados de Cristo, para que tenga fuerzas de hacer lo que tengo que hacer!...

Claudio hizo una ligera pausa, al ver que el rostro de la hija se cubría de lágrimas y, ansiando que tuviese consciencia para que se diese cuenta de su renovación, tuvo la íntima certeza de que ella le escuchaba, con plena lucidez, alegrándose de su mejoría. Afligido y expectante, en la convicción de que estaba siendo oído y comprendido, continuó:

—¡A pesar de todo, no te quedes triste con mi súplica, hija mía!... ¡Soy un reo, pero tengo esperanza! ¡Mira la revelación de Jesús que encontré!...

Con las manos temblorosas, en un gesto de piadosa confianza, puso el libro en la diestra inerte.

La hija notó la presencia del ejemplar sobre sus dedos y respondió con un llanto más copioso.

Nogueira, alentado por aquella manifestación de inteligencia, levantó la voz y le pidió que escuchase lo que tenía que decir...

Declarando saber que estaba delante de amigos espirituales, que serían testigos de su sinceridad y empeñando su propia alma en las afirmaciones que se disponía a emitir, se abrió a su hija.

Confesó allí, delante de ella, todas las faltas de las que se acusaba; relató el drama de Araceli, diciendo que sinceramente ignoraba que era hija de él hasta que su mujer se lo hizo saber, creyendo erróneamente hasta entonces, por su propio carácter liviano e irresponsable, que Araceli salía con varios hombres; citó que su esposa le arrojó esa realidad aquella noche horrible en casa de Crescina; describió como se había abatido, atormentado por el arrepentimiento, desde que la vio postrada, imploraba su perdón por haberla impulsado al suicidio... Le comunicó que había leído y aprendido mucho sobre la reencarnación, desde el primer día de hospital y afirmó que estaba persuadido de que ambos se hallaban unidos a través de múltiples existencias; dijo que la pasión alimentada por él había sido fruto de la falta de vigilancia y de la crueldad que todavía llevaba en el corazón...

Prometía firmemente allí, ante los padecimientos que ella sufría que para él eran una sentencia firme de dolor irrecuperable, que su regeneración era un hecho, por más difícil que fuese el reajuste de sí mismo... Hecha esta larga exposición, que Marita percibió emocionadamente frase por frase, Nogueira retiró el libro de sus manos pequeñas y descarnadas, finalizando en llanto convulsivo:

—He rezado y he recibido la misericordia de Dios para mí, malhechor... Pero si la Bondad Infinita me puede favorecer todavía con una nueva limosna, bendíceme, mi querida hija, dame una señal de benevolencia antes de partir... Si estas oyendo lo que te digo, como culpable que soy, acompáñame en este deseo... ¡Reza también!... Pide fuerzas a Dios... ¡Mueve un dedo, sólo un dedo para que yo sepa que me perdonaste!... ¡No me dejes en la ignorancia, ahora que voy a iniciar una nueva vida pagando las consecuencias de mis propias faltas!

Oyendo los sollozos paternos, que le removían el alma, la joven estuvo de acuerdo con él. Deseó fervientemente hacer lo que pedía...

¡Perdón!... ¡Perdón!... ¡La palabra resonaba en su espíritu, como un cántico que descendía del cielo, haciendo eco en las paredes!... ¡perdón!... ¡Aquellas seis letras unidas en forma de sonidos, le parecían música de la eternidad que estaba siendo tocada en el firmamento, en las estrellas, y que le aliviaban el corazón!...

La pobre chiquilla concentró todas sus energías en un pensamiento de confianza y gratitud a Dios y pidió, mentalmente: —¡Perdón, Señor!... ¡Perdón para mi padre y para mí!... ¡Perdón para todos los que yerran!... ¡Perdón para todos los que caen!...

Se agilizaron sus percepciones y se sintió como bañada en una alegría inefable... Contempló a Claudio ahora distinto, miró a Moreira, bañado en lágrimas y prolongando la atención más serenamente alrededor del lecho, nos vio a todos. Félix, en silencio, le dirigió efluvios magnéticos a cierta área cerebral, y Claudio, atónito, vio la diestra inerte levantarse...

Angustiado y reconocido, tomó ávidamente aquellos pequeños dedos fríos y quiso decir “¡Gracias, Dios mío!” intentando, en vano, mover la garganta que emitía sólo sollozos pero, en lugar de su voz, fue la de Félix la que se oyó en nuestro lado, a la vez que empezamos a orar:

—¡Señor Jesús, te agradecemos la felicidad que nos concediste en la lección del sufrimiento, en estos días de trabajo y de expectación!... ¡Gracias, Señor por las horas

de sufrimiento que nos aclaran el alma, por los minutos de dolor que nos despiertan las conciencias! ¡Gracias por estas dos semanas de lágrimas que hicieron por nosotros más que medio siglo de esperanza!... ¡Y elevando a ti nuestro agradecimiento, pedimos más todavía!... ¡Bendice, en tu misericordia a la hermana que se despide y al compañero que se queda! ¡Transforma su pesar en renovación, la pena en regocijo!... ¡Recibe su llanto como la creación que te dirigen, aguardando la paz en el camino!...

¡Pero, Maestro no te rogamos piedad sólo para ellos, hermanos bienamados, que consideramos hijos de nuestra alma!... Te suplicamos ánimo para todos los que cayeron en los engaños del sexo desorientado, cuando nos ofreciste el sexo como estrella de amor brillante, asegurándonos la alegría de vivir y garantizándonos los recursos de la existencia...

Consiente Señor, que podamos pedir por tantos hermanos que las convenciones terrestres tantas veces se olvidan de nombrar cuando se dirigen a Ti. Bendice a los que se perdieron en la locura o en el infortunio, en nombre de un amor que no llegaron a conocer.

Auxilia a nuestros hermanos entregados a la prostitución, ya que todos nacieron para ser felices en su hora y corrige con Tu generosidad a los que les impulsaron a viciar sus fuerzas genésicas, acoge a las víctimas del aborto, arrancadas violentamente del claustro materno, dentro de los prostíbulos o en recintos impunes a la ley humana y haz que se rectifiquen, con tu ayuda, las madres que no vacilaron en degollar o asfixiar los cuerpecitos en formación; recupera a las criaturas sacrificadas por los abandonos afectivos, que no supieron encontrar otro recurso más que el suicidio o el manicomio para ocultar el martirio moral que superó su capacidad de resistencia y compadécete de todos aquellos que escarnecieron su ternura, convirtiéndose en verdugos sonrientes; protege a los que renacieron desajustados en su identidad sexual, invertidos emocionalmente, soportando vergonzosas tareas o padeciendo inhibiciones regeneradoras y recupera a los que se reencarnaron con esa prueba, sin fuerzas para mantener las obligaciones asumidas, ahogando su existencia en depravaciones; recoge a los niños sumidos en el vicio y renueva, con tu generosidad a los violadores que se animalizaron inconscientes; protege a los que tuvieron una desencarnación prematura por causa de homicidios, en las tragedias de la insatisfacción y la desesperación, y ampara a sus verdugos que padecen, abrumados por el remordimiento, bien en la libertad no exenta de angustia o en el estrecho espacio de los calabozos...

Maestro, dínate reconducir al camino justo a los hombres y mujeres, hermanos nuestros, que, dominados por la obsesión o traicionados por su propia debilidad, no consiguieron ser fieles a sus compromisos domésticos; reequilibra a los que hacen de la noche pasto de demencia; reconforta a los que exhiben mutilaciones y molestias resultantes de los excesos o errores pasionales que practicaron en esta o en otras existencias; rehabilita las mentes de los que explotan la sexualidad; regenera el pensamiento insensato de los que abusan de la juventud, drogándose, y mantén a los que pidieron antes de la reencarnación las lágrimas de la soledad afectiva y las recibieron en la Tierra, como expiación a los desmanes sexuales que cometieran en otras vidas y que muchas veces sucumben de inanición y desaliento, en cautividad familiar, con el desprecio de parientes insensibles, a cuya felicidad consagraron su juventud...

Señor, extiende también tu mano misericordiosa sobre los corazones rectos y nobles.

Despierta a los que reposan en la legalidad, respetados en las organizaciones terrestres, e ilumina a los que están en sus hogares, revestidos por la dignidad que merecieron, para que traten con humanidad y compasión a los que todavía no pueden seguir sus principios e imitar sus buenos ejemplos... Fomenta el sentimiento de las mujeres engrandecidas por el sacrificio y el trabajo, para que no desamparen a esas otras que, hasta ahora, todavía no conquistaron la maternidad premiada por el respeto de los demás y que, tantas veces, soportan la brutalidad de los hijos en los lupanares. Sensibiliza la razón de los hombres que encanecieron honrados y puros, de forma que no abandonen a los jóvenes desdichados y desviados...

Señor, no consientas que la virtud se convierta en fuego, en tormento de los que caen y no permitas que la honestidad se hiele en los corazones...

Tu, que descendiste al mundo para curar a los enfermos, sabes que todos aquellos que están en la tierra, atormentados por la falta de afecto o alucinados por los disturbios del sexo, son enfermos e infelices, hijos de Dios, necesitados de tus manos...

Inspíranos en nuestras relaciones de unos con otros e ilumina nuestro entendimiento para que sepamos ser agradecidos a Tu Bondad, para siempre...

Cuando Félix calló, la habitación se encontraba invadida por la claridad que salía de su pecho, pero no sólo éramos nosotros, su equipo, los que teníamos nuestro espíritu subyugado por la emoción...

Todas las entidades desencarnadas de servicio en el hospital, incluso las que se vinculaban a otros cultos religiosos, estaban frente al cuarto, discretos y atentos...

Espíritus ignorantes y vampiros que se hallaban transitando por los alrededores, corrieron junto a nosotros, atraídos por los chorros de luz solar que el aposento irradiaba en todas direcciones y, muchos de ellos, a corta distancia, bajaban la frente emocionados y reverentes.

¡Aquella habitación de aquel hospital en la calle Resende, en la noche, resplandecía intensamente, como un corazón inmenso, como una constelación de amor!...

Claudio no oía nada, pero, arrebatado por las vibraciones balsámicas del ambiente, lloraba sereno, notando la mano helada que se unía a las suyas, aflojándolas en una intensa despedida. Angustiado, miró el semblante de la hija y notó que la palidez de la muerte esbozaba en ella una última sonrisa... Se levantó y cerró cuidadosamente, aquellos párpados fatigados, rociándoles de lágrimas, mientras a su lado, Moreira, no podía contener el llanto.

Telmo aplicaba pases anestésicos a la joven y un médico espiritual que se había incorporado a nuestro equipo, cortó los últimos hilos que todavía retenían el alma cautiva al cuerpo inerte.

Cuando vio a Marita libre y protegida en los brazos de Félix, como un niño cansado y dormido, Moreira, con la humildad de los que se olvidan de sí mismos para darse a los que más aman, preguntó, desolado:

–Hermano Félix, ¿Qué haré de ahora en adelante, inútil como soy?

–Moreira –respondió el instructor, bendiciéndole con la mirada–, somos una única familia. En breve, tendrás lo necesario para volver a la convivencia con Marita, que ahora necesita rehacerse en paz; pero, ¡somos nosotros, tus compañeros, quienes te pedimos ayuda! Marina sufre... Necesitamos liberarla ¡Contamos contigo como quien espera todo de un amigo, de un hermano!...

El ex-asesor de Claudio, deseando expresar una correcta sumisión, se puso de rodillas y, bajando la frente al reconocer que el instructor le pedía cerrar una herida que él había agravado, prometió llorando cumplir aquello que se le pedía. Todo lo que anhelaba ahora, realizó, era aprender, ayudar, dedicarse al bien, trabajar...

¡Felices de la Tierra! Cuando paséis al lado de los lechos de los que atraviesen una agonía prolongada, apartad del pensamiento la idea de adelantar su muerte...

Rodeando sus cuerpos y por detrás de esas bocas enmudecidas, los benefactores del plano espiritual organizan medidas, ejecutan encargos nobles, oran o extienden los brazos amigos...

Ignoráis por ahora, el valor de algunos minutos de reconsideración para el viajero que aspira a examinar los caminos recorridos, antes de regresar al amparo del hogar. Si no os sentís capaces de ofrecerles una frase de consuelo o la ayuda de una oración, apartaos de ellos y dejadles en paz... Las lágrimas que derraman son perlas de esperanza con que las luces de otras auroras rocían su cara. Esos gemidos que salen desde su pecho a los labios, como sollozos encarcelados en el corazón, casi siempre traducen cánticos de alegría enfrente a la inmortalidad que brilla desde el Más Allá...

Compañeros del mundo que todavía tenéis la visión limitada por las cadenas de la carne, por lo que más queráis, dad consuelo, silencio, simpatía y veneración a los que se aproximan a la muerte. No son en realidad las momias torturadas que contemplan nuestros ojos destinados a la losa que el polvo carcome... Son hijos del Cielo preparando el retorno a la patria, listos para cruzar el río de la verdad, a cuyas márgenes un día vosotros también llegaréis...

Al atardecer, Agustín y Salomón acompañaron a Claudio y a los restos de Marita hasta Cajú.

Fue una ceremonia simple, acompañada de una oración. A la vuelta, Nogueira, abatido, se despidió de los amigos en Cinelandia y tomó un taxi para Flamengo.

Llegó a su casa, subió y, sediento de compañía, abrió la puerta. Entró en todas las habitaciones y sintió frío en el cuerpo y en el alma...

En el apartamento desierto no había nadie.

## CAPÍTULO 8

Siguiendo las recomendaciones de Félix, que pedía nuestra colaboración junto a Claudio y Marina, nos quedamos en Flamengo al lado del amigo que estaba consternado.

Pensando en sí mismo, sin ningún consuelo humano, Nogueira reflexionó y comprendió.

Había leído bastante y conversado lo suficiente con Agustín y Salomón. La verdad se presentaba clara, había vuelto a la fe por la Bondad Divina, pero esa Bondad no podía librarle de la soledad que él mismo había hecho crecer.

Su corazón estaba lleno de recuerdos de la hija que ahora yacía en la tumba. Aquellas dos semanas de hospital les había unido en espíritu para siempre. Al lado de Marita, había encendido la luz de la renovación. Le dolía pensar que nunca más experimentaría la sensación de cargar con ella, mantenerla, ayudarla...

Abatido, se sentó y lloró.

La noche avanzaba y Doña Marcia no aparecía.

Telefoneó con discreción a los vecinos de Doña Justa, que la llamaron. Se enteró de la muerte de Marita y lamentó no haberlo sabido antes, con tiempo suficiente para asistir al entierro. Le dijo que Doña Marcia había subido a Petrópolis, sin decir cuando volvería. Alegó que estaba muy cansada después del ingreso de Marina, y comentó que pasaría algunos días en la sierra para recuperar las fuerzas. Ella, Doña Justa, iba por la mañana al apartamento y descansaba por la tarde.

Nogueira preguntó por el lugar donde se encontraba la hija enferma pero la asistente le dijo que no lo sabía... Doña Marcia no le había dado esa información.

Además, comentó a Claudio que encontraba a la patrona también agotada. Parecía estar nerviosa, enferma.

Claudio le dio las gracias y cogió la guía telefónica.

Contactó con varias casas de salud y, a la sexta llamada, encontró lo que buscaba. Una enfermera, a quien Doña Marcia le había dejado la dirección, le notificó que Marina estaba ingresada en una casa de salud ubicada en Botafogo. Las visitas, incluso a familiares, estaban prohibidas. La joven estaba en crisis bajo los cuidados médicos. Incluso el padre tendría que pedir antes autorización para hacerle una visita.

Claudio se acomodó en el sillón tratando de pensar. Quedaba la casa de los Torres, Gilberto, con seguridad, podría comentarle algo de lo sucedido, pero la imagen del chico venía a su mente como un bisturí que abre una herida. Recordaba la entrevista de Lido en que abusó de su buena fe y se avergonzaba. Meditó y se examinó, sin compadecerse de sí mismo y llegó a la conclusión que si quería realmente mostrar su nueva personalidad, no podía librarse de las consecuencias de sus pasados errores.

Una vez consolidado este pensamiento, no lo dudó. Llamó por teléfono con pocas esperanzas de oír al chico, ya que eran más de las nueve de la noche, pero Gilberto se puso al aparato.

Tímidamente, Claudio le dio el pésame por el fallecimiento de su madre, al mismo tiempo que le comunicaba la pérdida de Marita.

Gilberto le pareció deprimido, torturado.

El hijo de Nemesio confesó que desconocía no solo la gravedad del accidente sino también la muerte. Seguro que con las duras pruebas que su familia había tenido, la lenta agonía de Doña Beatriz y la enfermedad de Marina que siguió, Doña Marcia y la hija no habrían encontrado la ocasión para contarle lo ocurrido. Lo lamentaba muchísimo y le daba el pésame.

Había considerado siempre a Marita como una hermana. Al preguntar Nogueira, explicó que Marina había sido acometida por accesos de furia. El médico de la familia habló de una posible demencia, y por ello había pasado el problema a los psiquiatras.

El diálogo prosiguió.

Anticipándose a cualquier justificación, Gilberto le dijo que había novedades en los últimos días. Cuando ambos se encontraron en Copacabana, estaba dispuesto a casarse pronto con Marina y formar un hogar tranquilo, pero, al enfrentarse a la enfermedad de la joven, su padre, aunque reconocía los servicios que les había prestado, le había pedido que cambiase de parecer. El señor Torres, ahora ausente en unos días de descanso, había sido muy claro.

No aprobaba la boda, no consideraba a Marina lo suficientemente capacitada para las responsabilidades del matrimonio. Además, le habló de “ciertas cosas” y aconsejó al joven salir de Río. Podría ir a otra ciudad, donde acabase sus estudios interrumpidos. Gilberto, sin embargo, no compartía la opinión del padre y, ante sus imposiciones se sentía desanimado, vencido...

Claudio aceptó las alegaciones con humildad e indicó que él era todavía muy joven, que no debía enfrentarse a los consejos de su padre y, por el contrario, reflexionar que el matrimonio, para cualquier persona, exige libertad, conciencia... Tan sensatas y reconfortantes observaciones formuló, llevando tranquilidad a su interior y aclarando el trato que debía tener con su padre, que Gilberto cambió, ante aquella afabilidad inesperada. Pensaba que oía a otro Nogueira, más viejo, más amigo... Emocionado, le dio las gracias y le pidió que no le abandonase. Ahora se sentía muy solo. El padre era bueno, generoso, pero hombre de negocios.

Tenía confusión en sus ideas, necesitaba alguien que le inspirase, que le extendiese sus manos.

Quería entrevistarse con él más veces.

Percibió que Claudio le hablaba y a la vez lloraba, dándole las gracias por sus palabras. Aquello le daba nueva confianza en aquel hombre con quien se había entendido de manera imperfecta, días antes. Nogueira, sumiso, preguntó por Marcia. Probablemente, que al irse a Petrópolis, le habría dejado un teléfono. Gilberto lo confirmó, Doña Marcia, al salir de viaje, le pidió que cuidase de Marina. Si la joven



empeorase, que la llamase rápidamente. Y, al pedirle esto, citó que le pasaba esta responsabilidad ya que su marido estaba ocupado con Marita en el hospital.

Después de agradecer estas informaciones, Claudio colgó.

Se puso a reflexionar. Por el tono de la conversación, el joven había cambiado, al exponer las ideas, medía las frases, ceremonioso, desencantado. ¿Y qué habría querido decir con aquello de “ciertas cosas”? Él, Nogueira, se sentía renovado, pero su experiencia latía en el fondo de su transformación. No ignoraba que la hija se movía en una dualidad peligrosa en el terreno afectivo. Tenía la certeza de que algo muy grave había ocurrido.

Era lo bastante experto como para creer que, bien el padre o el hijo, habían descubierto al otro en una situación violenta y desagradable. Dedujo que esa debía ser la causa de los problemas que aquejaban ahora a Marina. Pensó en ella y se compadeció. Al fin y al cabo, no se había hecho creyente para criticar o censurar. Aspiraba a comprender, servir. Ahora sabía que la obsesión provocaba tragedias. Y él mismo, que nunca había ayudado a la hija en la construcción de su vida íntima, no podía quejarse. Caviló sobre esto y pasadas las diez, llamó a su esposa.

Doña Marcia respondió.

Dijo que estaba descansando, con algunas personas amigas.

Al saber de la muerte de Marita, dijo que le aliviaba.

No quería que hubiese sobrevivido al desastre, tan deformada como la vio.

Hizo varios comentarios indecorosos e incluso algún chiste.

Por la inflexión de la voz, el esposo reconoció que ella se encontraba en uno de los días más tristes.

Sarcasmo en cada palabra, irritación.

Claudio se humilló y pidió disculpas, no quería interrumpir su descanso. Sin embargo, estaba preocupado con la hija enferma y quería que ella le indicase la mejor forma de visitarla con urgencia. Necesitaba conocer a los médicos que la trataban.

Tan suave fue esta petición que su esposa cambió de repente. Le dijo que esperase un segundo.

Al cabo de unos instantes le comunicó que volvería a Río a la mañana siguiente para que pudiesen hablar. Tenía “ciertos asuntos” que tratar con él, pero prefería hacerlo personalmente. Que le esperase en Flamengo donde llegaría pronto, en coche, para verle y luego volver al hotel de la sierra donde descansaba.

En efecto, al día siguiente antes de las nueve, después de recibir a la asistenta Doña Justa la esposa entró en la casa.

Parecía que venía de otro país. Adornada, sonriente. Un peinado excéntrico realzaba su cara. El maquillaje armonizaba con su vestido nuevo. Estaba esbelta con sus zapatos de tacón alto, como una gacela libre en el campo. Todo era color, perfume.

Pero la flor humana que aparentaba ser, no escondía a nuestros ojos, las larvas que le carcomían. Doña Marcia arrastraba con ella una pequeña corte de vampiros desencarnados que influían en su mente.

Incluso para nosotros, que ya sabíamos que era una mujer difícil y voluble según las circunstancias, nos parecía irreconocible.

La voz era más metálica, la mirada más fría. Saludó al marido y a Doña Justa con ademanes de protectora complaciente.

Nogueira se asustó. No comprendía. Padecía la casa en ese momento una hija muerta y otra enferma... Por otra parte, al hablar con ella por teléfono parecía extenuada. ¿Por qué tenía entonces ese aspecto tan jovial y festivo? Instintivamente recordó la preocupación de Gilberto con “ciertas cosas” y a la propia esposa citándole “ciertos asuntos” y, con aprensión, se preguntaba que nuevos acontecimientos ocultos le esperaban...

La recién llegada se sentó, cruzando las piernas con desenvoltura juvenil y sin más preámbulos, se refirió a la prisa que tenía.

Nogueira preguntó por Marina.

Doña Marcia, evidentemente interesada en otros problemas, resumió cuanto pudo la historia de la enfermedad, citó al psiquiatra que llevaba el caso, aludió a las comodidades que tenía Marina en la casa de salud, exaltando la generosidad del señor Torres, que no escatimaba recursos para que tuviese la mejor asistencia posible. Comentó con lujo de detalles la nobleza del viudo de Doña Beatriz, cuya grandeza de alma sólo ahora –decía, entusiasmada–, comenzaba a conocer. Y finalmente propuso una serie de medidas para trasladar a la joven a un sanatorio en São Paulo, donde recibiría un adecuado tratamiento durante algunos meses.

Sólo era necesario que Claudio estuviese de acuerdo, Nemesio, en señal de gratitud por los servicios prestados por Marina a la empresa, costearía todos los gastos.

Claudio escuchó en silencio y luego expuso que quizás la situación no fuese tan grave, que la palabra “meses” le alarmaba. Creía que su hija, uniendo tratamiento de cuerpo y alma, podría recuperarse en menos tiempo.

Habló con gran sensatez. Indicó, sin ninguna afectación, que no debían abandonarla, que tal protección económica significaba muchísimo, máxime en aquel momento en que los cuidados exigidos por Marita les habían dejado sin fondos, pero la hija enferma reclamaba sobre todo cariño y dedicación por parte de ambos.

Después de expresar juiciosos razonamientos que su interlocutora escuchaba un tanto forzada, levantó hacia ella los ojos suplicantes y la invitó, con dignidad, a iniciar junto a él una vida nueva.

Una vida de armonía, de construcción mutua. Con sinceridad, le confió todos los propósitos diferentes que había forjado en aquellos días de lucha, de los que había salido transformado. Le abrió su interior. Se había hecho espírita cristiano, se sentía un hombre nuevo. Le confesó que, entre él y el pasado, se levantaba la fe como una barrera de luz. Aspiraba ahora a la bendición del hogar, a la tranquilidad de la familia...

Se comprometía a adoptar una conducta recta, a ser su compañero leal. No le obligaría a aceptar sus ideas, pero quería demostrarle cuanto la amaba...

Le dijo que llevaba rezando desde la víspera, rogando a Jesús que le inspirase en el sentido de revelarse abiertamente a ella para que le perdonase y le comprendiese... Dios les concedía todo un futuro por delante.

Se culpaba por los errores cometidos, se disponía a testimoniarle fidelidad, cariño...

La señora sin embargo, se levantó de un salto, puso las manos en la cintura, en una risotada de escarnio, y se burló:

—¡Si, señor! El diablo, de viejo, se hizo ermitaño... ¡siempre la misma historia!

Y continuó, con aire de broma:

—¡Era lo que faltaba! ¡Tú espírita!... ¡Ya me di cuenta!... En el hospital, ya estabas con esa estupidez, aquella forma de hablar, cuando Nemesio y yo fuimos allí, ¡aquel modo de tratar a Marita!... ¡Vaya, vaya!... ¿quién te habrá hipnotizado de esa forma?...

El marido, viendo que se desvanecía la esperanza de reconciliación de la pareja para emprender una vida respetable y golpeado en la fe que empezaba a creer como en un tesoro, censuró, francamente ofendido:

—Pero ¿tú conoces el espiritismo?

Marcia, obsesionada, como quien pretende abandonar un camino andado desde hace mucho para tomar otros derroteros, replicó irónicamente:

—¡Lo conozco perfectamente! Cuando Araceli murió, estuve hablando de esto con las amigas y acabé desistiendo. El espiritismo es un movimiento de personas que intenta sentar perros en un banco y coger estrellas como si fuesen naranjas. ¡Bobadas! Todos en este mundo somos canallas ¡tu, yo, y los demás!... Los espíritas me parecen perros que se quieren sentar en el sofá de las falsas virtudes. ¡Tontería de ellos! Tenemos todos que andar por el mismo camino...

—Yo no pienso así...

—Pues si tú piensas de otra forma y, si es verdad todo lo que me dijiste, ¡qué pena que el cambio llegué demasiado tarde!... Vengo de Petrópolis, sólo para decirte que entre nosotros todo está acabado... Ahora, amigo mío, haz tu vida que yo me las arreglaré...

Y continuó diciendo que después de sufrir tantos años en aquella casa que llamó “mi jaula”, iba a buscar un nido mejor. Esperaría un tiempo a que mejorase Marina para realizar la separación. Si él, Claudio, no estaba de acuerdo, que buscara su camino. Ella estaba harta.

Quería libertad, sosiego, distanciarse de él...

Nogueira escuchaba entristecido.

Venían a su pensamiento las charlas de Agustín y Salomón, se acordaba de Marita, vislumbraba en su memoria los textos leídos.

Sí, concluyó mentalmente, aquel matrimonio destruido era obra suya, estaba recogiendo lo que había sembrado. Una hija muerta, otra enferma y su mujer obsesionada... Era la cosecha de espinas que había sembrado. Miró a Marcia, sarcástica y pensó que ambos eran dos náufragos del viaje de la vida, con la diferencia que él había aceptado refugio en el salvavidas de la fe, mientras que ella prefería sumergirse en lo desconocido. Durante largos minutos amargos, oyó pacientemente sus reproches, hasta que el “hombre viejo” resurgió en él.

Imposible aguantar tanto insulto –pensó para sí mismo. La doctrina que había abrazado no era para hombres indignos.

Era una doctrina de comprensión y benevolencia, pero también de limpieza y respetabilidad. No se sentía dispuesto a recibir tantas injurias sin rebelarse. Se indignó. Quiso reaccionar, gritar, pegarla... Pero, al intentar mover su mano derecha para agredirla, despertó en él, de repente, la noción de responsabilidad, recordó el hospital y vio en su imaginación, la pequeña mano helada que le saludaba en un gesto de perdón, en el postrero adiós... Los dedos fríos de la hija muerta estaban en sus manos, recordándole que él debía perdonar como había sido perdonado... Una súbita calma se apoderó de su corazón y derramó copiosas lágrimas...

Marcia se divirtió. Destacó que no le hacía falta un marido afeminado, llorón. Afirmó que ante aquel espectáculo de cobardía, estaba decidida a no contar con Marina una vez recuperada. Ya estaba decidido. No tenía más que hacer en aquella casa. Llamó a Doña Justa y le indicó que mandaría a buscar todas sus pertenencias para trasladarlas a casa de Selma, su compañera de la infancia que residía en Lapa. Y, vociferando, colérica, salió pegando un portazo, sin dirigir una palabra más a su esposo, que estaba en el salón aplastado por el sufrimiento.

Se quedó Nogueira en casa por algunas horas rehaciéndose. Por la tarde buscó a Salomón en Copacabana y se consoló mucho al verlo. Hablaron durante un rato y llamó desde la farmacia al psiquiatra cuyo nombre le había dado Marcia. El especialista le atendió cortésmente, indicándole que le daría todas las facilidades para ver a su hija al día siguiente.

Claudio le dio las gracias y pidió luego a Salomón que le ayudase por medio de la oración, en beneficio de la otra hija, que creía estaba obsesionada, dándole todos los detalles que sabía.

Salomón le tranquilizó. Tenía compañeros dedicados a la desobsesión. Pediría ayuda a todos, junto a los benefactores que supervisaban sus tareas, desde el mundo espiritual.

En cuanto a él, se dedicaría al caso. Dándose cuenta que el padre de Marita mostraba su corazón atenazado por la angustia en el semblante abatido, le invitó a tomar un café y allí intercambiaron confidencias, observaciones, proyectos, esperanzas.

Compartirían actividades espirituales, serían hermanos en el trabajo, en el ideal.

Nogueira volvió aliviado a Flamengo y, a la mañana siguiente estaba en Botafogo, en la casa de salud.

A la hora señalada, estaba en el lugar donde le trajeron a Marina.

Sufrió mucho observando su depresión, estaba delgada, casi desfigurada. Por fuerza, expresaba aislamiento de sí misma, pero sus ojos mostraban su alma llena de angustia.

Me conmoví no solo al abrazarla, sino también al percibir a Moreira dispuesto y a su lado, esmerándose en la tarea que había prometido realizar.

Mientras el amigo que había asumido la labor de enfermero me saludaba, Marina se abrazó al padre, explotando en llanto.

Se sentaron uno al lado del otro.

La enfermera les dejó a solas y Marina preguntó por la madre. ¿Por qué no estaba allí? ¿Por qué? ¿Por qué?

Nogueira la tranquilizó, y lo hizo de tal forma, que la chiquilla se sintió más lúcida. El padre se dirigía a ella en un tono que jamás había empleado, llegando a sus fibras más íntimas, ajustando sus ideas...

Le habló de fuerzas imponderables a la mayoría de las personas, de inteligencias desencarnadas que se unían a las personas para perturbarlas, agravando sus propios desequilibrios. La persuadió en cuanto a acatar las instrucciones que los médicos dictasen, le dijo que se había iniciado en la oración, desde el accidente que le había arrebatado a Marita, de cuya muerte le informó lo más delicadamente posible. Le puso al corriente de la reencarnación, del sufrimiento reparador, de la obsesión y del intercambio espiritual. Estudiarían juntos y realzó piadoso “Aunque Marcia no quiera”.

Marina debía tener paciencia, calma, inspirando confianza en los que le trataban. Que le dijera a él, padre renovado por la fe, lo que más le preocupaba, estaba allí para atenderla, cuidarla. Debía desahogarse para que él supiese por donde empezar, sin ocultar nada, sin temores. Quería verla recuperada y feliz. Todas estas frases salían de él con tanto cariño y tamaño amor, que ella se acomodó en su pecho como alguien que se agarra a una raíz para evitar la caída en el abismo...

Preguntó al padre si el había oído voces extrañas o había visto sombras que nadie más percibía. Claudio le acarició, asegurándole que le explicaría tales fenómenos cuando estuviese recuperada, insistiendo sin embargo en que le diese la información de que él carecía, para prestarle el apoyo necesario.

Entonces la hija, implorándole que no la condenase y estimulada por la sonrisa bondadosa con que era escuchada, describió al padre los pormenores de la conquista de Nemesio Torres. Él, maduro, ella, casi una niña, se vanagloriaba al reconocer que era su jefe y su esclavo al mismo tiempo. Al principio, las salidas y paseos alegres y divertidos, el dinero a raudales, las caricias recíprocas a las que ella se entregaba más por vanidad de tenerlo impresionado que por mera atracción. Contó como Nemesio, de cautivo pasó a esclavizarla. Relató la noche en que él la embriagó y despertó en sus brazos en una casa rural en San Conrado, donde nunca había estado... Desde ese momento se hizo su amante, entrando, a petición de él, al servicio de Doña Beatriz, para tenerla siempre a su disposición... Se había apasionado por ella, se declaraba una y otra vez, quería casarse con ella una vez que se encontrase viudo. Pero apareció Gilberto, y por más que luchó con ella misma, no consiguió controlarse. Desde la

primera vez que le vio, supo que era el hombre con quien siempre había soñado... Confesó emocionada que le provocó, apartándole deliberadamente de su hermana y, vengándose de Nemesio, hizo lo mismo que él había hecho con ella... En una noche de juerga, le impulsó a beber demasiado y luego le condujo a su cuarto en casa de los Torres, con la excusa de que descansase, para entregarse a él completamente... Al despertar, le hizo creerse responsable de lo que había pasado...

De esta forma pasó a dividirse con habilidad entre uno y otro, aunque la indiferencia por Nemesio se transformó en aversión. Cuanto más se comunicaba con el hijo, más detestaba al padre, hasta que la muerte de Doña Beatriz precipitó los acontecimientos. Viendo al jefe decidido al matrimonio, se volvió hacia el hijo con locura, hasta que Nemesio les sorprendió...

Nogueira escuchaba, afligido.

Tenía la impresión de contactar con su familia por primera vez en toda su vida.

Afectado todavía por la entrevista con Marcia, no sabía ahora qué heridas le dolían más en el alma, si las que la insensibilidad que su mujer había abierto en su espíritu o las que le producían en su corazón los secretos de su hija enferma. La abrazó, sin embargo, con más ternura, y Marina animada, repitió que anhelaba librarse del señor Torres, deseando casarse con Gilberto, formar una familia, comprenderle, hacerle feliz. Claudio prometió colaborar para ello, pero insistió que lo primero para ella, era recuperarse...

Pero el doloroso relato no había terminado. Era necesario que apurase el cáliz hasta el fondo.

Con frases entrecortadas por los sollozos, Marina le dijo que Nemesio la había visitado en la casa de salud cuatro días antes; el jefe le confirmó que jamás consentiría su unión con el hijo, que la esperaría para casarse con ella y que mantenía todos los compromisos anunciados con anterioridad. Ella debía olvidarse de Gilberto, él mandaría al hijo al sur del país... Cuando le respondió claramente que no renunciaría al joven, implorándole perdón y que la considerase una hija, el estalló amenazándola... Si ella pretendía eso, la mataría. Marina lloró, suplicándole compasión, diciendo que no podía fingir por más tiempo, que amaba a Gilberto, quería vivir con él y para él... Nemesio rió, mordazmente, diciendo muy claramente que ella le pagaría tamaña desconsideración, que jamás permitiría que fuese feliz junto a su hijo, aquel hijo que él ya odiaba, y para humillarla, le comentó que había conquistado a Doña Marcia, su madre, sin resistencia por parte de ella, llevándosela a Petrópolis, en el lugar de ella misma...

Claudio quiso creer que la joven desvariaba, pero el recuerdo de la esposa trastornada le hizo ver la realidad. En cuanto a mí, recogí de Moreira la confirmación de estos hechos. El enfermero, en breves palabras, me hizo saber que bandas de espíritus perturbadores después de la muerte de Doña Beatriz, se habían unido a Nemesio explotando sus energías genésicas.

Nogueira percibió la gravedad del problema, pero al término de la entrevista, animó a la hija dándole paz y esperanza a su mente atormentada.

Le recomendó estar activa, ser paciente y controlarse, para agilizar su recuperación y le garantizó que se entendería con Marcia y con ambos Torres para que los planes de felicidad futura se concretasen en buena armonía.

Marina se despidió sonriendo reconfortada, con señales de mejoría. Saliendo a la calle, Claudio empezó a orar, sabiendo que estaba en el preludio de amargas pruebas, puso su puño derecho sobre el pecho, como si espigas de fuego quemasen su corazón.

## CAPÍTULO 9

Fui junto a Neves, hacia el instituto de renovación que Félix dirigía en la esfera espiritual.

En el camino, me encantó oír al compañero más sereno, contento. Seguía el restablecimiento de Doña Beatriz con júbilo, tenía la mirada brillante y llena de sueños nuevos.

Me contó las sorpresas de la hija recién llegada al plano superior. Afectos de otros tiempos y familiares queridos venían de muy lejos para felicitarla. Beatriz había concluido con éxito una noble tarea –entre las muchas que son valoradas sólo en la patria de los espíritus–, la tarea de la reforma íntima, obtenida a costa de callados sacrificios. Las lágrimas vertidas en silencio y los dolores anónimos le habían permitido alcanzar paz y luz.

Había sido una mujer poco conocida en el mundo, infravalorada por su marido y por su hijo, pero había alcanzado realizaciones sublimes en sí misma, atesorando en su interior riquezas valiosísimas para la inmortalidad. Por supuesto, no volvía elevada a la gloria angélica pero, en la medida de lo posible, en la condición en que había renacido volvió triunfante.

Me alegré con lo que oía y, a propósito, hice lo que pude para que no me preguntase acerca de los Torres que, en mi opinión, todavía tenían que aprovechar los méritos de la misionera abnegada que había vivido con ellos. No quería empañar el espejo de optimismo en que las esperanzas del amigo se reflejaban. Neves, quizá por las mismas razones, no me preguntó nada sobre el yerno y el nieto que, sin el amparo maternal, se veían ahora entregados a sí mismos.

Vimos frente a nosotros, el instituto al que nos dirigíamos. El “Almas Hermanas”, así llamado por los fundadores que lo construyeron para auxiliar a los hermanos necesitados de reeducación sexual tras la desencarnación, formado por una extensión de construcciones. Era un conjunto de líneas armoniosas y sencillas, ocupando cuatro kilómetros cuadrados de edificios y avenidas, parques y jardines. Una auténtica ciudad en sí.

Se respiraba tranquilidad y alegría.

En las avenidas de un verde que invitaba al reposo, las flores llevadas por el viento parecían darnos la bienvenida.

Rostros sonrientes nos saludaban, alternándose con semblantes más serios que nos miraban con simpatía.

Había personas de todas las edades y de ambos sexos.

Un bloque de casas daba la idea de universidades reunidas.

Pero lejos de encontrar representantes de la psicopatía ligada a las perturbaciones sexuales, eran criaturas de apariencia normal que nos acogían con afecto.



Neves, que llegó allí días antes, me aclaró que el lugar tenía una gran dependencia reservada a enfermos; pero que me olvidara de cualquier preconcepción con respecto al trabajo que allí se desarrollaba, ya que los alienados por causas emocionales traídos de la Tierra, estaban recluidos en manicomios, bajo tratamiento, pero apartados de las falanges dementes de las regiones de las tinieblas. Comentó que, muchos de aquellos que nos saludaban tranquilos, se recuperaban de tragedias pasionales, intensamente vividas en el mundo; sin embargo, parecían ahora pacíficos y lúcidos, como las personalidades humanas después de reprimir las crisis de locura, cuando se rinden al desequilibrio mental.

Las explicaciones se interrumpieron al llegar al punto en que habíamos quedado con Félix, avisado con antelación de nuestra presencia.

El instructor no nos pudo recibir en ese momento, pero nos esperaba más tarde en su residencia. Belino Andrade, un amigo al que yo no veía desde hacía diez años y con quien participé en otras actividades, nos recibió e hizo de anfitrión para acompañarnos por los recintos.

Nos abrazó fraternalmente, y, siguiendo con las explicaciones que Neves había iniciado, comenzó diciendo que estábamos en un hospital-escuela de suma importancia para los candidatos a la reencarnación. Los internos y estudiantes venían, en su mayoría, de estancias purgatorias después de sufrir las consecuencias más inmediatas de los vicios y pasiones que habían mantenido en el plano físico. Rigurosamente examinados, esperaban el criterio de selección en los parajes de angustia expiatoria en que permanecían, y, sólo después de ser juzgados dignos entraban en aquel lugar para estancias más o menos largas de estudio y meditación, investigando las causas y observando los efectos de las caídas de naturaleza afectiva en los que se habían precipitado...

Al hacer un alto en el camino, Belino continuó informándonos que todos ellos, después de la necesaria instrucción, son encaminados al domicilio terrestre, donde reencarnan en los ambientes en que fallaron y, en la medida de lo posible en los entornos familiares que sufrieron sus acciones.

En “Almas Hermanas” obtenían el conocimiento y en la Tierra lo aplicaban, a través de las dificultades y tentaciones del mundo material, para comprobar la asimilación de las virtudes adquiridas.

Llevándonos a ver plazas y paisajes, Belino comparó las finalidades de aquella escuela a los centros de cultura superior existentes en la Tierra, que confieren títulos académicos para el ejercicio de determinadas funciones dentro de la especialización profesional, y comparó la superficie terrestre con la esfera de la práctica, en la que los alumnos diplomados se ven obligados a realizar las experiencias que les proporcionan mérito o fracaso. Allí, la mente se rearticulaba, aprendía, se restauraba y rehacía, pero, en general, siempre con el objetivo de volver al mundo con el fin de incorporar en sí misma el valor de las lecciones recibidas.

Recalcó que, salvo las reencarnaciones obligadas por motivos apremiantes, el problema del regreso requería consideraciones específicas y adecuadas preparaciones, razón por la cual muchos compañeros de “Almas Hermanas” volvían a la carne en la Tierra con programas domésticos pre-establecidos, que permitían alojar en sí mismos

a los colegas afines. Desde allí, desde la escuela, esos colegas que serían sus hijos en el futuro, les resguardaban y defendían hasta el momento en que les fuese posible volver a la cuna terrestre, constituyéndose de esa forma familias completas, en pruebas redentoras, que en el fondo representaban, espiritualmente, el trabajo del instituto entre los hombres, como ocurre en múltiples organizaciones y asociaciones consagradas a la regeneración y al progreso del alma en las esferas de acción espiritual que rodean a la Tierra.

Aquel hospital-escuela era un puesto avanzado de espiritualidad constructiva, manteniendo contacto permanente con la vida humana.

Cada persona reencarnada con vínculos a “Almas Hermanas” se encontraba convenientemente fichada, con todo el historial de lo que está realizando en el mundo con el balance de los créditos conquistados y las deudas contraídas, que se podía obtener en cualquier momento para prestar mayor o menor ayuda a los interesados, en función de la lealtad que demostrasen en el cumplimiento de las obligaciones a que se habían comprometido y del esfuerzo espontáneo que habían invertido en la construcción del bien general.

Pregunté a Belino si conocía la media general de aprovechamiento en la comunidad y él me contestó que sí, que en ochenta y dos años de existencia, el “Almas Hermanas” que tenía una población flotante de cinco a seis mil personas, tenía por cada cien estudiantes, dieciocho victoriosos en los compromisos de la reencarnación, veintidós mejorados, veintiséis medianamente mejorados y treinta y cuatro con deudas lamentables y dolorosas.

En cuanto a si los fracasados eran readmitidos, pregunta que hice a continuación, informó que nadie en la Tierra consigue valorar la expectativa, la ternura, el esfuerzo y el sacrificio que los amigos desencarnados invierten para el triunfo o mejora parcial de los afectados en servicio en el mundo, y tampoco nadie imagina la desolación y tristeza que sacuden su ánimo, cuando no logran abrazarles a la vuelta, aunque sea ligeramente renovados para la suspirada convivencia. Dijo que aquellos que no lo conseguían, los que habían malogrado esa oportunidad, después de la desencarnación pasan automáticamente a las zonas inferiores donde, a veces por mucho tiempo, permanecen en desequilibrio o depravación, aunque nunca pierden la devoción de los amigos del instituto que interceden por ellos, así como las colonias asistenciales que les rodean. Sabía que había varios rematriculados después de esas batallas. En compensación, citó los premios atribuidos a los vencedores. Los aprendices que se diplomaban, por así decirlo, en la Tierra, demostrando la buena práctica de los recursos aprendidos, son honrados con admirables oportunidades de trabajo en estancias superiores, conforme a los deseos que expresen.

Llegamos a otro núcleo de edificios, donde Andrade nos dijo que se impartían diversas actividades de instrucción. Iniciamos pues la visita.

Las clases conmovían por sus revelaciones y los profesores por su simpatía. El sexo era el tema central, mereciendo el mayor aprecio.

Los alumnos contemplaban grabados y croquis que se referían al sexo, con el interés cariñoso de un niño con su madre y la atención de quien agradece las concesiones divinas.

Todos nos acogían con cordialidad, sin que nuestra presencia alterase su atención, pero es de resaltar la emoción que sentía al observar la veneración con que el sexo era tratado en las diversas facultades, investigado y, sobre todo, ennoblecido. Las materias se daban en régimen de especialización: sexo y amor, sexo y matrimonio, sexo y maternidad, sexo y estímulo, sexo y equilibrio, sexo y medicina, sexo y evolución, sexo y penalización, entre otras.

Nos dijo Andrade que todas las disciplinas son seguidas por gran número de alumnos, y en especial, las de “Sexo y maternidad” “Sexo y penalización”. La primera reúne a centenares de criaturas que se dirigen a los ajustes del hogar en la Tierra y la segunda acoge una enorme cantidad de espíritus conscientes que examinan la mejor manera de inflingirse a sí mismo determinadas inhibiciones para corregirse de hábitos deprimentes en la próxima reencarnación. Muchos dejan escrito en los archivos de la escuela las sentencias que pronuncian contra sí mismos, antes de involucrarse en las pruebas que consideran necesarias para la perfección y felicidad que solicitan.

Las explicaciones de Belino eran cada vez más y más interesantes y yo reflexionaba en la extensión de los trabajos de la ciudad espiritual en que se encontraba desde hacía quince años y que desconocía hasta entonces, cuando llegamos a la residencia del director.

Félix, en compañía del hermano Regis, que nos presentó como su sustituto eventual, nos recibió amablemente.

No parecía aquel amigo que se empequeñecía en Río compartiendo nuestro trabajo.

Respetado y querido, era allí un distinguido dignatario del conocimiento superior, en quien la administración de “Nuestro Hogar” había delegado importantes responsabilidades. Dirigente y comandante, padre y hermano.

El ambiente de aquel gabinete en el que nos había alojado con afecto, resumaba sencillez sin negligencia, comodidad sin lujo.

Detrás del sencillo sillón, destacaba un cuadro de grandes dimensiones, donde se retrataba a una noble señora orando en las regiones inferiores. La venerable mujer alzaba sus brazos hacia el cielo gris, que filtraba rayos de luz como respondiendo a las oraciones y, alrededor de ella, montones de espíritus turbados, en el suelo, taciturnos, entre consolados y aterrorizados.

Dándose cuenta de nuestro asombro, Félix explicó que conservaba aquella obra de arte como recuerdo de la magnánima servidora de Cristo, desconocida entre los hombres, consagrada en el mundo espiritual al socorro de corazones sumergidos en las tinieblas, visitaba las cavernas de expiaciones punzantes, unas veces sola y otras acompañada de equipos de colaboradores, amparando, reconfortando...

Adoptaba a criminales desencarnados por hijos del alma, les infundía el ideal de la regeneración, elevándoles e instruyéndoles. De cuando en cuando, Félix la veía en el asilo maternal que, todavía hoy, la abnegada educadora mantiene en las regiones sombrías como un castillo de amor. Continuó diciendo que en aquel lugar permanecen normalmente más de mil huéspedes, que van siendo sustituidos según la benefactora encamina los recogidos a escuelas beneméritas, con vistas a la reencarnación en la

Tierra o a estancias de rectificación en otros parajes. Nos informó deber a ella, que citó como la hermana Damiana, su primer contacto con la verdad hacía ochenta años.

Guardaba aquel cuadro, encargado por él, para no olvidarse nunca, en las horas de las supremas decisiones, de las responsabilidades con los que había sido investido, del barro en que un día se hundió y del que fue arrebatado por aquella misionera magnánima al servicio de los infelices.

Neves imprimió un nuevo rumbo a la conversación, poniendo de relieve la satisfacción que nos había producido la visita a las distintas dependencias que acabábamos de realizar y la charla derivó hacia las cuestiones del sexo, que en “Almas Hermanas” asumían aspectos inusitados.

El hermano Regis explicó que también se había sorprendido, al principio, con el respeto profundo que existía allí hacia los estudios del sexo, vista la desconsideración con que las autoridades políticas, religiosas y sociales terrestres lo trataban, con escasas excepciones. Y comentó, con humor, que nosotros los hombres, somos contradictorios cuando estamos reencarnados, ya que estamos siempre ávidos de arreglar una conquista en desajuste y queremos negar a Dios el derecho de ayudar y rehabilitar a sus hijos en desequilibrio emotivo.

El anfitrión, ampliando las ideas que queríamos entender sintetizó que, en la Espiritualidad Superior, el sexo es considerado sólo un componente morfológico del cuerpo carnal, que distingue a macho y hembra, definición que en la Tierra, todavía se acompaña de actitudes y exigencias tiránicas, heredadas del comportamiento animal. Entre los espíritus desencarnados, a partir de una mediana evolución, el sexo se contempla como atributo divino en la individualidad humana, lo mismo que ocurre con la inteligencia, el sentimiento, la razón y otras facultades, hasta ahora menos aplicadas en las técnicas de la experiencia humana. Cuanto más se eleva la criatura, más se conciencia de que el uso del sexo reclama discernimiento por las responsabilidades que acarrea. Cualquier unión sexual en el campo de las emociones, engendra sistemas de compensación vibratoria y, el compañero de la pareja que hace daño a otro, hasta el punto de crear desastres morales, pasa a responder por esta justa deuda. Todo desmán sexual que dañe a las conciencias exige reparación, como cualquier abuso de la razón. El hombre que abandona a la compañera sin razón, o la mujer que así proceda, generando desarreglos pasionales en la víctima crea una carga kármica en su propio camino, pues nadie daña a otro sin dañarse a sí mismo. Vaticinó que la Tierra, poco a poco, renovará principios y conceptos, directrices y legislación en materia de sexo, bajo la inspiración de la ciencia, que situará el problema de las relaciones sexuales en el lugar que le es propio. Insistió que en la costra planetaria, los temas sexuales se toman en cuenta en base a los rasgos físicos que diferencian al hombre de la mujer y viceversa, pero eso no define la realidad íntegra porque, por encima de esas formas, existe un espíritu inmortal de edad a veces multimilenaria, que encierra una suma de experiencias complejas, lo que obliga a la propia ciencia a proclamar, al día de hoy, que masculinidad o femineidad total son inexistentes en la personalidad humana, bajo el punto de vista psicológico. Hombres y mujeres, en espíritu, presentan cierto porcentaje más o menos elevado de características viriles y femeninas en cada individuo, lo que no asegura posibilidades de comportamiento

íntimo normal para todos, según el concepto de normalidad que la mayoría de los hombres establecen en la sociedad.

Habiendo Neves formulado una consulta sobre la homosexualidad, Félix demostró que innumerables espíritus reencarnan en condición de invertidos, bien por expiación u obedeciendo a tareas específicas que exigen una dura disciplina por parte de los que las solicitan o las aceptan. Dijo también que los hombres y mujeres pueden nacer homosexuales o bisexuales así como son susceptibles de retornar el vehículo físico en la condición de mutilados o inhibidos en ciertas áreas de manifestación, realzando que el alma reencarna en una u otra circunstancia para mejorar y perfeccionarse y nunca teniendo como destino el mal, lo que nos obliga a reconocer que los delitos, sean cual sean, en cualquier posición, son por cuenta nuestra. Con relación a eso, destacó que en los foros de la Justicia Divina, en todos los distritos de la Espiritualidad Superior, las personalidades humanas tachadas de anormales son consideradas tan carentes de protección como las que disfrutan de la existencia garantizadas por los derechos de la normalidad, según la opinión de los hombres, observándose que las faltas de las personas con psiquismo anormal son examinadas con el mismo criterio aplicado a las culpas de las personas tenidas por normales, y es más, en muchos casos, los desatinos de las personas supuestamente normales son agravados considerablemente, por ser menos justificables dadas las acomodaciones y privilegios que poseen en el clima estable de la mayoría.

Pregunté sobre los conceptos y preconceptos vigentes en la Tierra con respecto a este asunto y Félix ponderó, respetuoso, que los hombres no pueden alterar, de hecho, las leyes morales con que se rigen, bajo pena de precipitar a la humanidad a su desaparición dado que los espíritus todavía ignorantes o animalizados, que son mayoría en todas las naciones terrestres, están decididos a usurpar liberalidades prematuras para convertir los valores sublimes del amor en criminalidad y perversión. Comentó, sin embargo, que en el mundo venidero los hermanos reencarnados, tanto en condiciones normales como en las juzgadas como anormales, serán tratados con igualdad, en el mismo nivel de dignidad humana, reparando, de esta forma, las enormes injusticias que se han cometido contra aquellos que renacen sufriendo anomalías, ya que la persecución y crueldad con que han sido tratados por la sociedad humana impiden o dificultan la ejecución de las tareas que traían a la esfera física, cuando no hacen de ellos criaturas hipócritas, con la necesidad de mentir continuamente para vivir bajo el sol que la Bondad Divina encendió en beneficio de todos.

La conversación era fascinante, pero un compañero vino a avisarnos que Doña Beatriz estaba dispuesta para recibirnos.

Entramos en el aposento.

El jefe nos presentó a dos señoras que compartían con él la casa, Sara y Priscila, que habían sido hermanas suyas en la Tierra. Ambas de una gran sencillez y simpatía.

Nos dijo Félix que, al principio vivía allí con algunos colaboradores amigos pero, en los últimos años, había conseguido que las dos hermanas, que servían en otras áreas, fuesen transferidas para “Almas Hermanas” con el fin de trabajar todos juntos, preparando el futuro. Quedaban ellos tres de la familia cuyos otros miembros se

encontraban nuevamente en la esfera física y sobre esto último Sara comentó que ella no tardaría en tomar el mismo camino.

Parando de trecho en trecho para conocer detalles del amplio patio interior que atravesábamos, supe que el instituto mantiene zonas residenciales, además de los edificios dedicados a la administración, enseñanza al mantenimiento y a la hospitalización temporal. Así se acomodaban familias enteras, parejas, espíritus hermanados por la amistad y muchos estudiosos que se visitan o reciben amigos de otras organizaciones, realizando viajes edificantes o recreativos o incorporados en proyectos artísticos y asistenciales, compatibles con sus obligaciones diarias.

Respondiendo a nuestras preguntas, Félix nos informó que Marita se encontraba también en aquel lugar, ingresada en un área destinada a convalecientes aunque todavía no podríamos verla, ya que estaba tranquila pero aún traumatizada. La desencarnación precoz le había acarreado algunos problemas. El, había pedido a orientadores amigos algunas concesiones posibles para que volviese con urgencia, al ambiente familiar de Río, de manera que no perdiese oportunidades para el rescate del pasado. La muerte prematura había sido un profundo golpe para el programa establecido allí, en “Almas Hermanas” hacía unos años, pero tenía la esperanza de reparar las heridas, restituyéndola a la convivencia con sus seres queridos, a través de una reencarnación de emergencia. De esta forma, aprovecharía la oportunidad y el clima de servicio, como el obrero que cambia de máquina sin salir de la oficina. El proceso de su vuelta a la Tierra estaba en trámite desde el día anterior, ante los órganos competentes, por lo que no juzgaba oportuno distraer su mente en otros asuntos, ya que estaba volcada en el reducto del hogar.

Neves abordó el tema referente al día señalado para la desencarnación, defendido por algunas religiones de la Tierra, a lo que Félix respondió:

Sí, no nos es lícito desacreditar las enseñanzas religiosas.

Hay planes prefijados y ocasiones previstas con relativa exactitud para la pérdida del vehículo físico, pero los interesados acostumbran a alterarlos, bien mejorando o empeorando su propia situación. El tiempo se puede comparar al crédito que un banco concede o retira según las condiciones del deudor. No podemos olvidar que la conciencia es libre para pensar y actuar tanto en el plano físico como en el espiritual, incluso cuando está sometida a las consecuencias de un pasado culpable...

Y sonriendo añadió:

Cualquier día es válido para crear o reconstruir el destino, ya que todos somos conciencias responsables.

En ese momento llegamos al aposento de la señora recién desencarnada, a quien Sara y Priscila dispensaban cuidados especiales.

Beatriz había rejuvenecido.

En su cara reflejaba la prudencia que ya conocíamos, pero tenía en sus ojos un brillo juvenil, como la criatura que vuelve a tener aspiraciones hacia mucho tiempo olvidadas.

Nos aproximamos y conversamos con ella. Decía que estaba encantada y agradecida a los anfitriones.

Hablaba como si estuviese en una casa de personas desconocidas, sin recordar en absoluto las atenciones que había recibido de Félix, antes de liberarse de su cuerpo enfermo. La charla se desarrollaba en un ambiente de ternura recíproca. Ella estaba reconocida y los anfitriones satisfechos. Iban y venían ideas distintas, asuntos variados. Se notaba que Félix se empeñaba en distraer su pensamiento, que estaba fijo en su antiguo hogar. Todos nos esforzamos en inducirla al olvido constructivo, pero aún así, aquel corazón generoso de mujer se expresaba, recordando a Neves que no había tenido hasta el momento, ninguna noticia de la madre que les había precedido en el mundo espiritual tantos años antes, y asimismo, nos pedía que le permitiésemos hacer una visita en la primera oportunidad, a la casa que dejó en la Tierra. Discípula aplicada en el ambiente renovador en que sabía que estaba, nos rogó que la disculpásemos su apego a la vida anterior, pero eso pasaba, realzó con humildad y grandeza de alma, porque creía que había sido inmensamente feliz al lado de un esposo que era un compañero de los más leales del mundo y padre del mejor de los hijos...

La noche avanzó.

Neves la reconfortó, dándole esperanzas y al despedirnos para descansar, reflexioné sobre la transformación del amigo, que había aprendido a colocar el amor por encima de penas y amarguras, y que dirigía una cariñosa sonrisa a la confiada hija, dejando las verdades para un momento más oportuno.

## CAPÍTULO 10

Antes de descansar, me quedé a solas con Félix, que aprobó mi petición de seguir prestando asistencia a Nogueira y a su hija.

El instructor conocía los sucesos en curso, pero quería saber más detalles. Oyó mi exposición preocupado, y dedujo que las dificultades de Claudio y Marina estaban en su punto más alto.

Era preciso socorrerles, apoyarles. Dados los compromisos que existían, era difícil hacer previsiones.

El benefactor hablaba con serenidad, pero yo me di cuenta de su tormento oculto. De vez en cuando las lágrimas humedecían sus ojos sin que él, patrón de valor y fortaleza, llegase a derramarlas.

Aún así, conteniendo la emoción, sugirió medidas y planes de acción. Quería que yo volviese, iniciando una nueva etapa de asistencia, junto a Marina en Botafogo. Sabía que Moreira era un colaborador diligente que el tiempo sabría valorar, pero todavía era demasiado trabajo para él solo el mantener a la joven enferma libre de vampiros, cuyo número aumentaba con las actitudes inesperadas de Marcia, estimulando a Nemesio a una aventura que rayaba con la demencia. Yo me reuniría con Moreira, debía de alentar a Marina extender los brazos hacia Claudio y, en la medida de lo posible, amparar a Marcia y a los dos Torres, siempre que ellos propiciasen los medios para ello. El nos acompañaría, confiando en la Bendición del Señor, que todo prevé y provee en el momento necesario.

Comprendí, Félix sufría, aunque estaba resignado, lloraba por dentro.

Siguiendo sus instrucciones, al día siguiente me disponía al retorno, pero antes, dado mi interés por los temas de “sexo y penalización”, y reflexionando en las enfermedades oscuras que pueblan la Tierra, el propio Félix me llevó de pasada, a un pequeño palacio localizado en el centro de la institución, que se llamaba “Casa de Providencia”. Era un curioso foro de “Almas Hermanas” donde los jueces atienden las peticiones formuladas por los integrantes de la comunidad con respecto a los hermanos reencarnados en la esfera física.

Félix mientras andábamos, saludaba a muchos viandantes, y me explicó que allí sólo se trataban procesos de auxilio y corrección relacionados con los compañeros destinados a la reencarnación y a los que ya se hallaban en la Tierra, pero espiritualmente unidos al instituto.

Renacimientos, cunas problemáticas, accidentes en la infancia, delitos de juventud, dramas pasionales, hogares en litigio, divorcios, abandonos afectivos, ciertas formas de suicidio y molestias y obsesiones derivadas de abusos sexuales y una infinidad de temas relacionados con todo esto se examinaban allí, según las peticiones y quejas entregadas a la justicia. La “Casa de Providencia” sólo delibera los problemas de “Almas Hermanas”, pero los casos en su mayoría, derivan acciones para otros sectores.



Los temas son tratados desde el principio, siguiendo para instancias superiores. Aún así, los dos magistrados amigos y él mismo, Félix, que está obligado por su cargo y posición a estudiar e informar en detalle, no deciden por sí solos. Un consejo compuesto por diez orientadores, seis hombres y cuatro mujeres con méritos reconocidos por la gobernación de la ciudad, emite su opinión en asambleas semanales, en todas las recomendaciones y diligencias, aprobándolas o suspendiéndolas, para que las decisiones nunca puedan ser arbitrarias. Alegó, quizás por humildad, que en muchos casos había sido mejor aconsejado por los pareceres de los jueces y consejeros que por su propio criterio, lo que hacía que su respeto por ellos fuera todavía mayor.

Aclarando los informes iniciales, dijo que más de la mitad de los autos se tramitan con dirección a las autoridades de los ministerios de Regeneración y Auxilio que son rápidos en las medidas a tomar.

Seguimos por el interior del edificio, con destino al gabinete central.

Félix que se hallaba allí sólo por acompañarme, no quería entrar intempestivamente en la sala de audiencias públicas donde se encontraban los querellantes y peticionarios, ya que algunos podrían hacerle una llamada personal con intención de presionar a los jueces, inconveniente que era preciso evitar.

En una sala, el instructor me presentó al juez Amantino que estaba de servicio con cinco auxiliares. Era aquel un ambiente digno, donde la dirección y los subalternos no se confunden, aunque están unidos por la cordialidad en base al acatamiento recíproco. La llegada de Félix provocó un afectuoso tumulto que él mismo suprimió, diciendo que sólo estaba de visita. Me indicó que yo volvería más tarde, con tiempo suficiente para centrarme en el estudio.

Los colaboradores se volvieron a sentar. Amantino quería brindarnos algunos minutos de atención.

Nos sentamos con ellos y más por corresponder a la gentileza, que por el propósito de analizar los mecanismos de la casa, que exigían una demorada atención, pregunté por el porcentaje de compañeros que regresan absolutamente limpios, sin tacha, de la existencia terrestre, según las conclusiones de aquel templo de justicia y el interpelado respondió con humor que empezaba el interrogatorio con una inesperada pregunta. Explicó que, en datos procedentes de ochenta años seguidos, esa media no excedía de un cinco por mil, aunque había gran número de almas que alcanzaban el noventa por ciento de la distinción absoluta, lo que en “Almas Hermanas” supone un grado de mérito elevado.

Ante nuevas preguntas, Amantino aclaró que a pesar de la equidad en los juicios, prevalece el rigor en el registro de todas las culpas y deserciones de los reencarnados, para que no se relaje la disciplina, pero los límites de la tolerancia en la Espiritualidad Superior, son más amplios, porque los mentores allí no sólo se valen de los textos sino de los principios de comprensión humana que palpitan en sus conciencias, lo que les permite conocer como ejecutores de la ley, las dificultades que sufren las personas para conducirse hacia una corrección íntegra, en el terreno de sus propios sentimientos, que casi siempre están todavía contaminados por las taras de la animalidad primitiva.

Aproveché e indagué sobre el divorcio.

El juez me dijo que, reconociendo que todos los matrimonios terrestres entre personas de evolución respetable, se efectúan en la base de los programas de trabajo previamente establecidos, bien en cuestiones de beneficio general o de pruebas legítimas, el divorcio se obstaculiza, en las Esferas Superiores, por todos los medios lícitos, no obstante en muchos casos es permitido, bajo pena de transformar la justicia en prepotencia contra víctimas de crueldades sociales que la legislación terrestre no consigue remediar ni prever.

Una vez que surge el problema, el elemento de la pareja responsable por la ruptura de la confianza y estabilidad de la unión conyugal, pasa a ser juzgado. La víctima es inducida a la generosidad y a la benevolencia a través de los recursos que la Espiritualidad Superior consigue articular, para que no se malogren planes de servicios, siempre importantes para la comunidad, entendiendo como tal el conjunto de espíritus encarnados y desencarnados, cuyas ventajas son recíprocas con la humildad y buen hacer de cualquiera de sus miembros. En razón de eso, alcanzan la Patria Espiritual, en la condición de nobles hijos de Dios, las grandes mujeres y grandes hombres, considerados grandes delante de la Providencia, cuando soportan sin queja, las infidelidades y las violencias de su pareja, olvidando incomprensiones y ultrajes recibidos, por amor a las tareas que los Designios del Señor pusieron en sus corazones y en sus manos, bien para amparar a la familia o para realizar buenas obras. Los que tienen tal comportamiento dignifican todos los grupos espirituales donde residen, sean de la raza o religión que sea, y son acogidos como verdaderos héroes, por haber abrazado sin rebeldía a los que castigaban su alma, sin retirarles el afecto ni la presencia. Pero, los que no pueden perdonar las afrentas, aunque no tengan esa grandeza íntima, son amparados igualmente, ayudándoles en su deseo de separación conyugal, sumando sus deudas para futuros rescates y concediéndoles los cambios que necesitaban.

Llegados a ese punto, el hombre o la mujer continúan recogiendo el apoyo espiritual que les sea preciso, según su merecimiento y necesidad, dando libertad y respeto tanto a uno como a otro en lo que concierne a la renovación de la compañía y el camino a recorrer, con las responsabilidades naturales que acompañen a esas decisiones.

Así sucede, comentó Amantino, porque la Divina Providencia manda exaltar las virtudes de los que aman sin egoísmo, sin desconsiderar el acatamiento que se debe a las criaturas de vida recta expoliadas en el patrimonio afectivo. Los Ejecutores de las leyes Universales, actuando en nombre de Dios, no aprueban la esclavitud de nadie y, en cualquier sitio cósmico se proponen levantar conciencias libres y respetables que se eleven para la Suprema Sabiduría y para el Amor Supremo, veneradas y dignas, aunque para eso escojan multimilenarias experiencias de ilusión y dolor.

Estaba realmente impresionado. Pregunté sobre la moral en los países terrestres donde un hombre puede tener varias esposas. Amantino destacó que la poligamia, incluso aparentemente legalizada entre los hombres, es una herencia animal que desaparecerá de la faz de la Tierra y que, estando en un lugar inspirado por las enseñanzas de Cristo, no debemos olvidar que en el Evangelio, basta un hombre para una mujer y una mujer para un hombre.

Ponderó que existen circunstancias difíciles en que el hombre o la mujer son llamados a la abstención sexual, en interés de la tranquilidad o elevación de aquellos que les rodean, situación esa que no cambian sin alterar o agravar los propios compromisos.

Pregunté si la casa proporcionaba auxilio en función de los errores. El me dijo, con buen humor que el auxilio se verifica exactamente en función de los aciertos. Cuanto más preciso sea el reencarnado en la práctica de los deberes que le competen, más amparo recoge en los días oscuros en que pueda caer en errores. Cualquier petición de ayuda que se formule allí, antes de ser tramitada, se analiza minuciosamente en función de la documentación de la persona para quien se pide el favor. Aciertos son haberes, errores son deudas. Sumados unos con otros, se verifica, de inmediato, hasta que punto es posible o aconsejable la atención, determinándose la media del auxilio atribuible a cada petición individual.

Resaltó que en esa clara aplicación del derecho, muchos requerimientos de socorro, se transforman automáticamente en correcciones, porque si escasean créditos a los interesados, restando las deudas, el resto asumía la forma de enmienda lo que, a veces, irritaba a los solicitantes sin que pudiesen modificar el curso de la justicia. En ese sentido, las oraciones o incluso solamente las vibraciones de alegría y reconocimiento de todas las criaturas encarnadas o desencarnadas, funcionan como abonos de significado muy importante para cada uno, de cualquier lugar, ilustró Amantino con convicción. Crea o no en la inmortalidad, toda persona es un alma eterna. Por eso, independientemente de la propia voluntad, las leyes de la Creación marcan en el camino de cada espíritu los bienes o males que practique, dando cosechas en función de la siembra. Realizando el perfeccionamiento moral de etapa en etapa y entendiendo la existencia física como aprendizaje del alma, lleno de aciertos y errores, con raras excepciones la individualidad en cualquier plano de la vida, es mantenida por encima de todo, por el rendimiento de utilidad al bien común. Eso, destacó el juez, es el principio general de la Naturaleza. El árbol que dé buenos frutos atrae la defensa inmediata del hortelano. El animal útil recibe de su dueño cuidados especiales.

Por tanto, la persona, cuanto más valor demuestre para la colectividad en la Tierra o en otros lugares, más ayuda recibirá de las Esferas Superiores.

No podía ni pensar en alguna objeción. Todo lo expuesto allí era justo y natural.

Comenté que me gustaría saber cómo eran las audiencias, por lo que, en vista de que Félix no quería alterar el servicio, Amantino me propuso que fuese espectador de un caso allí mismo, en el gabinete, para que tuviese por lo menos una muestra de lo que allí se hacía.

El instructor estuvo de acuerdo, solicitando la presencia de dos centinelas a la entrada. Me extrañó la petición de mi amigo, cuya sencillez me había acostumbrado a venerar, pero lo inesperado se encargaría de demostrar lo necesario de esa medida.

Entró una señora con aspecto triste.

Viendo a Félix, se olvidó de la autoridad con que estaba revestido Amantino y se puso de rodillas delante del instructor.

Félix indicó a los guardianes que la levantasen.

Ahí entendí que el mentor se había preparado, de antemano, a rechazar cualquier manifestación de lisonja, que él nunca soportaba.

La recién llegada, a regañadientes, fue obligada a hablar de pie sujeta por los dos vigilantes.

–¡Instructor, tenga compasión de nosotros! –lloró la mujer, entregándole los papeles que traía– pedí protección para mi hija y vea el resultado... El manicomio, el manicomio... ¿Cómo un corazón de madre puede estar de acuerdo con eso? Es imposible, es imposible...

El benefactor leyó y expuso:

–Jovelina, seamos fuertes y razonables. El traslado es justo.

–¡Justo! ¿Pero no conoce a mi hija?

–¡Ah, si! –dijo Félix con indefinible tristeza en su semblante– Iria Veletri... Me acuerdo cuando se fue, hace treinta y seis años... Se casó a los dieciocho y se separó del marido, hombre digno, a los veintiséis, sólo porque el compañero no compartía su gusto por los gustos y caprichos lujosos. En los ocho años de matrimonio, nunca estuvo a la altura de los compromisos mantenidos y practicó seis abortos...

Al abandonar el hogar y precipitarse en la prostitución, en varias ocasiones se le invitó indirectamente, por mediación de amigos de nuestro lado, a apartarse de los hábitos disolutos, convirtiéndose en madre respetable de hijos que, aunque nacidos del sufrimiento, se transformarían con el tiempo en protectores y compañeros abnegados... Se emprendieron varios intentos... Iria, sin embargo, expulsó a todos los hijitos arrancando de su seno los cuerpecitos en formación...

Con los abortos y hasta ahora, no hizo nada que recomiende su permanencia en el mundo... No consta en su ficha el mínimo gesto de bondad hacia sus semejantes... Ella misma se entregó de buen grado a los vampiros que consumen sus energías... Y nuestra Casa no opuso nada a que viviese así obsesionada, para que no continúe convirtiendo el claustro materno en un antro de muerte...

Y dejando entrever una profunda melancolía en su mirada, acabó diciéndola mientras la abrazaba con ternura paternal:

–¡Ah! ¡Jovelina, Jovelina!... Cuantos de nosotros tenemos hijos amados en los hospitales de la Tierra... El manicomio también es un refugio levantado por la Divina Providencia para expurgar nuestras culpas...

Vuelva a sus tareas y honre a su hija trabajando y sirviendo más... ¡Su amor de madre será para nuestra Iria como la luz que remueve las tinieblas!...

La peticionaria miró a los ojos del instructor, ojos que le hablaban de un recóndito martirio moral, y le dio las gracias, angustiada, besando su diestra con humildad.

La sala volvió a sus quehaceres, y la entrevista no generó ningún comentario.

Me separé de los nuevos amigos y, a pocos pasos del edificio, ya fuera de él, me despedí de Félix.

Pasadas algunas horas entré en la casa de salud, en Botafogo.

Marina, bajo los cuidados de Moreira, dormía agitada.

## CAPÍTULO 11

En la casa de salud, Marina exigía cuidados, vigilancia. Entre bastidores, Moreira y nosotros nos volcábamos en ello, mientras que Claudio y Salomón unían sus energías en el plano físico, garantizando la cooperación.

El apoyo espiritual unido a la Medicina, funcionaba con seguridad.

Aún así, los problemas se complicaban alrededor nuestro.

Nemesio y Marcia, después de cinco semanas de descanso en la sierra, volvieron a Río, algo cambiados por la aventura. Ella, interesada en la unión definitiva; él, dudoso, había replegado velas. Tenía miedo, no de la opinión de los demás en la sociedad, sino de sí mismo. Aquel mes de descanso para olvidar, pasado en brazos de una mujer que no se hubiese imaginado un tiempo antes, le inquietaba. No es que Marcia hubiese perdido los encantos con los que le sedujera, se asustaba de sí mismo junto a ella. En las excursiones, la llamaba “Marina”. Se despertaba, por la noche, creyendo que estaba con la joven, soñaba, reencontraba y expresaba, dormido, declaraciones de amor como en los tiempos en que Beatriz estaba enferma en la cama.

En varias ocasiones fuimos a arrancarle de esas crisis a través de recursos magnéticos, notando sus sensaciones de alivio, al comprobar que Marcia, experta y maternal, sabía tolerarle y comprenderle.

La esposa de Claudio a su vez, no obstante se hubiese propuesto seducirle y casarse con él, reconocía el obstáculo. Se daba cuenta claramente que Nemesio tenía a la chiquilla fija en su memoria. Aquel hombre de negocios amaba a su hija, le pertenecía en cuerpo y alma, aunque a ella no le había negado cariño y ternura.

Al principio quiso rebelarse, pero enseguida calculó, como era su costumbre, y llegó a la conclusión de que no se hallaba comprometida personalmente en el amor, y sí en una transacción económica, cuyas ventajas no estaba dispuesta a perder. En el fondo, no le importaba que él adorase a la joven. Ella aspiraba a tenerlo sujeto, ganar su fortuna y su confianza. Para ello, ensayaba todas las formas de hacerse imprescindible. Peticiones atendidas, comidas favoritas, gotas estimulantes en el momento preciso, zapatillas a mano...

Pidió a Nemesio casarse en un país que aprobase el divorcio y él prometió satisfacerla, pero, de vuelta a Río, prefirió que se quedase en casa de Selma, la compañera y amiga que residía en Lapa, mencionando que Gilberto estaría en la casa familiar.

Era importante para el señor Torres que no viviesen juntos hasta que consiguiese trasladar a su hijo a una ciudad del sur del país. Marcia debía esperar y esperaba, aun cuando ambos siguieran saliendo juntos a bailar, a cenar, a divertirse...

Gilberto, mientras tanto se veía a sí mismo descorazonado, abatido. Como niño sin guía o navegante sin brújula. No tenía la menor motivación por el trabajo ni ideales que controlasen sus sentimientos. Derrochaba el dinero del padre a manos llenas en juergas y borracheras. Muchas veces, embriagado, hablaba de suicidio, acordándose de la distante Marina.

Se sentía infeliz, derrotado. Aquí y allí, oía comentarios escabrosos referentes a su padre y Doña Marcia por parte de sus amigos, pero todavía tenía la nobleza necesaria para rechazarlos, considerando que eran mentiras y maledicencias. Sabía que su padre estaba descansando y no ignoraba que Doña Marcia también estaba de reposo, y les defendía enfureciéndose, casi siempre borracho y manejado fácilmente, como una marioneta, por alcohólicos desencarnados.

Mientras tanto, ante esta destrucción el hermano Félix construía...

Después de dos meses de tratamiento, Marina regresó a Flamengo acogida por el cariño paterno.

En pocas horas, se puso al corriente de la situación. Había perdido la asistencia de su madre y no desconocía los obstáculos con que debía contar para volver a ejercer su profesión. Sabía que era difícil que contratasen a alguien que salía de una casa de salud mental.

Al principio sufría, se acomplejaba.

Pero, contaba con un padre cuya grandeza de corazón había siempre ignorado hasta ese momento, y asimismo una fe que le daba fuerzas y esperanza.

Claudio la rodeó de ternura y bondad. El apartamento siempre estaba repleto de mimos y flores y los textos espíritas, leídos a veces con lágrimas, la infundían la consoladora certeza en las verdades y promesas de Cristo, que había aceptado como maestro de su alma. Tenía también la amistad de Salomón, que la trataba como a una hija, y formaba ya parte de la familia espiritual de Claudio. Tomó interés en los servicios de beneficencia a niños abandonados y a chicos con problemas. Cuando el padre sugirió que hiciesen el Evangelio en casa una vez por semana, aceptó encantada, pidiendo a su padre que instalasen en casa a Doña Justa que estaba viuda y sola. La antigua empleada, contenta, fue elevada a la condición de gobernanta, y en realidad era como una más de la familia.

La casa rezumaba tranquilidad, no obstante, Moreira y nosotros seguíamos atentos, a la defensiva.

Conversaciones y lecturas, tareas y planes surgían como flores prometedoras que Félix venía a ver de vez en cuando, participando de las oraciones y alegrías.

En cuanto a Nemesio y Doña Marcia, sólo había silencio.

El padre y la hija se empeñaban en olvidarles, pero Gilberto...

Los amigos pedían para él ayuda y compasión. El chico se encontraba abatido y abandonado.

Borracheras, juergas. Si Claudio y Marina no podían protegerle por lo menos que intentasen que pidiera ayuda profesional.

¿Cómo le iban a negar el apoyo?

Claudio notó que la hija todavía le amaba tiernamente, ardientemente, y decidió respetar su decisión.

Después de conversar largamente con Marina, el señor Nogueira escogió una ocasión que le pareció favorable y quedó con él en una churrasquería de Leme. Comieron rápidamente y Claudio le invitó a cenar al día siguiente. El y su hija le esperarían en casa.

Torres hijo sonrió y se comprometió a ir.

Seis meses habían transcurrido desde la transformación de Claudio. En mayo, al atardecer, refrescaba en Río con las brisas frías que se dirigían al mar.

Gilberto compareció en el momento previsto. Triste, pero sobrio. Hasta la cena, habló de banalidades y sufrimientos. Decía que estaba deprimido, se sentía fracasado. Poco a poco se dio cuenta que se encontraba entre dos corazones que eran capaces de recuperar sus sentimientos y profundizó más en otros temas.

Tanto el anfitrión como Marina no le interrumpieron, mostrando amor y esperanza en sus ojos.

El joven se sintió muy reconfortado, como en un baño de fuerzas balsámicas. Se imaginaba de vuelta a su antigua casa, reflexionó pensando en la madre muerta, y lloró...

El jefe de la casa, conmovido tanto como Moreira y nosotros por aquella explosión de lágrimas, le acarició el cabello y le preguntó por qué les había retirado su amistad.

Gilberto se desahogó. Dijo que había tenido una entrevista muy desagradable con su padre. Le comentó que Marina era una persona poco honesta y fiable, describiendo como él mismo había estado con ella en situaciones comprometidas, en resumen, que no servía para mujer casada y le amenazó tanto que le obligó a declarar que renunciaba al matrimonio con ella, por reconocer que estaba enferma...

Se había apartado por esas razones, aunque continuaba amándola mucho, pero veía imposible seguir teniendo en cuenta las acusaciones recibidas...

Marina, abatida, no confirmó nada ni se defendió. Se limitó a llorar discretamente, mientras Claudio intentaba armonizar aquellos corazones desavenidos.

Moreira, que había asumido apasionadamente la defensa de la joven, perdió la calma. Retomó su antigua insolencia y me dijo en voz alta que, a pesar de llevar seis meses de Evangelio, sentía una gran dificultad para no reunir la banda de compañeros de otro tiempo e ir a castigar a aquel viejo Don Juan con todo el rigor posible.

Le pedí que se callara por amor al bien que nos proponíamos realizar.

Moreira se asustó al oír mi reconvención tan incisiva. Le expliqué que, en las inmediaciones, algunos hermanos infelices habrían oído la intención que él había formulado y todos los que estuviesen de acuerdo con la idea, irían a la residencia de los Torres a abrir brechas.

Me valí del ejemplo para enseñarle cosas que me habían sido muy útiles en mis primeras experiencias de hombre desencarnado en proceso reeducativo.

Le dije que había aprendido de varios benefactores, que el mal no merece más consideración que la que sea necesaria para corregirlo. Pero, si todavía no conseguimos

impedir su acceso al corazón, en forma de sentimiento, es forzoso no pensar en él. Pero si no contamos con recursos para sacarlo de nuestra mente, es imperioso evitarlo en la palabra, para que la idea infeliz, ya articulada, no se convierta en agente vivo de destrucción, actuando por nuestra cuenta y a la vez independientemente de nosotros. Resaltó que el ambiente allí estaba limpio de inferencias indeseables, pero él, Moreira, había hablado abiertamente y compañeros no distantes interesados en nuestro regreso a la crueldad mental, habrían captado la sugestión...

Gilberto se despidió.

Moreira, con el apuro del aprendiz que reconoce haber errado, preguntaba qué hacer, pero no lo dudó. Le aclaré que habitábamos ahora en el plano espiritual, donde el pensamiento y la palabra adquieren mucha más fuerza de expresión y de acción que en el plano físico y que no nos quedaba otra alternativa sino seguir, al lado de Torres hijo, observando hasta qué punto existía el peligro, para poner la solución adecuada.

El amigo, inquieto por primera vez después de mucho tiempo, dejó la casa de los Nogueira y me acompañó.

Ambos fuimos en el coche de Gilberto, a su lado, mientras él estaba absorto en sus pensamientos.

El chico entró en casa, acordándose de Marina, del cambio que había sufrido... Aquel pelo peinado con sencillez, el rostro tratado sin excesos, las maneras y las frases sensatas de Claudio al decir, sin quejarse, que Doña Marcia últimamente estaba fuera para descansar, el clima hogareño lleno de paz... Todo aquello era nuevo para él, nuevas sensaciones... Se sentía perturbado, experimentaba remordimientos por la franqueza que se hacía gala, sin saber si realmente eran celos que sentía hacia esas formas de ser.

Instintivamente, se encaminó hacia la habitación que solía ocupar Marina... Quería sumirse en sus recuerdos, reflexionar.

Le seguíamos y, al girar levemente el picaporte, vio asombrado a través de la puerta entreabierta, que su padre y Doña Marcia se besaban y, en torno a ellos pululaba, para nuestra visión espiritual, la chusma de amigos perturbados cuyos servicios fueron solicitados inconscientemente por Moreira. Aquellos vampiros se mostraban muy activos, transformando simples impulsos de afecto de la madura pareja, en voluptuoso arrebatamiento.

Nemesio de espaldas, fue visto sin ver, como había ocurrido meses antes con él mismo y la pareja de jóvenes. Doña Marcia, al estar de frente, como le sucediera a Marina observó la asombrada cara del muchacho.

El chico salió de puntillas angustiado. La duda le oprimía. El ídolo paterno se derrumbaba de golpe. ¿Tendría realmente el padre razones para separarle de la mujer que amaba?

Por nuestro lado, se hacía indispensable la colaboración a favor de Moreira, arrepentido. El amigo se había aproximado a la pandilla que le complicaba y comprometía suponiendo que le hacían un favor, oscilando entre la revuelta y la paciencia.



Intervine, pidiendo serenidad. Debíamos respetar a Nemesio y a su compañera, no teníamos derecho a escarnecerles ni escarmentarles.

La banda se retiró y Moreira transfirió las atenciones para Doña Marcia que, ladina como era, no se había desmayado como hizo Marina en su día. Razonando fríamente, se separó de Torres padre y le acarició la cabeza, diciendo que había venido de Lapa sólo para verle, ya que se sintió mal al verle indispuerto el día anterior. Quería que se recuperase y se encontrase mejor de salud. Le ayudó a acostarse y después de darle consejos cariñosos, salió con el pretexto de hablar con el servicio.

Una vez fuera, en el pasillo, pensó en como superar aquella dificultad. Aun cuando era impasible a la hora de preservar sus intereses, todavía era madre y pensaba en su hija. No podía envenenar el ánimo de Gilberto, debería hacer algo por aproximarles de nuevo. No podía consentir, además, que el joven la tuviese por una mujer sin escrúpulos, ya que algún día podría ser su madrastra.

Moreira aprovechó estos minutos de reflexión y la abrazó, respetuoso, rogándola que tuviese piedad. Que favoreciese a Marina, apoyando a Gilberto. Debía hablar con el joven, apaciguar las posibles rencillas entre ellos...

Me aproximé también a ella y, le supliqué que intercediese y ayudase. No intentaba reconciliarse con Claudio, de quien quería efectivamente la separación. Pero ¿por qué no practicar la caridad con la hija enferma, tratando de encaminar a aquel chico que se hundía en la decadencia moral, hacia un matrimonio digno? Era la madre de Marina, la que la había tenido en los brazos de pequeña, la había cantado nanas, orientado en la infancia y la adolescencia, queriendo siempre que fuese feliz... ¿Cómo podría olvidarse de ella en un momento así, cuando el destino le proporcionaba todas las posibilidades para extenderle las manos? La esposa de Claudio, al impacto de los argumentos que asimilaba en forma de reflexiones, se acordó del pasado y lloró. En aquel instante, sus sentimientos eran puros, como en la noche en que la vimos, indignada por el dolor, defender a Marita en la casa de Crescina. Entre la conciencia y el corazón, no había lugar para el cálculo y la astucia.

No lo dudó ni un instante.

Se dirigió al cuarto de Gilberto, entró con la confianza de una madre que va a hablar con un hijo, se sentó al lado de su cama en la que el chico estaba acostado y le habló, con lágrimas en los ojos.

Empezó pidiéndole perdón. A continuación, le pidió permiso para confesarle que Nemesio y ella eran amantes hacía mucho tiempo. En un rasgo de generosidad que le honraba, mintió por la felicidad de su hija...

Le dijo que hacía mucho vivía separada de Claudio, a quien no podía soportar más, y que, antes de la muerte de Doña Beatriz ya existía la relación íntima con Nemesio. Destacó, escogiendo la inflexión apropiada para impresionar más al joven, que había cometido un gran error al consentir que Marina se convirtiese en la enfermera de la señora Torres, ya que desde ese momento tenía razones de peso para sospechar que su padre deseaba a la joven.

Sabiendo su interés por Marina, tuvo un gran ataque de celos. Veneraba, sin embargo, la grandeza espiritual de Doña Beatriz, a quien estimaba de mucho antes, y

esperó a su muerte antes de tomar ninguna acción. Una vez que falleció, resolvió abandonar definitivamente la casa, para no enfrentarse con Marina, y acompañar a Nemesio a Petrópolis, donde estuvieron ambos descansando. Continuó justificándose, más y más...

Ahora que él les había sorprendido juntos, le pedía perdón como a un hijo, cuyo cariño quería conservar. No volvería a Flamengo, se separaría definitivamente de Claudio y compartiría el destino de Nemesio, si él accedía... Aún así, era madre y le suplicó por Marina. Si la amaba, que no la abandonase con indiferencia o desprecio, en un momento como aquel, en que se rehacía de una penosa enfermedad. Le pidió protección para la chiquilla, toda la que ella no podía ahora ofrecerle.

La señora Nogueira acabó, sinceramente conmovida, y observamos sensibilizados, los prodigios de la comprensión y la bondad en un corazón juvenil. Con la mirada llameante de júbilo, se levantó y se arrodilló delante de aquella mujer que sosegaba su espíritu con aquella historia caritativa que él necesitaba para rehacer su camino.

Besó sus manos con lágrimas de alegría y le dio las gracias con frases de cariño filial. Ahora comprendía, si –comentó–, que su padre, bondadoso, se había sentido despedido e intentado apartar a Marina de su lado.

Buscaría a la joven, prometió olvidar el pasado para no herir la dignidad maternal con que ella, Doña Marcia, le había descubierto su nobleza de sentimientos, torturada como estaba, entre la pasión de mujer y la devoción de ser madre.

Le dijo que ese día había estado con Marina y la había visto triste y sincera. Había sido rudo con ella, pero volvería a Flamengo a verla de nuevo y a hacer definitivamente las paces. En cuanto al futuro, no tenía motivos para indisponerse con Claudio, pero ya que la separación se hacía inminente, no escatimaría esfuerzos para que su padre y Doña Marcia se uniesen en un país donde el divorcio estuviese legalizado.

De la conversación al teléfono y del teléfono a casa de Marina fue cuestión de minutos.

Viendo a la pareja reunida, Nogueira estaba encantado, orando de gratitud en su interior.

Moreira y yo enviamos esta información al hermano Félix que vino, en la noche del día siguiente, a compartir nuestras oraciones de alegría.

Después de abrazar a Claudio y a los dos enamorados que salían para Copacabana a buscar a Salomón, el benefactor y nosotros nos dirigimos hacia Lapa.

Marcia, recostada en un sofá, fumaba pensando en la llegada de Nemesio para ir a cenar a Cinelandia, y también para ver una película, pero Félix, magnánimo como siempre, se acercó a ella a pesar de las bocanadas de humo, besándola en la frente, con lágrimas en los ojos...

No disponíamos de elevación espiritual suficiente para auscultar sus pensamientos sublimes. Nos dimos cuenta sólo que él la contempló, como quien agradece la inesperada abnegación y murmuró, al despedirse:

– ¡Loado sea Dios!

Del día siguiente en adelante, se hizo más enconada la relación entre padre e hijo. Nemesio intrigado, Gilberto ausente, y transcurridas algunas semanas, al enterarse que su hijo y Marina volverían a estar juntos, el padre viajó para el sur, en compañía de Doña Marcia, con el intento de situar al hijo en el entorno de antiguos amigos de la juventud residentes en Porto Alegre. Por esa zona se detuvo la pareja, durante semanas, trayendo, a su vuelta, un proyecto de estudios que al presentarlos a Gilberto, éste recusó cortésmente, desistiendo de las ventajas que le eran ofrecidas.

Siendo testigos de su diálogo, percibimos la respetuosa ternura, con que el joven se dirigió a su padre, implorándole auxilio. Le rogó que no le mandase al sur, que le dejase vivir en Río. Le pedía perdón por este comportamiento, pero se reconocía mayor de edad y aspiraba al matrimonio con Marina, a quien había vuelto a ver y a considerar como su auténtico amor. Desde hacía mucho, se había acostumbrado a trabajar con él, en la inmobiliaria y le pedía por eso mismo protección.

Nemesio oía todo esto con íntima sensación de rebeldía. Marina reconquistada por su hijo suponía para él una bancarrota moral insoportable. Nunca la había amado tanto como en aquella hora en que se desvanecían sus últimas esperanzas. Se veía derrotado, vencido. Poco a poco se había desinteresado de Doña Marcia, aunque seguía a su lado. Marina significaba para él euforia, juventud, entusiasmo, improvisación.

Justo cuando pensaba como reconquistar su cariño, su hijo se adelantaba, frustrando sus objetivos.

Nemesio dio un puñetazo en la mesa y, ciego de cólera, dijo:

– ¡Nunca!... Tú no te casarás nunca con esa...

Y ahí desgranó adjetivos peyorativos que el joven aguantó, herido en el alma. Incluso se atrevió a asegurar, que después de todo lo oído, no renunciaría al compromiso que había adquirido consigo mismo.

El padre, como poseído, le pegó en la cara.

Gilberto cayó en el suelo para levantarse y caer de nuevo sobre una nueva lluvia de golpes, hasta que Nemesio, como una fiera, vociferó:

– ¡A la calle, miserable!... ¡A la calle!... ¡Sal de aquí!... ¡No aparezcas más por aquí!...

Acompañamos al joven, atónito, que salió a la calle intentando contener con un pañuelo un hilillo de sangre que salía de su boca.

De ahí a cuarenta minutos, un autobús nos dejaba en Flamengo.

Los Nogueira acababan de comer en ese momento y, antes de volver para el banco, Claudio escuchó junto a su hija, el relato doloroso del joven.

Todos comprendieron la gravedad de la situación.

Nogueira, sin embargo, se ofreció a ayudarle. Intentaría conseguir un empleo para Gilberto en el banco donde prestaba sus servicios. Se lo pediría a su jefe, a quien

consideraba un amigo. Gilberto debía olvidar lo que había pasado y considerar que su padre era un enfermo del alma.

Gilberto recordó los secretos de Doña Marcia, se compadeció de Claudio y lloró. Aquel hombre, mucho más ofendido que él mismo por su prepotente padre, aquel hombre, expoliado en su corazón, pedía benevolencia para su propio verdugo.

Marina, también rogaba que hubiese concordia y olvido. Y tanto se esforzó en la renovación, que, después de curar los labios del joven, sugirió a su padre que le presentase al director del banco. No se debía desperdiciar ninguna oportunidad, ni perderse en lo que parecía inevitable. Consiguio crear el clima de alegría y esperanzas positivas suficientes para que Torres hijo, entre llorando y riendo, tomase algo antes de salir.

El jefe de Nogueira acogió al candidato con simpatía, pero no podía darle empleo de inmediato.

Había que esperar un mes. No podía colocar a alguien, sin más, sin pasar las correspondientes pruebas, pero prometió comentar el caso con sus superiores. Creía poder dar trabajo al chico, aunque fuese sólo como interino.

Gilberto le dio las gracias.

A solas con Claudio, de nuevo, le comentó el problema de su residencia.

Su padre le había expulsado a puntapiés.

Claudio le tranquilizó. No pensaba de momento, darle acogida en Flamengo, ya que debía evitar nuevos ataques de furia de Nemesio. Conocía una pensión para estudiantes y él podría correr con los gastos hasta que Gilberto entrase a trabajar y tuviese su sueldo. Le dijo que le permitiese tratarle como a un hijo y que el dinero que tenía lo considerase también él como suyo.

El joven aceptó tan generosa oferta.

Pasadas unas horas, y asegurándose que su padre estaba fuera de casa trabajando, recogió de la residencia de los Torres, su antigua casa, las pertenencias que juzgó indispensables, diciendo al servicio que se ausentaba para trabajar junto al padre de Marina, por un tiempo.

Esta noticia tuvo efectos inmediatos.

En servicio para una posible asistencia al ánimo inquieto de Nogueira, vimos como Nemesio entró al día siguiente en el banco a las dos de la tarde, sofocado.

Iracundo, rodeado por un amplio grupo de espíritus juerguistas y ruidosos, pidió ver a Claudio en su despacho, pero éste, presintiendo que iba a verse sumergido en un gran ejercicio de tolerancia, prefirió verle en el vestíbulo, donde estaba el público.

El visitante comenzó diciéndole que le exigía cuentas de su hijo y que no le permitiría influenciarlo.

Claudio puso en marcha toda su humildad y contestó que el joven era tratado como un amigo, sin incidir en su libre albedrío, que él no podía hablar por boca de Gilberto que...

El yerno de Neves, le interrumpió, rugiendo:

–¡Cállate, bestia!... ¡Don nadie! ¡Idiota! ¡Toma, espírita de medio pelo!...

El puño del hombre de negocios alcanzó repetidas veces la cara de Claudio, mientras éste intentaba proteger su cabeza con sus manos.

La agresión fue como un relámpago.

Antes que los presentes se diesen cuenta, el padre de Marina estaba en el suelo y sólo la intervención del público impidió que Nemesio le pisotease mientras bramaba insultos, asesorado por sus infelices acompañantes desencarnados.

Claudio se levantó, dispuesto a defenderse.

Aquella bestia iba a tener su merecido. Le aplastaría como a un gusano. Pero, cuando fue a levantar la diestra contra su adversario, sintió el reflejo de Marita. Aquella manita fría que se había elevado de la muerte para bendecirle, estaba en su mano. La chiquilla atropellada surgía en su memoria, como para recordarle las promesas contraídas. Había prometido renovarse, ser otro hombre... era imposible romper el compromiso.

La recordó sufriendo, con el cuerpo cubierto de llagas dolorosas. ¿No había sido él el culpable? ¿No había sido la Divina Providencia tan compasiva dejando su falta desapercibida delante de los hombres? ¿No había recibido el perdón de su hija? ¿Qué diría ella, desde el otro mundo si no perdonase al verdugo que había seducido a su hija y robado a su mujer? Había abrazado unos principios que le inculcaban claridad en su raciocinio, para que conjugase bondad y discernimiento, justicia y caridad... Debía ver en los enemigos enfermos que piden ayuda y benevolencia. ¿Cómo podría condenar a alguien de lo que él mismo era culpable? ¿No tenía su espíritu endeudado en medio de errores y tentaciones?

Aflojó su brazo tenso para el golpe, y, escuchando los sarcasmos de Nemesio que se iba, coaccionado por las personas que pedían en voz alta la presencia policial, el marido de Doña Marcia recostado en la pared bajo la mirada afable de todos los presentes, no reprimía el llanto que salía de su pecho.

El director se asomó al vestíbulo cuando salía Nemesio y preguntó por la causa de aquel tumulto.

Un empleado, emocionado, apuntó para su compañero ofendido, relató la pelea y destacó:

–No respondió a los golpes porque es espírita.

El jefe se conmovió. Deseando romper el clima general de indignación, preguntó, en la puerta:

–¿Quién es esa fiera?

Una señora mayor que había presenciado la escena, dijo:

–Le conozco. Es Nemesio Torres, propietario de fincas, casas y más casas.

– ¡Tiburón! –comentó el director, con menosprecio–, ¿donde se cree que está?

Y, mirando a los clientes, dijo:

– ¡Señores, estamos en Río!... ¡En Río!... ¿Cómo dejan escapar a un animal de esa calaña? Un caso así es para la policía.

Se acercó a Claudio y ayudándole a levantarse, le llevó a un despacho próximo. Allí, escuchó toda la historia de la hija y el chico que le habían presentado el día anterior.

Condolido, autorizó el ingreso del joven en el banco, indicando que cobraría su sueldo hasta que le aprobasen definitivamente la situación.

En la recta final al matrimonio, Gilberto consiguió trabajo, estimado por todos.

Nemesio disgustado y desanimado, invitó a Doña Marcia a un viaje de seis meses por Europa.

Irían a Portugal, España, Francia e Italia, pasando por Suiza. Decía que se sentía muy infeliz desde la muerte de Beatriz, con mala suerte. Necesitaba un cambio, rehacerse.

La señora Nogueira, que ya no había llamado más a Flamengo, se apresuró a comunicar esto a su hija en una tarjeta postal. Decía que se encontraba encantada, esperanzada. Se iba con el que no dudaba en llamar su “futuro esposo” y prometía enviar noticias desde cada ciudad que visitasen.

Marina, discretamente, no dijo nada a su novio ni a su padre, para que no se enterasen, salvo indirectamente por amigos. La ausencia de la pareja supuso para el trío un bendito paréntesis repleto de paz, sosiego y alegría.

El apartamento de Flamengo se había convertido en una colmena de paz y luz. Y, como Moreira cuidaba excepcionalmente bien a Marina, retomé mis estudios y experiencias junto a Félix, aunque acompañando con afectuoso interés a los amigos de Río, que se preparaban contentos, para el enlace feliz.

La unión de Gilberto y Marina se realizó precisamente en el último día del año que siguió a la desencarnación de Marita. Fue un día solemne, marcado por flores y oraciones, abrazos y promesas.

La ventura de la nueva pareja nos alcanzó también a “Almas Hermanas” donde un pequeño grupo de compañeros se juntó para elevar una oración a favor de Gilberto y Marina, entregados ahora a nuevas responsabilidades y luchas.

Me di cuenta que la hija de Araceli no se encontraba allí. La propia Beatriz compartía los votos de júbilo, aún cuando desconocía por completo lo que sucedía con su esposo.

Félix, al darse cuenta de mi extrañeza, me explicó que la chiquilla, que pronto volvería a la Tierra, requería cuidados especiales. Y continuó aclarando que había obtenido permiso para que el proceso regenerador del conjunto Nogueira-Torres fuese remodelado. Marita no había logrado casarse con Gilberto por influencia de la hermana, pero volvería a vivir entre los dos en la condición de hija, para que la fracción de tiempo concedida al grupo para la existencia en común en el plano físico, fuese aprovechada lo más posible. Indiscutiblemente, no se trataba de una

reencarnación organizada ni compulsoria por motivos judiciales. Ella se vería obligada a aceptar esta medida, de carácter urgente, a favor de sí misma. Con este fin, ella volvería a Río, en compañía nuestra, por primera vez después de casi once meses de internamiento en un parque de reposo, donde había vivido sólo de tristeza y recuerdos para efecto inductivo. Abrazaría tan sólo a los que quisiese, atendería exclusivamente a su propia voluntad, para que ganase ímpetu el impulso de volver.

Entendiendo que Gilberto sería el núcleo de las compensaciones emotivas, Félix subrayó que todos nuestros cuidados en esta ocasión se concentrarían en él. Era necesario que Marita le sorprendiese a solas, ignorando que estaba casado, ya que los resentimientos resultantes de la convivencia con la hermana todavía le dolían en la memoria, como llagas abiertas y, sabiendo que ambos se reencontrarían más tarde, como madre e hija en conflicto vibratorio para expurgar los errores y las aversiones recíprocas que cargaban del pasado remoto, era indispensable que la reencarnante durmiese para el renacimiento físico, bajo la impresión de una euforia perfecta.

Aceptando la lógica de esas explicaciones, fui avisado pasados unos días de la conversación mantenida, en cuanto a la fecha del viaje.

En el momento señalado, Félix me informó, no sólo del envío de dos compañeros responsables de la preparación ambiental junto al hijo de Beatriz, sino también que se valía de la oportunidad en curso, ya que sabía que estaba estudiando de noche, con algunos compañeros, en una residencia de estudiantes, con vistas a las próximas oposiciones del banco, que quería ganar para consolidar su puesto en el mismo.

Partimos con Marita calculando el tiempo para encontrar a Gilberto fuera de casa, ya que a las doce estaba previsto que acabasen el estudio.

El programa se cumplió con poca desviación horaria.

Acompañábamos el júbilo de Marita que descendía con nosotros sobre Guanabara. A lo lejos, los contrastes de luz entre el morro de Leme y el caserío de Urca, más allá, la playa de Botafogo...

En unos instantes, tuvimos la avenida Beira Mar delante de nosotros... Llegando a Flamengo, la joven expresaba su alegría, volviendo a ver la ciudad que amaba con tanta ternura.

Parados delante de las aguas mansas, asimilando las energías nutritivas de la naturaleza, fuimos informados por nuestros compañeros que Gilberto acababa de bajar del coche en la esquina de al lado.

Condujimos a la joven sin demora al punto indicado y, al identificarle, embriagada de dicha, le llamó con ansiedad:

– ¡Gilberto!... ¡Gilberto!...

El muchacho no percibió su voz con los tímpanos físicos, pero intuyó su presencia en forma de recuerdo.

Tuvo la imagen de aquella que todavía suponía como siendo pupila de Claudio y tomó la dirección opuesta, parando un poco más allá, reflexionando al contemplar la bahía plateada por la luna...

Si, allí, en aquella playa, le juró amor eterno y planificó su futuro...

¡Dios mío! –pensó– ¡cómo cambia la vida!...

Abrazado por la joven desencarnada, veía su imagen en el pensamiento, acudían las lágrimas a sus ojos...

Félix, la apartó con suavidad y le preguntó que era lo que más deseaba.

– ¡Vivir con él y para él!...

La respuesta nos alcanzó como un grito de esperanza, oculta en sollozos.

El instructor, que no esperaba otra cosa, se dirigió a ella paternalmente y le expuso la conveniencia de volver al domicilio. Haría todo por conseguir que regresase. De momento, que estuviese tranquila. Volvería a vivir con Gilberto, a recibir su total dedicación. No la aconsejaba, por eso mismo, que se mantuviese en su arrebato que era perjudicial a ambos, porque muy pronto estarían juntos.

La chiquilla obedeció, posando en nosotros su mirada húmeda por las lágrimas. Percibí en su espíritu los reflejos de Marcia y Marina, pero apartó sus figuras del pensamiento y preguntó si le era permitido ver a Claudio, señalando que el padre fue su último amigo, en las angustias del adiós final...

El orientador accedió, satisfecho.

Recorrimos otros quinientos metros y llegamos al apartamento, siendo recibidos por Moreira, siempre vigilante.

El enfermero reconoció a Marita con una fuerte emoción pero se contuvo, a un gesto de Félix, que deseaba ahorrarla más divagaciones.

Atormentada y temblorosa, la chica, asistida por nosotros, entró en el aposento del padre y ¡oh, sorpresa!

–Nogueira, en espíritu, al lado de su cuerpo que descansaba, parecía aguardar su llegada, porque extendió sus brazos y gritó con regocijo, con una emoción que canalizaba todas sus energías:

– ¡Hija mía!... ¡Hija mía!...

La joven recordó las escenas del hospital, el suplicio de las horas que pasaban lentamente, las oraciones que suavizaban su amargura, la devoción de aquel padre que se redimía a costa del sufrimiento y se arrodilló delante de él, buscando su regazo, como cuando era una niña.

Claudio perplejo, no nos veía, se concentraba sólo en aquella visión que le fascinaba. Acarició con su mano derecha temblorosa aquellos cabellos que tantas veces había alisado en el hospital y, acordándose de Marita cuando era niña y volvía del colegio, preguntó:

–Hija de mi corazón ¿por qué lloras?

La recién llegada le dirigió un gesto de súplica y pidió:



– ¡Papá, no te apures!... Estoy muy feliz, pero quiero a Gilberto ¡quiero volver a la Tierra! Quiero vivir contigo en Río otra vez...

Demostrando un cariño inmaculado, Nogueira la mantuvo entre sus manos, que temblaban de júbilo y, elevando su mirada al techo, como si quisiese traspasarlo para llegar a Jesús, en el firmamento dijo, sollozando:

– ¡Señor, esta es mi hija querida que me enseñaste a amar con pureza!... ¡Quiere volver al mundo junto a nosotros!... ¡Maestro, dale, con Tu infinita bondad una nueva existencia, un cuerpo nuevo!... Señor, tu sabes que ella perdió sus sueños de juventud por mi culpa... ¡Si es posible, Jesús, permite ahora que le de mi vida! ¡Deja que ofrezca a la hija de mi alma todo lo que tengo! ¡Oh! ¡Jesús, Jesús!...

Félix consideró que una emoción excesiva podría ser perjudicial y recogió a Marita en sus brazos, recomendándome que me quedase para ayudar a Claudio a volver a su cuerpo físico.

Se retiró el instructor cargando a la chiquilla paternalmente, mientras Moreira y yo impulsábamos a Nogueira a su máquina orgánica de nuevo. Después de unos pases reconfortantes, se despertó llorando compulsivamente y guardando en su memoria todos los detalles de lo ocurrido.

Oímos pasos en la casa.

Era Gilberto. El suegro tuvo el impulso de llamarle para relatarle lo acontecido, pero asimiló nuestra petición de silencio, para colaborar con el futuro...

Sí –estuvo de acuerdo como si estuviese hablando consigo mismo–, la verdad de la vida no debe ser desvelada para la mayoría de los hombres, sino a través de retazos de sueños para no confundir su razón naciente, así como el Universo de Dios no puede destacar para las criaturas de la Tierra, sino en forma de estrellas semejantes a pizcas de luz en las tinieblas, para no humillarles en su pequeñez...

Pero la certeza de que Marita volvería al mundo, reencarnada, iluminaba su pensamiento y confortaba su corazón.

## CAPÍTULO 12

Llegó Marina al quinto mes de gestación. Entre el esposo y el padre, acompañada por las atenciones de Doña Justa que la cuidaba como una madre, transpiraba alegría aunque con las molestias propias de su estado. Claudio seguía los acontecimientos enternecido. En su interior, mantenía la convicción que Marita estaba allí, con su familia, dispuesta a renacer en una nueva cuna. Cada noche se oraba por la tranquilidad del espíritu que volvía y por la felicidad de los hijos. Visitas al médico, pases reconfortantes para la hija y mimos para el bebé.

Nos parábamos, en ocasiones, admirando su paciencia y ternura leyendo para su hija, mientras ésta hacía punto, artículos educativos de ginecólogos y pediatras, instruyéndola y transmitiéndola serenidad.

Gilberto les acompañaba, feliz, esperando un sucesor.

Se hacían cábalas acerca del sexo del bebé, se planificaban medidas y proyectos de futuro. Doña Justa repetía el cuento de la lechera y todos se reían.

Por nuestra parte, resguardando a Marita todo lo posible en el proceso de reencarnación junto a su hermana, participábamos de la dicha de aquel hogar.

Todo era esperanza y sosiego.

La niña que venía, representaba en el grupo familiar una garantía sagrada de reconciliación con la vida.

La paz, en apariencia definitiva, se había aposentado en la casa de Flamenco como si todas las tristezas y pesares estuviesen archivadas para siempre en el tiempo. Pero mientras, el pasado se agitaba en aquella felicidad, como la raíz parcialmente enferma se esconde en el suelo, sustentando el tronco florido.

Llegó una tarde en que el padre y el esposo encontraron a Marina angustiada y abatida.

Al principio se pensó en algún problema orgánico, pero el médico no encontró ninguna causa que justificase aquel estado.

Marina languidecía...

Pasada una semana, Claudio aprovechó un momento que estaban solos y trató de saber algo más.

Conversó con ella, estimulando su confianza y optimismo. Debía orar y tener fe, quería verla recuperada y fuerte. Desde el conocimiento espírita, sabía que la niña en vías de nacer, reclamaba descanso, alegría. Notando que su hija, en determinado momento bajaba la cabeza y enjugaba sus lágrimas con un pañuelo, le rogó que abriese su corazón y le contase la causa de su tristeza. Además de Gilberto, él era la única persona en la Tierra en la que podía y debía confiar.

Marina se levantó, fue a su cuarto y trajo un papel. Era una carta. Claudio la leyó, sin disimular su asombro y sufrimiento.

El remitente era Nemesio. Le comunicaba su vuelta a Río, después de estar seis meses en Europa. Decía que estaba cansado de todo menos de ella, a quien todavía amaba intensamente. Se había enterado de la boda, pero decía que jamás la consideraría una nuera. El hijo, decía, no era más que un espantajo, un tonto, del que se deberían apartar para tener por fin la felicidad que él mismo, Nemesio la había frustrado, abandonándola sin la mayor consideración. Le pedía disculpas y la esperaba. Había conocido nuevos lugares y maravillas para sus ojos, pero el corazón lo tenía yermo, unido a ella a través del pensamiento.

Hasta la mitad de la carta, Torres padre emitía compasión y cariño, pero en la última parte rayaba en la grosería y la amenaza. Citaba lugares y encuentros íntimos que echaba en falta.

Quería una cita amorosa con ella, le daba instrucciones para la separación. Tenía buenos amigos abogados. Ella debía acceder a sus propuestas porque, de otro modo, se pegaría un balazo en la cabeza. No dudaba entre la felicidad con ella o el suicidio. Tenía que escoger. Su destino estaba en sus manos.

No hacía la menor referencia a Marcia.

Nogueira analizó la gravedad de la situación, pensó, pensó mucho... Recordó, en silencio la paliza sufrida en el banco, que no había contado a los hijos, y dedujo que Nemesio era capaz de cualquier violencia. Vio la tormenta que se avecinaba, pero trató de consolar a su hija.

Tranquilizó su semblante y sonrió paternalmente. Aquello pasaría pronto, sólo era un momento de infelicidad. El hablaría con Torres padre y le pediría serenidad y sobre todo que reconsiderase su actitud, al mismo tiempo que le anunciaría la llegada de la próxima criaturita que sería también su nieta, un trocito de cielo para él. Era imposible que, ante esta noticia, no se enterneciese. Marina no debía preocuparse. El suegro se convertiría en abuelo y olvidaría el pasado, reconciliándose con la familia para felicidad de todos.

En los ojos de su hija brilló de nuevo la esperanza, seducida por el magnetismo de esas palabras. Su padre devolvía la tranquilidad a su corazón.

A la mañana siguiente, Claudio se puso en marcha.

Se pudo enterar, a través de amigos íntimos, que la pareja había regresado semanas antes. Nemesio se encontró a su vuelta con noticias muy desagradables y estaba sumamente irritado. Al apartarse su hijo de los negocios y él no estar presente, en una época de crisis, se había producido un desastre financiero en sus empresas, en manos de subordinados menos capaces y responsables. La ruina amenazaba a Nemesio que había perdido casi todo su imperio económico. Fuese por esto o por darse cuenta que había agotado sus reservas afectivas con él, Doña Marcia le había abandonado y vivía con su amiga Selma con la que proyectaba crear un restaurante.

Nogueira recopiló toda la información, aprensivo. Aún así, después del almuerzo, venciendo la propia repugnancia con los recursos de la oración, fue a casa de los Torres.

Su espíritu presagiaba tristezas...

Llamó al timbre, pero mientras, Nemesio, que le había visto bajarse del autobús de lejos, ya estaba sobre aviso. Un empleado le recibió, comunicándole que era persona no bien recibida en la casa, ni ahora ni nunca.

Nogueira se retiró, intentando ser comprensivo.

Cualquier tentativa era inútil.

Volvió al trabajo y habló con el director, que ya era su amigo. Le enseñó la carta de Nemesio a su hija y expuso la necesidad de protegerla de su suegro, sin que su marido se enterase.

El jefe, comprensivo y humano, estuvo de acuerdo con la propuesta y le sugirió un permiso de seis meses. No le pondría ningún inconveniente, ya que era un antiguo empleado con una excelente hoja de servicio.

De esa manera, podría apoyar a su hija y protegerla, desde la retirada del correo para evitar que llegasen nuevas cartas amenazantes hasta su casa, para garantizar la tranquilidad en el embarazo. El mismo comentaría a Gilberto y a sus compañeros que los médicos habían recetado a Claudio reposo. Debía pues, atender a su hija.

Claudio le dio las gracias, emocionado.

Por la noche, habló con su hija, tranquilizándola. Afirmó tener razones suficientes para creer que Nemesio no la molestaría más. Le dijo que había estado en la residencia de los Torres pero sin dar más detalles, dando la impresión que el problema había sido resuelto.

Y como ambos estaban interesados en olvidar el pasado, padre e hija se detuvieron en el tema del permiso laboral. Marina se alegró mucho. Ambos se dedicaron a diversos trabajos. Juntos iban a construir la cuna del bebé, y remodelarían la casa.

Hablaron de decoración. Claudio gastó bromas, diciendo que Gilberto y él hacían apuestas. El yerno esperaba un príncipe y el contaba con una princesa, pero, de cualquier forma, era preciso organizar el palacio. Su corazón le decía que una nieta estaba en camino... Por eso, estaba de acuerdo en renovar los muebles y pintar las paredes, pero exigía que todo tuviese el color rosa como predominante. Se rieron ambos. De acuerdo con los proyectos, Marina le solicitó su ayuda en la confección de un álbum que estaba haciendo para el bebé, mientras esperaban a Gilberto, que proseguía estudiando de noche con vista a las oposiciones.

Ya en la cama, Claudio nos sensibilizaba con oportunas reflexiones salpicadas con ardientes oraciones.

Tenía la certeza, inquieto, que de ahora en adelante se vería enfrentado a nuevas pruebas.

Protegería a Marina y a Marita, de cuya reencarnación estaba seguro. La carta de Nemesio, rezumando amenazas y la forma desagradable de cerrarle la puerta no daban lugar a dudas. Se avecinaban conflictos e injurias, pero no debía desanimarse.

Oraba, implorando recursos a los espíritus amigos.

Les pedía que no le abandonasen a sí mismo, que le impidiesen las manifestaciones de debilidad, y que frustrasen cualquier reacción agresiva por su parte. Sabía que estaba siendo sometido a una prueba e, indiscutiblemente había perjudicado a Nemesio Torres en otras existencias. Debía pagar. Sólo la luz de la lógica espírita permitía resolver tan intrincadas situaciones.

Aquel hombre le había castigado en cuerpo y alma, era como un cobrador del destino. Su conciencia le impelía a aceptar los desafíos con humildad. Si todavía no se sentía en condiciones de ejercitar la virtud, anhelaba pagar las deudas contraídas, aún cuando eso le costase la vida. Por esa razón, suplicaba el apoyo de Cristo para ser capaz de olvidar y seguir ahora el camino según la Ley Divina...

Efectivamente, conociendo la hora de reparto de correo en el edificio, Nogueira bajó, con el pretexto de ir a por pan y recogió una nueva carta de Nemesio a Marina, reconociendo la escritura. La abrió. Era una sarta de noticias, todas con el sabor de la hiel.

Mezclaba declaraciones de amor y difamaciones, hablaba de crisis, de dificultades. La necesitaba para recuperar su antiguo nivel económico, lo que conseguiría en breve si ella le ayudaba. No obstante todos los prejuicios que sentía, se consideraba apto para hacerla feliz.

Necesitaba que ella le contestase. Amenazaba.

Nogueira quemó la carta.

Esto se repitió diariamente, durante dos meses.

Las cartas llegaban puntualmente, cada vez destilando más agresión y demencia. Le contaba sus andanzas por Flamenco, intentando verla de nuevo, la exigía que le viese porque, en otro caso, cometería una locura y dejaría nota a la policía para comprometerla. Le prohibía dar hijos a Gilberto. Prefería matarse o matarla antes que recibir un nieto de ella. Las alusiones agresivas al arma que le acompañaba eran frecuentes.

Cada vez que Claudio entregaba las cartas al fuego, percibía que Nemesio se hundía más y más en la obsesión y la demencia, era totalmente contradictorio y la lucidez brillaba por su ausencia.

Esta situación la vivía Nogueira a solas, sin ningún comentario a la pareja. Acompañaba a la hija en todo momento, sin dejar traslucir la intranquilidad que le inquietaba continuamente.

El ginecólogo recomendó a Marina algo de ejercicio, ligeros paseos a pie hasta la playa, al atardecer, sin que pudiese suponer un esfuerzo excesivo.

Marina aceptó y naturalmente, Claudio se convirtió en su guardaespaldas, con el corazón atribulado de inquietud. No podía oponerse a tales paseos ya que, para su hija, el contenido de aquella primera carta de Nemesio había quedado ya en el olvido.

Marina, del brazo del padre, salía de la casa y daba un corto paseo para sentarse junto a él, no más de media hora, a la orilla del mar. Ahí hablaban de temas cotidianos, cuando no profundizaban en asuntos del espíritu.

A los seis días de estos paseos, las cartas de Torres padre cambiaron.

Al lado de Nogueira, vimos la alteración. La carta era ya insultante, revelando una excitación próxima a la locura. Le decía a Marina que la había visto en la playa, en compañía de su padre, al que llenaba de ofensas peyorativas, y había comprobado que se había quedado embarazada sin tener en cuenta sus órdenes de no hacerlo. Se sentía totalmente desmoralizado, rechazaba la pasión que había sentido por ella, prefería morir. Había fallado, ya no tenía nada, ni dinero ni amigos. Sólo le quedaba su casa, que también estaba hipotecada. Había esperado que ella volviese con él, para rehacerse de nuevo, pero su embarazo le había desilusionado profundamente.

Se pegaría un tiro en la cabeza. Se despediría del mundo y de ella con repugnancia, los borrones de la carta eran producto de sus lágrimas amargas. Lágrimas de rebelión, desprecio, repulsión. Acababa con obscenidades y decía que esa firma era la última que vería.

Nogueira, asustado, leyó y releyó la carta antes de reducirla a cenizas. Se cerró en su cuarto y oró por aquel hombre que, por los hechos, estaba sumido en una profunda desesperación.

Se compadeció de él. De momento, no diría nada a su yerno. Era más justo que recibiese noticias de su trastornado padre por otras vías.

Se quedó tan impresionado con el mensaje que, después del almuerzo, intentó discretamente obtener noticias del posible suicidio en algunas dependencias médicas y policiales que le parecieran adecuadas para dar alguna pista. Todo fue en vano.

Después del paseo diario con su hija, se fue a descansar más pronto, quería meditar tranquilamente. Concentrándose en pensamientos de fe y benevolencia, pedía a Jesús por su adversario. Que los mensajeros de Cristo se apiadasen de Nemesio, amparándole. Si todavía estaba en su cuerpo físico que le ayudasen a no caer en la desesperación que le llevaría a perder su vida. Si ya había traspasado las puertas de la vida espiritual, que fuese acogido bajo la protección de los emisarios divinos.

Mientras Moreira y yo acompañábamos su súplica, entró Percilia.

Esperó el momento oportuno y nos comunicó que venía de parte del hermano Félix para colaborar con nosotros. Las llamadas de Claudio, durante todo el día, transmitidas a "Almas Hermanas" habían impulsado a varios amigos a pedir auxilio en su beneficio. Había venido para ser útil. Y nosotros, que admirábamos su bondad silenciosa, nos enternecimos al observar la devoción con que se instaló en la habitación, como una enfermera afectuosamente consagrada a un enfermo muy querido.

Transcurrieron cuatro días sin que ocurriese nada especial, a no ser la extrema dedicación de Percilia que hacía Claudio era idéntica al amor de Claudio por su hija. Entre las siete y las ocho de la tarde, salimos de la casa y fuimos al paseo habitual...

Los Nogueira conversaban tranquilamente de asuntos triviales en frente de las aguas mansas que reflejaban el cielo plateado.

La brisa soplaba, aliviando el calor del día. Noviembre era un mes cálido. Aquí y allí, transeúntes encarnados y desencarnados, sin nada que llamase la atención...

Después del descanso, se dispusieron a volver a casa.

Padre e hija, en la acera, esperaban cruzar, mirando los coches que pasaban veloces.

Marina se movía con pesadez, por eso, al ponerse la señal en verde, cruzaron despacio, pero lo imprevisto sucedió.

Un coche, de lejos inició un extraño movimiento y, como si hubiese perdido el control y saltándose el semáforo, se abalanzó sobre padre e hija. Nogueira, en un rápido reflejo, tuvo sólo un segundo para apartar a la hija y fue lanzado a distancia, después de sufrir el impacto del choque a la altura de su pecho...

Percilia, Moreira y yo, asombrados, vimos a Nemesio al volante, con la locura reflejada en su rostro, sin parar el coche, esquivando guardias y personas que intentaban detenerlo sin éxito.

A los gritos de Marina acudieron en su auxilio varias señoras.

Sobrevino el caos. Algunos coches se lanzaron tras el agresor. Desde los teléfonos próximos se reclamó socorro urgente. La gente se arremolinaba en torno a Nogueira, tumbado en el suelo. Se bramaba contra los conductores descerebrados, contra los jóvenes inconscientes...

Claudio, confuso al principio se recuperó y se dio la vuelta con dificultad, consiguiendo sentarse con las manos apoyadas en el suelo.

¡Su hija!... ¡Necesitaba saber que estaba viva, a salvo!... La sangre salía por su boca pero, sobreponiéndose a la curiosidad de los que le rodeaban, preguntó por ella. Marina, apoyándose en dos señoras, se acercó a él. No había sufrido ni un arañazo, pero estaba aturdida.

No quería desfallecer. Pero, mirando a su padre dominándose para darle seguridad, recobró las fuerzas.

Claudio ensayó una alegre sonrisa, que la sangre entristecía y le rogó que tuviese calma, que estuviese bien, que confiase en Dios. Todo iba a terminar bien.

Pidió que trajesen a su yerno, que una persona de las presentes se encargó de ir a buscar a la dirección de Gloria que él dio. Intentó seguir hablando para consolar a su hija, pero se dio cuenta que sus energías decaían...

Percilia, a su lado en el suelo, le resguardaba en llanto. Unos desencarnados amigos de la vecindad a nuestra llamada protegían a la embarazada, prestándole auxilio. Moreira y yo intentamos reforzarle con recursos magnéticos.

Alrededor, una tremenda confusión...

Pero Claudio, sin embargo, se aisló de todo reflexionando.

Noviembre... Se acordaba que habían transcurrido ya dos años del desastre que impulsó a Marita a la muerte. Ella había caído cerca del mar, él también...

Ambos atropellados por un automóvil. Contempló el cielo y recordó que su hija cayó cuando las estrellas se apagaban y él cuando se encendían...

Miró a Marina que sollozaba y se dio cuenta que las lágrimas reprimidas la ahogaban. ¡Quería tanto vivir para aquella hija, aguardaba con tanta ternura a la criaturita por nacer!... En ese momento, sintió que se formaba en su mente la visión en que Marita le visitó, y las palabras de la oración que formuló vinieron una a una a su memoria. “Señor, tu sabes que ella perdió sus sueños de juventud por mi culpa... ¡Si es posible, amado Jesús, permite ahora que le de mi vida!... ¡Deja que ofrezca a la hija de mi alma todo lo que tengo!...” Cuando esas partes de la oración tomaron forma en su pensamiento, sonrió y comprendió.

Sí, pensó íntimamente, debía alegrarse. Creía que Marina y Marita estaban allí juntas... juntas. ¿Por qué no dar alegremente la vida para que la hijita desencarnada prematuramente por su culpa, viniese a rehacer su existencia? ¿Por qué no agradecer al Señor el bendito instante en que pudo apartar a Marina del coche homicida? ¿No sería aquella hora para él, espíritu endeudado, la mayor manifestación de la bondad de Dios? Había impulsado a su hija a la muerte, sin que la justicia humana le castigase. En las oraciones acostumbraba a pedir a los amigos espirituales que le ayudasen a rescatar la falta cometida. Si tenía que afrontar la deuda asumida en el transcurso de las vidas venideras ¿por qué no empezarlo allí mismo, entre caras desconocidas como a Marita le tocó afrontar?...

Una soberana tranquilidad se instaló en su espíritu.

Cuando llegó la ambulancia pidió su ingreso en el Hospital de Accidentados. Levantado por brazos generosos, se despidió de su hija, recomendándole optimismo y serenidad. Que esperase a Gilberto y le contase lo ocurrido, sin exageraciones, sin alarmismo.

Si pudiese, pediría a alguien que le llamase por teléfono, que no se asustase.

En la ambulancia, mientras Nogueira pensaba en Marita viajando en un vehículo similar, en las mismas circunstancias, Percilia abrazada a su cuello, se deshacía en copioso llanto. Percatándose que Moreira y yo nos intranquilizábamos al verla así, aquella criatura, generalmente silenciosa, habló:

– ¡Hermanos, perdonadme esta conmoción excesiva!...

Claudio es mi hijo... ¡No lloro de dolor al ver su cuerpo destrozado sino de alegría por abrazar su espíritu elevado!... Lloro, hermanos, al reconocer que yo, mujer prostituida en el mundo, hoy en servicio de propia regeneración después de difíciles pruebas, puedo acercarme al hijo que Dios me confió, para pedirle perdón por los malos ejemplos que le di...

Ante aquel testimonio de humildad, Moreira y yo bajamos la cabeza, avergonzados...

¿Quién debería allí culparse por malos ejemplos sino yo?

¿Qué no habría padecido aquella valiente, cuyos lazos de parentesco terrestre con Nogueira yo desconocía hasta entonces, para expresarse así?

¿Qué tormentos sufriría en la Tierra y después de la desencarnación para alcanzar la serenidad con que se acusaba, ella, que yo aprendí a venerar como siendo mi propia madre, en dos años de trabajo constante, interesado sólo en comprender y servir? No



era capaz de auscultar los sentimientos de Moreira. La emoción me sofocaba. Sólo se que ambos, en un movimiento instintivo de respetuoso afecto, inclinamos nuestras cabezas al mismo tiempo, sobre la diestra maternal que acariciaba al herido, besándole con reverencia...

Algunos minutos más y entramos en el hospital que ya nos era familiar.

El médico que había atendido a Marita, a petición de Nogueira, fue llamado. Acudió sin demora.

Estábamos enviando un mensaje para el hermano Félix, pero, no habíamos acabado la transmisión, cuando el benefactor, con la naturalidad de quien lo sabía todo, surgió frente a nosotros.

Nos informó que había llegado a Río minutos antes, pero sabiendo que Nemesio se mantenía unido a su propio infortunio, se había decidido a examinarlo con el fin de saber que clase de ayuda podría recibir.

Por mi parte, quise preguntar si Torres padre se había vuelto loco pero, la mirada del instructor en ese momento me indicó que no era momento para tales preguntas.

Activamos el trabajo de auxilio, en colaboración con la medicina terrestre. A pesar de ello, Félix nos informó que Nogueira se encontraba próximo a desligarse del cuerpo físico. Ninguna medida humana podría contener la hemorragia interna existente. El médico intentaba infructuosamente salvarle.

Nogueira se debilitaba. Intentaba mentalizar la imagen de Marita, reconocer lugares, pero su mente no respondía. Agudizó su atención hacia su estado y sondeó el ánimo del doctor preguntándole si estimaba conveniente llamar a sus hijos. El médico estuvo de acuerdo y, por la mirada profunda que le dirigió, adivinó que el fin de su actividad orgánica no estaba lejos... Se acordó de las noches de vigilia, en las que se apoyaba en la compañía de Agustín y Salomón. Agustín había alcanzado el mundo espiritual, semanas antes, pero si fuese posible, quería abrazar al amigo de Copacabana...

El médico telefoneó a Gilberto y Salomón indicando que viniesen con urgencia.

Sensibilizándonos, Claudio en oración, pedía fuerzas.

Deseaba llamar a Gilberto y su hija, pedirles benevolencia para Marcia y Nemesio...

Félix redobló los esfuerzos para contener la hemorragia, y por un tiempo, en colaboración con el médico, obtuvo lo que deseaba.

El herido mejoró inesperadamente. Razonaba con claridad, conseguía controlarse.

Estaba lúcido cuando entraron Gilberto, Marina y en unos minutos más, Salomón. Dijo estar reanimado y alegre, escogiendo las palabras con la mayor serenidad posible. Miró, tiernamente a la hija angustiada y dijo, con una sonrisa forzada, que quizás estaba obligado a hacer un gran viaje para un tratamiento más completo.

Marina comprendió el significado de la broma y rompió a llorar. Su padre le advirtió con dulzura ¿dónde está la fe que profesaban? ¿cómo no confiar en Dios que

renueva el sol cada mañana para que la vida siga, triunfante? Intentaba hablarles de un asunto serio...

Se llenaron sus ojos de lágrimas y, con un gesto de súplica, les pidió bondad y comprensión para Nemesio y Marcia. Desconocía el paradero de ambos, pero, cuando se diese la oportunidad, que la casa de Flamengo estuviese llena de cariño para ellos, tanto cuanto había estado llena de amor para él. Claudio aprovechó el momento para agradecerles su incesante abnegación... Confesó que Marcia era una excelente compañera y que la culpa de la separación había sido sólo de él... Realizó que no tenía ningún motivo para querer mal a Nemesio, al que consideraba un hermano, alguien de la familia, que debía ser acatado y comprendido en cualquier circunstancia....

En ese momento, su respiración se hizo más difícil.

–Pero, suegro –tartamudeó Gilberto, reprimiendo las lágrimas – ¿Cómo es que quieres dejarnos así?

Poniendo su puño en el pecho como para contenerse, dijo:

– ¿Y tu nieto?

El agonizante esbozó una expresión casi risueña y dijo:

–Mi nieta...

Añadió más:

–Un espíritu no apuesta... pero me atrevería a saber que juego con ventaja... Pido una cosa... pido que la niña tenga el nombre de Marita... Prometédmelo...

Se agravaron la palidez y el cansancio.

Se deshizo, por fin, el efecto de las fuerzas magnéticas concentradas. Nogueira todavía pudo pedir al amigo una oración, un pase... El farmacéutico oró temblando, y le administró lo que pedía. Después, el agonizante recordó el adiós de Marita y tuvo la impresión de que alguien le tocaba los dedos. Era Percilia que le acariciaba maternalmente. Alargó su mano derecha, en dirección a su hija, fijando en ella su última mirada. Guiada por Félix, Marina le extendió la mano pequeña que él apretó fuertemente hasta que, relajando la tensión, pareció que descansaba.

Claudio entró en coma, como si estuviese dormido y durante cuatro horas el corazón vigoroso latió en su cuerpo inerte, a pesar de nuestros esfuerzos por liberarlo.

Al amanecer, siempre acompañado por los hijos y por Salomón, que velaban con nosotros, Félix oró y, con amparo de otros amigos de la Esfera Superior que vinieron a ayudarnos, le apartó finalmente del vehículo fatigado, poniendo su cabeza en los brazos de Percilia para el viaje que íbamos a emprender...

El sol brillaba, naciente, y contemplando sus rayos, coronando aquella madre amorosa que llevaba a su hijo al cuello, tuve la impresión de que el Padre de Infinita Bondad, al verlos renovados, quería mandar a buscarles de la Tierra para los Cielos en un carruaje de oro.

### CAPÍTULO 13

Recogido en la organización asistencial vinculada a nuestros servicios, en las proximidades de Río, Nogueira, desencarnado, se rehacía.

Félix, que no descansó hasta que no le vio en reequilibrio perfecto, no le entregó a los cuidadores, sin volver a verle.

Despierto, Claudio recibía nuestras manifestaciones de amistad y afecto avergonzado, confundido. Por momentos se acusaba, denotando un excesivo apego a sus complejos de culpa.

Utilizamos todos los medios justos para disuadirle.

Le dijimos que debíamos aprovechar los errores y tomarlos como lecciones, anotándoles en los cuadernos del pasado para consulta en el propio aprendizaje. Las leyes Divinas provocan el olvido del mal para que el bien se incorpore a nuestra personalidad, generando mecanismos de elevación. También nosotros habíamos pasado por crisis parecidas pero habíamos descubierto en el servicio, el remedio para las enfermedades del sentimiento. Estamos todos obligados a prevenirnos contra la agitación constante de los vicios y errores del pasado, en el alma, bajo pena de frustrar las posibilidades del presente para mejorar el futuro, aunque la vida nos recomienda no olvidar nunca nuestra pequeñez ya que al ser conciencias endeudadas todavía por mucho tiempo, donde vayamos, cargamos en el espíritu el bagaje de viejas imperfecciones.

Debía cultivar la paciencia, incluso consigo mismo. Tenía amigos en “Almas Hermanas” de donde había salido para las luchas de la reencarnación. Estaba todavía olvidadizo, bajo el efecto natural de las experiencias a que se había acomodado en el plano físico, pero en su momento, recuperaría un potencial de memoria más amplio, alegrándose con benditos reencuentros.

Mencionamos al hermano Félix, que mostraba por él una devoción especial, si es que se podía descubrir alguna inclinación especial en aquel espíritu abierto a todas las llamadas de la fraternidad sublime.

Claudio se reconfortaba, con esperanza. Al cuarto día nos conmovió con una petición. Se sabía amparado por muchos benefactores porque, solamente a costa de muchos favores –decía humildemente– se había podido despertar, antes de la muerte, para las realidades del alma...

Se avergonzaba, sin embargo, de convivir con ellos, eso aspiraba a merecerlo en el porvenir. Si la Divina Providencia, a través de amigos tan dedicados, le pudiese conceder nuevas limosnas, a él que se consideraba mendigo de luz, solicitaba permiso para seguir trabajando, aún desencarnado, en el seno de su familia, sin salir de Río. Amaba a sus hijos, les consideraba todavía jóvenes e inexpertos, quería convertirse en un servidor para ellos.

Pero no era eso sólo... Había dejado a dos criaturas de las que se reconocía deudor, Nemesio y Marcia.

No quería dejar el negocio terrestre en la condición de insolvente. Más allá de suspirar por redimirse, delante de los acreedores, soñaba auxiliarles y amarles.

¿No era su obligación dedicarse al bien de los otros y, en especial, a aquellos dos socios del destino, poniendo en práctica las enseñanzas espíritas cristianas que teóricamente había aprendido?

Por discreción y respeto, en la consideración íntima del pasado, no hizo referencia a Marita, cuya imagen se retrataba en el espejo de su mente...

Añadió Nogueira que si era atendido en su petición, obedecería lealmente a los programas de acción que le fuesen trazados, no ambicionaba otra cosa sino instruirse, mejorar, comprender y ser útil...

La petición nos llenaba de ternura, pero no teníamos competencia para decidir.

Las autoridades del lugar que nos albergaba habían acogido el asunto con simpatía y ofrecieron soluciones básicas en espera de la definitiva. Hasta que se aprobase, Nogueira residiría allí, a pesar de mantenerse en actividad protectora hacia sus parientes.

Todos dimos las gracias contentos, y Percilia salió con atribuciones de mensajera. Defendería el caso en "Almas Hermanas" convencida de que Félix le apoyaría con su prestigio.

Efectivamente, al día siguiente, regresó con la petición aprobada.

Se permitía a Claudio un período de diez años de servicio junto a sus familiares, antes de ir a los círculos inmediatos de la Espiritualidad para el juicio de la existencia pasada, reservándose la Casa de Providencia el derecho de revocar la concesión, bien dilatando el tiempo si el interesado demostrase aplicación en el cumplimiento de las promesas efectuadas, o retirando el permiso, en la hipótesis que se revelase indigno de él.

Claudio lo recibió con gran satisfacción. Estimulado por el apoyo que recibía, pidió colaboración para volver a Flamengo. Se sentía débil, vacilante, como pájaro sin plumas deseando volar del nido... Aún así, quería salir de sí mismo, trabajar, trabajar...

Se tomaron medidas.

Moreira, que se mantenía con funciones definidas al lado de Marina, le auxiliaría. Admiré sin palabras el mecanismo de amor de la Bondad Divina. El que fuese asesor en su desequilibrio, iba a ser su apoyo en las tareas de reajuste.

Habían pasado seis días desde el accidente que había llevado a Nogueira a la desencarnación. Amanecía cuando pisamos las arenas de Flamengo llevándole de vuelta a casa.

Comprobamos que el amigo se conducía con confianza. A propósito, atravesamos con él la calle en el sitio que había sufrido el accidente, pero no hizo la menor mención al desastre ocurrido. Apoyándose en Percilia y en mí, entró en la casa, recibido por Moreira que nos había precedido. Fue a su cuarto, notando que los hijos lo habían dejado intacto. Se sentó en la cama a reflexionar.

El despertador tocó a las seis y Marina se levantó. Se aseó y arregló y, antes de combinar con Doña Justa los detalles de la comida de ese día, entró en la habitación donde estábamos y, en pensamiento, se dirigió a Jesús, rogándole que bendijese al padre desencarnado, estuviese donde fuera.

La oímos encantados, en el clima de los pensamientos armónicos en que nos uníamos, aunque la joven pidiese el amparo del Señor en silencio.

Claudio se levantó y se puso a su lado. Al tocarla, vibrante de júbilo, percibió que su hija tenía en el cuerpo y en el alma la dulce presencia de Marita... Dio un paso atrás. Temía ensuciar el cuadro excelso que contemplaba.

Marina le pareció una planta luminosa, modelada en carne, encerrando una flor a punto de brotar.

La idea de Claudio se transformó en oración. Suplicaba a Dios que no le permitiese situar los caprichos por encima de las obligaciones... Enseguida se volvió a ella, la abrazó y dijo:

– ¡Hija mía!... ¡Hija mía!... ¿Qué hay de Nemesio? ¡Busquémosle! ¡Es preciso ampararle!... ¡Ampararle!...

La joven, expectante, no captó la advertencia con los sentidos físicos, pero, sin que se pudiese explicar a sí misma la razón de ello, se acordó de la petición de su padre de última hora...

Nemesio, si... –dijo, mentalmente. Ella y su esposo habían recibido noticias por teléfono, provenientes de Olimpia. El médico de la familia había buscado a Gilberto en el banco. Las informaciones eran alarmantes, pero dudaban... Ella, especialmente, se angustiaba al imaginarse el reencuentro. Se decía que el suegro estaba enfermo, en estado grave... Volvió a sopesar, en su memoria, el ruego de Claudio al partir y tomó una decisión. Olvidaría el pasado y ayudaría al enfermo en lo que fuese posible. Animaría a Gilberto a la reconciliación, no retrasarían por más tiempo la visita.

Los compromisos domésticos acudieron a su mente y se puso a pensar en ellos conservando, ya consolidada, la petición de su padre.

En el café, sugirió a su esposo las primeras medidas a tomar en el caso. Claudio que observaba, atento, entró directamente en servicio. Alimentó la disposición favorable de la pareja. No debían echarse atrás.

Nemesio era también padre. Marina proponía y Gilberto sopesaba. Por fin, el joven estuvo de acuerdo. Telefonaría desde el banco al médico.

Si la enfermedad era grave, a pesar del avanzado estado de gravidez de Marina, tomarían un taxi por la noche para ir a verle.

Dejando a Percilia, Claudio y Moreira entregados a su actividad, acudí a la casa de los Torres tras la pista de Nemesio a quien no veía desde el trágico suceso del coche.

Entré.

Sólo me recibió el silencio.

Busqué la habitación donde había estado su esposa enferma.

Junto a él, hemipléjico y afásico en la cama, solo estaba Amaro, el fiel amigo espiritual que había velado por Doña Beatriz.

Puse en marcha toda mi comprensión y resistencia para no sensibilizarme demasiado, perjudicando en vez de auxiliar.

Perplejo, oí del enfermero el resumen de la tragedia que se había cernido sobre aquel hombre, antes tan rico y adulado.

Cediendo a la pasión que excitaba sus sentidos e impulsado por los obsesores que luego le abandonaron cuando vieron su cuerpo arruinado e inútil, Torres padre se había decidido a matar a Marina y luego suicidarse. Al cometer el crimen, se percató que había atropellado a Nogueira y no a la hija y eso le llevó a la desesperación, que creció tanto en su espíritu que el cuerpo enfermo no pudo resistirlo. Sobrevino un derrame. El, Amaro, avisado por los amigos, le encontró semi-paralítico y sin habla, en el coche, parado lejos del lugar en que cometió el delito.

Parecía que iba a desencarnar pronto, pero Félix apareció de improviso y solicitó el apoyo de todos los recursos espirituales de asistencia situados en las intermediaciones, acumulando factores de intervención en su favor. Había rezado, suplicando a los Poderes Divinos que no le permitiesen la salida del plano físico sin aprovechar el beneficio de la enfermedad en su cuerpo que parecía no ofrecer ninguna posibilidad de supervivencia. El director de “Almas Hermanas” solicitó para él las ventajas del dolor, que consideraba santas y el proceso desencarnatorio fue suspendido inmediatamente. ¿Quién era él, Amaro, para poner en tela de juicio las decisiones del hermano Félix? – alegaba el amigo, confidencialmente–; pero se preguntaba a sí mismo si valía la pena mantener a un hombre activo e inteligente, como era Nemesio, atado a un cuerpo tan desajustado...

Desde la intercesión de Félix, el viejo Torres era lo que yo estaba viendo, un despojo humano tirado en la cama. La casa había sido saqueada por los acreedores y los empleados deshonestos, habían huido no sin antes saquearlo todo. Vajillas, plata, cristales, porcelanas, ropas, telas, pequeños tesoros de los ascendientes de los familiares Neves y Torres y hasta el piano y las joyas de Beatriz se habían perdido en la vorágine. Solo Olimpia, antigua compañera, iba allí dos veces al día para prestar una ligera asistencia al enfermo que, aunque perfectamente lúcido, no conseguía articular palabra debido a las alteraciones sufridas en los centros nerviosos. Y todo eso –concluyó Amaro, desencantado– hace menos de una semana...

Condolido, aguardé allí la noche.

Vi cuando Gilberto y Marina atravesaron el vestíbulo, seguidos de Percilia, Moreira y Claudio, dolorosamente sorprendidos.

Imaginándose solos, la joven pareja no lograba contener las exclamaciones de asombro, hasta que, enfrente de la cama solitaria, se arrodillaron bañados en lágrimas.

– ¿Cómo estás así, papá? –jadeó Gilberto, desconsolado.

Con la cabeza temblando, Nemesio apenas balbuceaba:

– ¡Ah, ah, ah, ah!...

Para la pareja, la terrible confesión paterna era sólo una larga serie de interjecciones sin sentido.

Vimos entonces que Claudio avanzaba realmente para el bien que había prometido lograr.

Sólo entonces supo quien había sido el autor del accidente que le llevó a la muerte... Lejos, sin embargo, de pedirnos orientaciones o consejos, recordó, instintivamente, otra noche distinta de aquella en que había perdido la vida... La noche en la casa de Crescina, cuyas sombras habían cobijado el ultraje a su hija, impulsándola al desastre fatal... Vio a Marina, arrodillada y, obedeciendo a los dictados de su propia alma, cayó también de rodillas, abrazándose a ella y, ocupándose del interior de su hija, atenazada de sufrimiento moral, la hizo buscar la diestra de Nemesio para besarla con la reverencia que los hijos deben a los padres.

El enfermo, tocado en su corazón por semejante gesto de respetuosa ternura, emitía sonidos ininteligibles, implorando mentalmente: – ¡perdón!... ¡perdón!...

Claudio, con humildad y valentía, se levantó de súbito y dirigiendo los ojos hacia lo alto, exclamó en llanto:

– ¡Dios de Inmensa Bondad, perdón para mí también!...

Aquella misma noche una ambulancia recibió a Nemesio para su ingreso en el hospital y, al cabo de algunos días de tratamiento, siempre acompañado por los hijos, subía, en silla de ruedas, a la casa de Flamengo donde pasó a vivir, mudo e inerte, bajo los desvelos de la nuera y continuamente amparado por Nogueira, en el cuarto de aquel que había perseguido por rival y que ahora era dedicado guardián.

Los éxitos morales de Claudio, comentados con admiración por algunos amigos en “Almas Hermanas” crearon para el hermano Félix un problema grave aunque sin importancia aparentemente en su forma exterior. Doña Beatriz, consciente de que el padre de Marina, ya desencarnado, había conseguido el permiso para quedarse con los familiares en misión de auxilio, quería también, por lo menos, volver a ver al esposo y al hijo. Conocía, superficialmente, los acontecimientos desagradables de sus seres queridos. Muy lejos de percibirlos en toda su extensión, alegaba esa circunstancia para reforzar su solicitud. Como pieza viva del engranaje doméstico no debía estar al margen, argumentaba. Si Marina se había casado con Gilberto, la aceptaba como hija, y si los padres estaban enfrentados por causas que ella desconocía en sus detalles, nada sería más justo que compartir las dificultades ofreciendo su mediación.

Hecha la petición. Félix la rechazó.

Doña Beatriz recurrió a Neves, Sara y Priscila y volvió a la carga, pero el director se mantuvo firme en su decisión. Neves, sin embargo, que no se había curado del todo de su impulsividad, destacaba el carácter aparentemente razonable de la petición y movió tantas relaciones y conocimientos en el tema, que el instructor no tuvo más remedio que aceptar.

Aunque muy preocupado, tomó las medidas necesarias para que se efectuase el viaje. Instado a acompañarles se excusó, delicadamente, dando a Neves amplia libertad de acción y tiempo. En cuanto a mí, me recomendó que hiciese compañía a los

dos viajeros, padre e hija, indicándome que cooperase con Neves en la solución de cualquier imprevisto. Presentía que se presentarían obstáculos y riesgos.

Doña Beatriz, entusiasmada al contemplar Río y sabiendo que Nemesio residía con su hijo, no sólo ansiaba abrazarles sino también volver a visitar su antigua casa. Quería respirar el perfume de felicidad que había tenido exclamaba alegre. Y el padre, satisfecho, incentivaba todos estos deseos. Por mi parte no podía objetar nada a la pareja.

Llegamos a Flamengo, oyendo a la señora Torres y admirando las reservas de sensibilidad y cariño que vibraban en su alma. Exteriorizaba el júbilo de un ave recién liberada. Pero, después de ser recibidos por Moreira y Claudio, al divisar al marido paralítico, palideció acercándose a la silla de ruedas. Se enlazó a él que no captaba sus caricias, y le hizo preguntas lastimosas... ¿Por qué había cambiado tanto en sólo dos años? ¿Qué le había pasado para llegar a tamaña ruina física? ¿Qué había hecho? ¿Por qué? ¿Por qué?...

Escuchando solamente las voces de Marina y Doña Justa en los quehaceres domésticos, Nemesio ahondaba en recuerdos profundos... No conseguía explicarse a sí mismo porqué surgían esas ideas en su cabeza, pero pensaba en Beatriz. Veía su imagen en lo más profundo de su ser. ¡La esposa!... ¡Ah! reflexionaba el enfermo, en cuyo espíritu la afasia había mejorado su vida interior si los muertos pudiesen amparar a los vivos, según creen muchos, ciertamente que su vieja compañera se compadecería de él, extendiéndole las manos... ¡Se acordaba de su comprensión, siempre silenciosa, su dignidad, la bondad, la tolerancia!...

Ignorando que respondía, mecánicamente, a las preguntas de la esposa, angustiada y agarrada a él, revisó todos los acontecimientos posteriores a su desencarnación, como rindiéndole cuentas. Gilberto, Marina, Marcia y Claudio eran los protagonistas principales de aquellas escenas que la memoria, perfectamente lúcida, le trazaba en las pantallas del aura, exhibiendo para la compañera y para nosotros como en una película toda la verdad hasta el instante en que se precipitó en el crimen. Si Beatriz estuviese en el mundo –concluía– estaría libre de tentaciones y aflicciones. A su lado habría tenido defensa, orientación.

Una profunda nostalgia se apoderó de su alma...

Recomponía en su imaginación los sueños de juventud, su boda, los proyectos que tenían para Gilberto cuando era pequeño... Movié con dificultad la mano izquierda para enjugar el llanto que corría por su rostro, sin saber que su esposa le socorría, también sollozando...

Neves, aprensivo, intentó levantar a la hija que estaba en el suelo, como una madre torturada, incapaz de retirar de su pecho a un hijo moribundo. En vano pronunció palabras de ánimo, exhortaciones a la paciencia, conceptos evangélicos, promesas de un futuro mejor... La hija, con amargura, respondió que amaba a Nemesio, que prefería estar encadenada al enfermo a separarse de él de nuevo. Agradecía todas las atenciones que le habían prestado en “Almas Hermanas” pero, pedía permiso para quedarse con él, teniendo en cuenta lo que sufría. ¿Cómo iba a descansar recordando sus suplicios? Jesús también –decía llorosa– había cargado con la cruz por amor a la humanidad.



¿Cómo iba ella a huir de soportar pequeñas contrariedades en la Tierra, suavizando el martirio del hombre que adoraba? La doctrina cristiana le había enseñado que Dios es un Padre compasivo que no podía aprobar la ingratitud ni el abandono.

El padre, que no había previsto tal resistencia, me comentó en voz baja que Torres padre no había hecho nada para merecer semejante abnegación y se inclinaba por reconvenir a la hija, pero le sugerí que tuviese calma. Cualquier censura agravaría la situación sin provecho alguno.

Intervine.

Destaqué a la señora Torres que su hijo le iba a dar una nieta y que su conformidad con las pruebas a que estaba sometido el marido sería realmente una bendición para todos.

Al oír esto, se levantó, casi a la fuerza y nos acompañó hasta Marina, cuya posición real en la familia había observado en las memorizaciones de Nemesio... Como era un alma generosa, comprendió las uniones que se habían efectuado y, mirando a Claudio, que había perdonado a su esposo tantas injurias, besó a su hija con ternura de madre.

Abrazó a Doña Justa con simpatía y volvió en nuestra compañía al cuarto de Nemesio, donde compartió con nosotros la oración y el trabajo de auxilio magnético. Pareció recuperarse, sobre todo cuando vio a Gilberto que volvió a casa para cenar. Le encantó ver a su hijo buscando al enfermo para llevarle a la mesa, después de acariciar su cabeza, acompañando el gesto afectuoso con expresiones de buen ánimo y cariño, pero cuando Neves habló de regresar, la mujer se agarró al marido y al intentar despegarle de él, casi a la fuerza, empezó a dar señales de una incipiente alienación.

Beatriz salió de la casa abatida, muda. Con la loable intención de animar su corazón, Neves, que conocía sólo ligeramente el estado ruinoso y la bancarrota del yerno, propuso una rápida visita a la antigua residencia de los Torres. La hija, apática, no contestó. Obedeció automáticamente.

Se había hecho totalmente de noche cuando llegamos a la vivienda que era un caserón a oscuras.

La luna llena parecía una enorme lámpara que estaba recogida a distancia, avergonzada de presentar a la dueña de aquel palacete una visión tan funesta.

El padre, arrepentido de tal iniciativa, quiso dar marcha atrás, pero no pudo...

Dolorosamente magnetizada por sus propios recuerdos, Beatriz avanzó apresuradamente, en busca de los tesoros domésticos pero no encontró en los lúgubres recintos sino polvo y sombra del oasis familiar que había construido... Además de esto, el elegante domicilio, condenado a ser subastado, se había convertido en refugio de malhechores desencarnados, a los que ella se veía sin fuerzas para expulsar... La desesperada criatura corrió de habitación en habitación, de susto en susto, de grito en grito, hasta que se arrojó, boca abajo en el suelo de la espaciosa habitación que siempre había sido su preferida, pronunciando frases inconexas...

Beatriz se había vuelto loca.

Me quedé cuidándola, intentando calmarla, mientras Neves desolado, pedía ayuda a los servicios de amparo urgente, dependientes de “Almas Hermanas” que no estaban muy lejos.

La ayuda fue inmediata.

Al día siguiente, enfermeras especializadas colaboraron con nosotros enviadas por Félix pero solamente cuatro días después del incidente logramos volver con ella demente al instituto.

Se sucedieron dos semanas de trabajo intenso y atención constante, infructuosamente, en casa de Félix, hasta que uno de los orientadores del equipo médico recomendó el ingreso de la enferma en un hospital adecuado para aplicarle sueñooterapia con algún ejercicio de narcoanálisis para extraer los posibles recuerdos de la existencia anterior, con la debida precaución, para que no se sumergiese en memorias de periodos anteriores.

La medida fue aceptada.

Félix nos invitó a Neves y a mí a estar presentes, junto con el hermano Regio en el gabinete donde se iba a realizar la investigación.

En la hora prevista, al lado de Beatriz que dormía en un lecho cuya almohada estaba provista de recursos electromagnéticos especiales, estábamos Félix, el hermano Regis, el distinguido psiquiatra que sugirió la medida, acompañado de dos asistentes, el jefe del archivo de “Almas Hermanas”, Neves y yo, ocho compañeros en total observando a la paciente. Diremos que las personas allí reunidas, disponían de un avanzado sistema de comunicación para efectuar rápidas consultas a los departamentos con que estaban vinculados.

Félix estaba preocupado, Neves muy nervioso, los médicos y auxiliares, diligentes y nosotros con gran expectación...

Al iniciarse el proceso, Beatriz, con voz y maneras distintas a las que le eran habituales, se mostró en una existencia anterior, reclamando contra una tal Brites Castañeira, mujer a la que imputaba los infortunios que arrasaban su alma... Por las expresiones amargas, se veía que el analista se había encontrado con un expresivo foco de irritación, posibilitando una entrada más fácil a los dominios recónditos de la mente. Aprovechando eso, el médico preguntó donde había conocido a Brites, en qué época y circunstancias. Beatriz siempre dentro del sueño provocado, replicó que para eso necesitaba recordar la juventud y, una vez debidamente estimulada, informó que había nacido en Río, en 1792 y que se llamaba Leonor de Fonseca Teles, apellido que provenía del hombre con quien se había casado en segundas nupcias. Dijo haber nacido en la calle de Mataballos, en una casa sencilla en la que había pasado una infancia despreocupada. En 1810 cambió su destino. Se había casado con un joven portugués de nombre Domingo de Aguilar y Silva, que se encontraba en Brasil al servicio del Duque de Cadaval, en la corte de D. Juan VI. De esa unión tuvo un hijo en 1812, que recibió el nombre de Álvaro. Su esposo falleció prematuramente en el camino de Hoyo de Gloria, cuando conducía unos potros bravos a las cocheras reales. Relató con agradecimiento las manifestaciones de estima que recibió de personalidades influyentes de la época y las promesas de ayuda en favor del pequeño

huérfano. Viuda pues, a los veintidós años de edad fue cortejada por un rico joyero que tenía su establecimiento en la calle Derecha, Justiniano de Fonseca Teles, solo tres años mayor que ella, cuya propuesta de matrimonio aceptó.

Se alegró mucho de comprobar la buena relación que existía entre hijastro y padrastro.

Álvaro creció cariñoso e inteligente y, como no hubo más hijos del segundo matrimonio, el niño creció entre ella y el esposo siendo un faro de luz y amor para ambos.

A los quince años de edad, en 1827, el joven embarcó rumbo a Europa, bajo el patrocinio de amigos poderosos del padre, habiendo realizado brillantes estudios en Lisboa y París...

Beatriz, magnetizada, narraba sucesos de la época, exteriorizando impresiones sobre personas, cosas y hechos como si su imaginación estuviese repleta de crónicas vivas.

Comentó que su hijo regresó en 1834. Para ella y Justiniano la casa se transformó de nuevo en un mar de rosas, hasta que cierta noche...

Ante las reticencias, el hermano Félix, visiblemente conmovido, pidió que el servicio de análisis se detuviese en los posibles recuerdos de la noche mencionada.

El médico atendió la sugerencia.

Beatriz movió la cabeza, demostrando el sufrimiento de quien se encuentra con una herida en el propio cuerpo, sin medios de curarla y respondió, a regañadientes:

—Tengo que decir que Brites Castañeira estaba casada con Teodoro Castañeira, rico negociante que vivía en la calle de Valiña. Ambos jóvenes, con una única hija, Virginia, de once años de edad... Aunque yo hubiese pasado los cuarenta, al lado de Brites que no alcanzaba los treinta, nos teníamos un gran afecto y nuestros maridos también se llevaban muy bien, con la misma diferencia de edad que nosotras. Ellos unidos por los negocios y nosotras por los sueños domésticos...

Y continuó:

La noche que antes mencioné, mi esposo y yo presentábamos a Álvaro en sociedad, en una fiesta del Comendador Juan Bautista Moreira, en la Cantera de Gloria... Sentí un horrible presentimiento cuando Álvaro y Brites se saludaron, quedándose fijos los ojos de uno en el otro, para oír la música...

En vano inventé motivos para retirarnos temprano...

Volvimos tarde con nuestro hijo que soñaba. Le parecía imposible que ella estuviese casada y fuese madre de una hija... Le parecía una jovencita bella y graciosa. Hice lo que pude para evitar el desastre, pero el destino... Ambos apasionados el uno por el otro empezaron a salir de paseo... Vueltas por Mangrullo y juegos en la playa de Botafogo, excursiones en calesa para la Hacienda de Capón, paseos más allá de Muda de Tijuca... Todo eso sucedía pacíficamente hasta que Teodoro les descubrió juntos en una habitación del Hotel Faroux. Escandalizado, el marido se desinteresó de la mujer aunque no abandonó el hogar por amor a la hija... Pero, incluso así, cortejó a la joven Mariana de Castro, a quien llamábamos Naniña,

joven de buenas costumbres que residía con sus padres en la calle de Cano... Brites, en lugar de sentirse mal, facilitó cuanto pudo esa relación para estar más libre... Naniña acabó cediendo a escondidas, pero dejó dos hijos del comerciante a las puertas de Misericordia, como es de conocimiento público...

La señora Torres entró en una crisis de llanto y siguió contando que el hijo, después de cuatro años, se aburrió de Brites y sólo en ese momento comentó a su familia que había dejado una prometida en Lisboa...

Suspiraba por volver, pero temía que la amante se suicidase. Después de muchos intentos, en vano, para librarse de ella, maquinó un plan maquiavélico que le trajo a ella, madre amorosa, la infelicidad sin remedio.

Sabiendo la debilidad de Brites por las joyas, insinuó a su padrastro que Brites estaba enamorada de él, inventando situaciones y recados y utilizando todo tipo de triquiñuelas. Justiniano, convencido por las deferencias del hijastro, se puso en acción, consiguiendo impresionarla con regalos exóticos y costosos hasta que en la primera cita, forjado por el propio Álvaro, intervino él en la escena, asumiendo el papel de amante ultrajado y saliendo para Portugal, dejando varias tragedias en marcha.

El golpe hizo surgir en la señora Castañeira una nueva personalidad. Se convirtió en una mujer perversa, calculadora, cruel. Nunca más se le vio un gesto de piedad. Transformó a Justiniano en un hombre sexualmente pervertido, extorsionándole y sacando de él dinero y más dinero, hasta el punto de venderle a su propia hija, de quince años para su satisfacción sexual a cambio de tierras y riquezas. Todavía más, no contenta con sus propios desvaríos se dedicaba a apartar jóvenes honestas del buen camino, prostituyéndolas, estimulaba infidelidades, vicios, crímenes, abortos.

Virginia, con la que Justiniano vivía, después de abandonar a Leonor, su esposa, se convirtió en manzana de la discordia entre el señor de Fonseca y Teles y Teodoro Castañeira, que se atormentaron mutuamente en once años de conflictos inútiles hasta que el marido de Brites, que vivía con Naniña de Castro desde hacía mucho, apareció muerto a puñaladas en la calle de Cadena, atribuyéndose el homicidio a esclavos fugitivos. Naniña, sin embargo, no ignoraba que Justiniano había sido el que mandó matarle y tramó su venganza. Se unió a otro hombre en cuyo espíritu insufló despecho y odio contra el joyero de la calle Derecha y los dos, que vivían en un rincón de la playa Botafogo, planearon asesinarle en un supuesto accidente. Justiniano, ya mayor, y enfermo, tenía la costumbre de hacer una visita los domingos a Bica de la Reina, en el Cosme Viejo. Cuando volvía un día de ese lugar, de noche, guiando su carromato, Naniña y su compañero, ocultos en la sombra, acribillaron al caballo con piedras y puntas, luego de escoger un lugar que favoreciese el desastre...

El animal, desbocado, se lanzó ladera abajo reventando los frenos y arrojando al anciano por un barranco, donde Justiniano encontró la muerte casi instantánea.

Y Doña Beatriz acabó, con lágrimas en los ojos:

– ¡Ah, Dios mío, y todo por nada! Porque Álvaro, de vuelta a Portugal, encontró a su prometida casada con otro, por imposición de los padres, regresando más tarde a Brasil donde acabó soltero, ejerciendo como profesor.

– ¡Ah, hijo mío, hijo mío!... ¿Por qué fuiste el autor de tantas calamidades?

En ese momento de las revelaciones, el hermano Félix solicitó de los técnicos un intervalo para explicaciones antes de retirarse.

La enferma fue encaminada al sueño y el instructor pidió al jefe del archivo el certificado de salida de Beatriz, que se ausentó de aquel mismo lugar casi cincuenta años antes, para su reencarnación en Río.

El responsable trajo la ficha de Doña Beatriz Neves Torres.

Sí, antes del nombre actual, aparecía el de Leonor de Fonseca Teles que había desencarnado en Río, permanecido por algún tiempo en las regiones inferiores, había vivido durante veintiocho años en una colonia espiritual de reeducación no muy distante y pasó apenas dos semanas en ¡Almas Hermanas!, en 1906, el propio hermano Félix, supervisó su renacimiento en la casa de Pedro Neves allí presente.

Félix pidió todas las informaciones posibles sobre las personas citadas por Beatriz, que estuviesen vinculadas al instituto.

Los aparatos funcionaron y el archivo respondió rápidamente.

Justiniano de Fonseca Teles, Teodoro Castañeira, Virginia Castañeira y Naniña de Castro estaban reencarnados en Río. Todos con certificado de salida de “Almas Hermanas” Justiniano era Nemesio Torres, hombre de negocios con deudas agravadas, Teodoro Castañeira se presentaba con el nombre de Claudio Nogueira, ya desencarnado pero todavía de servicio en la Tierra, con mejoras sensibles. Virginia Castañeira respondía ahora por Marina Nogueira Torres, con índices prometedores de reforma íntima, Naniña de Castro había sido Marita Nogueira, recientemente desencarnada, que había permanecido en uno de los departamentos de reposo de la organización y que se hallaba en proceso de renacimiento en el plano físico a petición del propio director de instituto, mientras que Brites Castañeira estaba en la tierra con el nombre de Marcia Nogueira, cuya ficha era desoladora. El registro de esa mujer sumaba una larga serie de abortos y deserciones del deber, además de varios compromisos indirectos en hogares destrozados y existencias sacrificadas.

Era un contenido el suyo de los peores de todas las fichas de la institución.

Uno de los médicos presentes, quizás impresionado por la declaración de Beatriz, pidió noticias de Álvaro.

El archivo aclaró que Álvaro de Aguilar y Silva no tenía registro de salida hacia la reencarnación en “Almas Hermanas”, sólo figuraba su nombre en el departamento de reclamaciones. Leonor, su madre carnal, Justiniano el padrastro e incluso la propia Brites Castañeira habían cursado severas acusaciones contra él, aunque los dos últimos habían estado muy poco tiempo en el instituto, al salir de la colonia penal.

El hermano Félix pregunto si constaba en los datos de Marcia algún gesto noble, por donde se le pudiese ayudar eficazmente. Sí que había, un día se empeñó con los mejores impulsos maternos a garantizar un matrimonio digno a la hija enferma.

El instructor entonces, aunando dignidad y modestia, se levantó y asombrándonos con la valerosa humildad que testimoniaba, nos dijo que Álvaro de Aguilar y Silva y él eran una misma persona, el mismo espíritu que allí se levantaba delante de Dios y de nosotros en un juicio en el que su conciencia le exigía implorar voluntariamente la

reencarnación, para dirigirse al encuentro de Brites, ahora con la personalidad de la viuda Nogueira... Se esforzaría en la regeneración de si mismo y le ofrecería su existencia ya que reconocía que él era el verdugo y ella la víctima.

Un rayo no nos habría fulminado con tanta fuerza.

Los médicos estaban cabizbajos, el hermano Regis lloraba, Neves estaba pálido y conseguía respirar con dificultad...

Valiente, Félix continuó aclarando que la Misericordia Divina, a medida que el espíritu se eleva, entrega al tribunal de la conciencia el deber de armonizarse y corregirse de acuerdo a las Leyes de Eterno Equilibrio, sin necesidad de acciones obligatorias y que por eso, de allí en adelante haría pública su decisión de iniciar los trabajos previos de su renacimiento en la esfera física.

Confesó que la delincuencia sexual había creado para él responsabilidades semejantes a las de un malhechor que dilapida una casa o una ciudad a través de explosiones en cadena. Hiriendo los sentimientos de Brites Castañeira, mujer respetable hasta el momento en que le trastornó el corazón y el cerebro, se identificaba como culpable hasta cierto punto, por la Ley de Causa y Efecto, de todos los delitos de naturaleza emotiva cometidos por ella, ya que después de abandonarla, impulsándola deliberadamente a la deslealtad y a la aventura, podía compararse a una bomba preparada por él que estalló en todos los que después ella había perjudicado, como queriendo vengar siempre en cada uno lo que ella había sufrido.

Nos rogaba él, a quien debíamos tanta felicidad, apoyo fraterno para que obtuviese el puesto de hijo en el hogar de Gilberto, una vez que Marina pudiese después del nacimiento de Marita. Deseaba encontrarse con Marcia, con la ternura de un nieto...

Sería su compañero en los tiempos difíciles de la vejez, le daría amor puro, sufrían juntos, le daría su corazón.

No le importaba la indiferencia, convencido como estaba que la Infinita Bondad de Dios podía conceder a la viuda de Claudio un importante tiempo remanente en la esfera física... Si el Señor le concedía el favor que le imploraba, nos pedía que le ayudásemos a ser fiel a los compromisos desde su uso de razón, que le amparásemos en los días de tentaciones y debilidades, que perdonásemos su rebeldía y sus faltas y que, en base al amor y la confianza que teníamos, que no favoreciésemos en ningún momento facilidades que pudieran serle nocivas por amistad...

Austero y dulce se dirigió en especial al hermano Regis, informándole que ambas hermanas, Priscila y Sara estaban preparando su vuelta a la tierra y partirían antes que él, que tenía la intención de retirarse de la dirección del instituto en unos seis meses, con el fin de preparase adecuadamente, y que no deseaba otra cosa más que la experiencia y felicidad de su compañero al frente de la organización.

Ninguno de nosotros disponía de energía para romper el silencio. Los médicos pidieron sustitutos que les reemplazasen para asegurar el descanso de Beatriz. Regis, mudo, se retiró dando un abrazo al jefe del archivo, Neves se puso al lado de su hija inerte, dando la impresión de que deseaba esconderse para meditar la lección. Yo, me vi solo frente al instructor. Alzando mi vista hacia él, como la primera vez que le miré en la casa de Nemesio, procuré recomponerme al ver su rostro imperturbable.

Era el mismo hombre que yo no sabría decir si le amaba como si fuese mi padre o mi hermano.

Él captó el estado de mi alma y me abrazó.

Por su mirada firme, comprendí que no quería verme sensibilizado e intenté recuperar mi equilibrio. A pesar de eso, incapaz de un control total, puse mi cabeza en aquel hombro que estaba habituado a venerar, pero, antes de que yo llorase, sentí su diestra acariciar levemente mis cabellos al mismo tiempo que me preguntaba por la clase de fluidoterapia, a la que debía asistir.

Salimos juntos.

Allí fuera, al verle caminar tranquilo, tuve la impresión de que el sol que había en el cielo era una advertencia de Sabiduría Divina para que nos mantuviésemos fieles y firmes en la marcha constante hacía la luz.

## CAPÍTULO 14

Obtenida una ampliación del plazo para más amplios estudios en “Almas Hermanas”, acompañé al hermano Félix hasta que dejase la jefatura para entregarse a la preparación de las nuevas tareas.

El instructor había escogido la Casa de Providencia para despedirse de la comunidad.

En el día fijado, desde muy temprano, las puertas del edificio estaban abiertas para cuantos quisieran decir adiós al querido orientador al que todos los residentes consideraban un héroe.

Ministros de la ciudad, admiradores, comisiones de diversas áreas de servicio, todas las autoridades de la organización, amigos, discípulos, beneficiarios y compañeros, que venían de lejos, se reunieron allí, hermanados en una sola vibración de agradecimiento y amor.

Se enteró Regis que el director desearía volver a ver a los enfermos en las últimas horas de su mandato pero, convencido que no podría realizar ese propósito, por escasez de tiempo, nos encargó seleccionar, en las áreas de hermanos hospitalizados, a aquellos que se evidenciaran capaces de comparecer a la transmisión de poderes, sin que ello fuese un obstáculo para las actividades en marcha.

Escogimos a doscientos que no iban a provocar problemas, y en honor a la dedicación constante de Félix con los menos felices, Regis determinó que fuesen acomodados en las primeras filas del auditorio, como un homenaje silencioso a aquel que tanto les amaba... Se destacaban, casi todos ellos enflaquecidos y temblorosos, simbolizando la vanguardia de la tristeza y el sufrimiento en la asamblea, portando ramilletes en sus manos...

Los contemplaba con ternura, cuando Félix llegó con la firmeza y serenidad que marcaban sus actitudes.

Se sentó tranquilamente, entre el Ministro de Regeneración que representaba al Gobernador, y el hermano Regis, su sustituto. Al posar su mirada en los millares de personas que abarrotaban entradas, salidas, escaleras y galerías, con los enfermos delante de todos, se reflejó en su semblante una conmoción especial.

Quinientas voces infantiles, preparadas de antemano por hermanos agradecidos cantaron a coro dos himnos que elevaron nuestro sentimiento. El primero se llamaba “Dios te bendiga” ejecutado con ofrenda por los compañeros más mayores y el otro tenía el expresivo título de “Vuelvo en breve, amado amigo”, éste último dedicado al instructor por los más jóvenes.

Una vez enmudeció la orquesta, que había impreso una maravillosa belleza a las melodías, los doscientos enfermos desfilaron delante de Félix en nombre de “Almas Hermanas”, que delegaba en los compañeros menos afortunados el júbilo de apretar sus manos, ofreciéndole flores.



La transmisión de poderes fue muy simple, con la exposición y lectura de los términos referentes a la modificación. Cumplido el trámite, el Ministro de Regeneración abrazó, en nombre del Gobernador, al hermano que partía y entronizó a Regis en su nuevo cargo.

El nuevo director, con la voz de quien se está quebrando por dentro, dijo unas breves palabras, suplicando al Señor que bendijese al compañero en regreso a la reencarnación, deseándole a la vez, triunfos en las luchas a las que se vería enfrentado. Humildemente, invitó a Félix no sólo a tomar la palabra sino a seguir ejerciendo la dirección de aquella institución que, en derecho según Regis, era suya.

Muy conmovido, el instructor se levantó y como si nada más tuviese que decir a aquel centro en el que había trabajado más de medio siglo, alzó la voz en oración:

–Señor Jesús, ¿Qué te podría pedir cuando todo me lo das en los amigos que me rodean con la luz del amor que no merezco? ¡Pero, Maestro, colocándome bajo tu bendición, tengo algo que implorarte!... ¡Ahora que nuevas realizaciones me llaman en la Tierra, ayúdame, por piedad, para que sea digno de la confianza de esta casa donde, por más de medio siglo recibí la magnanimidad y la tolerancia de todos!... Ante el hecho de tomar un nuevo cuerpo en el plano físico, para rescatar deudas contraídas y curar las viejas llagas internas que cargo como doloroso rescoldo de mis malas acciones, induce, por misericordia, a los amigos que me escuchan a ayudarme con la benevolencia que siempre me demostraron, para que no resbale en nuevas caídas... ¡Señor, bendícenos y sé glorificado para siempre!...

Félix había pronunciado las últimas palabras sobreponiéndose, difícilmente, a la emoción que le embargaba pero, como si el cielo respondiese de inmediato a su llamada, amigos de las esferas superiores allí presentes, aunque invisibles a nuestra mirada, valiéndose de las fuerzas espirituales de todo el auditorio, orientados positivamente en una sola dirección, materializaron una lluvia de pétalos luminosos, que descendieron de arriba hasta que se deshicieron, al tocar nuestra frente en ondas de perfume inolvidable.

La expectación continuó por instantes de jubiloso silencio cuando un vehículo aparcó a la puerta del recinto y de él descendió una mujer que entró, revestida de luz.

En ese momento, todos los presentes se levantaron, incluso el Ministro de Regeneración que la miró con profundo respeto.

Dudé solo un momento pero la reconocí al instante. Era la hermana Damiana que dirige en Nuestro Hogar un equipo de campeones de la caridad en las regiones de las tinieblas. Félix conservaba su retrato y se ligaba a ella por profundos lazos afectivos...

¡La benefactora, que revelaba una inmensa modestia, estaba vestida de esplendor – de ese esplendor que tantos sacrificios le había costado–, tan sólo para mostrar la alegría con que venía a recibir y a preparar para el nuevo nacimiento, a aquel a quien amaba como un hijo del corazón!...

Pasaron rápidamente cuatro años.

Esperanza, esfuerzo, trabajo, renovación...

Aunque no me había olvidado de Félix, varios instructores nos habían recomendado apartarnos temporalmente de la nueva situación en que se encontraba, para no perjudicarlo por exceso de atención. Pero, cuando menos me lo esperaba, el hermano Regis me envió un mensaje fraterno avisándome que Félix había superado todas las dificultades de ajuste al vehículo físico. Algunos días después, Claudio, Percilia y Moreira, en servicio en Río me invitaron a volver a ver al amigo inolvidable, al que todo “Almas Hermanas” rodea de un gran cariño.

Reviviendo conmovedores recuerdos, volví a Flamengo donde el tiempo había cambiado todo.

El apartamento ahora lo ocupaba otra familia.

Un amigo desencarnado, a petición de Moreira, me dio la nueva dirección explicándome que Gilberto y Marina habían tenido que vender la casa meses después de la desencarnación de Claudio.

La familia vivía ahora en Botafogo, a donde me dirigí con rapidez.

No hay palabras terrestres para reflejar la alegría de aquel reencuentro. Claudio y Percilia estaban allí y Moreira, ausente por razones de servicio, llegaría más tarde. Envuelto en las vibraciones balsámicas de la acogida de mis anfitriones espirituales, vi al matrimonio hablando con Doña Justa, me fijé en Marita, en forma de niña bonita y llorona... Profundamente sensibilizado, contemplé a Félix, que ahora se llamaba Sergio Claudio, en sus tiernos cuatro años de edad.

De un carácter totalmente opuesto al de la hermanita, ya demostraba serenidad y lucidez en los pensamientos y en las palabras. Me quedé impresionado, ignorando como exteriorizar la alegría... ¡Era él mismo!...

Encantado, comprobé de nuevo la llama de aquellos ojos inolvidables, aunque estuviesen en un cuerpo de niño despreocupado.

Claudio y Percilia me informaron que Nemesio había sido conducido al plano espiritual un año antes, después de duros padecimientos. Me contaron que verdaderas nubes de obsesores amenazaban la casa de Botafogo cuando el pobre estaba a punto de partir. Percilia, sin embargo, se integró en el movimiento de intercesión por él que se realizó en “Almas Hermanas”. Amigos dedicados interpusieron recursos, apelando a la caridad y misericordia, cuando se supo que la Justicia, en el Instituto, le condenaba al destierro. Antiguos compañeros, en calurosas llamadas, apelaban a los gestos de beneficencia que había practicado cuando Doña Beatriz vivía, añadidos al trienio de enfermedad y parálisis que había sufrido con resignación. Ante tanto empeño, que el propio hermano Regis compartía, ya que, continuando la obra de Félix, inclinaba el poder a la benevolencia, los magistrados reabrieron el proceso para debates más amplios. Al volver a examinar el caso, la Casa de Providencia había enviado dos notarios a Botafogo para instruir el caso con más certeza en base a tantas peticiones efectuadas. Los funcionarios habían llegado justamente en el momento en que Nemesio, parcialmente desencarnado, había enloquecido al descubrir, alrededor de la casa, la presencia de las compañías infelices que había cultivado durante su vida. Comprobando esto, los jueces, con equidad, habían recomendado que se le conservase la demencia como beneficio, lo que había sido refrendado por el hermano Regis, ya

que esa era la única fórmula por la que se le podía proteger convenientemente de la saña de los malhechores desencarnados que esperaban el momento de la desencarnación para hacerse con él. Obtuvo paso, gracias a esa bendición, el ingreso en un manicomio respetable, mantenido por “Almas Hermanas” en una región purgatorial de trabajo de recuperación, donde continuaba en tratamiento lento, a salvo de adquirir nuevos y nefastos compromisos con las inteligencias de las tinieblas.

En cuanto a Marcia, estaba enferma pero aislada. Nunca regresó a la convivencia familiar, a pesar del interés mostrado por Gilberto y Marina para renovar su confianza en ella.

Decía que detestaba a los parientes. A pesar de estar enferma, bebía y jugaba con desatino. Claudio destacó que los hijos esperaban la oportunidad de mostrarle a sus nietos. Y Percilia añadió que yo llegué justamente la víspera de tal ocasión.

Aquel sábado por la mañana, el matrimonio se enteró que ella frecuentaba diariamente la playa de Copacabana, descansando e inhalando aire puro, por indicación médica.

Al día siguiente, domingo, Gilberto y su mujer disponían de tiempo suficiente para un nuevo intento de reconciliación. Yo estaba invitado a cooperar. Debía descansar y aguardar la ocasión junto a ellos.

Pasamos largo tiempo comentando las maravillas de la vida. Percilia comparó la experiencia terrestre a una alfombra preciosa, de la que el espíritu reencarnado, tejedor de su propio destino, solo conoce la peor parte.

Ya avanzada la noche, apareció Moreira, que nos saludó muy cordialmente.

Una vez en reposo, me aproximé a Sergio Claudio, para auscultarle la posición espiritual en aquella fase de la infancia, pero me contuve. Había prometido en “Almas Hermanas” no hacer nada, en nombre del amor, que pudiese interferir en su tranquilo desarrollo.

Utilicé aquellos momentos de calma para estudiar, reflexionar, recordar...

Por la mañana temprano, estábamos en nuestros puestos.

Marina, madrugadora, se levantó a las seis de la mañana. A las ocho, con la ayuda de Doña Justa, la familia estaba en la mesa, desayunando y anticipando las diversiones de la playa. Marita quería el bañador verde y la lata de dulces. Sergio Claudio prefería un helado.

Antes de salir, la esposa de Gilberto, demostrando una admirable madurez, pensó en la misión que tenían, se acordó de Claudio, sintiéndose espiritualmente asistida por él, y pidió a los niños que orasen juntos.

El pequeño se puso de pie en el salón y recitó la oración dominical, seguido por la hermanita que, menos decidida, balbuceaba alguna que otra expresión.

Marina le pidió al pequeñín:

–Hijito, di en voz alta la oración que te enseñé ayer...

–La olvidé, mamaíta...

–Bueno, veamos otra vez.

Y, levantando su frente para lo Alto, en la actitud reverente que le conocíamos, el niño repitió, una a una, las palabras que oía de los labios maternos:

–Amado Jesús... Te pedimos traer a la abuelita... para vivir con nosotros...

El pequeño grupo, acompañado por nosotros, bajó del autobús al lado de la playa. Eran las nueve de la mañana y hacía un sol espléndido. Éramos cuatro compañeros desencarnados junto a los cuatro.

Para que Doña Marcia no se percatase de sus intenciones, Gilberto y Marina decidieron esconderse, imitando a los niños. A su alrededor, había millares de bañistas que disfrutaban de la playa. La pareja observó aquí y allá hasta que divisaron a Doña Marcia en bañador, echada en una tumbona. Parecía cansada y triste, aunque sonriese al grupo de amigas que le acompañaban.

Claudio, emocionado, nos sugirió que la envolviésemos en recuerdos edificantes.

Nos acercamos a ella, mientras Gilberto, Marina y los niños se aproximaban, con aire despreocupado.

Bajo nuestra influencia, la viuda Nogueira comenzó, inexplicablemente para ella, a pensar en su hija...

¡Marina! ¿Dónde estaría Marina? ¡Qué nostalgia! ¡Cómo le dolía ahora la separación... qué espinoso había sido el camino!... Se acordaba de su antigua casa y con el ánimo oprimido, revivía tiempos pasados...

¡Claudio, Araceli, las hijas y Nemesio pasaban por su imaginación, formando cuadros de amor que nunca podría olvidar!... ¿Por qué sería tan amarga la vida? Y se preguntaba, a sí misma, si había valido la pena existir para alcanzar la vejez en semejante soledad...

En eso, vio que alguien venía, se levantó asustada, y reconoció al grupo con sorpresa. Atónita miró a Marina, Gilberto y Marita de reojo, pero al encontrarse con los ojos de Sergio Claudio, quedó arrebatada... “¡Oh, Dios que extraño y lindo niño!”... –dijo para sí misma.

El niño soltó la mano materna, después que Marina cuchichease algo en sus oídos y se lanzó sobre ella, gritando, conmovedoramente:

– ¡Ah, abuela! ¡Abuelita!... ¡Abuelita!...

Marcia extendió automáticamente los brazos para acoger aquellos bracitos que la abrazaban... El pequeño corazón, que latía fuerte al encuentro con ella, se la representó como un pájaro de luz que descendía de los cielos para posarse sobre su pecho abatido. Hizo un amago de besar al pequeño, pero íntimas impresiones de felicidad y angustia la infundían sensaciones de amor y miedo. ¿Por qué despertaba el pequeñín pensamientos tan contradictorios? Antes que se decidiese a acariciarle, Sergio Claudio levantó la cabecita de su hombro y cubrió su cara de besos... No hubo parte de sus cabellos que no besase con sus labios. Confusa, Marcia recibió los saludos de los hijos, abrazó a la niña que veía por primera vez, habló de la salud y de la

vivacidad de los nietos y Marina, entonces, recomendó a su hijito que recitase la oración que había hecho en casa antes de salir.

Sergio, con la noción innata del respeto que se debe a la oración, se despegó de Marcia, y, poniéndose enfrente de ella con piecitos en la arena cerrando los ojos, hizo un esfuerzo de imaginación para darle aquella ofrenda de cariño y dijo, con voz firme:

–Amado Jesús, te pedimos traer a la abuelita para vivir con nosotros...

Doña Marcia prorrumpió en lágrimas abundantes mientras el pequeñín se refugiaba de nuevo en sus brazos, que ahora temblaban de júbilo...

– ¿Qué es eso, mamá? ¿Tu, llorando?, preguntó Marina cariñosamente.

– ¡Ah, hija mía! –respondió Doña Marcia, con el nieto abrazado a su pecho– ¡me estoy haciendo vieja!...

Después de esto, se despidió de sus amigas, diciendo que ese domingo almorzaría en Botafogo, pero en su interior, estaba convencida de que nunca más saldría de casa de su hija en Botafogo, nunca más...

El niño había conquistado su corazón.

Acompañé al grupo hasta la avenida. Gilberto feliz, llamó un taxi. Claudio, Percilia y Moreira, que irían con ellos, me abrazaron contentos. Contemplé el coche que salió en dirección de Lido...

Sólo, delante de la multitud, lloré con lágrimas de ternura y alegría.

Me dieron ganas de abrazar a aquella gente generosa y espontánea que jugaba entre el agua y la arena, como hermanos ante Dios...

Emocionado, volví al lugar donde Marcia y su nieto habían tenido el sublime encuentro, simbolizando para mí el pasado y el presente y creando el futuro en la luz del amor que nunca muere. Besé el suelo que habían pisado y oré, rogando al Señor que les bendijera por todas las enseñanzas que me habían enriquecido... Dos mil compañeros reencarnados, en risueña agitación, ninguno registró ni siquiera brevemente, el culto de reconocimiento y nostalgia.

El mar, mientras, como si observase mi gesto, lanzó un extenso velo de espuma sobre el trozo de arena que había besado, como si quisiera preservar la huella de mi gratitud y reverencia, en sus olas, incorporándola a la sinfonía imponente con que no cesé de alabar a la belleza sin fin.

**OBRAS MEDIÚNICAS DE ANDRÉ LUIZ**

- 1943 LA VIDA EN EL MUNDO ESPIRITUAL.  
1944 LOS MENSAJEROS ESPIRITUALES.  
1945 MISIONEROS DE LA LUZ.  
1946 OBREROS DE LA VIDA ETERNA.  
1947 EN UN MUNDO MAYOR.  
1947 AGENDA CRISTIANA.  
1949 LIBERACIÓN  
1954 ENTRE LA TIERRA Y EL CIELO.  
1954 EN LOS DOMINIOS DE LA MEDIUMNIDAD.  
1957 ACCIÓN Y REACCIÓN.  
1958 EVOLUCIÓN EN DOS MUNDOS.<sup>1</sup>  
1959 MECANISMOS DE LA MEDIÚMNIDAD.<sup>1</sup>  
1960. CONDUCTA ESPIRITA.<sup>2</sup>  
1963 OPINIÓN ESPÍRITA.<sup>3</sup>  
1963 SEXO Y DESTINO.  
1964 DESOBSESIÓN.  
1965 ESTUDIE Y VIVA.<sup>3</sup>  
1968 Y LA VIDA CONTINUA.

*NOTAS:* Las cifras de la izquierda indican el año de recepción de las obras.

<sup>1</sup> Obras psicografiadas por los médiums Francisco Cándido Xavier y Waldo Vieira.

<sup>2</sup> Obra psicografiada por Waldo Vieira.

<sup>3</sup> Obras dictadas por los espíritus Emmanuel y André Luiz: a los médiums F. C. Xavier y W. Vieira.